



Más allá
de los
LÍMITES

Claudia Cardozo



Más allá de los límites
Claudia Cardozo



Primera edición en digital: marzo 2018

Título Original: Más allá de los límites

©Claudia Cardozo 2018

©Editorial Romantic Ediciones, 2018

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©OtnaYdur ©rcreitmeyer

Diseño de portada: Olalla Pons

ISBN: 978-84-16927-95-1

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las

leyes.

The logo for Romantic Ediciones features a stylized, ornate letter 'R' in a dark grey color. To the right of the 'R', the word 'Romantic' is written in a serif font, and below it, the word 'ediciones' is written in a smaller, lowercase serif font. The entire logo is set against a light grey rectangular background.

Menú de navegación

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

A Milagros, una hermana en mi corazón

Alma, ¿te arriesgarás de nuevo?
En un peligro así,
hay miles que han perdido, ciertamente,
pero hay algunas que han ganado todo.
Los ángeles aguardan, sin aliento,
a que salga tu nombre;
mientras un corro ansioso de pequeños demonios
apuesta sobre ti"

(Emily Dickinson, Carta al mundo)

Prólogo

El Museo de Bellas Artes de Boston bullía de actividad, hasta el punto que los miembros del equipo encargado de la seguridad del recinto apenas conseguían dar abasto para cubrir cada zona de las galerías. La culpa debía de tenerla esa exposición que acababan de inaugurar en honor a *La Guerra de las Galaxias*; y aun cuando los curadores de la muestra se felicitaban por haber conseguido semejante recibimiento a un icono tan sobresaliente de la cultura popular, en el fondo se arrepentían de no haber previsto que se quedarían cortos de seguridad. Incluso con la ayuda de los oficiales de policía cuya presencia habían gestionado con la oficina del alcalde, era evidente que estaban completamente sobrepasados. Personas de todas las edades se movían de un lado a otro; la nueva muestra había acaparado mucha atención de la prensa, y la mayoría de los asistentes no solo se contentaban con recorrerla de cabo a rabo, sino que migraban a las otras salas, las mismas que por lo general no recibían tanta atención. Desde luego, eso le venía muy bien al museo, que cimentaba su reputación como el segundo mejor de Estados Unidos después del de Nueva York, pero eso no inquietaba menos a quienes veían cómo la multitud no cesaba de aumentar según pasaban las horas.

Todo pareció ir bien, sin embargo, para alivio de los responsables del museo, que vieron como se acercaba la hora de cierre y las personas empezaban a dirigirse a las salidas. Algunos rezagados y los bromistas que nunca faltaban pretendieron burlar las normas, pero no era algo extraño en el museo; los guardias estaban acostumbrados a lidiar con esas personas y después de unas cuantas amonestaciones consiguieron hacer que se marcharan sin que se presentara ningún incidente. Para la hora en que se cerró la entrada principal y los miembros de mantenimiento despejaron los pasillos, un suspiro de alivio colectivo se elevó en el recinto. Todo había salido bien.

Los miembros del patronato se marcharon, quedando solo el personal de seguridad de planta y un par de miembros del departamento de policía que se habían ofrecido a última hora para dar un último recorrido por el museo.

Ellos no lo mencionaron, y los guardias nocturnos tampoco lo hicieron, pero todos tenían claro que lo que en verdad deseaban era dar un paseo por el lugar sin tener que sortear a las multitudes que lo habían copado durante el día. A lo mejor eran además admiradores de *La guerra de las galaxias*. No hubiera tenido nada de extraño.

Los guardias nocturnos empezaron sus recorridos de rutina después de activar las alarmas, atentos a cualquier cosa fuera de lo común, pero al parecer no había nada por lo que preocuparse. Sin embargo, había pasado solo media hora desde el cierre, cuando un par de ellos recibieron una alerta desde el centro de monitoreo de las cámaras ubicadas en cada punto crítico del museo. Según su compañero, había detectado un movimiento extraño en una de las salas de Arte Europeo y solicitó que enviaran a alguien a echar un vistazo. Algo como eso no era del todo raro; a veces los guardias pecaban de desconfiados, pero en un lugar como aquel, con miles de objetos de incalculable valor, cualquier precaución era poca. De modo que uno de los guardias se comunicó por radio en la frecuencia acordada con los policías, y dio el aviso para que se reunieran con él en la sala. Solo por si acaso.

Cuando el guardia llegó, se encontró con dos sorpresas. La primera era que la puerta de cristal que, estaba absolutamente convencido, él mismo se había encargado de asegurar hacía solo media hora, se encontraba entornada, lo que no tenía sentido. La Sala de Arte Europeo formaba parte del grupo respecto al cual tenían un cuidado muy particular; en el museo todo era en extremo valioso, pero allí, lo mismo que en la sala del Antiguo Egipto, se conservaban piezas de arte que iban más allá del coste económico; eran simplemente invaluables.

De cualquier forma, el guardia era un veterano en ese trabajo y estaba entrenado para conservar la calma en ese tipo de casos, de modo que no se alteró ni dio aviso hasta estar completamente seguro de saber qué era lo que ocurría; tal vez los dos policías habían decidido dar una vuelta por allí y, como no conocían las normas, cruzaron las puertas sin pedir permiso. ¿Pero por qué diablos no sonaron las alarmas? El guardia descartó ese último pensamiento, recordándose que era muy pronto para pensar lo peor, y abrió del todo la puerta acristalada, internándose en la enorme sala.

La segunda sorpresa lo esperaba en lo más alejado del recinto, a unos metros del ventanal más alto, el mismo que durante el día permitía que la luz del sol se colara en la estancia. En ese momento, sin embargo, todo era oscuridad salvo por las lámparas estratégicamente ubicadas para permitirle

recorrer el camino sin tropezar, lo que empezó a hacer antes de conseguir una vista más clara del fondo. Y allí estaba su sorpresa, aunque tardó un poco en reparar en ella porque lo primero que vio le confirió un momentáneo alivio, uno que no iba a durar mucho.

Uno de los policías se encontraba de pie bajo el ventanal dándole la espalda. Tenía las manos apoyadas sobre las caderas y era evidente que tenía problemas para recuperar el aliento por la forma en que aspiraba una y otra vez. El guardia frunció el ceño al notarlo y dio un par de pasos en su dirección, dispuesto a ayudarlo; pero entonces cayó en la cuenta de que algo iba mal. No hubiera podido decir qué era o qué fue exactamente lo que le dio la voz de alarma a su mente, pero estuvo seguro y solo en ese momento echó una mirada completa alrededor, un recorrido visual a cada uno de los muros de la gran sala, y fue entonces él quien sintió que acababa de perder el aliento. Un espacio vacío atrajo su mirada como si la pared desnuda hubiera empezado a destellar frente a sus ojos. Él no era un experto en arte; es más, con el pasar de los años muchas de las obras de arte expuestas allí habían dejado de impresionarle, pero recordaba con claridad la ubicación de cada una de ellas y en esa pared faltaba una. Era el retrato de hombre, un monje o algo así. ¿De qué artista era? Por más que rebuscó en su memoria no consiguió dar con el nombre de la pintura o del autor, tal vez fuera un griego... lo importante era que no estaba.

No le llevó más de un par de segundos registrar todo aquello: el policía faltó de aliento, el cuadro perdido; pero le pareció como si hubiera pasado una hora en esa posición que revelaba su desconcierto. Además, cuando consiguió reaccionar y miró de un lado a otro, recordando que no había visto al segundo policía, cayó en la cuenta de que no había ni rastro de él. Continuó acercándose al agente bajo la ventana que había enderezado los hombros como si acabara de advertir su presencia y se llevó una mano al cinto en un acto reflejo. Dio gracias de que el empleo requiriera llevar un arma, porque sabía de muchos otros en los que apenas les permitían portar varillas que podrían parecer muy intimidantes, pero que en los problemas realmente serios resultaban inútiles. Y ese, ese parecía ser uno de esos casos. Se lo decía su instinto.

Tenía la mano posada en la culata del revólver, y llevó la otra a su hombro izquierdo, donde llevaba la radio, pero acababa de apretar el botón para dar la voz de alarma, cuando sintió el frío del acero contra la nuca sobre el cuello de la camisa. Ni siquiera pensó en girar, sabía perfectamente con

qué iba a encontrarse. La ubicación del segundo policía acababa de serle descubierta. Lo que le llevaba a pensar, ¿serían realmente policías, después de todo?

No tuvo tiempo de preguntar, ni siquiera lo intentó; dudaba de que estuviera en posición de pedir explicaciones. Intentó rebuscar en su mente todo lo aprendido durante el entrenamiento y los años de experiencia. Estaba solo, sus compañeros recorrían las otras salas, ajenos a lo que ocurría allí; pero el encargado de las cámaras, el que le advirtió en primer lugar de que algo sucedía allí, él tenía que estar viendo lo que pasaba, ¿verdad? Posiblemente ya hubiera dado aviso a la central; la policía tenía que estar en camino. *La verdadera policía.* ¿O no?

El hombre frente a él acababa de dar media vuelta y solo entonces notó un bulto a sus pies, un largo cilindro de esos que los curadores acostumbraban usar para transportar los lienzos. Al llevar su mirada más allá, advirtió también los restos de un marco y unas herramientas a solo un par de metros. No había que ser un genio o un experto en arte para adivinar que acababan de retirar de su marco la pintura que había echado en falta en la pared y que ahora debía de encontrarse en el cilindro. Sí, era un fraile el retratado, estaba casi seguro; un fraile sentado sobre una silla de alto respaldo con un par de libros en la mano, uno de ellos muy grande. ¿Por qué demonios estaba recordando esas cosas en ese momento?, se dijo para sí mismo, incrédulo por darle importancia a algo como eso mientras un desconocido de sangre fría mantenía el cañón de su revólver contra su cuello.

El primer policía, el que acababa de girar, se inclinó con movimientos pesarosos para tomar el cilindro y lo acomodó tras su hombro, como si no tuviera mayor valor que la cesta que llevas a un pícnic. Luego se acercó a él con una sonrisa que parecía reflejar toda la calma del mundo, lo que el guardia odió. Eso no podía ser bueno; tanta tranquilidad solo podía significar que se sentían seguros de que saldrían bien parados de esa. A diferencia de él.

El hombre, ajeno a sus pensamientos, no se detuvo hasta que se ubicó a solo un palmo de distancia y fue entonces cuando el guarda reparó en que acababa de empezar a sudar. Una fría capa de sudor le recorría el cuerpo y su mirada buscó, aterrada, la cámara de vigilancia a solo unos cuantos metros y que apuntaba directamente en su dirección. Sus ojos reflejaban pánico en una demanda desesperada de ayuda; pero no tenía cómo saber si su compañero lo había visto, o siquiera si haría algo de haber sido así. Ya no sabía qué pensar,

o esperar. Sus rodillas empezaron a temblar y solo consiguió mantenerse de pie porque temía que de hacer algún movimiento brusco, como caer bruscamente al suelo, el hombre tras él podría sobresaltarse y disparar. No debió preocuparse por eso. Él no lo sabía, claro, pero no era la clase de hombre que se asustaba con facilidad. No iba a dispararle porque se moviera o cayera. Pensaba hacerlo de cualquier forma.

El guardia no tuvo una advertencia ni se le dio un instante para que lo atenazara el terror o alcanzara a suplicar por su vida. El hombre tras él intercambió una rápida mirada con su compañero y, tras un asentimiento casi imperceptible de este, apretó el gatillo.

Los otros guardias no oyeron el disparo; luego, al inspeccionar la herida, comprendieron que hubiera sido imposible porque se encontraban en salas distantes y el disparo había sido hecho con un refinado silenciador. Tampoco recibieron un aviso de parte del encargado del centro de vigilancia, lo que no fue extraño porque, cuando se dirigieron allí tras descubrir lo ocurrido, se encontraron con la sorpresa de que él ya no estaba en su puesto. Lo mismo que los dos supuestos policías, había desaparecido como si se hubiera desvanecido. Tampoco encontraron los registros de las cámaras en la sala en que ocurrió el crimen. No había nada. Ni rastro de los policías ni del cómplice. Y definitivamente tampoco lo había del retrato.

Capítulo 1

—Esto es imperdonable.

—Exageras.

—¿Exagero? Me gustaría saber lo que me dirías si yo hiciera algo como esto.

—Probablemente me alegraría de que tengas al fin una vida amorosa.

María Cabrera sacudió su brillante cabello oscuro al tiempo que dirigía una mirada airada a su amigo Alan Turner quien, se recordó ella, era una estupenda persona cuando no decía estupideces.

Habían conseguido una de las mejores mesas en su bar favorito gracias a que Alan conocía al administrador porque era uno de sus compañeros en sus partidas de *World of Warcraft*, un videojuego del que María conocía más de lo que le gustaba reconocer. Pero cualquiera que fuera el caso, le encantaba el que pudieran contar con ese tipo de relaciones, en especial en ocasiones como aquella, cuando podían reunirse después de terminar sus respectivos turnos de trabajo, lo que no siempre coincidía. Si Beth, su otra amiga, estuviera allí, hubiera sido una noche soñada. De ahí su disgusto, y no conseguía comprender que Alan no lo viera de la misma forma.

Uno de los camareros se acercó para dejar las bebidas que habían pedido una vez que recibieron el mensaje de Beth en que les decía que no podría reunirse con ellos esa noche. María estaba tan disgustada que ni siquiera notó cuando puso la copa frente a ella tras dirigirle una nada discreta sonrisa insinuante. Alan, en cambio, sí que lo advirtió, pero no dijo nada, tan solo elevó una de sus pobladas cejas en señal de diversión. Suponía que debería de encontrar un poco ofensivo que el camarero pretendiera coquetear con la mujer con quien compartía mesa, aun cuando solo fueran amigos; él, después de todo, no tenía cómo saberlo, pero al fin y al cabo era algo tan habitual que le parecía gracioso, en especial porque María no podía ser más indiferente. Era lo que tenía salir con una mujer tan bella, supuso, aunque un adjetivo más apropiado para ella sería: *llamativa*.

—No puedo creer que nos dejara plantados.

Tan pronto como el camarero se marchó, sin disimular su decepción por

ser ignorado con tan poco tacto, María empezó nuevamente a rezongar entre dientes, pero Alan la escuchó con claridad y no pudo evitar hacer un gesto de fastidio.

—María, llevas quince minutos quejándote... —dijo él, tras dar un sorbo a su cerveza.

Ella se acomodó un largo mechón de cabello tras la oreja y se encogió de hombros.

—Y tengo buenos motivos para eso. Nuestra mejor amiga prefiere tener sexo con su novio antes que pasar el tiempo con nosotros.

¡Allí estaba! Tenía que decirlo en algún momento; Alan lo había esperado tan pronto como recibieron el mensaje de Beth.

—¿Y te extraña? —preguntó él entonces, sin ocultar la burla en su voz.

María ahogó un suspiro al tiempo que daba vueltas entre los dedos a la medalla que llevaba colgada al cuello. Era un obsequio de su madre, según recordaba Alan, y no se la quitaba jamás sin importar si hacía juego con su ropa. Por lo general María prefería un estilo bastante desenfadado, lo que no le quitaba ni un ápice de la elegancia que parecía salirse por los poros, lo que Beth decía a veces que era una injusticia. Esa noche había llegado corriendo en cuanto terminó su turno en el trabajo, de modo que vestía unos *jeans* y una chaqueta negra de cuero sobre una blusa de un rosa subido.

Alan comprendió que debía de estarla contemplando con cara de tonto, lo que le pasaba casi siempre que se permitía mirarla a fondo. Una idiotez, desde luego, por lo que volvió su atención a su rostro para oírla, haciendo un esfuerzo por parecer que le había escuchado lo que estaba diciendo.

—No he dicho que me extraña —decía ella con el ceño fruncido—; pero hemos planeado esto durante toda la semana.

Alan se armó de paciencia.

—David regresó antes de lo esperado, quería sorprenderla, no tiene nada que ver con nosotros —explicó él por segunda vez en la última media hora—. ¿No harías tú lo mismo?

—¡Claro que no!

Alan emitió un resoplido burlón.

—No puedes asegurarlo —dijo él, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Claro que puedo —replicó ella de inmediato.

Su amigo no respondió. En lugar de ello, se le quedó mirando con una mano apoyada sobre la mesa y expresión pensativa, lo que obligó a María a

ponerse en alerta. Conocía lo suficiente a Alan para saber que se moría por decir algo que no iba a gustarle.

—¿Qué? —preguntó ella entonces sin disimular su desconfianza—. Suéltalo ya.

Alan titubeó, indeciso, pero luego hizo el mismo gesto que haría un hombre dispuesto a lanzarse a un océano plagado de tiburones.

—Es solo que... —él esquivó su mirada al hablar—. No vayas a ofenderte, pero creo que no puedes hablar con tanta seguridad porque nunca has estado en la misma posición que Beth.

María lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y qué posición es esa? —preguntó ella.

—En una relación de pareja...

—He tenido pareja.

Alan cabeceó, indeciso.

—Sí, bueno, supongo —dijo él en voz baja y en absoluto convencido—. Pero...

Ambos sabían lo que el otro estaba pensando; era lo que tenía conocerse desde hacía tanto tiempo y ser tan cercanos. Alan supo sin dudar que ella se refería a alguno de los hombres con los que había tenido una relación que sobrepasara el par de semanas; pero María también debía de saber que él no se refería a eso. Hubo un tipo, colega de una de sus hermanas, si no recordaba mal, con quien había salido por un par de meses, todo un hito para ella; supuso que María debía de estar pensando también en él.

—¿Pero?

Su amiga lo miraba con sus ojos oscuros relampagueando y Alan no supo si fue una señal de ira o advertencia. A lo mejor un poco de ambos.

—Eso fue hace un par de años —dijo él entonces sin poder contener su lengua.

—¿Y qué? ¿Cuál es la diferencia? Creo que ninguna. Y nunca hubiera soñado con plantaros a ti y a Beth por estar con él.

Alan sabía que lo más sabio hubiera sido cambiar de tema, comentar lo buena que estaba su cerveza o el último descubrimiento que había hecho esa mañana en su laboratorio, pero tenía un serio problema y todos los que lo conocían bien eran conscientes de ello: no sabía cuándo mantener la boca cerrada.

—Ya. Pero ese es precisamente mi punto —las palabras salieron de su boca atropellándose antes de detenerse a pensar del todo en lo que decía—.

Tú no amabas a ese tipo, ni siquiera estoy seguro de que te gustara mucho. Lo de Beth y David es distinto, ellos están enamorados. Tú no sabes nada de eso.

La sentencia brotó un poco más dura de lo que hubiera deseado, pero supo que ya era muy tarde para arrepentirse, en especial cuando vio la furia en el rostro de su amiga.

—¿Cómo puedes decir algo tan horrible? —siseó ella con los dientes apretados.

Él, desde luego, no se detuvo.

—Tienes que reconocerlo, no hay nada de malo en eso.

—Desde luego que he estado...

—No, claro que no, y ambos lo sabemos. No estabas enamorada de ese hombre como tampoco de ningún otro con el que hayas salido... —continuó Alan sin reparar en cómo el semblante de María adoptaba la rigidez de una roca—. Y definitivamente, solo por si pensabas mencionarlo, no estás enamorada de Simon Holland, lo que es una suerte porque él ni siquiera sabe que existes.

Ante la mención de ese nombre, María enderezó el cuerpo sobre la silla como si acabara de recibir una bofetada. Alan vio que hacía un esfuerzo por respirar una y otra vez por la nariz al tiempo que lo fulminaba con la mirada y supo que esa vez había ido muy lejos. Mencionar el objeto del deseo de una mujer como María, burlándose en el proceso, fue demasiado. Y supo también que no lo perdonaría con facilidad.

—María...

Ni siquiera tuvo oportunidad de empezar a disculparse porque ella lo interrumpió con un gesto de la mano y una mirada tan fría que se preguntó si solo él había sido capaz de captar el descenso en la temperatura. Luego, se incorporó con movimientos medidos, lo que le dijo que hacía un gran esfuerzo por no saltar sobre su cuello, lo que en el fondo agradeció.

—Me voy a la barra —dijo ella entonces al tiempo que tomaba su bolso y se lo colgaba al hombro sin molestarse en mirarlo—. Si Beth no viene no tiene sentido que esté aquí.

—¿Y qué pasa conmigo?

María se encogió de hombros y forzó una falsa sonrisa.

—¿Sinceramente? —dijo ella—. No podría importarme menos.

—María, lamento esto, no debí decir...

Ella no se quedó para oírlo; tan solo hizo un gesto de despedida y se marchó en dirección a la barra. Alan se quedó allí, con un gesto de

frustración en el rostro, preguntándose por qué era tan idiota y cómo era posible que la tierra no se abriera bajo sus pies cada vez que permitía que su lengua le ganara la partida. Conocía a María lo suficiente para saber que podría pedirle perdón de rodillas y ofrecer arrancarse la piel si así lo perdonara; ella no lo oiría en ese momento. Quizá después, con la conveniente intersección de Beth...

Con un suspiro, él también se puso de pie y dejó un par de billetes sobre la mesa, pero a diferencia de María se dirigió a la salida. La noche ya había terminado para él.

De no encontrarse tan molesta, María se hubiese sentido encantada de mandar todo al diablo y regresar a su cálido apartamento. Después de asesinar a Alan y arreglar que todo pareciera un accidente, claro; no sería difícil, él era algo patoso, nadie tendría por qué sospechar de ella, había un puente cercano convenientemente discreto...

Dio un resoplido al notar por dónde iban sus pensamientos y, aún más, por lo poco que le perturbaba la idea de llevar a cabo su plan. Su madre la llevaría a rastras a una iglesia tan solo por considerarlo. Ese debía de ser uno de sus problemas; le rodeaban personas demasiado propensas a juzgarla. ¿Y por qué? Porque tenía un sentido del humor algo más retorcido de lo habitual; casi blasfemo según su madre o, como decía Alan, porque no era capaz de alegrarse por la felicidad de una buena amiga. Bueno, pues sí que se alegraba por Beth, es más, estaba feliz por ella. Esperaba de corazón que su vida con David, su novio, continuara siendo tan dichosa y apasionada como lo era hasta entonces, por ella podían demostrarse su amor en cada rincón del universo con el mismo ímpetu que un par de conejos. ¿Pero era necesario que lo hicieran esa noche? ¿Su noche? Ella solo deseaba pasar un par de horas con sus mejores amigos. ¿Qué había de malo en eso? Los echaba de menos y tenía mucho acerca de lo que quería hablar. Eso no la hacía una bruja egoísta, que era como se sentía en ese momento; una bruja egoísta y envidiosa que a ese paso moriría sola.

¡Estúpido Alan!

Hubiera podido continuar lamentándose por horas o, aún mejor, pensando en diversas y dolorosas formas de matar a un amigo distraído; pero algo la puso en alerta, obligándola a prestar atención a su entorno. Algo iba mal. Bueno, quizá no mal, pero sí distinto, raro. Inquietante.

Se hizo a un lado la espesa cortina de cabello oscuro que había dejado caer ocultando su rostro y giró levemente el cuello para mirar a un lado y otro con estudiado descuido, centrándose primero en el salón en que se encontraba la mesa que había ocupado con Alan hasta hacía solo unos momentos. Barrió el área con una mirada, de la puerta acristalada de entrada a todas y cada una de las personas que disfrutaban de su cena, pero no vio nada fuera de lo común; ni ellos parecían interesados en ella ni ella encontró nada que llamara su atención. Pero la sensación de saberse observada estaba allí y aun cuando Alan y Beth dirían que lo suyo era deformación profesional, le faltarían dedos en las manos para enumerar las veces que sus instintos le habían dado la razón a la larga.

Sin alterarse, volvió su atención a la barra y miró a su izquierda. Una mujer bajita y voluptuosa parecía encontrar fascinante el contenido de su copa y sintió una punzada de curiosidad al pensar en la razón por la que se encontraría allí a solas cuando, por su aspecto, era evidente que había ido para encontrarse con alguien. ¿Tal vez la había dejado también plantada una amiga desconsiderada que no podía contener sus impulsos sexuales? María dio un resoplido al pensarlo; empezaba a rozar lo patético, se dijo con una buena cuota de desprecio dirigido a sí misma. A ese paso terminaría dando la razón a Alan y antes prefería que la despellejaran viva.

Un hombre corpulento estaba sentado en un taburete a su derecha; era tan voluminoso que le obstruía buena parte de su campo de visión, por lo que tuvo que inclinarse hacia delante para intentar ver tras él, pero con eso solo consiguió atraer su atención y se ganó una sonrisa halagada que la obligó a regresar a su posición inicial. Lo último que necesitaba. Dar la impresión de que estaba ligando. ¿Es que esa noche no podía más que empeorar? A fin de quitar a su vecino de barra esa impresión equivocada, hizo un gesto al barman para que le sirviera una bebida, fijando su mirada en la hilera de botellas cuidadosamente dispuestas en los estantes que semejaban ondas marinas. No lo había notado hasta entonces, pero el bar tenía un cierto aire mediterráneo que le pareció fascinante y que hubiera estado encantada de admirar en otras circunstancias. Cuando no se sintiera vigilada, por ejemplo, rumió entre dientes. Porque la sensación continuaba allí, solo que ahora era más intensa y empezaba a encontrarla molesta.

Rendida y sabiendo que no se quedaría tranquila mientras no obtuviera una respuesta, tomó la copa que el barman acababa de dejar frente a ella y bebió el contenido de un trago al tiempo que se ponía de pie con un

movimiento resuelto. El hombre a su derecha esbozó una sonrisa en cuanto vio que se dirigía en su dirección, pero esta se borró tan pronto como María lo rodeó para encaminarse al rincón más alejado de la barra que permanecía en la semioscuridad por el efecto de las luces en el local. Al caminar hacia allí, reparó de inmediato en el cuerpo recostado contra la pared. ¡Bingo!

En defensa del hombre, podía decir que no era de los que bajaban la mirada o se mostraban avergonzados al verse descubierto. Tampoco era de los presumidos que adoptaban una actitud arrogante como si esperara que le dieran las gracias por haber mostrado interés en una mujer que tenía las bastantes agallas para ser ella quien se acercara a él al saberse observada. Por el contrario, su posición y actitud no varió ni un ápice al verla frente a él, apenas elevó levemente una ceja y esbozó la sombra de una sonrisa. María no pudo decir si se encontraba divertido o asombrado; suponía que un poco de ambos, pero en absoluto incómodo.

Se permitió observarlo en profundidad antes de decir una palabra. Por una parte, algo muy en el fondo la alentó a intentar borrar parte de ese gesto desenfadado, porque era obvio que no lo había alterado como habría deseado, y por otra, qué sentido tenía negarlo, había mucho que mirar y no era para nada desagradable.

Era alto. Mucho. A pesar de encontrarse sentado con el cuerpo inclinado hacia adelante y las largas piernas flexionadas y apoyadas en los salientes del taburete, supo sin asomo de duda que, de encontrarse de pie, le sacaría fácilmente unos veinte centímetros, lo que no le hizo mucha gracia; ella no era precisamente pequeña y siempre lo había considerado una ventaja en su profesión. Llevaba el cabello bastante corto, lo que acentuaba la dureza de sus rasgos y de sus ojos, que por más que lo intentó no supo si eran verdes o azules; incluso vio un chispazo de gris en ellos cuando él ladeó el rostro y el brillo de una lámpara sobre su cabeza le dio de lleno en el rostro. Tenía toda la pinta de un boxeador en actividad, se dijo María entonces al notar una cicatriz muy marcada en su ceja derecha y la sombra de la barba que necesitaba una afeitada a gritos; pero sobre todo lo supuso por su complexión. Era ancho de hombros, de brazos largos y un torso musculado que resaltaba incluso a través de la camisa holgada que llevaba. ¿Por qué diablos se le quedaba mirando un tipo como aquel?

Dejó pasar todo un minuto una vez que terminó su inspección tan solo por el poco amable deseo de fastidiarlo tanto como le fue posible. Él la había estado observando sin mucha discreción, ¿no? Bien, podía mostrarle cómo se

sentía.

Una vez que se dio por satisfecha pese a que él no esquivó su mirada ni pareció encontrar incómoda su actitud, apoyó un codo sobre la superficie de la barra y se llevó la mano libre a la cintura en ademán desafiante.

—¿Y bien? —preguntó ella.

María no sabía lo que esperaba al hacer una pregunta, quizá que él se disculpara por su actitud o que se mostrara un poco intimidado por su rudeza, pero lo que no imaginó fue que ampliara la sonrisa o que la recorriera de pies a cabeza con el mismo descaro con el que ella acababa de hacerlo, asintiendo con actitud satisfecha al volver la mirada a su rostro.

—Impresionante —indicó él al cabo de un momento—. Realmente impresionante.

La respuesta surgió tan sincera y carente de malicia, con una voz profunda que le pareció tal y como la habría imaginado de haberse permitido pensar en ella, que María no pudo contener una sonrisa divertida. Era ocurrente. Podía reconocer eso.

Él pareció encantado con su reacción; la sonrisa se acentuó en sus labios dotándole de un aire travieso que lo hizo lucir más joven de lo que le había parecido. Antes de que María atinara a decir nada, sin embargo, él se puso de pie, confirmando su primera impresión de que era mucho más alto que ella, y estiró un brazo para acercarle un taburete que puso al lado del que ocupaba. María notó entonces que llevaba buena parte del antebrazo tatuado, pero solo alcanzó a distinguir algunos símbolos que le resultaron completamente extraños. De cualquier forma, ya había pasado la parte de la inspección y no podía quedársele mirando de nuevo, por lo que permaneció de pie sin atinar del todo a reaccionar por un instante. ¿Debía irse? Su intención al ir hacia allí había sido descubrir si estuvo en lo cierto al saberse observada y descubrir a quien fuera responsable de ponerla en alerta; pero ahora no pudo evitar sentirse tentada a quedarse.

A pesar de lo que podrían pensar los que no la conocieran a fondo y se dejaran llevar tan solo por la actitud de arrojo y altanería que acostumbraba adoptar, era menos atrevida que eso. Definitivamente no acostumbraba abordar extraños en los bares y mucho menos entablar conversación así porque sí. No porque no lo deseara a veces, era solo una muestra de un saludable sentido común. ¿Qué sabía ella de un hombre como aquel o cualquier otro de su tipo? Podía ser un asesino en serie, y aun cuando se consideraba bastante capaz de defenderse a sí misma, había sido educada para

no tentar al peligro. ¡Si incluso daba lecciones al respecto!

Al mirar nuevamente a los ojos del hombre, sin embargo, que en ese momento le parecieron sin duda tan verdes como el cristal del jarrón favorito de su madre, se dijo que había poca malicia en ellos. Tan solo una buena cuota de interés, nada que no hubiera visto antes. Y como hubiera sido hipócrita de su parte no reconocer que ella también sentía curiosidad, decidió apartar sus escrúpulos y se dejó caer sobre el taburete tras lanzarle una nueva mirada. ¡Qué diablos! No tenía nada mejor que hacer de todas formas.

Él asintió sin decir nada al verla sentarse e hizo un gesto al barman para que le sirviera una bebida, pero ella hizo un gesto de negación que obligó al hombre a dar media vuelta y volcar su atención en un grupo que acababa de llegar. Tal vez estuviera siendo más atrevida de lo usual, pero no pensaba beber con un completo extraño. Cuando lo vio entreabrir los labios para decir algo, elevó una mano para detenerlo.

—¿Podemos saltarnos la parte en la que me preguntas si nos hemos visto antes, cuál es mi signo zodiacal y todo eso? —pidió ella con una sonrisa burlona.

Él se quedó un momento en silencio y María tuvo finalmente la satisfacción de saber que lo había sorprendido. ¡Bien por ella! La impresión no duró mucho, sin embargo, porque él asintió al cabo de un par de segundos sin dejar de sonreír; incluso pareció complacido, lo que ella no supo decir si era bueno o malo. En cualquier caso, no tuvo tiempo para pensarlo mucho, porque él se encogió de hombros y le dirigió una nueva mirada, esta vez más cálida y apreciativa.

—De acuerdo —aceptó él—. Nunca me ha parecido una manera muy inteligente de entablar conversación de cualquier forma.

—Pero te ha resultado.

Él recibió sus palabras con un ligero asentimiento y ojos brillantes. Curioso, ahora se veían azules.

—Excepto lo del signo zodiacal. Suena un poco tonto.

—La mayoría de los hombres no estarían de acuerdo.

—No soy como la mayoría de los hombres.

María sonrió e hizo una mueca burlona.

—Eso es algo que la mayoría dice también —replicó ella haciendo gala de la falta de tacto que su madre siempre criticaba—. Pero no te sientas mal, estoy segura de que no es a propósito.

Él no se mostró ofendido por el soterrado insulto; por el contrario,

pareció divertido, lo que María no supo si tomarlo como un insulto. Jamás se había considerado del tipo gracioso.

—¿Siempre te comportas así? —preguntó él entonces señalándola con un gesto.

—¿Cómo así?

—Como si estuvieras a punto de morder.

María frunció el ceño y se llevó una mano al mentón en un ademán instintivo.

—¿Perdón? —preguntó ella.

—No lo digo por ofender; está bien, puedo entender que ese sea tu carácter, también me pongo a la defensiva con los extraños.

Por alguna razón, sus palabras hicieron poco por aplacarla; al contrario, solo consiguieron que se mostrara aún más irritada.

—Disculpa, ¿estás intentando hacer un juicio de mi carácter? —María encuadró los hombros y se dirigió a él en un tono poco amable—. ¿Basado en que me conoces desde hace... no sé, tres minutos?

El hecho de que él no pareciera en absoluto alterado, sino que la viera como si fuera algún tipo de criatura de lo más interesante, no ayudó mucho.

—No estoy intentando juzgarte, fue solo un comentario...

—¡Qué curioso! Porque fue justamente así como sonó.

—¿Por qué estás tan enojada? ¿Es por la pelea?

Fue el turno de María para mostrarse sorprendida.

—¿Qué pelea? —preguntó ella.

Él señaló en dirección a la zona de las mesas con un gesto de la cabeza.

—La que acabas de tener con tu... ¿tu amigo? —intentó adivinar él.

María contuvo un resoplido al comprender. La había visto discutiendo con Alan, claro; quizá fuera eso lo que llamó su atención en primer lugar; pero entonces cayó en la cuenta de algo que le pareció extraño.

—¿Por qué no podría ser mi novio? —preguntó ella con el ceño fruncido.

Él descartó la posibilidad al encogerse de hombros.

—No puedo imaginarte saliendo con un hombre como él.

María se envaró en el asiento como si la hubieran asaltado con una descarga eléctrica. Tal vez estuviera aún enfadada con Alan, y sabía que el enojo le duraría semanas, pero nadie ofendía a un amigo suyo en su presencia.

—¿Y qué tiene él de malo? —preguntó sin ocultar su molestia.

—No recuerdo haber dicho que hubiera nada de malo en él —respondió él con simpleza.

—Dijiste que no me imaginas saliendo con un hombre como él. ¿Por qué sería eso?

Él esbozó una suave sonrisa y vaciló un instante antes de responder, pero cuando lo hizo mantuvo su mirada obligándola a que ella hiciera otro tanto.

—Porque parece demasiado amable —respondió él tras encogerse nuevamente de hombros y continuando sin parecer arrepentido por lo sincero de su respuesta—. Si intentaras morderlo, como parece que quieres hacer conmigo ahora, lo devorarías y escupirías sus huesos sin pestañear. Y me dio la impresión de que te importa demasiado para hacerle algo como eso.

Sus hermanas dirían que él merecía vivir solo por haber sido capaz de dejarla con la boca abierta durante tiempo suficiente para que, al notarlo, se sintiera como una verdadera idiota, se recordó cuando sintió el impulso de saltarle al cuello. ¡Cómo se atrevía!

—¿Cómo puedes decir algo así? ¿Estás loco? —ella habló con los dientes tan apretados que sintió que podría quebrárselos por la fricción—. ¿Es así como intentas conquistar a las mujeres?

Él se llevó una mano al corto cabello y la miró con algo muy parecido al desconcierto.

—¿Es eso lo que piensas que estoy intentando hacer? ¿Conquistarte? —preguntó él con una sonrisa que, aunque inofensiva, a ella le pareció odiosa.

—¿Y por qué otra razón me estarías mirando de la forma en que lo hacías? —inquirió María a su vez.

Él se encogió de hombros en un gesto que, considerando lo poco que lo conocía, empezaba a encontrar de lo más molesto. Era demasiado indiferente y ella no estaba acostumbrada a que las personas se mostraran de esa forma con ella. Para bien o para mal, María Cabrera siempre despertaba sentimientos extremos; la amaban o la odiaban, pero nadie se mostraba indiferente en su presencia. Excepto él, al parecer. Idiota.

—Tenía curiosidad —respondió él, sin parecer consciente de lo mucho que le afectaba su actitud—. Te vi sentarte en la barra después de discutir con él y me pareció que parecías tan...

—¿Tan qué?

Fue la primera vez que lo vio titubear hasta entonces, como si no estuviera seguro de si debía decir lo que pensaba, lo que considerando la

clase de cosas que le había dicho hasta entonces sin vacilar debía de haberla asustado, pero estaba demasiado disgustada para eso, de modo que acompañó su pregunta hecha en tono altanero con un gesto del mentón, alentándolo a responder. Él, al final, lo hizo, pero para su sorpresa esquivó su mirada fijándola en el vaso que sostenía entre los dedos.

—Triste —dijo él en un tono bajo que la obligó a inclinarse un poco para oírlo—. Se te veía realmente triste.

María echó el cuerpo hacia atrás como si acabara de recibir un golpe en el estómago; incluso hubiera podido asegurar que se le cerraba la garganta tal y como pasaría si se hubiera quedado sin aire debido al impacto.

—Yo no...

Quería decirle que estaba totalmente desquiciado, que no tenía idea de cómo era capaz de decir algo tan ridículo; no la conocía en absoluto, ¿cómo iba a asegurar algo así con esa seguridad? Ella no estaba triste; jamás se sentía de esa forma. Tal vez no fuera la persona más alegre del mundo, todos los que la conocían un poco lo sabían, de acuerdo, ¿pero triste? ¿Qué sabía él de ella? No tenía ningún motivo para sentirse... triste. ¿Y había llegado a esa conclusión solo porque la vio discutir con un hombre que podía ser o no su novio y porque luego se sentó un rato en la barra como cualquier otro ser humano? Pero dio igual que no encontrara las palabras con las que responderle, porque él siguió hablando.

—No estoy diciendo que no te encuentre atractiva. Claro que lo eres y es obvio que lo sabes; pero no fue por eso por lo que te estuve mirando—dijo él con absoluta tranquilidad ante su silencio—. Lamento si te di una impresión equivocada.

El hecho de que se disculpara, y que además pareciera sincero solo consiguió enfurecerla más. Antes de que supiera lo que hacía, estaba de pie frente a él con las piernas entreabiertas y una de sus manos sobre la barra; la tenía hecha un puño y apretaba tan fuerte el borde que era un milagro que no hubiera arrancado un trozo de madera. No podía recordar cuándo se sintió tan humillada.

—No te preocupes, no me he equivocado contigo —ella habló con un falso tono cargado de dulzura que hubiera podido cortar el aire—. Desde el primer momento en que te vi supe que eras un idiota y ahora solo lo has confirmado. Supongo que debería estar agradecida.

Él sacudió la cabeza de un lado a otro y María supo que estaba siendo injusta, pero no le importó. La había herido y lo peor era que él no tenía idea

de cuánto o por qué.

—Y solo para que lo sepas —continuó ella, hablando demasiado rápido y con una inflexión ansiosa que restaba credibilidad a sus palabras—: No estaba triste, y aun si hubiera sido así, eso no es asunto tuyo.

Él la imitó al ponerse de pie y, solo por un instante, María se sintió lo bastante intimidada por su altura y aspecto como para dar un pequeño paso hacia atrás, pero se recuperó con rapidez y elevó el mentón en un gesto desafiante. Él, sin embargo, no pareció notarlo o simplemente no le importó, porque esbozó una sonrisa torcida y acortó aún más la distancia entre ellos. Para quienes los vieran desde el otro lado de la barra, podrían ser una pareja que estaba a punto de marcharse y que no podían mantenerse alejados el uno del otro. Él inclinó el rostro hacia ella y María pudo sentir el calor de su aliento sobre la frente, pero no bajó la mirada, inhalando por instinto para absorber su olor, una mezcla a sudor y whisky que le provocó un estremecimiento.

—Sí lo estabas —replicó él con ese tono grave que empezaba a resultarle familiar y que reverberaba en sus oídos—. Y lo estás incluso ahora mientras finges que no es así; pero te diré algo: la tristeza no puede esconderse, se fija en el alma y siempre está allí, en los ojos. Basta con verte para saberlo.

—Eso es lo más...

María estaba por decirle que era lo más ridículo que había escuchado en su vida, que de qué galleta de la fortuna lo había sacado, pero él no le dio tiempo porque se hizo a un lado y, después de rebuscar en sus bolsillos dejó caer un billete sobre la barra.

—De nuevo, lamento haberte molestado, no fue mi intención.

Ella advirtió entonces una cadencia en su voz en la que no había reparado hasta entonces. Un acento suave que le recordó a las notas de un violín mal afinado, pero que tocaba una melodía alegre. Hizo a un lado los pensamientos al reparar en lo absurdos que eran. ¿Violines? ¿En serio? De pronto se sintió muy cansada, como si todo el agotamiento y el estrés acumulado durante el día cayera sobre ella de golpe. Ese encuentro solo había sido el remate perfecto para un día horrible, y en lo único que podía pensar era que quería meterse en su cama y dormir durante una semana.

—¿Sabes qué? —María relajó sus manos y se encogió de hombros—. No me importa y a ti tampoco tendría por qué.

—De acuerdo.

Ella rodeó el taburete para alejarse, dejando en claro que deseaba marcharse.

—Diría que fue un gusto, pero...

Él elevó una ceja, sonriente.

—Me queda claro.

—Bien —María se permitió una sonrisa cargada de mofa—. ¿No te alegra que no volvamos a vernos nunca?

Él vaciló una vez más, la segunda en los últimos cinco minutos, y cuando respondió lo hizo mirándola directamente a los ojos sin parpadear.

—Me gustaría decir que sí.

María sintió su garganta seca y, por increíble que fuera, no consiguió sostener su mirada; en lugar de ello, ladeó el rostro, se acomodó la correa del bolso al hombro y dio media vuelta para marcharse, caminando hacia la salida sin voltear una sola vez.

Al parecer, los días malos iban a convertirse en una constante en la vida de María, le gustara o no. Después de una noche para el olvido, llegó a su apartamento y se dejó caer sobre la cama sin molestarse siquiera en quitarse los zapatos. El problema fue que, pese a encontrarse tan exhausta, pasó horas despierta pensando en todo lo ocurrido en las últimas horas: su discusión con Alan, su disgusto con Beth, pero sobre todo el encuentro con el extraño en la barra. Para cuando logró quedarse dormida era casi de madrugada y como si eso no fuese suficiente solo consiguió un sueño alterado en la que la acosaron imágenes de símbolos extraños sobre una piel brillante y una voz que martilleaba en sus oídos como un maldito trueno en una tormenta. Cuando la despertó el sonido del despertador estuvo a punto de darle de golpes. Se sentía como si no hubiera dormido ni cinco minutos.

Tenía que ponerse de pie, sin embargo, o iba a llegar tarde al trabajo. Después de darse una ducha con agua fría, lo que le ayudó a despertar del todo, se vistió con unos pantalones, camiseta y una chaqueta oscura, un conjunto que se había convertido prácticamente en una especie de uniforme que le hacía mucho más sencilla su vida por las mañanas. Tal vez variara poco, pero sin duda era mil veces mejor que el anterior que debía usar antes de ser ascendida. La asaltó un escalofrío al recordar el traje azul que, en su opinión, no la diferenciaba mucho de un Avatar, y dio gracias por no tener

que ponérselo nunca más. Antes de dejar el apartamento bebió una taza de café y se detuvo un segundo en el umbral de la puerta para echar un vistazo alrededor al tiempo que tomaba las llaves de un estante.

No estaba mal. Nada mal.

Con veintiocho años tenía un lugar propio en una zona bonita de la ciudad; bueno, lo sería del todo cuando terminara de pagar la hipoteca, pero no faltaba mucho para eso, y no muchas personas de su edad podían decir eso. Mientras se despedía con un gesto de la mano del hombre encargado de vigilar el estacionamiento del edificio, maniobrando para sacar el coche, se dijo que sin duda era afortunada. Al ver su reflejo en el espejo retrovisor, asintió satisfecha. ¿Triste ella? No tenía un solo motivo para estarlo.

Beth decía con frecuencia que María conducía como un miembro frustrado de la cuadrilla de *Fast & Furious*, y era posible que tuviera razón. Hizo el trayecto a la estación en tiempo récord y comprobó que le quedaban unos segundos para arreglar su alborotado cabello antes de entrar corriendo al ascensor. Una vez que las puertas se cerraron ante ella, comprobó una vez más la hora y suspiró, agradecida; no llegaría tarde. Tal vez el día no fuera tan mal, después de todo.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el siguiente piso, se dijo que había cantado victoria demasiado pronto al tiempo que forzaba una sonrisa tirante al ver al hombre que se apresuró a entrar. Él, a diferencia suya, le sonrió con amabilidad mientras asentía en señal de saludo. Llevaba un legajo de papeles en una mano y balanceaba un vaso de cartón que despedía un agradable aroma a café en la otra. Parecía haber interrumpido su lectura para entrar al ascensor, porque tan pronto como las puertas se cerraron volvió su atención a sus papeles y María aprovechó para observarlo con discreción.

Como siempre, llevaba el espeso cabello castaño un poco largo y este le rozaba el cuello de la inmaculada camisa bajo la chaqueta del traje que le ajustaba a la perfección. Iba bien afeitado, con expresión alerta, como si llevara horas trabajando y no acabara de llegar, lo mismo que ella. María se preguntó no por primera vez cómo conseguía verse tan capaz y afable sin importar las circunstancias; incluso en ese momento, mientras leía con el ceño fruncido como si algo le inquietara seriamente, tuvo la seguridad de que encontraría la forma de darle la vuelta a lo que fuera que le preocupaba. Irradiaba una serena confianza en sí mismo, algo que en el fondo envidiaba y procuraba imitar, aunque sus resultados no fueran muy impresionantes. Lo miró de nuevo entre las pestañas veladas, recordándose que no tenía derecho

a verlo de esa forma y que si él la atrapaba mirándolo con cara de boba solo haría el ridículo. Por fortuna, otra de sus particularidades era que podía ser muy distraído, como se recordó poniendo los ojos en blanco.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, él se apresuró a cederle el paso y María se adelantó reteniendo un suspiro. ¿Por qué tenía que ser así? Ella hizo amago entonces de alejarse y acelerar hasta su oficina para darse de golpes contra la puerta por no ser capaz de actuar como una adulta, pero él la llamó y no le quedó otra alternativa que seguirlo en dirección a su oficina.

La estación de policía de Boston tenía cinco pisos y las oficinas de los detectives se encontraban en el cuarto. Todas eran más bien pequeñas, con lo justo para albergar a dos personas ya que acostumbraban trabajar así, en parejas, aunque María acababa de ser ascendida hacía unos meses y la habían destacado para que rotara con los detectives veteranos mientras adquiría la suficiente experiencia para trabajar con un compañero. Esa posibilidad no la tentaba; era de las que preferían conducirse sola y no depender de otra persona, en especial en una labor tan delicada como la suya, pero no tenía opción y era consciente de que en cualquier momento le asignarían a alguien. Solo esperaba que no fuera Peterson, uno de sus antiguos compañeros de la academia, que no tenía idea cómo había sido ascendido a detective. El pobre hombre no era capaz de darle a un blanco en movimiento aunque su vida dependiera de ello.

La oficina del capitán del distrito era la única de dimensiones respetables y fue allí hacia donde se dirigió, a solo unos pasos del hombre que, nuevamente, se apresuró a hacerse a un lado para dejarla pasar.

Lo mismo que sus compañeros, María entraba con frecuencia a esa oficina; tenía que pasar por allí al menos un par de veces al día para recibir sus asignaciones o hacer alguna consulta respecto a los casos que llevaba, pero siempre la sorprendía lo cálido del ambiente allí. No era algo que uno esperara encontrar en un lugar como aquel. Pero claro, su ocupante no era tampoco un hombre muy común. No, el capitán Simon Holland era especial, lo que tal vez explicara que María no pudiera evitar sentirse tan atraída por él; una soberana tontería de su parte, claro.

Holland se había ganado su posición a pulso y había pocos hombres en el departamento tan respetados; pero él apenas parecía notar la admiración que despertaba. Era más bien modesto y estaba del todo volcado a su labor en el distrito, al menos cuando no se encontraba en su hogar con su preciosa esposa a la que obviamente adoraba, recordó María al ver las fotografías

sobre el escritorio. Había tres, y en dos de ellas aparecían ambos tomados de la mano o abrazados; en la segunda él la contemplaba embobado sin remedio el día de su boda, un año antes. La otra era un retrato de toda su familia, con su hermano, su cuñada y sobrina, según sabía.

—Acaba de entrar al equipo de natación.

María levantó la cabeza como si la hubieran picado y se encontró con la mirada divertida de Simon, que dejando de lado su acostumbrada distracción había reparado en que observaba las fotografías con curiosidad, pero no se vio en absoluto molesto por su actitud. Por el contrario, le hizo un gesto para que ocupara la silla frente al escritorio mientras él se dejaba caer sobre la suya en el cabecero.

—Lily, mi sobrina. La han aceptado en el equipo de natación de su escuela este año —aclaró él, y María pudo percibir el orgullo en su voz—. Está feliz, lleva tres cursos haciendo las pruebas.

María se sentó muy erguida, pero procuró relajar un poco su postura y sonrió, asintiendo.

—Bien por ella —dijo, con una nueva mirada a la fotografía; la niña era muy bonita y tenía una sonrisa contagiosa.

—Sí, me esperan varias competiciones a las que ir en lo que resta del año —comentó él—. ¿Estuvo en algún equipo durante su época en la escuela, agente Cabrera?

Él siempre se dirigía a sus subordinados con un trato más bien formal, excepto con aquellos que conocía de la época en que fue un oficial más. Con María y los otros que llevaban poco tiempo en el cuerpo era algo más ceremonioso, algo que ella siempre había apreciado; ya tenía que soportar malas bromas de los agentes más veteranos que en un inicio habían intentado intimidarla como hacían siempre con los novatos. Al comprender que no había respondido a su pregunta, carraspeó suavemente y asintió.

—Atletismo —dijo ella, sin profundizar en el tema.

Simon debió de comprender que no obtendría mucho más de ella en una conversación amistosa, porque asintió y puso el semblante serio, adoptando una actitud más grave. María supo que estaba a punto de enterarse del motivo por el que la había invitado a su oficina tan temprano, y lo que fuera, parecía importante.

—¿Recuerda el último robo en el Museo de Bellas Artes hace un par de semanas, agente? —preguntó él en tono serio.

María asintió de inmediato, atenta, instándolo a continuar.

—Como sabrá, un guardia del museo fue asesinado y robaron una importante pintura que aún no hemos conseguido recuperar. A decir verdad, estamos muy lejos de hacerlo; el robo estuvo bien organizado y ni siquiera la oficina de forenses ha dado con ninguna pista que nos sea útil.

—Lo sé, y ellos están furiosos por eso —indicó María, con más énfasis del necesario, pero no pudo evitarlo.

Simon cabeceó en señal de comprensión. Sabía, lo mismo que buena parte del distrito, que María era buena amiga de un par de agentes forenses; en más de una ocasión había servido de enlace con ellos y lo tomaban como una ventaja que muchas veces les permitía conseguir resultados con mayor rapidez.

—Sé que hacen lo mejor que pueden y nosotros también —se apresuró él a decir—. Pero este es un caso engorroso y creo que puede estar relacionado con otros robos que se han dado en los últimos meses, quizá más. Hasta ahora no habíamos tenido un asesinato de por medio, sin embargo, y no tengo que decirle lo delicado que es esto, si estoy en lo cierto y los criminales son los mismos, acaban de cruzar una línea que los convierte en incluso más peligrosos. ¿Comprende?

María meditó sus palabras un momento y asintió suavemente al entender a qué se refería. En realidad, estaba bastante claro. Los ladrones, por sofisticados que fueran sus blancos, eran una cosa, pero unos asesinos eran algo completamente distinto. El arrebatarse la vida de una persona con la sangre fría que habían mostrado en aquel lugar, según recordó al rebuscar en su memoria los detalles del caso, hablaba de una personalidad psicópata que una vez desatada era difícil de contener. No se cortarían para hacerlo de nuevo, eso era seguro.

—Lo entiendo, señor —respondió ella cuando cayó en la cuenta de que no había dicho nada—. ¿Pero no tenemos ninguna pista en absoluto? ¿Un sospechoso? Tal vez la oficina del fiscal...

Holland asintió, pesaroso, sin verse muy animado por sus preguntas.

—Estamos en ello —explicó él—. Tengo algunas ideas, pero aún nada claro y no quiero hablar al respecto mientras la fiscalía no nos facilite alguna información que necesitamos para aclarar el panorama. No tengo que decirle lo complicado que puede ser eso a veces.

María no tuvo otra opción que no fuera asentir una vez más. ¡Vaya que lo sabía! Había perdido la cuenta de las veces en que se había dado de bruces en medio de sus tratos con la fiscalía; los fiscales podían ser huesos duros de

roer y no siempre colaboraban con los detectives como a ella le hubiera gustado. Tenía buenos amigos allí, pero eso no la cegaba a los problemas en su relación profesional.

Simon vaciló un momento antes de continuar, y cuando lo hizo, fijó la mirada en su rostro con expresión alerta.

—He pensado que me gustaría asignarle este caso —dijo él, atento a su reacción.

María lo miró con los ojos muy abiertos y sintió un leve sudor en sus manos cruzadas sobre el regazo. ¿Estaba hablando en serio? Como supuso que su voz brotaría chillona por la emoción, carraspeó suavemente y procuró que él no advirtiera lo mucho que le habían impactado sus palabras.

—¿Está seguro? —preguntó ella.

Simon se encogió de hombros.

—Sé que los últimos meses no han sido fáciles para usted. También pasé por eso cuando me ascendieron; uno espera una línea de carrera más emocionante y en lugar de ello se ve en la necesidad de empezar de cero, pero espero que comprenda que es necesario. Ser parte del cuerpo de policía no es sencillo y significa un gran honor, pero aquí, entre detectives... las cosas son distintas y supongo que ya debe de haberlo notado.

María asintió con fervor. Había pasado años, desde su salida de la academia, haciendo rondas y participando en esporádicas redadas como un peón más dentro de ese gran grupo de hombres y mujeres de uniforme azul que, por mucho que arriesgaran cada día, incluso sus vidas, nunca tenían una participación del todo satisfactoria en los casos, la capacidad de decidir, de dar un paso más allá y hacer la diferencia. Eso era lo que ella había deseado siempre. Por eso desafió a sus padres al escoger una carrera tan peligrosa y por eso se había quemado las pestañas sin dejar de estudiar para pasar los exámenes como una de las más jóvenes de su grupo. Tal vez Simon Holland le pareciera especial, pero tenía una autoestima lo bastante saludable para reconocer que ella también lo era.

—Esta es la clase de caso que creo que podría ser beneficioso para usted —continuó él, al parecer satisfecho por su reacción—. Tenemos pocas pistas, de modo que empezamos de cero y tendrá que llevar todo el proceso de inicio a fin. Si las cosas resultan bien, tendrá un excelente arresto que sumar a su expediente, pero sobre todo crecerá en el cuerpo y adquirirá la experiencia que necesita.

El sudor en las palmas de María se incrementó y tuvo que hacer un

esfuerzo para no frotar las manos contra sus piernas.

—¿Entonces el caso es mío? —preguntó ella, ansiosa.

Simon esbozó una pequeña sonrisa.

—En parte —respondió él con una ceja alzada.

—¿Qué quiere decir?

—No podría permitir que trabajara sola en algo como esto; sabe que nunca lo hacemos, sin excepción. Necesitará a un compañero tan capaz como usted para llevarlo, y ambos tendrán que responder ante mí, claro.

María sintió que parte de su emoción empezaba a desaparecer. ¿Un compañero? Sabía que iba a tener que pasar, pero no esperaba que le asignaran a alguien cuando tenía su primer gran caso. Solo le quedaba rogar al cielo porque no se tratara de Peterson, se dijo al llevarse una mano a la medalla que llevaba colgada al cuello. Era una efigie de la Virgen de Fátima, de la que su madre era una ferviente devota. María no lo era tanto, pero tocarla en momentos en que se sentía ansiosa se había convertido en una manía que nunca se había molestado en intentar erradicar.

—¿Es Paterson?

La pregunta surgió sin poder evitarlo y su voz sonó tan lastimera que el capitán le dirigió una mirada severa, algo poco habitual en él.

—El agente Paterson ya fue asignado a otro caso, pero habría tenido suerte de contar con él —dijo él con una inflexión de advertencia.

María tuvo la nobleza de mostrarse apenada y asintió en silencio. Simon relajó el semblante y se permitió una pequeña sonrisa al continuar.

—Su compañero acaba de llegar al distrito; le dieron la orden de traslado hace un par de días. Viene de...

—¿Un novato?

El capitán acogió la interrupción con un resoplido y María tuvo que morderse la lengua.

—Viene de Nueva York —completó él, asumiendo un tono autoritario que la obligó a escuchar en silencio—. Tiene una hoja de servicio impecable y mucha más experiencia que usted; es muy afortunada de que ambos se encontraran en la necesidad de un compañero, aprenderá mucho de él.

María contuvo el deseo de preguntar por qué lo habían trasladado si se trataba de semejante modelo de virtudes. Seguro que el capitán no apreciaría el sarcasmo. En lugar de ello, asintió, pensativa y en espera de que Holland continuara, lo que hizo tras dirigirle una mirada curiosa.

—Hay algo que quiero comentarle; podría decir que es más bien una

recomendación —comentó él, cauto—. He notado que tiene un carácter un tanto... peculiar.

—¿Quién? ¿El nuevo?

Simon sonrió suavemente al oírla y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No estoy seguro, aún no lo conozco bien. Me refería a usted —indicó él—. Puede ser muy vehemente, agente Cabrera, lo que a veces viene bien en una profesión como esta, pero también supone algunos riesgos que no tiene por qué correr. Su trabajo ya es peligroso y tiene que considerar que ahora no trabajará sola; la vida de su compañero estará muchas veces en sus manos y debe asegurarse de tomar las decisiones correctas sin que sus impulsos le ganen la partida. Él tendrá que hacer lo mismo por usted, claro.

María frunció el ceño al oírlo y apenas consiguió contener el gesto de fastidio que afloró a sus labios. Daba igual que no fuera la primera vez que oía un comentario como ese; sus instructores se habían encargado de dejarlo muy en claro en sus evaluaciones: *La oficial Cabrera es un elemento admirable cuando no permite que la supere su temperamento*. Se lo sabía de memoria, pero eso no lo hacía menos molesto, en especial viniendo de Holland. Sabía que era una niñería, pero no soportaba que él la criticara.

—No intento hacerle reproches —continuó él como si fuera capaz de leer sus pensamientos, lo que era aterrador—. De lo que se trata es que sea consciente de todo lo que pueda mejorar; al final, eso la convertirá en la detective que quiere ser.

Como no encontró nada que objetar a un comentario tan razonable y conciliador, a María no le quedó más opción que asentir.

—El detective Flynn está muy lejos de ser perfecto, así que no debe pensar que lo he asignado con usted para que le sirva de ejemplo; la idea es que cada uno saque lo mejor del otro. Es así como funciona el trabajar con un compañero.

María advirtió un leve rastro de nostalgia en la voz de Holland y eso le ayudó a hacer a un lado su malestar para mirarlo con curiosidad. Parecía estar recordando algo, quizá a uno de sus propios colegas. María recordaba que poco antes de ser ascendido a capitán, cuando ella era aún una oficial más que lo veía desde lejos, él tenía por compañero a un viejo agente que vivía rezongando y quejándose por todo; su apellido era Lancaster, si no recordaba mal. Según sabía, el detective cometió algunos errores al final de su carrera que lo obligaron a jubilarse antes de lo debido. Por alguna razón, Holland parecía echarlo de menos; tal vez fuera un buen amigo, además de

compañero. Al parecer, eso era lo que él esperaba que pasara con ella y su recién estrenado camarada. ¿Flynn, había dicho? ¿Eso era un nombre o un apellido? Como fuera, si el capitán esperaba que se convirtieran en mejores amigos estaba muy equivocado. Pero eso no lo dijo, claro.

—¿Y dónde está él?

Su pregunta pareció sobresaltar a Holland, regresándolo al presente. Miró su reloj y frunció levemente el ceño al mirar en dirección a la puerta entreabierta.

—Llegó hace una hora; lo dejé en el almacén para que le entregaran su arma reglamentaria, ya debería de haber subido —él volvió su atención a María.

—Pues por lo pronto sabemos que no es muy puntual —dijo ella, sin poder evitarlo, con lo que solo se ganó una mirada de reproche de su capitán—. Lo siento, estaba bromeando. Solo quería...

Ninguno supo qué era lo que María había querido decir en realidad, lo que tal vez fue una suerte, porque ella tampoco lo tenía muy claro. Un estruendo llegó a ellos del piso inferior, sobresaltándolos, y ambos se pusieron de pie encaminándose a la salida tras intercambiar una mirada de preocupación. Los alborotos no eran algo fuera de lo común en la comisaría; los detenidos eran llevados al sótano después de ser fichados en las oficinas del primer piso, algunos de ellos incluso pasaban de allí a la corte donde eran procesados. Pero debido a nuevas disposiciones del comando, estaban en la obligación de ser más considerados de lo que los criminales merecían, de modo que procuraban evitar esa clase de disturbios. Lo último que necesitaban era a un asesino denunciando a un oficial por abuso de autoridad. María, lo mismo que sus compañeros, había recibido la novedad con muchas muestras de indignación; si no podían hacer sentir su mando, las cosas se podían salir de control con mucha facilidad, exponiendo a los agentes a un peligro innecesario.

Por lo que ella y Holland alcanzaron a oír según bajaban las escaleras con rapidez, ignorando el ascensor, al parecer uno de sus compañeros estaba dejando en claro lo que pensaba de esa nueva regla.

Para cuando llegaron al primer piso y corrieron a la recepción, el ruido ya había disminuido lo suficiente para intentar comprender lo que había ocurrido, aunque el jaleo estaba lejos de haber terminado. El buen Peterson, aunque mal tirador, era robusto como un toro, así que no tenía problemas para sujetar a un par de mujeres que se revolvían y daban de voces como si

las estuvieran matando en lugar de mantenerlas quietas con poca brusquedad. María no consiguió entender una palabra de lo que decían; ambas parecían llevar una borrachera de varios días y, por su aspecto, a pesar de la hora, tal vez acabaran de llegar de una buena fiesta. Pero el objeto de todas las miradas no parecían ser ellas, por mucho ruido que hicieran; la mayoría de los oficiales y los otros detenidos que estos procuraban mantener a raya tenían la vista puesta en el umbral que daba a las escaleras que llevaban al sótano.

Un hombre de rodillas les daba la espalda; tenía las manos apesadas sobre su cabeza y soltaba tantas maldiciones que María estaba segura de que si su madre lo oyera le echaría una pila de agua bendita encima. El tipo se sacudía como si estuviera poseído, pero sus movimientos estaban limitados por el cuerpo que lo mantenía apresado contra el suelo. Otro hombre, bastante más corpulento y alto que él, tenía una rodilla atravesada sobre su cadera y un brazo sujetándolo por la nuca. A María no le hubiera gustado estar en su lugar, parecía una posición bastante dolorosa e incómoda, se dijo con la risa trepando por su garganta. Le hubiera gustado que sus superiores pudieran ver lo que pensaban de su brillante idea de mostrarse simpáticos con los detenidos; pero no solo no se atrevió a reír porque, después de todo, se encontraba de pie al lado de Holland, sino porque de pronto cayó en la cuenta de que ese brazo que sujetaba al hombre contra el suelo estaba cubierto por una hilera de tatuajes que le parecieron demasiado familiares para su gusto. Espirales y una cruz celta trepaban desde la muñeca cubriendo todo el antebrazo, perdiéndose bajo la manga de la camiseta ajustada que el hombre llevaba. No podía verle la cara, pero tenía suficiente con los tatuajes. En realidad, podía no haber visto los tatuajes y aun así hubiera sabido que era él. No tenía idea de cómo, pero sí, lo habría adivinado, de eso estaba segura.

Incluso las maldiciones del hombre empezaron a parecerle lejanas al comprender de quién se trataba, en especial cuando Holland chasqueó la lengua en un gesto que delataba una mezcla de exasperación y risa. Al advertir que ella veía la escena frente a ambos con rostro demudado, él se encogió de hombros en ademán resignado.

—¿Le gustaría conocer a su nuevo compañero, agente Cabrera? — preguntó él en tono risueño.

Sí, se dijo María al sentir que el corazón se le iba a los pies. Iba a ser un día espantoso.

Capítulo 2

Si existía un Dios, debía de tener un sentido del humor muy cruel. Y con seguridad lo odiaba.

Aidan Flynn se frotó la palma de la mano encallecida contra la pernera del pantalón y miró a su nuevo capitán con los ojos entornados. Le agradaba Holland. Solo había tratado con él un par de veces y conversado unas cuantas horas, pero le bastaba para saber que pertenecía a esa rara estirpe de hombres honorables de principios nobles que hacían siempre lo correcto sin importar lo que se les pusiera en frente. Le gustaba pensar que él haría algo parecido, aunque dudaba de que pudiera ser alguna vez tan decente como parecía serlo su jefe. La idea no le molestaba; le gustaba ser como era. En su opinión, era más divertido.

Excepto en momentos como aquel, quizá. Nunca se había divertido menos en su vida. Y jamás había tenido tan claro cuánta verdad se encerraba en esa frase que hablaba de la posibilidad de que las miradas matasen. Porque tal vez lo hicieran. Él, al menos, empezaba a sentir un cosquilleo incómodo entre los ojos, precisamente en el punto en que su nueva compañera tenía puesta la mirada.

—He dejado al agente Flynn el informe del caso, o al menos todo con lo que contamos hasta ahora, y encontrará uno para usted en el escritorio, agente Cabrera. Si hay algo que les haga falta o descubren cualquier cosa que quieran compartir, saben dónde está mi oficina. No tengo que insistir en que todos agradeceremos tener esto resuelto pronto.

Aidan asintió en un gesto mecánico, volviendo su atención a Holland, que los miraba a su vez con el ceño levemente fruncido. Tal vez se preguntara por qué dos de sus agentes que supuestamente se veían por primera vez se mostraban tan ariscos el uno con el otro. Bueno, él no pensaba ser quien se lo explicara, y al parecer su compañera pensaba lo mismo, porque mantuvo sus labios firmemente sellados; estaba demasiado ocupada intentando fulminarlo con la mirada, claro.

El capitán elevó las cejas en señal de desconcierto, pero debió de juzgar que no era un buen momento para hacer preguntas o tal vez solo se dijo que

empezarían a comportarse como gente normal en cuanto pudieran conocerse un poco más. Cualquiera que fuera el caso, exhaló un hondo suspiro y, después de recordarles que podían contar con él en cualquier momento y que lo mantuvieran informado acerca de los avances del caso, los dejó a solas.

Y entonces, claro, ocurrió lo que supuso que ocurriría.

La agente Cabrera, como Holland le había llamado, esperó a que el capitán se perdiera por el pasillo, se apresuró a cerrar la puerta de la oficina y se enfrentó a él con los brazos en jarras.

—¿Qué diablos significa esto? —preguntó ella.

Aidan se preguntó cómo era posible que tan solo la noche anterior le hubiera parecido que esa mujer podía mostrarse triste y desvalida. Había visto criminales con cuchillos entre los dientes más indefensos en comparación con la imagen que daba en ese momento.

—Esto, *compañera*, se llama coincidencia —él respondió sin alterarse y haciendo énfasis en el tratamiento para luego dirigirle una mirada intrigada—. ¿Cuál es tu nombre de pila?

—¿Qué? —ella se mostró descolocada por la pregunta—. ¿A ti qué te importa cuál es mi nombre de pila?

Aidan aprovechó su desconcierto para intentar entablar una conversación civilizada antes de que ella lo convirtiera todo en una guerra nuclear. Era esa clase de persona, lo supo la noche anterior, pero nunca imaginó que tendría que convivir con ello. Sí, Dios, definitivamente era todo un bromista.

—Siempre he llamado a mis compañeros por su nombre de pila; me siento más cómodo con eso —explicó él después de dejarse caer sobre la silla frente al escritorio que tendrían que compartir—. El mío es Aidan, por cierto. No tuve tiempo para presentarme anoche...

—¡No te atrevas a mencionar nada de anoche!

Aidan cabeceó, sin demostrar lo satisfecho que se sintió de que fuera ella quien lo dijera.

—De acuerdo, no tengo ningún problema con eso —indicó él en tono calmado—. En realidad, creo que es lo mejor. Podemos empezar de cero.

Ella le dirigió una mirada cargada de rencor y él supo que eso sería imposible, así como que tampoco lo diría porque sería como reconocer que ese pequeño encuentro entre ambos le había afectado. Y una mujer como la temperamental agente Cabrera nunca haría algo como eso. Sin alterarse, la observó en silencio con las manos apoyadas sobre el escritorio.

¡Vaya que era bonita! No, no bonita; su motocicleta era bonita, ella era hermosa. En ese momento, pese a que tenía el ceño tan fruncido que sus cejas casi se juntaban en la frente y no había abandonado esa postura agresiva, le pareció más atractiva que la noche anterior. Tal vez porque entonces no se había permitido admirarla con tranquilidad, estaba demasiado intrigado intentando entender por qué se había acercado a él y reaccionado luego tan mal cuando hizo ese comentario acerca de lo triste que le había parecido. Ahora, sin embargo, pudo verla con más frialdad, consciente de que, le gustara o no, tendría que hacerlo cada día, y se dijo que podría pasarse horas observándola. Lo que, recordó, no era algo que pudiera considerarse bueno.

Cuando creyó que se quedarían allí por horas a menos que dijera algo, ella lo sorprendió al asentir suavemente y relajar un poco el semblante.

—Bien —dijo ella, y su voz surgió tan cortante como un cuchillo—. Puedo hacer eso.

Aidan supo que no lo creía en verdad, pero era obvio que también era lista, lo bastante para saber que no llegarían a ningún lado de otra forma, de modo que asintió, fingiendo un entusiasmo que estaba muy lejos de sentir. Estaba seguro de que lo ocurrido la noche anterior iba a surgir con mucha frecuencia en el futuro.

—Genial —dijo él, sonriendo—. ¿Cuál dijiste que es tu nombre de pila?

Ella le dirigió una mirada incisiva y comprobó que tenía los ojos más oscuros que había visto en su vida.

—Es agente Cabrera.

Tras la parca respuesta, se acercó al escritorio, tomó el legajo que el capitán Holland había dejado para ella y se dejó caer sobre el pequeño sillón ubicado bajo la ventana, tan lejos de él como le fue posible.

Aidan abrió la boca para decir algo, pero la cerró de inmediato y suspiró, despreocupado. Luego buscó entre los papeles dispersos sobre el escritorio y se enfrascó en la lectura de su propio informe que había llevado con él al subir a la oficina. Leyó en silencio, pero levantaba la mirada cada par de minutos para observar a su compañera, quien actuaba como si se encontrara sola. En algún momento, se había puesto de pie para tomar una libreta y una lapicera del bolso que colgaba de una silla, pero dejando eso de lado apenas se había movido. Leía y anotaba a una velocidad impresionante y Aidan no pudo menos que admirar la facilidad con que parecía poder concentrarse. A diferencia de él, que avanzaba unas pocas líneas antes de dejar su lectura para contemplarla. Aburrido y un poco disgustado consigo

mismo, dejó la carpeta a un lado y empezó a rebuscar en los cajones, descartando sus descubrimientos sin tomarse mucho tiempo para analizar lo que encontraba.

Cuando dio con unos viejos documentos que le parecieron interesantes, leyó unos cuantos párrafos y levantó la mirada con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡María! —exclamó él con un tono que revelaba que se sentía encantado con su descubrimiento.

Ella pegó un brinco en la silla al oírlo y lo miró como si dudara de su cordura.

—¿Qué? —preguntó de malos modos—. ¿Qué pasa?

Aidan levantó la carpeta sobre su cabeza como si sostuviera un trofeo, dejando en claro cómo lo había descubierto.

—De modo que tu nombre es María —dijo él sin dejar de sonreír—. Me gusta. Te sienta bien.

Ella hizo un gesto de desagrado.

—¡Fantástico! No sabes cuánto me alegra, se lo diré a mi madre —espetó en tono cargado de sarcasmo.

Él no permitió que su actitud lo afectara.

—María —repitió, señalándola con un gesto—. Es un placer.

—Lamento no poder decir lo mismo —replicó ella de inmediato—. Flynn.

—Es Aidan.

—Lo sé, Flynn —María remarcó el apellido sin pestañear—. ¿Te importa si vuelvo a lo que estaba haciendo? Intento trabajar.

Él asintió.

—Claro. Podríamos intercambiar información...

—No.

Después de esa respuesta cortante, ella volvió su atención a la carpeta y Aidan dejó caer la cabeza sobre la superficie del escritorio, tentado a darse de golpes. No tenía cómo saberlo, pero en ese momento él y María tenían pensamientos muy parecidos. Iba a ser un día muy largo.

Cuando María proclamaba a los cuatro vientos que no había un trabajo que valorara más que el de los investigadores forenses, hablaba en serio. En su

opinión, toda la cadena de profesionales necesarios para resolver un crimen merecían respeto, y sin alguno de esos eslabones el trabajo no podría llevarse a cabo, pero la labor de los peritos era crucial y jamás terminaba. Eran ellos de los primeros en presentarse en las escenas del crimen, quienes recogían evidencias, las analizaban y procuraban dar con resultados inmediatos; quienes debían lidiar con los policías y eventualmente colaborar con la fiscalía siguiendo una serie de normas estrictas que, de quebrarse, podrían poner en riesgo el trabajo de semanas y liberar a criminales que merecían estar entre rejas. Un forense debía, ante todo, mostrar un buen juicio y tener una inteligencia sobresaliente. Entonces, se preguntaba de vez en cuando, ¿cómo diablos había llegado alguien como Alan Turner a ser considerado uno de los más brillantes de su laboratorio?

Mientras lo miraba meneando la cabeza de un lado a otro para intentar ceñirse bien el casco de Darth Vader que acababa de recibir y que no había tenido mejor idea que llevar al trabajo, se dijo que después de todo los genios tenían fama de ser excéntricos y su mejor amigo era el ejemplo preciso de ello.

—Mi cabeza es enorme, mi madre me lo dice siempre. Mi parto fue una pesadilla —dijo él tras hacer un gesto de dolor que ella no pudo ver.

—Hubiera podido vivir sin esa imagen, Alan, muchas gracias.

María sonrió al oír la respuesta de Beth, otra de sus mejores amigas y jefa de Alan. Ella lo miraba con gesto de desagrado desde su lugar al otro lado de la gran mesa ubicada en el centro del laboratorio, donde tenían dispuestos buena parte de los objetos que usaban en sus labores. Alan y Beth acababan de iniciar la jornada mientras que María había dejado la comisaría tras un turno de dieciocho horas; pero quiso aprovechar que aún no caía del todo rendida de cansancio para pasar a visitarlos al laboratorio porque habían transcurrido un par de semanas desde la última vez que se reunieron. Desde esa frustrada cena en que no solo tuvo la horrible discusión con Alan sino que también conoció al causante de buena parte del mal humor que parecía ser la norma en su personalidad últimamente, recordó. Ella y Alan habían llegado a una de las muchas treguas que cimentaban su amistad, acordando estar en desacuerdo. Era una pena que no pudiera resolver todos sus problemas con esa facilidad.

—Ese casco es para un niño, Alan, o para un adulto con una cabeza normal —volvió su atención a Alan sin poder resistir hacerle esa pulla.

Beth recibió sus palabras con una sonrisa, y pese a que su amigo no

podía verla porque aún batallaba con el casco, ahora para quitárselo, escondió el rostro, demasiado amable como para burlarse de él. Ese era uno de los motivos por los que Beth era tan querida por ellos y por cualquier persona que la conociera; era sencillamente encantadora y la mejor persona que ambos conocían. A veces Alan y María bromeaban diciendo que solo una mujer de naturaleza tan noble sería capaz de unir a otras dos personas que distaban mucho de serlo y que ya se hubiesen matado sin su buena influencia.

Incluso el aspecto de Beth hacía juego con su personalidad. Pequeña, delicada, de ojos brillantes y con una sonrisa angelical, su sola presencia infundía paz. O al menos la mayor parte del tiempo, porque tenía un temperamento más serio de lo que aparentaba, en especial cuando algo perturbaba la armonía en su laboratorio. Y Alan lo hacía con demasiada frecuencia para su bien.

—En serio, Alan, hablaré con la doctora Whalberg acerca de esto. Nada de traer juguetes a la oficina a menos que sea un viernes casual.

Alan consiguió finalmente deshacerse del casco y tan pronto como su cabeza quedó libre empezó a respirar como si hubiera estado ahogándose, lo que tal vez fuera cierto; pero su expresión de alivio mutó a una de indignación al oír las palabras de Beth, así como la mención a la jefa de la unidad forense, quien le inspiraba absoluto terror.

—¿Juguetes? —repitió, ultrajado—. ¡Cómo te atreves! ¿Sabes cuánto he pagado por este casco?

—No quiero saberlo.

—Ni siquiera se te ocurra decirlo o te golpeo.

Las respuestas de sus amigas surgieron en simultáneo y a él no le quedó más remedio que apaciguarse y callar. No sería la primera vez en que ambas dejaban en claro lo poco que estaban de acuerdo con que él gastara buena parte de sus ingresos en esa clase de cosas. Incluso María, que tenía una vena friki muy bien desarrollada, aunque procuraba no hacerlo demasiado evidente, no podía comprender por qué un hombre adulto prefería aumentar su colección de figuras de acción de Star Wars en lugar de mudarse de la casa de su madre, por ejemplo.

—De cualquier forma, creo que eso estará mucho mejor en un estante —como siempre, fue Beth quien intentó aplacar los ánimos.

Alan contempló la máscara con algo muy similar a la adoración que mostraba al mirar a María cuando creía que nadie lo veía, y asintió de mala gana.

—Supongo que tienes razón —masculló, resignado—. Lo pondré junto al sable de luz que usaba cuando aún era Anakin Skywalker.

Beth y María intercambiaron una mirada exasperada, pero no dijeron nada al respecto. En lugar de ello, la primera miró a su amiga con expresión preocupada al notar sus profundas ojeras y el gesto más serio de lo habitual. María no era la alegría personificada, pero no era usual que se mostrara tan taciturna, por agotada que pudiera estar.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó Beth a su amiga al cabo de un momento.

No era la primera vez que preguntaba desde su llegada; en realidad, era la tercera, y solo llevaba allí media hora. Beth prácticamente había criado a su hermano menor, quien era ya un orgulloso estudiante del MIT, y conservaba una tendencia a la sobreprotección bastante marcada, lo que a David, su novio, le encantaba, pero María no lo recibía con tanta alegría. Desde luego que no era culpa de Beth, pero ella había crecido con una madre que prácticamente respiraba sobre su nuca, amén de tres hermanas entrometidas. Nadie podría culparla de lo mucho que valoraba su independencia.

—Solo estoy cansada; no he dormido sobre una cama desde hace dos días, necesito una ducha y una siesta de ocho horas. Eso es todo —María procuró parecer amable al responder.

Beth no pareció convencida e incluso Alan, un poco distraído por naturaleza, dejó su preciado casco sobre su escritorio con el mismo cuidado que hubiera mostrado frente a las joyas de la corona y la miró con curiosidad.

—Esto tiene que ver con el nuevo —dijo, dirigiéndose a Beth tras señalar a María con un gesto nada discreto—. El irlandés. ¿Cómo es que se apellida? ¿Fingolfin?

—Ese es un personaje del Silmarillion, Alan —lo reprendió María sin poder contener una sonrisa por el error; era demasiado tonto y ella también un poco por notarlo—. Es Flynn.

—Ah sí. Flynn —replicó él sin parecer perturbado por su error—. ¿Y qué pasa con él? ¿Aún lo odias?

—No lo odio —aseguró ella.

—Claro que lo odias.

—Lo detestas.

Fue el turno de María para mostrarse un poco indignada frente a las contundentes y simultáneas respuestas de sus amigos, en particular por la de

Alan. ¿Detestar? ¿Esa era la impresión que les había dado al hablar de Flynn? Tal vez fuera tan mala como algunos pensaban.

—No lo odio, y mucho menos lo detesto; pero no negaré que no es mi persona favorita.

—¿Y qué es exactamente lo que va tan mal con él? Acaba de llegar, ¿qué puede haberte hecho?

Típico de Beth, buscar una explicación sensata a todo, incluso a la antipatía inmediata que había sentido María al conocer a Flynn y que había intentado explicar sin muchos resultados. Claro que no se había atrevido a hablarles de su primer encuentro en el bar y no porque no confiara en ellos, sino simplemente porque se sentía un poco avergonzada por su actitud aquella noche.

—No se trata de lo que me haya hecho; es solo que no me agrada. No me cae bien.

—A ti nadie te cae bien.

Alan se ganó otra mortífera mirada de María antes de atinar a cerrar la boca.

—Tal vez estoy siendo demasiado sensible —ella habló ignorando la interrupción de su amigo—. Es un buen policía. O al menos eso parece, y Holland no deja de alabar su hoja de servicios en Nueva York, así que debe de ser cierto.

—El ser un buen profesional no te convierte en una buena persona; ambas cosas no siempre van de la mano —mencionó Beth con sensatez.

—Eso es cierto —acordó Alan, asintiendo—. Excepto en algunos casos; como nosotros, por ejemplo. Somos los mejores en nuestro campo y además estupendas personas.

—Y también modestos; en especial tú, no olvides mencionarlo —María le dirigió una mirada cargada de cariño y sonrió, apesadumbrada—. En serio, chicos, no pasa nada con Flynn y tampoco creo que sea un mal tipo. Ni siquiera lo conozco bien, apenas llevamos un par de semanas trabajando juntos y reconozco que no le he dado oportunidad de tratarnos mucho ni le he puesto las cosas sencillas.

Beth elevó las cejas al oír esa inesperada confesión; María no acostumbraba reconocer cuando hacía mal, al menos no en público.

—Tal vez deberías intentarlo —comentó ella sin profundizar en el asunto, y dirigiendo a Alan una discreta mirada de advertencia—. ¿Quién sabe? Podrías descubrir que es alguien a quien vale la pena conocer.

María frunció el ceño, como si no le agradara lo que el último comentario de su amiga parecía querer implicar, pero no dijo nada y se estiró como un gato, exhalando un suspiro al sentir el agotamiento que le embargaba cada parte del cuerpo. Necesitaba dormir.

—Me conformaré con que no sea un idiota y pueda trabajar en paz con él; si arruina el caso que tenemos entre manos ahora juro que me las arreglo para dispararle —comentó ella entre bostezos sin mucha delicadeza y dirigió una mirada a sus amigos, que la miraban con distintos grados de exasperación—. Ahora me iré a casa, estoy exhausta. ¿Creéis que podéis ponerlos luego con lo que hemos hablado? Es importante.

María no solo fue al laboratorio arrastrando su cansancio con ella porque deseaba ver a sus amigos; cierto que era la razón principal, pero había aprovechado la visita para pedirles un favor. Quería que estudiaran la evidencia recogida en el robo del museo y que procuraran dar con cualquier cosa que se le hubiera podido pasar al equipo en la primera inspección. El caso no les había sido asignado, pero Beth tenía buenas relaciones con la jefa de la unidad y María confiaba en que les permitiera echar una mirada. Alan no había estado ufanándose en vano al mencionar que eran los mejores en su campo; lo eran, y María esperaba que pudieran dar con algo que le ayudara a resolver ese caso.

Sus amigos asintieron para darle a entender que se pondrían con eso lo antes posible y María se despidió después de dar un rápido abrazo a cada uno. Cuando la vieron marcharse arrastrando los pies, Beth y Alan intercambiaron una mirada de complicidad.

—Hay algo aquí que me huele raro —dijo ella al cabo de un momento.

Alan suspiró, acariciando su casco con un gesto distraído. Tenía la mirada puesta en la puerta que María acababa de atravesar.

—Yo diría que, más que raro, me huele mal. Muy mal —replicó él en tono lúgubre.

Beth no se atrevió a preguntar a qué se refería; tenía una fuerte sospecha y no deseaba ahondar en un tema que sabía que Alan odiaba explorar, incluso con ella, por quien sentía tanta confianza. Sus sentimientos por María eran bastante evidentes para ella, pero ambos preferían hacer como si no estuvieran allí. María, desde luego, no advertía nada y tal vez fuera lo mejor. Por otra parte, aunque no se le ocurrió mencionarlo, se sentía realmente intrigada por el nuevo compañero de su amiga y su desproporcionada actitud para referirse a él. Tal vez podría devolverle pronto la visita, se dijo con una

pequeña sonrisa. Solo para satisfacer su curiosidad, claro.

—¿Estás segura de que este es el lugar correcto?

—Sí.

—No creo...

—He dicho que es el lugar correcto. ¿Te mataría confiar en mí?

Aidan masculló algo entre dientes que María no pudo descifrar. Tal vez fuera una suerte, porque él no parecía precisamente feliz y nadie en su lugar podría culparlo. Llevaban buena parte de la mañana dando vueltas por los muelles de Boston haciendo preguntas a los contactos de María para indagar acerca de la pintura robada en el museo. Nada fuera de lo ordinario; en opinión de Aidan había sido una buena idea encauzar sus investigaciones por allí; era lo mismo que hubiera hecho él de poder elegir. El problema era ese, en realidad, que desde que había empezado a trabajar al lado de María no tenía la opción de opinar acerca de nada; ella avanzaba como un buldócer y lo arrastraba por media ciudad sin darle la posibilidad de intervenir directamente. Había tolerado ese ritmo durante un par de semanas en consideración a que era el nuevo en la ciudad y a que no habían empezado su relación con buen pie, pero estaba a punto de perder la paciencia.

¿La señorita Cabrera tenía un genio de los mil demonios y le gustaba machacar a la gente? Genial, él sabía también un poco acerca de eso. ¡Ni siquiera lo dejaba conducir! Con la excusa de que no conocía a fondo la ciudad lo había relegado a un papel de copiloto que apenas podía abrir la boca mientras ella se acercaba a sus contactos en callejones oscuros para hacerle las mismas preguntas que Aidan hubiera hecho de estar en su lugar.

En un último acto de genialidad, había aparcado frente a un club de mala muerte que, estaba seguro, debía de tener una clientela compuesta por la mitad de los ex convictos de Boston. No es que la idea le impresionara; venía de los barrios bajos de Nueva York, podía con eso y con más, pero si algo le habían enseñado los ocho años que llevaba en el cuerpo era que la cautela nunca sería una virtud lo suficientemente estimada. Algo que, al parecer, a la agente Cabrera le importaba un comino.

—Voy a necesitar que me esperes aquí...

—Ni siquiera lo sueñes.

Ella dejó de forcejear con el cinturón de seguridad y lo miró como si le

acabara de salir otra cabeza. Hasta ese momento Aidan se había mostrado muy conciliador y no había puesto muchas pegas a que ella hiciera lo que mejor le pareciera, de ahí su desconcierto. Él no alzó la voz ni permitió que María notara lo enfadado que se sentía, pero su tono surgió tan cortante que no tuvo otra alternativa que prestarle atención.

—No hace falta que entremos los dos —objetó ella entonces, sonando algo más amable de lo que había sido hasta entonces—. Conozco gente aquí.

Aidan le dirigió una fría mirada y la ignoró, bajando del coche con movimientos seguros, por lo que a María no le quedó más opción que seguirlo después de mascullar una maldición.

—Oye, Flynn, no me dejes hablando sola, te he dicho...

Él se detuvo en medio de la acera y esperó a que llegara a su altura para responder.

—Te he oído perfectamente; no he dejado de hacerlo desde que te conozco, pero no nos vendría mal que me oigas ahora tú también —espetó él con la misma parquedad que había usado ella con él hasta entonces—. Te guste o no, somos compañeros, así que trabajamos juntos. He tenido mucha paciencia...

—¿Tú has tenido paciencia? —lo interrumpió ella pareciendo sinceramente sorprendida.

—¡Sí! ¡Como un santo! Me tratas como si fuera tu asistente y está muy bien eso de que soy nuevo en la ciudad, pero estoy harto —espetó él sin variar su tono—. Vamos a hablar de esto, pero eso será luego. Ahora entraremos a este antro juntos, haremos las preguntas ambos y saldremos de una pieza los dos también. ¿Estás de acuerdo?

—¿Y qué si no lo estoy? —le increpó ella alzando el mentón en ademán desafiante.

Aidan se cruzó de brazos y alzó las cejas con una sonrisa sardónica en los labios.

—Regresamos ambos a la comisaría y hablamos con el capitán Holland. Tal vez él pueda hacerte entrar en razón o asignarme un nuevo compañero, porque no he viajado más de trescientos kilómetros para ser tu sirviente. Soy un policía y quiero hacer mi trabajo. Ahora, de nuevo, ¿estamos de acuerdo?

En realidad, Aidan no hubiera tenido que dejar tan en claro lo enojado que se sentía, bastó con la mención a Holland para que María apretara los labios y, tras dirigirle una mirada cargada de odio, asintiera con tal dificultad que fue como si tuviera una vara de hierro atravesada en la columna.

—Está bien —respondió ella—. Pero soy yo quien conoce este lugar y esta gente, así que yo empezaré con las preguntas.

—Me parece justo.

Aidan habló con un tono muy distinto al que había usado hasta entonces, más amable y conciliador, lo que a ella en lugar de calmarla pareció fastidiarle más. El que él sonriera y se adelantara para abrir la puerta y cederle el paso tampoco ayudó mucho para apaciguarla, pero en su defensa María no dijo nada, sino que se apresuró a entrar al local, marcando distancia al ir un par de pasos por delante.

Habían pasado meses desde su última visita a ese lugar, y casi un año desde la más memorable. En esa época el lugar estaba bajo la autoridad de una facción de la mafia rusa; pero después de que se detuviera a su líder, el hijo de uno de los altos mandos involucrado en un brutal caso de asesinato había pasado a formar parte de la red de algunos traficantes de poca monta. Las redadas se sucedían con cierta frecuencia y los cabecillas entraban y salían de prisión con la misma rapidez con que los policías conseguían encerrarlos. Cualquiera fuera el caso y por injustas que se dieran las cosas de vez en cuando, ya que en opinión de María un lugar como aquel simplemente no debería existir, era también cierto que la clientela tenía tantos contactos en los bajos fondos que de vez en cuando les eran bastante útiles para recabar información.

Con Aidan pisándole los talones, porque era obvio que estaba determinado a que, como había dicho hacía un momento, ambos empezaran a trabajar juntos, María se encaminó con paso ligero hasta la barra. No tenía sentido asumir una identidad falsa, la mayoría de la gente asidua a ese lugar la conocía al menos de vista y su actitud y maneras gritaban que era policía aunque no llevara uniforme; con seguridad, incluso su arma bajo la chaqueta debía de ser bastante evidente para un ojo atento. En ese caso en particular, le convenía; no tenía tiempo ni estaba de humor para andarse con tapaderas. Aidan, lo mismo que ella, se movía con la autoridad que les confería su cargo y el saber que, aun cuando la mayoría de la gente allí procurara ocultarlo, la presencia de un par de detectives no era muy bien recibida.

María dio de inmediato con la persona que estaba buscando. Un borrachín de medio pelo que, por obra de algún milagro, estaba siempre metido en esa clase de antros, pero nunca se veía involucrado en problemas serios. En opinión de María y otros de sus colegas del distrito, la mayoría de la gente que estaba allí lo veía como una mascota inofensiva que lo peor que

podía hacer era acosarles para que les invitara a algunos tragos. Ella, sin embargo, sabía que Lenny, aunque inofensivo, era también muy observador. Y que vendería a su madre por una cerveza. Abordarlo directamente, claro, era una tontería, porque tan solo lo pondría nervioso y en la mira de los otros parroquianos, de modo que fingió ignorarlo, pero le dirigió una rápida mirada que él pareció interpretar de inmediato porque lo vio exhalar un hondo suspiro resignado antes de que se acercara a ocupar un taburete al lado del que había elegido ella en el lado más alejado de la barra.

Había poca gente a esa hora de la mañana y eso le ayudó a conducirse con más tranquilidad; incluso sonrió con dulzura a Lenny cuando pidió al barman que les pusiera unas bebidas y el hombre recibió el gesto con una sonrisa entusiasta, la misma que desapareció en cuanto reparó en la presencia de Aidan, que ocupó el taburete libre a su izquierda, por lo que quedó entre él y María.

—¿Y quién eres tú?

Lenny tenía una vocecita chillona que iba muy bien con su físico esmirriado y rostro de mejillas hundidas, lo que le confería la apariencia de una comadreja. En ese momento sus ojos saltones se detuvieron en Aidan, quien le sonrió como si se tratara de un amigo a quien no veía hace mucho y estuviera encantado de reencontrar.

—Si me das la mano, seré tu mejor amigo, o al menos mucho mejor de lo que la oficial Cabrera piensa serlo —dijo, extendiendo una mano en un ademán despreocupado.

El hombrecillo contempló su mano como si fuera una serpiente venenosa y giró el rostro para ver a María.

—¿Es tuyo? —preguntó, señalando a Aidan con una cabezada.

—Algo así —respondió ella, rodando los ojos—. Sé bueno, Lenny, y nos iremos pronto.

—No me gusta él —comentó el hombrecillo con una nueva mirada de desconfianza—. Parece como si pudiera arrancarme la cabeza con una mano.

—Él no hará eso —aseguró María con una falsa sonrisa.

Aidan se encogió de hombros y elevó una ceja.

—Bueno, técnicamente sí que podría —comentó él como quien menciona el clima—. Pero no lo haré. No si... ¿cómo dijo la agente Cabrera? No si eres bueno.

El hombre bajó la cabeza, pegándola a los hombros al tiempo que arrastraba el taburete un poco más a su derecha, acercándose a María como si

pidiera protección. Ella, que empezaba a encontrar todo un poco ridículo, decidiendo que ya hablaría luego con Flynn acerca de amenazar a sus informantes, le hizo un gesto que esperó pareciera amistoso y se inclinó un poco hacia él, bajando la voz.

—El robo de hace unas semanas al museo de bellas artes —dijo, apenas vocalizando y con mucha discreción—. Un guardia muerto, supuestos policías involucrados. ¿Qué has oído?

Lenny abrió un poco más los ojos, pero no pareció sorprendido por las preguntas, parecía como si las hubiese estado esperando; no respondió de inmediato, sin embargo, sino que tomó el vaso que había dejado el barman sobre la barra y bebió la mitad de su contenido de un solo trago. Luego, se aclaró la garganta y miró sobre su hombro antes de volver su atención a María.

—Habías tardado —comentó él entre dientes—. No sé nada.

—Lenny...

El hombre ignoró el gesto de advertencia en el rostro de María y se encogió de hombros, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Hablo en serio. No sé nada...

—Vamos, Lenny, piensa en tu cabeza.

La invocación de Aidan no fue muy bien recibida por el hombrecillo, que lo miró con gesto alarmado y volvió a mover el taburete, dando un brinco en el aire en su desesperación por alejarse de él.

—No habla en serio con lo de mi cabeza, ¿no? —preguntó a María, asustado.

Ella le devolvió una mirada indescifrable.

—No lo sé, no lo conozco bien; podría hacerlo, supongo que lo sabremos pronto como no empieces a hablar —respondió ella sin parecer muy preocupada por la posibilidad.

El hombre chasqueó la lengua y, después beber lo que le quedaba en el vaso y dar una nueva mirada tras él, se agachó casi pegando todo el torso contra la barra.

—Se habló mucho de eso cuando pasó, ¿sabes? Por eso de que podría haber policías involucrados, pero nadie se lo cree del todo; sería demasiado fácil. Si eres un policía y quieres robar un museo, dejas los uniformes en casa, ¿no? Aunque nunca se sabe, me he topado con algunos realmente idiotas —dijo él con un gesto despectivo que dejaba en claro lo que pensaba acerca de la inteligencia de los policías, pero María y Aidan lo dejaron

continuar—. De cualquier forma, la idea general es que policías o no, ellos no eran la cabeza de la operación. Se habla de un pez grande, alguien metido en este tipo de robos grandes...

—¿Qué pez grande?

Fue Aidan quien lo interrumpió, al tiempo que, para desespero de Lenny, se inclinaba levemente en su dirección para oírlo mejor.

—No lo sé. Aquí cuando pasan cosas como estas siempre se habla de peces grandes. ¿Cómo se iban a montar un par de tipos solos un robo como ese? Debía de haber alguien más, un jefe, un cerebro; pero no es de por aquí o yo ya habría escuchado algo—el hombre se encogió de hombros y miró a María de reojo con gesto serio—. De nombres no sé nada, te lo aseguro, son solo rumores.

Ella asintió en ademán reflexivo.

—Lo que robaron es muy valioso, podría venderse por millones en el mercado negro. ¿No has oído nada en los muelles? —preguntó ella.

El hombre negó con la cabeza, muy seguro.

—Nada de nada. Lo juro. Y he estado atento. Ya sabes, por si acaso venías a preguntar—comentó él mirando a María de reojo.

Aidan cruzó las manos sobre la barra y el movimiento pareció hacer que el hombre se encogiera más sobre sí mismo, pero él le sonreía sin sombra de amenaza en el rostro.

—Eso es muy considerado de tu parte, Lenny —dijo Aidan—. Y lo será aún más que continúes alerta y nos cuentes cualquier cosa que oigas respecto a este tema de ahora en adelante. La agente Cabrera y yo te lo agradeceremos.

El hombrecillo suspiró e hizo una mueca de fastidio.

—Lo que agradecería es que me dejaran en paz —espetó él con malos modos.

Aidan le palmeó la espalda con tanta fuerza que casi le hace golpearse la frente contra la barra.

—Estoy seguro de que la agente Cabrera estará encantada de decirte que no siempre obtenemos lo que deseamos —comentó él en tono resignado—. Si así fuera, yo no estaría aquí.

María tuvo que apretar los labios para contener la sonrisa que estuvo a punto de esbozar al oírlo. Podía reconocer que tenía buen sentido del humor; un poco retorcido, pero agudo, le concedía eso. Lenny, que no parecía haber entendido la broma, le dirigió una mirada de desconcierto.

—No me gusta —repitió él, señalando a Aidan con un dedo.

María arrugó la nariz y se encogió de hombros.

—A mí tampoco —aseguró, palmeando también su espalda, aunque con mucha más suavidad—. No olvides lo que el agente Flynn dijo, Lenny; si te enteras de algo, ve a hablar con nosotros, sabes dónde encontrarnos.

Sin esperar respuesta, hizo un gesto a Aidan, quien asintió brevemente y ambos se dirigieron a la salida en silencio. Una vez fuera, subieron al coche y no volvieron a hablar hasta que se encontraron en camino de regreso a la estación.

—No ha estado mal —comentó él mirándola desde el asiento del copiloto—. ¿No empiezas a cogerle el gusto al trabajo en equipo?

María frunció el ceño y respondió sin mirarlo, apretando el acelerador.

—Cállate, Flynn.

Aidan rio entre dientes y pegó el rostro a la ventana. No se le escapó que ella había estado a punto de sonreírle. De nuevo.

El capitán Holland recibió su informe con expresión preocupada una vez que fueron a su oficina tan pronto como regresaron de los muelles, pero no dijo mucho salvo para alentarlos a continuar con la investigación. María, aunque siempre un poco reservada en su presencia, no dejaba de ser lo bastante observadora para notar que había algunas cosas que su capitán prefería no compartir con ellos. Eso no era del todo raro, los jefes no lo decían todo, pero parte de ella se sintió ofendida de que no confiara en sus agentes lo suficiente para confiarles lo que sabía respecto a ese caso que cada vez se presentaba más complejo.

Cuando ella y Aidan se despidieron de Holland y fueron a su oficina, fue inevitable que su fastidio se trasluciera en un mal humor más remarcado de lo habitual. Y desde luego, él lo notó de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó él tan pronto como cerró la puerta tras ellos.

María lo miró de reojo, pero no respondió de inmediato, sino que se sentó para registrar en sus notas su última charla con el informante. Era una costumbre suya, ser tan metódica con la información como le era posible; a Alan le gustaba decir que, para ser alguien tan impulsiva, en ese aspecto de su trabajo era meticulosa hasta la obsesión.

Tras asumir que al parecer ella no diría nada a menos que presionara un poco más, Aidan se detuvo de pie a su lado y puso una mano sobre el papel,

impidiendo que continuara escribiendo.

—¿Qué ocurre? —insistió él.

María estuvo tentada a mandarlo al diablo y decirle que se metiera en sus propios asuntos, lo hacía al menos un par de veces al día; pero entendió que eso sería injusto. Tal vez Flynn no fuera el hombre más sutil en el mundo, se dijo mirando su mano con un gesto de fastidio al reparar en que, aunque grandes y encallecidas, eran en realidad bastante bonitas, con dedos largos de artista, pero si ocurría lo que pensaba, podría resultar tan perjudicado como ella. Bufó al caer en la cuenta de que no solo empezaba a mostrarse considerada con él sino que también admiraba sus manos. Su madre tenía razón: necesitaba salir más.

Con un suspiro, echó su silla hacia atrás y dirigió una fría mirada a la mano frente a ella. Aidan entendió el gesto y la retiró sin dejar de observarla.

—Hay algo que me preocupa —dijo ella—. Algo respecto a este caso.

—Es por lo que sea que Holland no nos está diciendo, ¿no?

María abandonó su actitud displicente y le devolvió la mirada con la sorpresa pintada en el rostro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—De la misma forma que tú —respondió él tras encogerse de hombros y con una sonrisa burlona en sus labios—. Sé cuando me mienten.

María cruzó los brazos a la altura del pecho y frunció el ceño.

—No creo que el capitán nos esté mintiendo; pero es verdad que creo que nos oculta algo.

—Una mentira por omisión, entonces.

Ella esbozó una sonrisa burlona.

—Ese es un término muy católico —comentó sin disimular su curiosidad; no le parecía del tipo religioso—. ¿Lo eres?

Aidan se apoyó en el borde del escritorio y le devolvió la mirada.

—No podría serlo menos.

A María esa respuesta le resultó aún más intrigante, por lo que dejó de fingir aburrimiento y apoyó el mentón sobre la palma de la mano ignorando lo cerca que se encontraban pese a que ella hacía siempre grandes esfuerzos por mantener cierta distancia entre ellos. En ese momento hubiera podido extender los dedos y rozar su antebrazo que parecía en tensión, resaltando los tatuajes que lo cubrían. Su mirada se vio atraída por la cruz celta que ya había advertido antes.

—¿Eres ateo?

Aidan recibió la pregunta hecha en tono cauto con una ceja alzada.

—No. Agnóstico —respondió él al cabo de un momento.

María hizo un mohín escéptico.

—Es lo mismo —replicó ella.

—No, no lo es.

—Sí en mi diccionario.

Aidan sonrió frente a la seguridad con la que ella habló. Había poco de burla en esa sonrisa, en realidad, tan solo un leve rastro de ternura que ninguno fue capaz de detectar, lo que tal vez fue una suerte.

—Tu diccionario está equivocado —indicó él, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

María se encogió de hombros.

—No lo creo. Es el que usa mi madre —dijo ella, y como si con eso diera la discusión por zanjada, se puso de pie alejándose de él—. ¿Qué crees que Holland no nos está diciendo?

Aidan la observó en silencio, recorriendo su figura con la mirada, pero debió decidir que ya habían tenido bastante de charla personal, en especial considerando que esa debía de ser la primera que mantenían desde su llegada, por lo que meditó su pregunta y respondió al cabo de un momento intentando sonar algo más impersonal.

—Es algo relacionado con el robo, claro; tal vez tenga que ver con ese pez grande que mencionó tu amigo Lenny, porque no puedo creer que este sea el primer caso de este tipo en la ciudad; si eso es cierto, entonces pueden estar relacionados.

María caviló su respuesta con semblante pensativo.

—Eso no sería raro, y el capitán Holland mencionó que tenían algunas pistas acerca del robo, pero que aún no contaban con el permiso de la fiscalía para trabajar en ellas. Quizá de eso se trata; a él le gustaría decírnoslo, pero no puede.

Aidan no se mostró muy convencido por su apasionado argumento para explicar las acciones de su capitán; en lugar de ello hizo un gesto arrogante.

—O tal vez prefiere guardarse la información para él porque le gusta tener todos los ases bajo la manga; es una manera de establecer su poder. Hay muchos jefes que actúan de esa forma —comentó él.

María tensó su postura de forma inconsciente, dirigiéndole una mirada de enojo.

—El capitán Holland no es así —aseguró con firmeza—. No sé qué

clase de jefes has tenido antes, pero él siempre se ha preocupado por su gente y nunca antepondría sus intereses a la resolución de un caso.

Aidan elevó una ceja al oírlo; ella no supo si fue una forma de expresar su sorpresa por su cerrada defensa de su capitán o simplemente se estaba burlando precisamente por eso. De cualquier forma, María no le dio tiempo de decir nada más porque tomó su chaqueta con un gesto cargado de tensión, como si se encontrara enojada consigo misma por haber hablado de más, y se la puso teniendo cuidado de esquivar su mirada. Él la observó en silencio, pero cuando vio que se dirigía a la puerta sin decir nada, dejó su postura descuidada y su rostro reflejó su desconcierto.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó él.

—Tengo hambre, necesito comer algo —respondió ella mirándolo sobre su hombro después de recoger su bolsa—. Voy a tomarme la hora libre ya, deberías hacer lo mismo porque nos espera un turno largo por delante y entonces solo podremos parar para tomar café.

—Supongo que no puedo acompañarte.

María recibió su comentario con una leve expresión de desconcierto, como si la hubiera descolocado del todo, pero se recuperó pronto y esbozó una sonrisa burlona.

—Te aseguro que no quieres venir conmigo al lugar al que voy, Flynn —dijo ella antes de desaparecer al atravesar la puerta.

Aidan la siguió con la mirada incluso cuando su silueta se convirtió en una sombra al pasar a un lado del ventanal que daba al pasillo.

—Quiero un trozo de pollo asado.

—Pensé que habías preparado chuletas.

—¿Dónde está el arroz?

—Mamá, tengo cuarenta minutos para regresar al trabajo, ¿no podemos comer ya?

La señora Catalina Cabrera había criado a cuatro hijas, cada una de ellas más propensa a meterse en problemas que la otra, y jamás se le había salido siquiera un cabello de los cuidados peinados que acostumbraba llevar cuando necesitaba ponerlas en su lugar. Y ese prodigio había sido posible gracias a que contaba con el apoyo de un maravilloso esposo que sabía cuándo mantenerse al margen cuando debía y a que era dueña de una mirada capaz de disolver un iceberg en un parpadeo. María y sus hermanas solían comentar entre cuchicheos, cuando eran unas adolescentes y permanecían castigadas en

sus habitaciones después de alguna trastada, que las cosas en el Titanic hubieran resultado muy distintas si su madre hubiera estado allí. Y aunque en la actualidad todas pasaban de largo la veintena, esa mirada continuaba siendo tan efectiva como siempre.

—O era pollo o chuletas, no había tiempo para más. El arroz está en la encimera de la cocina, Rosángela, tienes dos piernas y dos manos, gracias a Dios; ve por él. Y tú, María, si vas a honrarnos con tu presencia, ten la amabilidad de no mencionar cada cinco minutos lo apurada que estás; es una descortesía y yo te he enseñado a ser amable. Ahora, ¿podemos rezar y comer como una familia normal?

—¿Quién dice que todas las familias rezan antes de comer?

La señora Cabrera fulminó a su hija menor con la mirada y a esta no le quedó más alternativa que agachar la cabeza y concentrar toda su atención en su plato. María intercambió una sonrisa con Rosángela, su hermana mayor, que acababa de regresar con una gran fuente del arroz saltado, especialidad de su madre. Esta musitó una oración con fervor, que sus hijas siguieron sin rechistar y, después de santiguarse y sonreír, hizo un gesto para que empezaran a comer. Su esposo había avisado de que le resultaría imposible dejar el trabajo para almorzar con ellas, y aunque a todas les apenó no poder compartir la mesa con la familia completa, no se hicieron muchos problemas. Eran una familia muy unida y aunque cada una de sus hijas, salvo Julia, la menor, se habían independizado, se reunían con bastante frecuencia. Cualquier oportunidad era bien aprovechada para compartir al menos una hora y, en el caso de las chicas que ya no vivían en casa, siempre procuraban que coincidiera con la hora de las comidas. Echaban de menos a su madre tanto como su sazón, y eso a la señora Cabrera le encantaba.

Las comidas en esa casa nunca se hacían en silencio, por lo que a la vez que alababan los platos iban comentando las novedades, todas hablando al mismo tiempo sin que ello las confundiera; parecía haber un extraño sistema que les permitía entenderse sin problemas sin importar que saltaran de un tema a otro sin ton ni son o a que las voces a veces surgieran tan altas que les costara escucharse con claridad.

María escuchaba atentamente a su hermana Ana, la segunda, quien intentaba explicar algo acerca de una camada de cachorros a los que intentaba encontrar un hogar. Ella había tenido claro siempre que sería veterinaria, para alegría de sus padres y hermanas; a los Cabrera siempre les habían encantado los animales. Ana acababa de abrir un consultorio junto a dos compañeros de

la universidad y, aunque apenas empezaban a hacerse una clientela, eran ya bastante populares en el barrio. El hecho de que jamás pusieran pegas a atender a un animal que lo necesitara, tanto si sus dueños podían costearlo o no, les ayudaba a hacerse una buena reputación. El problema era que, muchas veces, la familia terminaba viéndose involucrada en repentinas búsquedas de hogar para perros y gatos, o grandes campañas de adopción que con frecuencia se les iban de las manos.

—María, tu apartamento es espacioso y vives cerca de un parque, podrías llevarte uno...

—¡Qué dices, Ana! María se las arregla para matar a los cactus, no puedes darle un cachorro, ¿estás loca?

La aludida oyó el intercambio entre Ana, quien le rogaba porque se llevara a uno de sus protegidos con ella, y Julia, quien pese a ser la pequeña de la casa, y a quien secretamente más quería, no tenía problemas para comportarse como una traidora.

—Nunca he matado un cactus —dijo ella en un tono muy digno—. No a propósito.

Julia puso los ojos en blanco y le sonrió; no había malicia en su voz o en su rostro, y solo por eso María abandonó su intención de lanzarle una servilleta.

—Bueno, pues los dejas morir al olvidarte completamente de ellos, no los riegas ni los dejas para que les dé el sol —rectificó ella—. No puedes hacerle eso a un cachorro.

—¿Crees que dejaría a un cachorro muriendo de hambre?

—No a propósito —se encogió de hombros su hermana en ademán filosófico.

María resopló y se llevó un bocado a la boca, sin responder. En realidad, aunque no le gustaba reconocerlo, sin duda su hermana tenía razón; se le daba fatal hacerse cargo de algunas cosas, como permitir que otro ser vivo dependiera de ella. Amaba a los animales y haría lo que fuera por ellos, incluyendo encabezar cualquier campaña ideada por su hermana, donar una parte de su sueldo al albergue que tenía, organizar y hacer miserables las vidas de sus conocidos para que la apoyaran también, pero ese era su límite; compartir su vida con uno le provocaba terror. Y a su madre le parecía raro que no tuviera novio. Ella, que había escuchado la charla entre sus hijas mientras se las arreglaba para atender a lo que le decía la mayor de ellas, que se mantuvo ajena a esa discusión, dirigió a María una penetrante mirada y la

señaló con un gesto para llamar su atención.

—¿Cómo va todo con tu nuevo amigo, María? —preguntó la señora.

La tercera de sus hijas frunció el ceño, pero su confusión solo duró un instante antes de asentir, comprendiendo; su madre aún le hablaba como si asistiera al jardín de infancia en lugar de trabajar en una comisaría.

—Si te refieres a quien creo, no es lo que se llamaría nuevo y definitivamente no es mi amigo —respondió, tras beber un buen trago de agua.

—¿Cuál dijiste que es su nombre?

—Flynn.

La señora la miró e hizo un gesto de extrañeza.

—¿Qué clase de nombre es ese? —preguntó ella.

María ahogó un suspiro.

—En realidad es Aidan. Flynn es su apellido, pero da igual —respondió su hija.

—¿Cómo que da igual? ¿Acaso tu nombre y tu apellido significan lo mismo? —replicó su madre—. A mí no me gustaría que a una hija mía la estén llamando por el apellido en lugar de usar su nombre, y menos un compañero de trabajo; es muy poco amistoso. Ponte en el lugar de su madre.

—Mamá, ni siquiera sé si tiene una, quizá sea huérfano.

—¿No tiene madre? —la señora se llevó una mano al pecho—. ¡Pobre muchacho!

María dirigió una mirada airada a Ana, quien intentaba ahogar una risita en su servilleta, pero no le dijo nada sino que miró a su madre armándose de paciencia.

—Mamá, acabo de decir que no sé si tiene madre. Tal vez la tenga, y también un padre y quince hermanos. Lo que intento decir es que no puede importarme menos; es un compañero de trabajo, nada más, no es mi amigo ni tengo interés en que lo sea.

—¿Y eso por qué? ¿Qué tiene de malo?

María rechinó los dientes frente a la rápida réplica de su madre. Desde luego que tenía que preguntar.

—No he dicho que tenga nada de malo, solo que no es mi amigo; no tengo una relación muy cercana con él así como tampoco la tengo con las otras decenas de policías con las que trabajo en el distrito.

Su argumento surgió muy sensato, lo bastante para que sus hermanas se encogieran de hombros, dando a entender que para ellas eso tenía todo el

sentido del mundo. Su madre, desde luego, no estaba de acuerdo y así lo hizo ver al dirigirse a ella señalándola con un dedo.

—Pero este Aidan Flynn es especial, me contaste que te lo habían asignado como tu compañero; trabajas codo con codo con él cada día, tu vida está en sus manos, ¿Cómo puedes ser tan indiferente? —preguntó la señora en tono exasperado.

María ahogó un suspiro, preguntándose por qué no solo había ido a almorzar al restaurante en la calle aledaña a la comisaría. Pero recordó que fue allí porque amaba pasar tiempo con su familia, de modo que contó hasta tres antes de responder a su madre con su tono más conciliador.

—No lo soy, mamá. Y ya sabes que mi trabajo no es tan peligroso como sueles pensar —dijo ella, sonriendo, y continuó cuando vio que su madre estaba a punto de protestar—. Pero Flynn es un buen policía, y aun cuando no lo considere mi amigo sé que será un buen apoyo si lo necesito, como lo sería yo para él, ¿te parece eso bien?

La señora rezongó y miró a su hija con el entrecejo fruncido.

—Sabes que no, no me parece nada bien, así como no me parece del todo bien que hayas escogido un trabajo que, no importa lo que digas, sé perfectamente lo peligroso que es —rumió ella—; pero también sé que no puedo hacer nada contra eso y procuro apoyarte. Lo que no puedo comprender es que elijas llevarte mal a propósito con la persona en quien más deberías confiar. Dices que no quieres ser su amiga, ¡amiga! Deberías preocuparte de que te quiera como a una hermana, eso es lo que deberías hacer. Porque supongo que no tendría sentido que te pregunte al menos si podrías verlo como otra cosa, ¿verdad? Y a todo esto, no me has dicho si está casado.

—¡Oh, Dios!

—Yo solo quería una chuleta...

Ana y Julia se llevaron simultáneamente las manos a la cabeza al tiempo que expresaban sus pensamientos con tanta sinceridad, aunque era justo reconocer que ninguna se vio demasiado sorprendida. No había comida en casa de los Cabrera que no terminara con alguna velada insinuación referida a la vida amorosa de cualquiera de ellas, o específicamente a la ausencia de esta. Ese día le había tocado a María, obviamente, lo que en verdad les aliviaba un poco. Solo Rosángela, con una intermitente relación con un compañero de trabajo, se salvaba por lo general de las maquinaciones de su madre, lo que tal vez explicara que apenas abriera la boca, no quería ponerse

una diana en el pecho. Todas eran unas cobardes, a excepción de María, quien miraba a su madre con expresión airada cada vez que pretendía inmiscuirse en ese aspecto de su vida; tal vez por eso se hizo policía en primer lugar.

—Mamá, no voy a hablar de eso —le dijo con tono más bien amable, aunque era evidente que se encontraba muy disgustada por la sugerencia—. Eso sí, desde ya te digo que te quites cualquier idea referida a Flynn en ese sentido, ¿lo entiendes? Ni siquiera me gusta y jamás lo vería de esa forma.

—¿Y eso por qué?

Todo el mundo en la familia tenía clarísimo que María había sacado buena parte de su espectacular temperamento precisamente de su madre, de modo que no era de extrañar que cuando no estaban de acuerdo, ninguna se daba por vencida con facilidad. Sin embargo, tras echar una mirada al reloj en la pared, María comprobó que tenía que darse prisa si quería regresar a comisaría a tiempo, de modo que rebuscó en su mente con desesperación para dar con algo, cualquier cosa que le ayudara a salir bien librada de esa situación y que sirviera también para quitar ideas ridículas de la cabeza de su madre.

—Mira, mamá, no quería mencionarlo porque sé lo sensible que eres con el tema, pero ya que insistes, te lo diré —miró a su madre con una falsa expresión afligida aunque por dentro estaba bailando de gusto—. Flynn es ateo.

La revelación cayó sobre la mesa como una losa e incluso Rosángela, que se había mostrado distraída hasta entonces, se llevó una mano al rostro, sorprendida. No es que fuera extraño que ella o cualquiera de sus hermanas conocieran a gente poco creyente; en esos tiempos, era lo más usual, pero considerando lo religiosa que era su madre, esa era la clase de cosas que mencionaban muy de pasada o que de plano preferían ni siquiera comentar. Y María ahora soltaba que el hombre en quien debía confiar su vida, según su madre, no debía de tener mucha consideración o interés por el cielo o el infierno, si es que alguna vez se veía en la tesitura de preocuparse por ello. Una estupenda jugada, tuvieron que reconocer todas.

La señora Cabrera parpadeó varias veces antes de beber un trago de agua y luego se aclaró la garganta.

—¿Cómo que es ateo? ¿De dónde has sacado eso? —preguntó ella entonces en tono calmado.

María intentó que no se le notara lo satisfecha que se sentía al

responder.

—Él me lo dijo —frunció levemente el ceño al continuar, corrigiéndose de mala gana—. Bueno, dijo que es agnóstico.

—¡Pero si es lo mismo!

—Eso fue lo que yo le dije —María ensanchó la sonrisa al oír la exclamación de su madre.

La señora Cabrera sacudió la cabeza de un lado a otro y suspiró, apesadumbrada. Se mantuvo un momento en silencio, en el que sus hijas intentaron adivinar lo que podría estar pasando por su mente, y cuando recuperó el temple dio una palmada sobre la mesa que las sobresaltó.

—Pobre hombre —dijo su madre tras suspirar, santiguándose al mismo tiempo, para luego encogerse de hombros—. Pero no debemos señalarlo por eso; no sabemos cómo lo han criado, puede no ser su culpa y un buen creyente no juzga.

María intercambió miradas de confusión con sus hermanas, quienes la miraban a su vez con sendas sonrisas; era poco habitual que su madre le ganara el pulso y en esa ocasión parecía haberla sorprendido.

—¿Entonces qué gracia tiene ser moralmente superior? —dijo ella una vez que recuperó el habla.

Su madre le dirigió una de sus penetrantes miradas.

—Los Cabrera no juzgamos, María.

—Yo lo hago... —rezongó ella entre dientes.

Su madre no respondió y guardó silencio, pese a que la había oído y ambas supieron con seguridad que no sería esa la última vez que se mencionaría a Aidan Flynn en esa casa. Al cabo de un rato, sin embargo, la señora dio una palmada y sonrió a sus hijas al ver que habían acabado con el contenido de sus platos.

—Julia, cariño, ve a la cocina a por ese flan de coco mientras Rosángela y yo quitamos la mesa. Tus hermanas tienen que volver al trabajo pronto —la señora se puso de pie y, tras echar un último vistazo a María, se marchó con un buen lote de platos entre las manos.

Una vez que se quedaron a solas, Ana miró a su hermana con una falsa expresión compungida.

—¿Estás segura de que no quieres el cachorro? Porque presiento que te hará falta —comentó ella sin conseguir esconder una sonrisa tímida.

María ladeó el rostro y le dirigió una mirada tan fría que habría enorgullecido a su madre y se cruzó de brazos, decidida a ignorarla. No por

primera vez, se dijo que la perspectiva de ser hija única nunca le había parecido tan tentadora.

Aidan terminó con el último trozo de pizza que quedaba en la caja y la hizo a un lado con un gesto resignado. Eran los restos del que había sido su almuerzo y que supuso que servirían también para la cena. Gran error. La pizza congelada y vuelta a calentar no era precisamente un plato nutritivo y al paso que iba terminaría llorando frente al escaparate del próximo restaurante de comida casera con el que se cruzara durante sus rondas. Aunque tal vez no llorara solo por eso; quizá también lo haría al pensar en las horas que le quedarán dentro de la patrulla con María.

Tiró a la basura la caja vacía y se dejó caer sin ceremonias sobre el sofá de la sala, haciendo una mueca al advertir que el lugar necesitaba una limpieza con urgencia. ¿Qué le pasaba? Estaba viviendo en una pocilga y apenas tenía fuerzas o ánimos para resolver al menos ese, que era después de todo el menor de sus problemas. Se prometió que antes de salir al trabajo a la mañana siguiente pasaría a hablar con el conserje para que le recomendara a alguien que se encargara de hacer una limpieza en el lugar. No le haría mucho bien a sus fondos, pero lo necesitaba y viviría más tranquilo de saber que no lo esperaba un lugar en ruinas cada vez que llegara a su nuevo hogar por las noches.

Hogar.

Cuando se supo en Nueva York que había sido trasladado a Boston, uno de sus conocidos se apresuró a recomendarle ese lugar y Aidan se sintió aliviado de no tener que llegar a una nueva ciudad sin un destino seguro. Ahora, sin embargo, no estaba seguro de que debiera haber aceptado. El apartamento no estaba mal, era uno más en un edificio de siete pisos y el precio era bastante decente; pero aunque a esas alturas de su vida estaba acostumbrado a valerse por sí solo y a sobrellevar bien la soledad, la verdad era que incluso para él ese lugar resultaba demasiado impersonal. Hubiera podido ser una habitación de hotel cualquiera en una ciudad cualquiera en la que solo se comía pizza fría mañana, tarde y noche.

Al comprender que como continuara con esa línea de pensamientos no iba a dejar de lamentarse por sí mismo, dio una patada al sofá y se puso de pie con un movimiento enérgico. Una ducha. Necesitaba una buena ducha

para quitarse de encima todo el malestar del día. Mientras dejaba caer la ropa tras él sin mucha ceremonia, se dijo que esa molestia no solo estaba relacionada con el estrés del trabajo, lo poco que avanzaba en su nuevo caso o el hecho de que le esperara una cena fría al llegar a casa. El motivo de gran parte de ese fastidio tenía nombre y apellido, ojos oscuros y una actitud espantosa.

Nunca, en todos los años que llevaba de policía trabajando con todo tipo de personas, había tenido que lidiar con una persona tan complicada como María Cabrera. Al inicio había sido sorprendente descubrir que esa mujer a quien había visto fascinado una noche en un bar era su nueva compañera; luego incluso lo encontró divertido, pero cambió de opinión según fueron pasando los días y comprendió que iba a tener las cosas muy difíciles para entablar una relación más o menos civilizada con ella. A veces pensaba que era especialmente dura con él, pero pronto se dio cuenta de que era así con todo el mundo. Excepto con Holland, quizá. Estaba demasiado ocupada mirándolo como si fuese un dios recién caído a la tierra y sorbiendo sus palabras como si fueran maná como para ser odiosa con él, se dijo mientras ponía su cabeza bajo el chorro de agua fría para despejar su mente. Sabía que era cruel, y aunque se sintió un poco avergonzado por eso, nadie podía saber lo que pensaba, así que dejó que sus pensamientos vagaran por ese rumbo, lo que solo le hizo sentirse peor. El porqué no lo tenía muy claro y no estaba seguro de querer averiguarlo.

Se envolvió en una toalla al salir de la ducha y se metió en la cama sin molestarse en secarse muy a fondo. Estaba exhausto y tenía una desagradable sensación en el estómago que tenía poco que ver con la pizza fría o las malas perspectivas para los días que venían. María. Todo era culpa suya, desde luego, y la seguridad de que ella tenía pensamientos muy similares a lo que él se refería le ayudó a conciliar el sueño. Era más fácil odiar un poco a alguien, por los motivos que fuera, cuando sabías que ese odio era correspondido. Y vaya si lo era.

Capítulo 3

María llegó algo más temprano de lo habitual a comisaría. Pasó mala noche y al despertar solo deseaba salir del apartamento y llegar al trabajo para ponerse con algo que le ayudara a distraer su mente. No estaba segura de qué era lo que le molestaba; tal vez solo se debiera a la sutil discusión que había mantenido con su madre recientemente, a que empezaba a frustrarle el no avanzar con el caso que tenían ella y Flynn entre manos, o tan solo fuera que estaba aburrída. Le pasaba de vez en cuando, que aun cuando tenía cada hora de sus días ocupados y nadie podría decir que no hacía cosas importantes, la rutina empezaba a ahogarla y necesitaba algo que rompiera con ese esquema, lo que fuera. Incluso un tiroteo sería bien recibido, aunque sin duda su madre se sentiría horrorizada de saberlo. Por eso jamás se lo mencionaba, claro.

Llegó a la comisaría con marcadas ojeras que no se había molestado en intentar cubrir con maquillaje y un vaso extra grande de café comprado en su cafetería favorita; tenían una cafetera en la oficina, pero aunque era bastante útil para tener algo que beber durante los largos turnos, el café que hacían ahí siempre le sabía a petróleo. Sin embargo, al atravesar el pasillo que conducía a la oficina, frunció el ceño debido al agradable olor que provenía de allí; en un acto reflejo, se llevó el vaso a la nariz, pero descubrió asombrada que de pronto el aroma de su propio café le resultó un poco insulso en comparación con el otro, que en un chispazo de reconocimiento le recordó al que preparaba su madre.

Asustada de pronto frente a la posibilidad de que la señora Cabrera hubiese decidido visitar la comisaría para conocer a Flynn, lo que no hubiera sido del todo extraño, su madre era capaz de eso y de mucho más, apresuró el paso pero se detuvo de golpe frente a la puerta entornada cuando oyó la voz de Flynn desde el interior. Esperó a oír la respuesta de su interlocutor para descartar que se tratara de su madre, pero no oyó nada, de modo que asumió que se encontraba al teléfono. Exhaló un suspiro de alivio, porque ni siquiera Catalina Cabrera era tan lanzada para llamar a un extraño de buenas a primeras, por mucha curiosidad que sintiera, y extendió una mano para hacer la puerta a un lado y entrar, cuando las palabras de Flynn llegaron a ella y

pudo descifrar lo que decía.

—Todo irá bien, cariño, no tienes por qué preocuparte.

¿Cariño? ¡Vaya! A María no solo le sorprendió el apelativo afectuoso, sino el tono con el Flynn habló; no creía haberlo oído nunca mostrarse tan... ¿tierno? La idea de ese hombre alto y recio cubierto de tatuajes no se condecía mucho con esa voz amable y preocupada, lo que removi6 algo en su interior. Dio un paso más y ladeó levemente el rostro para captar mejor las palabras; fue un movimiento inconsciente y no advirtió que lo había hecho hasta que su oreja golpeó contra la madera.

—Sí, lo sé, yo también te extraño, pero me las arreglaré para verte pronto, ¿de acuerdo? Lo prometo.

María se dio cuenta de lo que hacía y una mezcla de sentimientos se albergó en su pecho. Fastidio por cometer semejante indiscreción, indignación porque sabía que lo había hecho llevada por la curiosidad e interés, y furia porque no se le ocurrió nada mejor que culpar a Flynn por todo ello. Sin vacilar, abrió la puerta con un movimiento brusco y entró a la oficina golpeando con fuerza el suelo al caminar a fin de que su compañero notara su presencia. Él lo hizo, claro, y elevó una ceja al ver su rostro al tiempo que exhalaba un suspiro que no supo si fue de hastío o resignación; quizá un poco de ambos. Ella le hizo un gesto poco amable como preguntándole si debía marcharse para que terminara su conversación, pero él sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de negación y elevó una mano para que esperara.

—Tengo que colgar ahora. ¿Estás mejor? —preguntó a con quien fuera que estuviera hablando antes de continuar en un tono más animado—. Bien, te llamaré esta noche para saber cómo van las cosas. Te quiero.

“Te quiero”. María resistió el impulso de poner los ojos en blanco y en lugar de ello frunció un poco la nariz. Flynn cortó la llamada y guardó el móvil, pero no dijo una palabra; tan solo se quedó sentado con expresión pensativa y un poco preocupada. Lo que fuera que hubiera ocurrido, era obvio que se trataba de algo importante, y aunque normalmente María habría preguntado, no sentía la suficiente confianza con él para hacerlo. Además, era obvio que se trataba de algo muy personal; si la expresión inquieta de Flynn no se lo hubiera dicho, habría podido adivinarlo tan solo por esos “cariño” y “te quiero”.

Al cabo de un rato, después de que María hubiera dejado sus cosas sobre el escritorio con pocas ceremonias, recordó el aroma que llamó su atención al

llegar y miró en dirección a la cafetera sobre una mesilla en un rincón. Tal y como había supuesto, el olor provenía de allí y al acercarse notó que era aún más delicioso de lo que le pareció antes. Miró su propio café con un gesto de desagrado, pero dio un trago con expresión determinada. Le gustaba ese café; era caro y bueno, y no tenía que pararse al lado de esa fea cafetera como si escupiera oro.

—Puedes beber si quieres.

La voz de Flynn surgió a su espalda y dio un leve brinco por el sobresalto; pero se recuperó pronto y giró para mirarlo al tiempo que levantaba su vaso.

—Gracias, pero aún tengo un poco de este —negó ella, pero se obligó a continuar al notar que su tono había surgido un poco brusco—. Huele bien, quizá tome un poco luego.

—Cuando quieras —él se encogió de hombros.

María dio un par de pasos hacia él y se apoyó sobre el borde del sillón en que estaba sentado.

—¿Va todo bien?

No supo qué la empujó a hacerlo, pero la pregunta surgió de sus labios antes de que se diera cuenta. Analizó su tono con rapidez y estuvo a punto de suspirar al comprender que no debía de haberse oído demasiado curiosa, tan solo intrigada. No le gustaba inmiscuirse en la vida de quienes no fueran parte de su familia o amigos cercanos; odiaba husmear, pero Flynn continuaba con ese talante preocupado que empezaba a inquietarla.

Él ladeó el rostro al oír su pregunta, un poco desconcertado, y María tuvo que señalar con una cabezada el móvil que aún sostenía en la mano. Hubiera sido una tontería simular que no había escuchado parte de su conversación.

—Mi hermana —Flynn respondió al cabo de un momento, cuando ella pensó que ya no lo haría—. Tuvo unos problemas con su padre.

María no supo qué le sorprendió más, si saber que todas esas muestras cariñosas habían estado dirigidas a su hermana o que se refiriera a su padre en un tono tan frío.

—¿Su padre? —repitió ella, sin ocultar su confusión—. ¿No es el tuyo también?

—No.

La respuesta surgió como un disparo y aunque a María le hubiera encantado explorar en ella, supo que eso hubiera sido cruzar una línea que sin

duda Flynn no recibiría con mucho agrado; ella no lo haría y tan solo por eso decidió tragarse su curiosidad. En lugar de ello, se acomodó mejor sobre el sillón, ocupando el estrecho espacio a su lado y dio un último trago a su café.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella—. Tu hermana.

Aidan la miró con el ceño fruncido, como si le costara creer esa pregunta tan personal proviniendo de alguien que había dado sobradas muestras de lo poco que le interesaba su vida. Fijó la mirada en sus ojos, como si pretendiera ver algo en ellos, qué tan genuino era ese interés o cualquier rastro de burla. Pero debió de sentirse satisfecho con lo que encontró, tanto como incómoda se sintió María mientras sostenía su mirada, asombrada tanto por la intensidad como por el hecho de que en ese momento consiguió aclarar una duda; sus ojos eran sin duda verdes, no azules, como había pensado en más de una ocasión.

—Enya.

La respuesta de Aidan la obligó a volver su atención a lo que le decía, haciendo a un lado esas ideas ridículas acerca de su color de ojos. ¿A quién le importaba eso?

—Enya —repitió ella, saboreando la cadencia casi musical que él había imprimido a su voz al responder—. Es un nombre muy bonito.

—Sí, es un antiguo nombre irlandés —explicó él con una sonrisa—. Nuestra madre es muy tradicional.

Por primera vez desde que lo conocía, María correspondió a su sonrisa sin asomo de burla. Le hubiera gustado decir que Aidan también era un nombre muy bonito y que por lo poco que sabía de su cultura debía de ser también antiguo, pero se contuvo a tiempo.

—¿Ella vive en Nueva York?

Aidan asintió.

—Sí. Aún es joven, apenas acaba de terminar el instituto; cumplirá dieciocho el mes que viene.

María lo miró con la curiosidad pintada en el rostro. Había una gran diferencia de edad entre él y su hermana; según leyó en su ficha, cuando la miró por encima llevada por un ataque de fisgoneo al poco tiempo de que llegara, vio que Aidan tenía treinta y tres años recién cumplidos, cinco más de lo que tenía ella.

Él debió de comprender su gesto de extrañeza, porque hizo un gesto de asentimiento.

—Compartimos la madre, pero Enya es hija de un segundo

compromiso; mi madre pasó mucho tiempo sola antes de empezar una relación con este hombre. El padre de Enya.

María no tuvo que preguntar lo que Aidan pensaba del padre de Enya, era evidente en la inflexión en su voz al referirse a él, y haciendo cuentas rápidas calculó que debió de tener unos quince años cuando su hermana nació. Si eso era correcto y la relación con su padrastro era tan mala como parecía, debió de ser duro para él entonces. Pero no debía explorar en eso, se recordó nuevamente, por lo que en lugar de ello procuró llevar la inesperada charla a un tema más seguro.

—Yo tengo tres.

Aidan se mostró confuso y María comprendió lo extraña que debía de haberse oído esa declaración.

—Tres hermanas, quiero decir —explicó ella—. Pero no son ni por asomo tan simpáticas como parece ser la tuya.

Él sonrió.

—Estoy seguro de que eso no es cierto.

—No hables sin saber; podrías llevarte una sorpresa y nada te asegura que sea agradable.

Aidan recibió sus palabras con una sonrisa más amplia aún, una que a María le pareció demasiado cálida para su gusto, como si supiera que no hablaba en serio y que en el fondo amaba a sus hermanas tanto como él parecía amar a la suya. Bueno, la sonrisa no le molestó en realidad, pero la hizo sentir incómoda, lo que al final fue casi lo mismo. De modo que se puso de pie con un gesto brusco y se dirigió al cubo de basura en un rincón de la oficina para deshacerse de su vaso vacío.

—Creo que ya hemos tenido bastante de charla familiar por ahora —indicó ella en un tono adusto que la hizo sentirse más segura—. ¿Por qué no empezamos con el trabajo? He pensado que podríamos dar un paseo por el muelle para ver si Lenny ha averiguado algo nuevo.

Aidan asintió lentamente sin dejar de mirarla. A diferencia de ella, parecía muy cómodo recostado en el sillón en una postura descuidada que no le restaba ni un ápice de encanto. María rechinó los dientes al reparar en lo que estaba pensando. Ojos bonitos, sonrisa cálida, encanto. Se estaba volviendo loca. Debía de ser la falta de sueño y el exceso de cafeína en el sistema.

Ante su silencio, lo miró con gesto airado.

—Bueno, Flynn, ¿no piensas moverte? Empieza a ganarte tu paga —

espetó con malos modos.

No esperó a una respuesta o a ver si sus palabras lo habían ofendido, sino que tomó su chaqueta y su bolsa y salió sin molestarse en comprobar si la seguía. Él, desde luego, lo hizo; lo notó al llegar al primer piso y atravesar la puerta de salida en dirección al coche. En su camino se cruzaron con un par de agentes que parecían recién salidos de la academia y que debían de estar haciendo las prácticas; una de ellas fijó la mirada en Aidan sin molestarse en ocultar su interés y le dirigió una sonrisa insinuante que, según pudo ver, él correspondió sin vacilar.

Mientras subía al coche, al asiento del conductor, desde luego, María le dirigió una mirada ceñuda.

Encanto. Qué idiotez.

El buen Lenny no tuvo muy buenas noticias para ellos, aunque al menos los esperaba con una novedad. Según les confió después de pactar que se encontraran en un callejón cercano a los muelles, porque según mencionó había recibido algunas feas miradas desde su reunión en el bar, habían empezado a llegar a sus oídos algunos rumores respecto a una gente interesada en deshacerse de una importante pieza de arte. No era nada del otro mundo, podía tratarse de la pintura robada en el atraco al museo pero también podía ser cualquier otra cosa; el tráfico de arte era bastante más usual de lo que la gente pensaba. Sin embargo, Aidan y María se sujetaron a esa pequeña pista como a una tabla de salvación, lo que tal vez tuviera que ver con que pensarán que empezaban a ahogarse en un mar de dudas y preguntas sin respuesta. Acordaron, sí, no mencionarlo al capitán Holland mientras no contaran con información más concreta.

Ambos se entregaron a trabajar sobre la pista de Lenny, y María, en particular, parecía determinada a resolver ese caso sin importar cuánto les costara. Por suerte para ella, aunque no le gustara reconocerlo con facilidad, Aidan era un excelente compañero, incluso para alguien con una personalidad tan obsesiva como la suya. Escuchaba sus hipótesis con seriedad, sin importar qué tan disparatadas pudieran ser; hizo gala más de una vez de sus numerosos contactos en Nueva York para descartar algunas ideas y jamás se quejaba si la obstinación de María los obligaba a trabajar mucho más allá de lo que era necesario. Ella se había acostumbrado ya a contar con él al punto que daba

por descontado encontrarlo esperando en la oficina o en cualquier otro lugar en que hubieran quedado cuando iniciaban su turno. Por eso, cuando llegó una mañana a la comisaría con las manos ocupadas con una hilera de cajas conteniendo viejos expedientes que acababa de sacar del depósito y no lo vio por ningún lado, no pudo evitar sorprenderse.

Él nunca llegaba tarde. En realidad, era ella quien muchas veces se hacía esperar, aun cuando no lo hiciera a propósito. Un poco inquieta, dejó su carga sobre el escritorio y echó un vistazo para asegurarse de que no había una nota o algo así; pero no consiguió dar con un mensaje y ya que tampoco había recibido ninguno en el teléfono, supuso que Aidan simplemente se había retrasado y que llegaría en cualquier momento. El hombre era humano, se recordó con un bufido; podía llegar tarde de vez en cuando.

Para hacer tiempo, revisó el correo en el ordenador de la comisaría, envió un par de respuestas y concertó una cita con un conocido en el museo que podría darles algunas luces acerca del robo. Cuando comprobó la hora vio que había conseguido hacer todo eso en menos de una hora y que en realidad no tenía nada más que atender de inmediato, así que tomó el libro que estaba leyendo de su bolso y se acomodó en el sillón con la desagradable sensación de estar haciendo algo indebido; pero luego se recordó que ella no era la única en el mundo que leía en horario de trabajo. Tal vez la mayoría prefiriera ojear el diario de la mañana mientras que ella optara por la novela de turno, pero al final se trataba de lo mismo; el tiempo usado en leer era siempre tiempo bien invertido.

Con ese agradable pensamiento, se sumergió en su lectura después de echar una cariñosa mirada a la portada. *Flores en la tormenta* era una de sus novelas románticas favoritas. Tal vez algunos encontrarán un poco extraño saber que alguien en apariencia tan cínica y con una visión amarga del amor como María podía ser una admiradora del género, pero la verdad era que le encantaba, aunque tampoco era como si fuera hablando de ello con todo el mundo. No se avergonzaba de sus gustos, pero era algo que consideraba personal y, aun más, en extremo íntimo; de alguna forma hablar del tema y reconocer cuánto disfrutaba sumergiéndose en hermosas historias de amor la hacía sentir vulnerable, y antes muerta que permitir que alguien que no fuera de su absoluta confianza conociera ese aspecto de su carácter.

Cuando consiguió dejar el libro a un lado para mirar nuevamente la hora, comprobó que Flynn tenía ya casi un par de horas de retraso, lo que la preocupó un poco. Demasiado para su gusto, en realidad. Dejó el libro en el

sillón sin ser muy consciente de lo que hacía, pensando en meterlo en su bolso luego, cuando tomó una decisión y abandonó la oficina con paso enérgico. Tal vez Flynn hubiera informado de su tardanza al capitán Holland, se dijo en un raptó de claridad; pero él no se encontraba tampoco en su despacho y su asistente, una oficial menuda y simpática que siempre estaba dando vueltas por la estación, le informó de que se encontraba en una reunión con el comisionado de policía, de modo que dio media vuelta para regresar a la oficina, pero cuando estaba a medio pasillo se dijo que no le provocaba quedarse sin hacer nada por culpa del retraso de Flynn. Se dirigió entonces a las escaleras para preguntar en el primer piso si sabían algo de él o, en todo caso, si podía hacer algo ya que al parecer tenía más tiempo libre entre manos del que le gustaba.

Tal y como supuso, en admisión no se sabía nada de Flynn, así que pidió que le dieran cualquier labor y estuvo a punto de aceptar rellenar unos informes, algo que odiaba, pero tan aburrida se encontraba, cuando oyó su nombre y al girar, un poco sorprendida, casi se dio de bruces con David King, el asistente del fiscal de distrito y novio de Beth.

David lucía impecable, como siempre, algo que tenía en común con el capitán Holland. Muy alto, de hombros anchos y decididamente apuesto, con sus ojos y cabellos oscuros, no era difícil ver qué era lo que había llamado la atención de su amiga, aunque María podía dejar su cinismo de lado para reconocer que el suyo era un amor propio de una de las novelas románticas que tanto le gustaba leer. Claro que eso jamás se lo diría a David porque, si bien le agradaba, aún no habían llegado a un punto de absoluta confianza. Beth decía que eso podría deberse a que tenían caracteres muy similares, lo que les llevaba a no siempre estar de acuerdo y a mostrarse bastante cautos la mayor parte del tiempo; pero como eso en realidad no interfería en absoluto con su amistad, María nunca le había dado demasiada importancia. Ahora, mientras lo saludaba con una cabezada y lo miraba a los ojos en ademán amistoso, esperó a que él explicara qué hacía allí. David pasaba la mayor parte de su tiempo en la corte y solo visitaba la estación para tratar asuntos muy puntuales.

—¿Has visto a Holland? —preguntó él.

María notó entonces que parecía como si hubiera llegado corriendo, lo que le pareció un poco extraño; David era tan metódico con su trabajo que le costaba imaginarlo llegando apurado a algún lugar, para eso tenía todas esas agendas que llevaba a todos lados. De cualquier forma, se cuidó de

mencionarlo, así como que también le pareció raro que preguntara por su capitán cuando era vox populi que no eran precisamente muy buenos amigos. Tenían una buena relación profesional, pero a María no se le escapaba que David prefería tratar con otros miembros del distrito. Tal vez eso tuviera que ver con que Simon estaba ahora casado con la mujer con quien David había tenido una relación muy seria durante varios años. Aunque jamás pondría en duda lo mucho que David amaba a Beth, era propio de alguien con su carácter mostrarse más bien distante con alguien con quien compartía semejante historia personal. De ahí su extrañeza.

Cuando María vio que David esperaba con expresión expectante que respondiera a su duda, sacudió la cabeza de un lado a otro para alejar sus ideas.

—Está en una reunión con el comisionado —respondió ella, mirándolo con curiosidad—. ¿No es la clase de cosas a las que tú vas también?

David suspiró y dejó su maletín sobre el suelo.

—No esta vez. Rollins se encarga de eso hoy —David hizo un casi imperceptible gesto de desagrado al mencionar a su jefe, con quien sostenía una relación de paz bastante tensa—. Yo tendré un día agitado en la corte, pero esperaba que Holland hubiera regresado ya; necesito hablar con él.

—Pues lo siento, pero su asistente no tiene idea de a qué hora regresará. ¿Por qué no pruebas a llamarlo al móvil o enviar un mensaje?

David asintió lentamente, pero no pareció que la idea lo convenciera del todo.

—Supongo que haré algo así —respondió, pero luego la vio con renovado interés, como si se le acabara de ocurrir algo—. ¿Y qué tal con tu compañero? Creo que es Flynn, ¿no?

María se puso a la defensiva sin poder evitarlo, en parte sorprendida por la pregunta.

—Sí. ¿Qué pasa con él? —inquirió ella a su vez.

—¿Él está contigo?

—No. ¿Qué quieres de Flynn? —insistió ella—. No sabía que lo conocieras.

David sacudió la cabeza en señal de negación.

—No lo he visto en persona, pero hablamos un par de veces por teléfono.

—¿Acerca de qué?

—De trabajo, por supuesto.

David respondió en el tono tenso que adoptaba cuando no se sentía muy cómodo con una conversación, lo que le ocurría con frecuencia cuando esa conversación la mantenía con María. Ella tenía unos modos un tanto bruscos para defender sus ideas que él no recibía con mucho agrado.

—Ya lo sé. ¿De qué más hablaríais? —María no pareció notar el cambio en su actitud, o tal vez le dio igual, porque continuó con sus preguntas—. ¿Es algo relacionado con el caso que estamos llevando?

David se encogió de hombros y se inclinó para recoger su maletín.

—Si te refieres al robo en el museo, sí, se trata precisamente de ese.

—¿Y por qué yo no lo sabía? Flynn nunca mencionó que hubiera hablado contigo del tema —comentó ella con el ceño fruncido.

—No tengo idea, supongo que es algo que se le ocurrió a él. La oficina del fiscal se encarga de estas cosas, ya lo sabes, pero no estoy asignado al caso. Parece que él oyó algo acerca de mí y quiso ponerse en contacto conmigo para saber si habíamos avanzado en algo con eso —respondió él sin darle demasiada importancia.

—Pero no me dijo nada —insistió María.

—Tal vez no pensara que debiera mencionarlo mientras no tuviera algo importante para decir —replicó él.

David habló con su sensatez habitual que, desde luego, María ignoró. ¿Por qué rayos iba Flynn a tratar esa clase de cosas a sus espaldas? El caso les pertenecía a ambos, debían contarse todo lo que estuviera relacionado con él. Odiaba parecer una tonta por ignorancia y sentía que eso era precisamente lo que hacía en ese momento, lo que solo la puso de peor humor.

—Se lo preguntaré luego, seguro —dijo ella en tono cortante para luego continuar con uno más conciliador—. ¿Y hay alguna novedad respecto al caso? ¿Es acerca de eso de lo que querías hablar con Holland?

David cabeceó un tanto indeciso.

—Algo así. Aun no hay nada claro, puedo decirte eso, pero prefiero no profundizar demasiado en el tema todavía.

—Pero ibas a decírselo a Flynn.

—¿Qué? —preguntó David, confundido.

María se cruzó de brazos y le dirigió una mirada fría.

—Preguntaste por Flynn, así que pensabas decírselo a él. ¿Por qué no puedes compartirlo conmigo, pero sí con mi compañero? ¿Es porque él es hombre...?

—No, no, no. Ni siquiera sueñes en poner palabras en mi boca —David

la interrumpió con un gesto adusto—. ¿Cuándo diablos he dado la impresión de que me importe algo como eso?

María se mordió la lengua antes de responder alguna tontería llevada por el fastidio porque sabía que cualquier cosa cruel que dijera no sería cierta. David era una de las personas más íntegras que conocía y sería incapaz de hacer de menos a alguien por algo tan ridículo como discriminar a alguien por su sexo. El problema era que muchos sí lo hacían, y María se había visto en la necesidad de enfrentar esa clase de marginación con tanta frecuencia que siempre se ponía a la defensiva en casos como aquel.

—Nunca —respondió ella entonces cuando consiguió calmarse—. Nunca lo has hecho. Lo siento si he dado a entender lo contrario. Es solo que no entiendo por qué no habrías de hablarme del tema de la misma forma en que lo harías con Flynn.

David se mostró más apaciguado al oírla.

—Lo haría. Si pudiera —explicó él—. Solo puedo hablar de esto con tu capitán. Si pregunté por Flynn fue porque pensé que podría presentarme y conocerlo al fin en persona. Como te dije, hemos hablado un par de veces y parece un buen tipo. No sabía que tuviera que responder a un interrogatorio para eso.

María apretó los labios, sintiéndose aún más idiota de lo que había pensado que era hasta entonces.

—No, no tienes que hacerlo; lo lamento. Mira, Flynn no está aquí, pero le diré que has preguntado por él en cuanto lo vea; seguro que también le encantará conocerte.

—Bien. Gracias —respondió David en un tono menos cortante—. Te veré luego.

—Claro.

David se marchó sin decir una palabra más y María suspiró sintiéndose un poco avergonzada al comprender lo brusca e injusta había sido. Aunque sabía que él no lo mencionaría a Beth, eso no ayudó a que se sintiera mejor. Obró mal, y eso era suficiente. No era la primera vez que se preguntaba qué la poseía para actuar de una forma tan infantil; y lo peor era que después de haber ofendido a alguien con su actitud se sentía realmente miserable, pero no conseguía encontrar las palabras para disculparse.

Exhaló un hondo suspiro y se encogió de hombros, diciéndose que no tenía sentido lamentarse por unas palabras mal expresadas, que al fin y al cabo quienes la conocieran sabrían que no había malicia en ellas. Esperaba

estar en lo cierto.

Estaba a punto de dirigirse al almacén, a donde pensaba ir antes de su encuentro con David, pero el ruido de las puertas acristaladas de la recepción abriéndose de golpe la sobresaltaron y un bólido pasó por su lado, obligándola a moverse para evitar ser derribada. Solo vio la espalda de Flynn subiendo con rapidez por las escaleras sin reparar en su presencia y estuvo a punto de llamarlo, pero se lo pensó mejor y fue tras él, aunque con pasos mucho más lentos. Se sentía de pronto un poco cansada, como si acabara de correr un maratón y no tenía ningún deseo de participar en otro.

Cuando entró a la oficina, él ya se encontraba sentado tras el escritorio tecleando en la computadora con la vista puesta en el monitor. Era la imagen de un trabajador empeñoso, pero María no se creyó en ningún momento que estuviera en realidad tan concentrado como quería aparentar. Se le daba bien observar a la gente, en especial a quienes conocía lo suficiente para reparar en los gestos y actitud que adoptaban la mayor parte del tiempo, y a Aidan lo había tratado durante semanas ya. Su postura demasiado recta sobre la silla, la tensión en sus brazos que adivinó pese a que ni siquiera se había molestado en sacarse la chaqueta y hasta las venas latiendo a la altura de su cuello, hablaban a las claras de que le había ocurrido algo serio, lo que tal vez explicara su demora.

Él la oyó tan pronto como entró y levantó un momento la vista para dirigirle una tensa sonrisa que no tenía nada que ver con esas animadas y un poco burlonas que parecía reservar solo para ella.

—Lamento mucho la tardanza, ha pasado algo y no he podido avisar —explicó él con su voz grave en la que fue obvio que en verdad no sentía del todo lo que decía.

María asintió suavemente y se acercó para apoyar la cadera derecha contra el escritorio al tiempo que se cruzaba de brazos.

—No te preocupes por eso, podría ocurrirle a cualquiera, aunque agradecería que enviaras un mensaje la próxima vez.

—No habrá una próxima vez.

María elevó una ceja en un inequívoco gesto escéptico.

—Ya veremos —ella continuó antes de que Aidan pudiera interrumpirla, como era obvio que deseaba hacer—. Pero es una pena que no llegaras antes porque alguien estuvo preguntando por ti.

—¿Qué? ¿Quién?

María advirtió que la tensión en su semblante se incrementó,

remarcando lo afilado de sus facciones.

—No un asesino en serie —respondió ella en tono ácido, intrigada por su reacción—. David King, el asistente del fiscal. Dijo que había hablado contigo un par de veces y quiso pasar a conocerte en persona. Parece que le has dejado una buena impresión.

El gesto de Aidan se relajó y esbozó una leve sonrisa.

—¡Vaya! Entonces sí que es una pena que no me encontrara aquí cuando vino. A mí también me hubiera gustado conocerlo, pero seguro que podré hacerlo luego —respondió él tras encogerse de hombros.

María asintió en silencio y se mantuvo así, con la mirada puesta en su rostro y Aidan se removió inquieto en el asiento al notarlo.

—¿Ha ocurrido algo más? —preguntó él.

—¿Por qué lo piensas?

Él dejó de fingir que estaba interesado en las letras que veía en la pantalla del ordenador y le devolvió una mirada tan profunda como la que ella le dirigía.

—Porque es obvio que te mueres por decir algo, y por la forma en que me miras estoy seguro de que no será agradable, así que te agradecería que lo hagas de una buena vez para que yo pueda volver al trabajo.

María apretó los labios, entre asombrada y molesta de que para él fuera tan sencillo adivinar lo que pensaba. Tal vez ella no fuera la única persona observadora en la habitación. De modo que decidió abandonar las sutilezas, si es que había mostrado alguna hasta entonces, y lo encaró con el mentón elevado en un gesto desafiante.

—David mencionó que has hablado con él acerca del caso. *Nuestro caso* —indicó ella, remarcando la última frase— ¿Por qué no me lo habías contado?

Aidan no se mostró sorprendido por sus palabras, y mucho menos arrepentido, tan solo se encogió de hombros e hizo un gesto indiferente.

—No creí que debiera hacerlo —respondió con sencillez.

—¿No...? —María se atropelló con las palabras al continuar—. Somos compañeros, Flynn, no podemos actuar a espaldas del otro. Si vas a hablar con alguien acerca de cualquier cosa relacionada con un caso que nos pertenece a ambos lo más correcto es mantener informado a tu compañero acerca de todo.

Aidan la escuchó en silencio, con el mentón apoyado en la palma de la mano y una expresión socarrona que a María le crispó los nervios. Más.

—¿Tal y como haces tú siempre conmigo? —inquirió él a su vez.

María parpadeó, confundida.

—¿De qué hablas? —preguntó ella.

—De todas las veces en que organizas cosas a mis espaldas y luego me arrastras por medio Boston esperando que vaya contigo y me muestre agradecido de que tengas la cortesía de informarme a última hora de lo que tienes en mente —replicó él sin suavizar sus palabras; parecía sinceramente molesto por primera vez desde que lo conocía—. No has hecho otra cosa desde que llegué aquí y no recuerdo haberme quejado demasiado por eso. Pero ahora tú armas todo este escándalo porque no te mencioné una conversación totalmente intrascendente que te hubiera contado de haber creído que serviría para algo. David King no sabía nada acerca del asunto, y aunque prometió ponerse con eso en cuanto pudiera, no le vi sentido a hablarte del tema. Llámalo criterio o sentido común, porque aunque no lo creas, a diferencia de ti, es algo que sí tengo y en grandes cantidades. No podría trabajar contigo de otra forma.

María se echó hacia atrás, dejando caer los brazos a los lados como si acabara de agredirla de una forma terrible.

—¿Estás diciendo que yo no tengo criterio o sentido común? —preguntó ella con un hilo de voz.

—No lo sé, dímelo tú. ¿Estaríamos teniendo esta conversación si así fuera?

María se separó del escritorio, sin responder de inmediato, pero rehuyó su mirada, fijándola en la superficie de madera y en el horrible pisapapeles que había dejado el anterior ocupante de la oficina y que olvidaba siempre tirar. Cuando levantó la vista, tras aspirar con fuerza un par de veces, advirtió que Aidan no había dejado de mirarla, y aunque no parecía precisamente arrepentido por las cosas que acababa de decir, fue obvio que al hacerlo parte de la tensión que lo había acompañado desde su llegada empezaba a desaparecer.

—Eres un idiota —espetó ella entonces.

Sin esperar respuesta, María le dio la espalda, pero oyó cómo él echaba la silla hacia atrás y caminaba en su dirección. Por un momento, pensó que se acercaría a ella, la oficina no era tan grande, pero entonces vio que se encaminó al sofá, tomando un objeto dejado con descuido sobre el apoyabrazos en el que no había reparado hasta entonces. La novela. Maldición. ¿Por qué no la guardó en su bolso antes de bajar?

Al ver que Aidan se agachaba para tomarlo entre las manos, María sintió que el rubor subía por su rostro y el aire escapaba de sus pulmones.

—¿Qué es esto? —preguntó él entonces, mientras lo examinaba con curiosidad.

—Un libro.

La respuesta brotó de los labios de María sin que pudiera detenerla.

—Sé que es un libro —replicó él mirándola con una ceja elevada.

—¿Y por qué has preguntado entonces?

—*Flores en la tormenta* —en lugar de contestar, Aidan leyó el título en voz alta—. ¿De dónde ha salido esto?

—No lo sé. Debe de habérselo dejado algún detenido.

Él le dirigió una mirada en la que no había ni rastro de la hostilidad que mostrara hasta hacía unos minutos. Ahora la miró como si simplemente hubiese perdido la razón, pero no respondió de inmediato, sino que dio vuelta al libro para leer la contraportada. Según avanzaba, su ceño se hacía más pronunciado y aunque María hacía un esfuerzo por parecer indiferente, sintió que sus manos empezaban a sudar.

—Es una novela romántica —dijo él finalmente con una expresión curiosa en el rostro que a ella no le gustó.

—¿Sí? ¡Qué curioso!

—¿Seguro que no es tuya? —preguntó Aidan llevando la mirada del libro a su rostro.

María exhaló un bufido y forzó una sonrisa burlona.

—Creo que esa es una presunción machista —comentó, negando con la cabeza en un ademán reprobador—. Asumir que es mía porque es una novela romántica y yo soy una mujer.

Aidan frunció el ceño y se vio sinceramente sorprendido.

—No he dicho eso —aseguró él.

—No ha hecho falta.

—Solo hice una pregunta lógica considerando que esta oficina la usamos tú y yo y este libro no es mío. No me importa de quién sea y no entiendo por qué tienes que ponerte a la defensiva.

Preguntándose qué la habría poseído para actuar como una lunática por segunda vez en lo que iba del día, y con dos hombres distintos, además, María se sujetó a su falsa indignación como si se tratara de un clavo ardiendo. ¿Qué más podía hacer? Se sentía atrapada y primero muerta antes que reconocer que la novela era suya, exponiéndose a las mofas de Flynn. Acalló

a las vocecillas en su cabeza que le decían que él nunca había dado muestras de que fuera a burlarse de algo así porque su miedo al ridículo ganó la partida, como siempre.

—¿Quién dijo que me pongo a la defensiva? Yo nunca hago eso — espetó ella en un tono cargado de insolencia, para continuar luego imprimiendo una buena cuota de sarcasmo a su voz—. No, espera. Es posible que tengas razón, pero sin duda se debe a que estoy en esos días del mes. Ignórame, se me pasará pronto.

Aidan sacudió la cabeza de un lado a otro, mostrándose exasperado.

—Eres insoportable —comentó él con un gesto de disgusto.

—No sabes cuánto lamento oír eso viniendo de ti.

María se mostró satisfecha por su réplica acerada, aunque por dentro en realidad se sentía como una idiota. Por eso, esquivó su mirada, temerosa de que él fuera capaz de ver lo que en verdad pensaba, y buscó algo que hacer con las manos. Al ver una carpeta sobre el escritorio en la que no había reparado hasta entonces, fue hacia allí para abrirla y ver su contenido, pero apenas acababa de leer la primera línea cuando notó que Aidan se dirigía a la puerta, lo que no la hubiera afectado mucho de no ser porque vio que aún llevaba el libro con él.

—¡Oye! ¿A dónde te llevas eso? —preguntó ella sin poder contenerse.

Él apenas giró el rostro para dirigirle una sonrisa tan inocente que no la engañó ni por un segundo.

—Voy a dejarlo en objetos perdidos. Si su dueño está en prisión, es posible que quiera recuperarlo; puede ser una buena compañía, ya sabes lo solitario que es allí dentro.

María sintió el imperioso deseo de ir tras él y decirle que se dejara de tonterías, que le devolviera su maldito libro, el mismo que tenía desde hacía años y ocupaba un lugar muy especial en su estantería; pero no fue capaz, su orgullo le ganó la partida. Lo único que consiguió hacer fue quedarse allí con las manos sujetando la carpeta con tanta ira contenida que fue un milagro que no la partiera en dos. Una vez que Aidan se marchó, miró la puerta cerrada como si hubiera sido ella la que la había ofendido.

—Te odio— espetó entre dientes, y sabía que, en realidad, esa declaración no estaba destinada a un trozo de madera.

El querer asesinar a tu compañero, el hombre a quien deberías estar dispuesta a confiar tu vida, no era precisamente el espíritu ideal con el que una policía debería enfrentar una intervención bastante peligrosa y en la que sin duda iba a necesitar esa confianza que en ese momento le resultaba tan difícil sentir. Instintos homicidas y compañerismo no iban precisamente de la mano. Pero cuando el capitán Holland informó a María que había organizado una redada y que iba a necesitar a todos los agentes en la operación, a ella no le quedó más alternativa que asentir y correr a prepararse.

Aidan también había sido informado, claro, y cuando ambos bajaron al almacén para hacer la fila con otros agentes que iban allí para recibir las municiones extras que iban a requerir, él le hizo un gesto para que se detuviera a su lado. Parecía como si deseara decirle algo, pero María lo ignoró y se puso al final de la fila con toda intención. Tal vez fuera una reacción inmadura, pero bastó que viera el letrero en la pared que señalaba el pequeño depósito donde funcionaba la oficina de objetos perdidos para que sintiera su sangre hervir. Su libro debía de encontrarse allí, entre montones de cosas obsoletas que sin duda nadie reclamaría nunca. Su precioso libro.

Había ido por allí varias veces en los últimos días desde que Aidan le hiciera saber que pensaba dejarlo en ese lugar. Rondaba en silencio, buscándole conversación al agente de turno encargado con el fin de echar un vistazo por si tenía la suerte de verlo entre los montones que se acumulaban en los estantes, pero no vio ni rastro de él y se preguntó si no lo habrían desechado ya. Cada vez que pensaba en ello maldecía a Flynn con todos los insultos que conocía y le daban ganas de borrar con su puño esa arrogante sonrisa que le mostraba cada vez que se veían. Grandísimo idiota.

Se prometió que si una bala iba directo hacia él durante el operativo en el que estaban a punto de participar, ella se haría a un lado sin dudarle un segundo. Lo tendría bien merecido.

Sin dejar de refunfuñar, recibió las municiones y se hizo a un lado, lo mismo que otros, para asegurarse de que llevaba el chaleco antibalas bien puesto bajo la chaqueta así como el arma de repuesto en la cinturilla del pantalón, a la espalda; la oficial la llevaba en la sobaquera, más a mano. A pesar de sus malos deseos dirigidos a Flynn, la verdad era que esperaba que nadie tuviera la necesidad de usar sus armas. Las cosas nunca terminaban bien cuando la gente empezaba a disparar, lo sabía por experiencia.

Salió junto con un grupo de agentes, algunos uniformados, aunque la mayoría, como ella, eran agentes que ya habían dejado de patrullar en las

calles. Como todos, subió al camión que los llevaría al lugar de la redada sumida en un silencio expectante y un tanto perdida en sus pensamientos, aunque no tanto como para no notar que Flynn ocupó un asiento cercano al suyo y no le quitaba la vista de encima, lo que empezaba a encontrar inquietante. Debería dejar de hacer eso, se dijo manteniendo la mirada obstinadamente puesta en el suelo del camión; lo último que necesitaba cualquiera de ellos en un momento como aquel era distraerse.

El capitán Holland iba al lado del copiloto y fue poniéndolos al corriente según llegaban al lugar señalado. En realidad, ya les había adelantado algo en la comisaría, pero aprovechó ese momento en que estaban todos juntos para terminar de explicar qué era lo que esperaba de ellos. Girando para ponerse de cara a su escuadrón, dio algunas indicaciones que todos escucharon con atención.

Le había llegado información de que una organización rusa de poca monta había empezado a hacer tratos con un cartel mexicano que operaba en los muelles, lo que no dejaba de ser una asociación un poco extraña porque eran dos grupos que nunca habían dado señales de tener mucho en común. Según sus informantes, los rusos se habían hecho con un importante botín en sus fechorías, la mayor parte de ellos robos por los que estaban siendo investigados y ahora estaban interesados en usar sus ganancias para comprar un cargamento de drogas que los mexicanos habían puesto discretamente en el mercado. Ese sería su segundo encuentro, donde ambos grupos esperaban cerrar el negocio. Para ellos, sería una oportunidad excelente para atrapar a tantos miembros de los dos grupos como fuera posible y recuperar tanto el dinero como requisar las drogas.

María escuchó muy atenta, sintiendo cómo la adrenalina empezaba a correr por su torrente sanguíneo. Vivía para momentos como ese, aunque era consciente de que pocas personas podrían entenderla, salvo por aquellos por quienes compartía el camión en ese momento. Se hizo policía para trabajar en cosas como esa. Más allá de la excitación propia de encontrarse en un escenario como aquel, lo que la emocionaba era el tener en sus manos el poder de detener a esa gente, de sacarlos de las calles por tanto tiempo como fuera posible.

Aspiró una y otra vez en intervalos espaciados, tal y como había aprendido a hacer desde su niñez en las mil y un disciplinas en las que la había inscrito su madre para que canalizara así la energía desbordante de la que siempre había hecho gala. En ese momento, agradeció la obstinación de

su madre.

Llegaron al lugar señalado, a varios metros del almacén en el muelle en que debía de realizarse el intercambio con un buen tiempo, lo que les permitió ultimar algunos detalles y señalar las posiciones que ocuparía cada uno. Cuando se apearon del camión, que el chófer había ubicado en una zona que quedaba lo bastante oculta entre otros vehículos del mismo tipo a fin de no llamar la atención, María se alejó un momento del grupo para prepararse mentalmente para lo que le esperaba. Como tenía por costumbre, sujetó la medalla que le había regalado su madre y cerró los ojos para musitar una plegaria que llevaba grabada en la mente desde que tenía memoria. No era una creyente muy devota, pero incluso una persona tan cínica como ella debía reconocer que con seguridad habría un ser superior en el mundo y no tenía problemas en encomendarse a él en situaciones como aquella. Solo por si acaso.

Acababa de terminar cuando sintió una presencia a su lado y no tuvo que abrir los ojos para saber de quién se trataba. Al girar el rostro vio a Aidan de pie a solo unos pasos de donde ella se encontraba. La miraba con una expresión inescrutable, algo poco habitual en él, que siempre parecía desbordado por emociones extremas cuando de ella se trataba, fuera admiración o hartazgo. En ese momento, sin embargo, María no pudo ver nada claro en su mirada, lo que tal vez fuera una suerte porque no estaba de humor para discusiones. Aidan pareció pensar lo mismo, porque esbozó una suave sonrisa y se acercó a ella para hablarle en voz muy baja; de haber dado un paso más podría haberla tocado tan solo extendiendo una mano.

—Ve con cuidado allí dentro, ¿sí?

María recibió la petición hecha en un leve tono demandante con las cejas elevadas.

—Sé perfectamente cómo debo manejarme en una situación como esta, Flynn, no necesito consejos —respondió ella un poco ofendida.

Aidan sacudió la cabeza de un lado a otro y ensanchó la sonrisa.

—Estoy seguro de que lo sabes, pero nunca he estado contigo en un operativo como este. Solo quiero... —se llevó una mano a la nuca, suspirando—. No quisiera que te ocurriera nada.

María contuvo una respuesta sarcástica, comprendiendo lo que él intentaba decir. Claro que no quería que le ocurriera nada; podía odiarlo a veces y desearle todas las penas del infierno, pero en el fondo tampoco deseaba que resultara herido o algo así. Él, desde luego, debía de sentir lo

mismo. Por eso, procuró hacer a un lado su talante provocador y asintió sin asomo de burla en su expresión.

—Estaré bien, y lo mismo tú —respondió ella señalando con una cabezada al grupo que se preparaba a escasa distancia—. Todos estaremos bien.

Él no pareció del todo convencido con su respuesta; tal vez estuviera pensando en todas las muestras que había dado María de su explosivo carácter y se preguntara cómo reaccionaría en una situación como aquella. De cualquier forma, el llamamiento del capitán Holland le impidió insistir, por lo que asintió gravemente y le hizo un último gesto antes de darle la espalda y encaminarse en dirección al grupo.

—Mantente cerca —dijo él.

María puso los ojos en blanco y negó con la cabeza, casi divertida.

—Sí, mamá.

Aidan no respondió, pero María pudo oír su risa mientras se agrupaban en espera de las últimas indicaciones de su capitán.

Las cosas transcurrieron según lo planeado en un inicio. Ninguno de los grupos que mantenían el encuentro en el interior del almacén pareció advertir su presencia hasta que fue muy tarde para ellos; el escuadrón hizo a un lado las puertas e ingresó con las armas en alto y entre gritos que los llamaban a rendirse y tirarse al suelo antes de que alguien saliera lastimado. Los criminales, que apenas superaban la docena, se vieron tan desconcertados por la irrupción que la mayoría se echó al suelo obedeciendo sin rechistar, pero siempre había uno presto a llevar la contraria, como se dijo María luego cuando pudo pensar en eso con más tranquilidad.

Al que inmediatamente identificaron como el líder del cártel mexicano se las arregló para parapetarse tras unos contenedores en el interior del almacén y empezó a disparar sin molestarse en apuntar; las balas fueron de un lado a otro, tres o cuatro miembros de los otros grupos decidieron seguir su ejemplo y abandonaron sus posturas sumisas para disparar también antes de que los agentes pudieran requisar sus armas. Entonces se desató el infierno.

No era el primer tiroteo en el que María se veía envuelta; no pretendió fanfarronear cuando aseguró a Aidan que sabía qué hacer en casos como ese, pero eso no lo hacía más sencillo. O peligroso. Buscó un lugar en el que resguardarse para cubrir a sus compañeros que iban unos pasos por delante, con el capitán Holland a la cabeza, lo que le provocó un vuelco en el corazón.

Ahora no solo debía preocuparse por derribar a los delincuentes que disparaban, sino también esquivar a los suyos. Buscó a Flynn, a quien no había visto desde que empezó todo ese enredo, pero dio con él de inmediato porque el muy idiota iba delante a solo unos cuantos pasos de Holland. ¿Y dijo que era ella quien debía ir con cuidado?

Con un resoplido mezcla de exasperación y alivio, María dio con unos bultos lo bastante amplios para ubicarse tras ellos, y una vez que encontró un buen ángulo empezó a disparar su arma con mucho cuidado al apuntar. Había sacado la puntuación más alta en las clases de tiro, así que no tuvo problemas para derribar a uno de los delincuentes hiriéndolo en una pierna. Lo malo fue que su puntería la puso en la mira de los otros, quienes empezaron a disparar en su dirección, por lo que tuvo que esquivar un par de tiros que pasaron silbando cerca de su cabeza.

Nunca supo cuánto tiempo pasó; pudieron ser diez minutos o una hora, el tiempo perdía el sentido en momentos como ese, pero los sonidos de los proyectiles se empezaron a espaciar de ambos lados y aprovechó esa tregua para sacar la cabeza de su improvisada trinchera para mirar el panorama frente a ella con más atención. Al ver que Holland y dos agentes más, entre ellos Flynn, habían reducido al grupo mayor de delincuentes, exhaló un suspiro de alivio. Todos parecían ilesos, pero no se permitió confiarse, y el tiempo le dio la razón de tomar esa medida cauta tan poco habitual en ella, porque al ampliar el ángulo de mira comprobó que aún había un par de hombres recargando sus armas en lo más alejado del almacén. Uno de ellos apuntaba en dirección al pequeño grupo que había bajado la guardia para esposar a los caídos, por lo que dejó su escondite sin dudar, disparando antes de ser del todo consciente de lo que hacía. Abatió a uno de los hombres y un rugido de triunfo escapó de su garganta, pero justo cuando se acercaba para comprobar dónde le había dado, buscando sus esposas con la mano libre, el otro hombre que había fingido rendirse se lanzó de cara al suelo al tiempo que apuntaba en su dirección.

María sintió una extraña quemazón a la altura de la mejilla y un silbido le obstruyó el oído, obligándola a cerrar los ojos. Sus rodillas se doblaron, no supo si debido al dolor o la sorpresa, pero de pronto se vio cayendo a lo que le pareció un abismo porque todo frente a ello se fundió a un negro que amenazó con devorarla. Ni siquiera oyó los gritos que surgieron de todos lados o los pasos que se precipitaron hacia ella.

Capítulo 4

Cuando María recuperó el sentido, lo primero que notó fue que tenía la lengua pastosa y que habría dado su alma por una gaseosa; pero no atinó a abrir los ojos hasta que se sintió lo suficientemente despierta para cobrar consciencia de donde se encontraba. Rebuscó en su memoria y los recuerdos empezaron a brotar uno tras otro como un aluvión. La redada en el almacén. Los disparos. Ella parapetada, su arma humeando, el sonidos de los disparos. El ardor en el rostro y la caída. Sobre todo recordaba la caída y el impacto de sus rodillas contra el suelo. Luego se desmayó, supuso, porque no alcanzó a recordar nada más. Creía haber alcanzado a escuchar algunos gritos, pero no estaba segura; si estaba en lo cierto, habían provenido de Flynn, porque fue su voz la que llegó a ella en lo que perdía la consciencia del todo.

Parpadeó y aspiró con fuerza para inundar sus pulmones de aire, pero hizo un gesto de desagrado al advertir el olor que inundó sus fosas nasales: antiséptico y productos químicos de limpieza. Un hospital. Genial.

Decidió arriesgarse a abrir los ojos, entreabriéndolos con mucho cuidado, una precaución acertada porque tan pronto como la luz le dio de lleno en las pupilas tuvo que cerrarlos de nuevo al sentir una punzada en un lado de la cara que le hizo emitir un quejido. Solo entonces notó que no estaba sola, como había pensado. Oyó un crujido proveniente de su derecha y al abrir los ojos una vez más y mirar en esa dirección se encontró con la mirada de Flynn, que había permanecido sentado en una poltrona al lado de la cama. Lo observó en silencio, recorriendo su rostro y cuerpo en un repaso rápido para comprobar que se encontraba ileso. Bien. Algo menos por lo que preocuparse.

Él se puso de pie y María advirtió que sus piernas temblaron un poco al incorporarse, lo que la llevó a preguntarse si se encontraba tan bien como parecía. Aunque bien visto, se dijo una vez que él se detuvo a su lado, mirándola desde su altura con expresión preocupada, la verdad era que le pareció que se veía un poco pálido y tenía el corto pelo hecho un remolino, como si se hubiera pasado las últimas horas atusándolo una y otra vez. ¿Una señal de nerviosismo, quizá? ¿Y eso por qué? ¿Acaso ella había estado a

punto de morir? ¿Se imaginaba enterrando a su compañera cuando llevaban tan poco tiempo trabajando juntos? Tal vez creyó que le asignarían a Paterson y su mala puntería; eso pondría inquieto a cualquiera.

María detuvo su línea de pensamientos al comprender que estaba delirando y que le entraría una risa histérica en cualquier momento. Aspiró nuevamente para calmarse, pero estuvo a punto de sufrir un nuevo ataque de nervios al sentir la mano de Flynn sobre la suya. No se atrevió a mirar hacia allí, sin embargo, sino que mantuvo los ojos firmemente puestos sobre su rostro, intentando adivinar lo que sentía pero, como siempre, le resultó imposible hacerse una idea clara. A él se le daba mucho mejor que a ella esconder sus sentimientos, lo que tal vez fuera una suerte.

—¿Me harías un recuento de los daños?

María se aclaró la garganta al oír su voz ronca; apenas podía creer que fuera suya. Aidan soltó su mano para servir un poco de agua en un vaso, con lo que la asaltó una desagradable sensación de pérdida que hizo todo lo posible por apartar. Cuando él le acercó el vaso con una pajilla, se acomodó de lado, incorporándose lo suficiente para beber un par de sorbos. Era delicioso; como si hubiera pasado días en un desierto privada de agua y de pronto se encontrara frente a un oasis. Después de dar otro sorbo regresó a su posición inicial, apoyando la cabeza contra la almohada. Al parecer, estar cerca a la muerte ponía poético a cualquiera, se dijo con acidez.

—Te alegrará saber que aunque debes de sentirte fatal, las cosas han podido resultar mucho peores —Aidan volvió a ocupar el asiento, pero arrastró la butaca para acercarse más a la cama—. Tienes una buena contusión en la cabeza, pero descartaron un daño más profundo; la bala te rozó lo suficiente para provocar un fuerte impacto y necesitaste unos cuantos puntos en la sien, pero el médico dijo que apenas te quedará una cicatriz.

—Te diría que no me importa eso, pero sería una hipocresía —María ladeó el rostro para mirarlo a los ojos y sonrió—. Gracias por decírmelo.

Aidan asintió y llevó la mirada a su pierna, con lo que provocó que María prestara mayor atención a esa parte de su cuerpo. Solo entonces, como si lo hubiera conjurado, le atacó un dolor punzante en la rodilla izquierda e hizo un gesto de desagrado, por lo que Aidan se apresuró a hacerle un ademán para tranquilizarla.

—Te dislocaste la rodilla —indicó él—. Debió de ser cuando caíste después del disparo. No ha sido tan terrible, eso dijo el especialista; ha visto lesiones más complejas. Puso todo en su sitio mientras dormías sedada y cree

que, llevando una férula un par de semanas y con un poco de rehabilitación, estarás como nueva.

María suspiró, demasiado impactada frente a la posibilidad de permanecer lo que le pareció una eternidad sin poder moverse como estaba acostumbrada; pero Aidan tenía razón. Pudo ser mucho peor. No recordaba haber estado nunca en una situación tan peligrosa, no de forma tan directa.

—Oye, Aidan...

Él la miró nuevamente al rostro, atento y frunciendo un poco el ceño al advertir su tono indeciso.

—¿Qué?

María arrugó la sábana entre los dedos de la mano en que no tenía la vía, delatando su nerviosismo.

—¿Nadie más resultó herido? ¿Están todos los demás bien?

Aidan sonrió e hizo amago de volver a tomar su mano extendiendo la suya, pero pareció pensárselo mejor porque la dejó caer sobre la sábana, a solo unos centímetros de distancia.

—Todos estamos ilesos —le aseguró él en un tono tranquilizador, y María se preguntó no por primera vez cómo una voz tan grave podía inspirar tanta paz—. Bueno, Paterson tropezó cuando subíamos de vuelta al camión para regresar a comisaría, pero solo se hizo un corte en la mano y no creo que puedas considerar eso como un accidente laboral.

María empezó a reír, pero eso le provocó una nueva punzada en la herida del rostro, por lo que se contuvo y lo miró nuevamente.

—¿Llevo mucho tiempo aquí? —preguntó ella una vez que recuperó el aliento.

—Unas cuantas horas —indicó Aidan, adoptando una postura más cómoda en la butaca al estirar sus largas piernas frente a él—. Aunque me ha parecido una eternidad.

Ella lo observó entonces con el rostro ladeado y comprobó que llevaba la misma ropa que tenía puesta en el momento en que iniciaron la redada. Advirtió que tenía las perneras del pantalón llenas de polvo y un rastro de sangre seca en el brazo, simulando una herida que rompía el patrón de sus tatuajes; pero no podía ser suya porque no había ningún otro rastro de lesión y él había dicho que estaba ileso.

—¿Es mía? —preguntó ella entonces señalando su brazo con un gesto del mentón.

Aidan llevó la mirada a donde ella le indicó y una expresión extraña le

cruzó el rostro.

—Eso creo, no lo había notado —dijo él tras encogerse de hombros.

En ese momento no supo por qué, pero María no le creyó. Sin embargo, no insistió, sino que asintió suavemente y llevó la vista al techo.

—No tenías que quedarte —musitó ella.

Creyó que Aidan no la había oído porque no respondió durante todo un minuto, pero cuando buscó algo para decir que llenara ese silencio que había caído entre ellos, él le sonrió.

—Claro que sí. Hubieras hecho lo mismo por mí, ¿no?

María ladeó el rostro para mirarlo a los ojos, pensativa. Lo más correcto hubiera sido responder que sí, que claro que habría hecho lo mismo por él, pero no quería dar una contestación mecánica; en lugar de ello, procuró imaginar una situación en que las cosas se hubieran dado a la inversa, en que hubiese sido él quien cayera herido y ella quien se hubiera visto en la necesidad de permanecer a su lado. Para su sorpresa, la idea le aceleró un poco el corazón y sintió una presión de angustia en el pecho que no tenía nada que ver con el dolor de sus heridas. Al notar que Aidan esperaba una respuesta con una curiosa expresión risueña en el rostro, sin embargo, procuró alejar esos pensamientos y lo miró con una sonrisa burlona.

—Bueno, supongo que sí —contestó ella—. Pero te agradecería que no me pongas en una situación de ese tipo muy pronto, ¿de acuerdo? He tenido suficientes emociones por ahora.

Aidan asintió al oírla, como si de alguna forma fuera capaz de comprender incluso lo que no se atrevía a decir. Al cabo de un momento, habló nuevamente, y su voz surgió teñida de una tristeza que la sorprendió.

—Perdí a un compañero una vez —dijo él, con la mirada puesta en un punto fijo de su rostro, pero parecía como si no la estuviera mirando en realidad—. Fue hace un par de años, en Nueva York; él era un novato, acababa de entrar al cuerpo y estaba aún en entrenamiento. Me recuerda un poco a Paterson; era algo patoso, pero un buen chico.

María contuvo el aliento al oírlo, pero no lo interrumpió, en espera de que continuara.

—Fue en un robo. Él ni siquiera debió estar allí, pero estaba tan desesperado por aprender que se ofreció de voluntario aunque todavía no estaba listo —explicó él encogiéndose de hombros.

—¿Cuál era su nombre? —preguntó ella.

Aidan parpadeó como si le sorprendiera escuchar su voz y pareció

despertar del letargo en que lo habían sumido sus recuerdos. La miró a los ojos entonces y esbozó una pequeña sonrisa.

—Martin —respondió él.

—Es un buen nombre —comentó María—. Estoy segura de que Martin hizo lo que pensó que era correcto.

—Como tú.

Ella hizo un gesto descuidado al oírlo, como si no quisiera darle demasiada importancia a su actuación de hacía unas horas.

—Eso creo —respondió ella—. Pero tendrás que continuar aguantándome, Flynn; algo me dice que, nos guste o no, seremos compañeros por mucho tiempo.

Aidan se inclinó hacia ella y rozó su mejilla con el dorso de la mano, una caricia que la dejó inmóvil; no recordaba que algo la hubiera sorprendido hasta ese punto desde que su madre declaró que iría al infierno si no bebía la sopa cuando era niña.

—La idea me molesta mucho menos de lo que parece pensar —comentó él con voz sugerente, y María se vio hechizada por esa cadencia que le provocó cerrar los ojos y ladear el rostro para frotar la mejilla contra su mano—. Cuando te vi caer...

María no se enteró de qué fue lo que pensó o sintió él al verla caer, lo que tal vez fuera lo mejor; la forma en que Aidan la miraba, el tono en el que hablaba... de pronto se sintió como si le faltara la respiración y solo pudo pensar en que necesitaba algo, cualquier cosa que la liberara de esa sensación tan extraña. Por fortuna, había aprendido que cuando pensaba en su madre, tal y como había hecho hacía solo un instante, ella de alguna forma se las arreglaba para hacer sentir su presencia. A veces de forma figurativa, claro, y otras, como en aquel momento, de una muy literal.

Fue Aidan quien oyó primero el jaleo, de ahí que se interrumpiera y se echara hacia atrás, confundido. María, en cambio y para su sorpresa, exhaló un hondo suspiro resignado y se acomodó en la cama lo mejor que pudo, lista para lo que le esperaba.

Su madre apareció en el umbral y su abrumadora presencia pareció hacer las veces de una legión, aunque en realidad solo venía seguida por unos preocupados y un tanto avergonzados Beth y Alan, quienes parecían haber tenido serios problemas para seguirle el paso.

—¡María!

La señora Cabrera se apresuró a ir hasta la cama en que reposaba su hija

e hizo amago de estrecharla entre sus brazos, pero al ver el estado en que se encontraba se llevó una mano al pecho y solo atinó a tomar una de las suyas, apretándola con tanto ímpetu que María hizo un gesto de dolor que apenas consiguió enmascarar.

—Antes de que digas nada —María hizo un gesto para que callara cuando vio que estaba a punto de empezar a hablar; sabía que no podría detenerla si lo hacía—. Estoy mucho mejor de lo que parece, lo juro, casi no me duele nada y me verás como nueva en un par de semanas.

—Fue eso exactamente lo que dijo el médico hace un minuto.

Beth se había acercado también, lo mismo que Alan, aunque ellos se mantuvieron a un par de pasos y la miraban con similares muestras de inquietud, pero María les dirigió una de sus mejores sonrisas para tranquilizarlos.

—Entonces habéis hablado con él —comentó ella algo más aliviada de no tener que dar muchas explicaciones.

—Sí, ¿de dónde crees que venían los gritos? —comentó Alan en un tono sardónico, pero afectuoso tras señalar a la señora Cabrera con un gesto discreto—. El pobre dio su informe y corrió tan rápido como pudo. Bueno, en realidad dijo que tenía una emergencia, pero nadie le creyó.

Beth lo miró con el ceño fruncido, pero apenas consiguió contener una sonrisa, así que María supuso que Alan no estaba exagerando. La verdad era que no le sorprendía; a veces su madre tenía ese efecto en las personas.

—Él dijo que esa bala pudo matarte; un par de centímetros y... —la señora señaló su herida en la sien con un dedo tembloroso.

—No había necesidad de que te dijera eso —comentó María con un gesto ceñudo—. A alguna gente le encanta el drama.

—Creo que no estaba siendo dramático, solo realista —acotó Beth con sensatez, pero posó una mano sobre el hombro de la madre de su amiga en un ademán tranquilizador—. Pero María tiene razón, Katie, no hay nada por lo que debas preocuparte.

—Sí, solo hay que verla. Si exceptúas que parece como si acabara de sobrevivir a un huracán, luce estupenda.

María miró a sus amigos, cediendo a la risa y contenta de que se encontraran allí. Su madre los quería casi tanto como a sus hijas, en especial a Alan, a quien siempre había considerado más vulnerable pese a su actitud socarrona. Era el hijo que siempre había deseado, o al menos eso comentaba cuando él podía oírla, y en esas ocasiones Alan apenas conseguía ocultar lo

satisfecho que se sentía. En ese momento, sin embargo, su madre lo miraba con la misma expresión de regaño que le dispensaría a su hermana más molesta.

—Eso no tiene ninguna gracia, Alan, ha podido morir —la señora señaló a María con un gesto desesperado—. Va a tener que llevar esa... esa...

—¿Férula? —Beth fue en su ayuda al comprender que la señora no daba con la palabra—. Porque si se trata de eso solo serán unas tres semanas a lo mucho.

—Pensé que iban a ser dos —musitó María con el entrecejo fruncido.

La señora no pareció precisamente calmada por sus palabras. En lugar de ello, había dirigido su atención a su rostro y acercado el suyo como si quisiera inspeccionar hasta el último poro.

—Tu padre y hermanas están muertos de angustia —comentó ella, chasqueando la lengua al estudiar el vendaje que llevaba sobre los puntos—. Ellos vendrán más tarde; ya Beth les ha dicho que no es tan grave como habíamos pensado.

—Al menos reconoces que no estoy en el umbral de la muerte.

La señora recibió la réplica de su hija con ojos centelleantes y María se dijo, no por primera vez, que tenía que aprender a contener su lengua.

—Esto no es para reír, María, ¿Cómo puedes bromear en un momento como este? ¿Sabes lo que sentí al recibir esa llamada? Es que no te puedes hacer una idea...

—Lo siento, mamá, de verdad. Hubiera preferido ser yo quien te llamara.

Su madre bufó y la expresión burlona que adoptó las hizo estar muy parecidas.

—Si hubiera esperado a que tú me informaras de esto no me habría enterado hasta que te viera aparecer en nuestro próximo almuerzo con esta cosa... —la señora señaló la rodilla inmovilizada por la férula con una cabezada—. Eso sin mencionar el rostro.

—Mi rostro está bien, mamá...

La señora descartó sus palabras con un ademán fastidiado.

—¡Bien! ¡Te ha rozado una bala, María, eso no es estar bien! —su madre inspeccionó su perfil con ojo crítico—. Te quedará una cicatriz.

María suspiró y contuvo el impulso de poner los ojos en blanco.

—Apenas se nota, mamá, no es gran cosa.

Sus excusas cayeron en saco roto, porque su madre la ignoró abiertamente.

—¡Pero tu hermoso rostro! —la señora Cabrera miró a Alan y Beth sobre su hombro—. Ella tiene un rostro precioso.

Sus amigos dieron un pequeño bote, como si se hubieran encontrado muy interesados en su conversación y de pronto se vieran sorprendidos de que la señora se dirigiera directamente a ellos, pero reaccionaron con rapidez.

—Seguro que sí —indicó Alan sonando más apasionado de lo que sin duda le habría gustado.

—Claro. Precioso —Beth, por su parte, asintió muy segura.

María les dirigió una mirada fulminante, pero ellos se encogieron de hombros cuando la señora Cabrera no los veía. ¿Qué esperaba ella que dijeran? Cualquiera le llevaba la contraria a su madre cuando asumía esa actitud.

Dos cosas ocurrieron entonces. Una enfermera entró para registrar los signos vitales de María y un sonoro carraspeo proveniente de un rincón de la habitación llamó la atención de todos. María estuvo a punto de golpear su cabeza contra la almohada una y otra vez al reparar en que había olvidado a Aidan con todo ese ajetreo.

Él se había puesto de pie tan pronto como los otros entraron y se mantuvo apartado para que pudieran hablar con tranquilidad, pero al mirarlo María comprendió que debía de sentirse sobrepasado por semejante escena; además, con seguridad se encontraba exhausto. Pudo ver las huellas del cansancio en su rostro y solo entonces notó que la mano que reposaba sobre una silla tenía algunas heridas que no había advertido antes. Al parecer no resultó tan ileso como había declarado con tanta tranquilidad hacía unos minutos. Le hubiera encantado preguntar qué había pasado, pero su madre ya se había adelantado al reparar en su presencia. Ella abandonó entonces su contemplación del rostro de su hija y lo repasó con una profunda mirada, de las botas polvorientas al cabello despeinado; pero pese a no encontrarse en su mejor momento, fue obvio que encontró muy interesante lo que veía.

—¿Y quién eres tú? —preguntó la señora sin mayores ceremonias.

Aidan pareció sorprendido por la abrupta pregunta, pero se recuperó con rapidez y sonrió a la señora con su encanto habitual.

—Aidan Flynn, señora, es un placer.

La señora Cabrera frunció levemente el ceño y alternó la mirada de él a su hija un par de veces.

—Así que tú eres él —dijo entonces dirigiéndose a Aidan sin dejar de analizarlo con la mirada—. Te imaginaba distinto.

—¿Si? —la voz de Aidan delató su confusión.

—Sí. Con cuernos y cola —respondió la señora con una mueca burlona.

Aidan miró a María, al parecer divertido, en especial al notar que ella hacía todo lo posible por rehuir su mirada; casi podía imaginar lo que debía de haber dicho a su familia acerca de él, pero más que ofenderlo lo encontró divertido y sintió un instantáneo raptó de simpatía por esa señora de maneras tan exuberantes.

—Puedo imaginarlo —replicó él en un tono similar—. Espero no haberla decepcionado.

—Para nada, hijo, para nada —la señora Cabrera se vio encantada por su respuesta, como si apreciara su sentido del humor—. ¿Y tú cómo te encuentras? No te habrán disparado también...

Aidan negó con la cabeza y sonrió.

—Estoy muy bien, pero creo que debería irme; tengo que hacer un informe.

Beth y Alan lo miraron con curiosidad, pero este tan solo hizo un gesto en señal de saludo y, tras sonreír a la señora Cabrera, se puso la chaqueta que había dejado en la silla con movimientos medidos, como si de pronto encontrara doloroso hacer algo tan sencillo. María se prometió que tan pronto como pudiera hablar con él en privado le preguntaría qué le había ocurrido. En ese momento, sin embargo, con su madre registrando absolutamente todo lo que ocurría en la habitación con una mirada de lince, que procuraba ocultar bajo una expresión de matrona bondadosa que tan solo engañaba a quienes no la conocían bien, no se atrevió a decir una palabra al respecto. En lugar de ello, tanto para no alentar a su madre como para protegerse a sí misma, se mostró tan indiferente como le fue posible y solo se dirigió a él cuando vio que se encaminaba a la puerta.

—Oye, Flynn, gracias por tu ayuda. Supongo que estaré de vuelta pronto; saluda a los chicos por mí —ella sonrió sin mucho entusiasmo en un gesto impersonal—. Me pondré en contacto con el capitán tan pronto como pueda conseguir que me traigan un teléfono...

—No creo que eso vaya a ocurrir pronto —su madre la interrumpió con el ceño fruncido y una mirada de advertencia, pero luego miró a Aidan con una expresión mucho más amable—. Debes de estar exhausto; te vendrá bien un descanso, pero nos encantaría verte de nuevo. ¿Por qué no vienes un día

de estos a casa? Al resto de la familia le encantaría conocer al compañero de María.

María sintió cómo sus dientes entrechocaban debido a la fuerza con la que los apretó. Desde luego que su madre no dejaría pasar esa oportunidad, pero Aidan no tenía como saberlo, se dijo cuando lo vio asentir, agradecido, ignorante de la trampa en que acababa de caer. Pobre incauto.

—No veo por qué no...

La señora Cabrera ni siquiera le dio tiempo de esbozar una respuesta cortés, sino que le sonrió, encantada.

—¿Te gusta la comida puertorriqueña? —preguntó ella.

—Me encanta.

—Perfecto. Pues no hay más de qué hablar; vendrás a cenar muy pronto, le diré a María que te lo comente en cuanto tengamos una fecha. Nos alegrará mucho tenerte en casa.

Aidan asintió nuevamente y, tras una última mirada en dirección a María, que de pronto se mostró muy interesada en el diseño de la vía que llevaba en el brazo, se marchó y sus pasos resonaron a lo largo del pasillo.

Tan pronto como estuvo convencida de que él no podía oírla y comprobar que tanto Beth como Alan, quienes habían presenciado el breve intercambio en silencio sin disimular su curiosidad, ahora daban unos cuantos pasos hacia atrás con la misma cautela con la que se moverían frente a una jauría particularmente rabiosa, María se dirigió a su madre.

—Ni siquiera lo pienses, madre —advirtió ella en un tono que hubiera hecho temblar a todos los criminales que acababan de capturar.

La señora Cabrera, sin embargo, no se mostró en absoluto impresionada, sino que ensanchó su sonrisa y se acercó a la cama con total tranquilidad, ahuecando las almohadas como habría hecho de encontrarse en su casa en lugar del hospital con una hija que no dejaba de mirarla con hostilidad.

—Creo que podríamos buscar algo de comida, ¿qué decís? —preguntó ella en tono amable, dirigiéndose a nadie en particular— ¿A quién se le antoja un poco de gelatina?

—¡Odio mi vida!

—Alguien no lleva muy bien la inmovilidad.

María miró a Aidan por encima de la pila de documentos que intentaba

estudiar y masculló una maldición que se mantuvo resonando entre ellos. Él, sin embargo, pareció más divertido que ofendido y no abandonó la expresión divertida que afloró a su rostro tan pronto como la vio aparecer esa mañana en la comisaría.

Había conseguido pasar toda una semana en casa antes de sentir que estaba a punto de perder la razón y el capitán Holland se había compadecido de ella aceptando que regresara a sus labores, siempre y cuando se moviera con cautela. Detestaba usar muletas, pero era lo único que le permitía movilizarse sin tener que saltar sobre un pie. El problema era que aún no estaba lo bastante recuperada para andar con rapidez, así que lo único que podía hacer era precisamente lo que la ocupaba en ese momento: llegar, sentarse frente al escritorio y leer pilas y pilas de informes mientras Aidan dividía su tiempo entre salir a hacer el trabajo de campo y burlarse de ella en cuanto regresaba. ¿Quién podría culparse de que se encontrara de tan mal humor?

Ya que no obtuvo la respuesta ácida que debía de estar esperando, Aidan dejó de sonreír, se acercó a María con una expresión algo más amable y extendió una mano para hacer a un lado el papel que tenía frente a ella y que llevaba media hora intentando leer sin mucho éxito.

María mantuvo la mirada fija en el título del documento, decidida a no darle el gusto de que notara lo aburrida que se sentía y lo mucho que envidiaba que él pudiera hacer todas las cosas que ella tanto echaba de menos. Era injusta, lo sabía, él no tenía la culpa de nada, pero no podía evitar pensarlo.

Aidan abrió su mano por completo para cubrir el papel y entonces a María ya no le quedó otra alternativa que dejar de fingir. Levantó la mirada con lentitud, procurando no verlo directamente a los ojos, sino que prefirió concentrarse en el punto sobre su hombro, donde la manga de su camiseta terminaba dejando a la vista la hilera de tatuajes sobre su brazo.

—María. Mírame —pidió él entonces.

Ella no hizo como que no había escuchado, eso hubiera sido demasiado infantil, incluso para lo que acostumbraba, de modo que aspiró, como si pretendiera infundirse de un ánimo que no tenía, y lo miró a los ojos. Gran error.

Él la miraba de la misma forma en que lo había hecho cuando se encontraba en el hospital, e incluso más temprano ese día, cuando estaban a punto de entrar a ese almacén en el muelle, antes de que la hirieran. Era una

mirada cálida, profunda y muy, muy inquietante.

—Estás haciendo lo mejor que puedes —Aidan no pareció ser consciente de lo mucho que le afectaba, porque se dirigió a ella con una naturalidad que en otras circunstancias hubiera agradecido—. Deberías estar en casa, descansando, pero has preferido estar aquí; eso habla muy bien de ti y de tu voluntad, pero solo eres humana. Tienes que darte un poco más de tiempo.

María carraspeó y echó el cuerpo hacia atrás en el asiento para poner cierta distancia entre ellos. Era eso o pedirle que se alejara, con lo que hubiera quedado como una lunática.

—No tengo el carácter para eso —respondió ella—. Me aburro con facilidad.

Aidan sonrió.

—Lo he notado —comentó él—. Por eso, tengo un par de cosas para ti que creo que te animarán un poco y mantendrán tu mente ocupada.

María lo miró con el ceño fruncido y una mueca suspicaz.

—¿De qué se trata?

Aidan se incorporó y se llevó las manos a la cintura antes de dirigirse a la bolsa que acostumbraba llevar con él al trabajo. Después de escarbar en su interior durante un momento, tomó algo que escondió a su espalda mientras caminaba de vuelta al lado de María. Hizo todo eso con una sonrisa traviesa en los labios y ella sintió cómo una se formaba también en su rostro; no pudo evitarlo.

—En primer lugar, esto es algo que quiero devolverte desde hace un tiempo, pero no encontré un buen momento para hacerlo —dijo él sin mostrarle de qué se trataba.

María tuvo una corazonada, pero no estaba segura de que fuera algo bueno, así que mantuvo las manos sobre el tablero del escritorio sin conseguir relajarse del todo. Aidan, que como siempre parecía tener sencillo hacerse una idea de lo que pensaba, no la hizo esperar más sino que extendió el objeto que escondía y lo dejó frente a ella.

—Creo que esto es tuyo —dijo él.

María pasó una mano por el lomo del libro y no pudo evitar que su corazón diera un brinco debido a la emoción. Pensó que no lo vería nunca más. Su ejemplar de *Flores en la tormenta*.

—Pensé que lo habías llevado a objetos perdidos —musitó ella sin atreverse a mirarlo.

Aunque no lo miraba, pudo imaginar que él estaba sonriendo por su tono de voz al responder.

—Solo quería molestarte un poco —reconoció él—. Lo siento. No éramos los mejores amigos entonces.

—Tampoco lo somos ahora —María lo miró entonces tras armarse de valor y esperaba que no fuera evidente lo conmovida que se sentía—. Supiste que era mío todo el tiempo, ¿no?

Aidan se encogió de hombros.

—Claro que sí, y antes de que digas algo al respecto, no es porque esta sea una novela romántica y tú una mujer; fue simple lógica y te lo dije aquella vez, ¿recuerdas? Si no era mía, tenía que ser tuya, aunque no entiendo aún por qué lo negaste entonces, no hay nada de malo en que te gusten esta clase de historias —indicó él, alzando el índice en precaución de que intentara interrumpirlo—. No soy un fan, pero tengo que reconocer que esta es bastante buena.

María frunció el ceño, demasiado asombrada por la última frase como para molestarse en pensar en todo lo otro que había dicho.

—¿Lo has leído?

Al tiempo que hizo la pregunta, se llevó el libro al pecho en un ademán casi gracioso que comulgaba con su tono impresionado.

—Sí, de cabo a rabo y como dije, no está mal —respondió él con sencillez—. Aunque no terminó de convencerme la protagonista; no tengo idea de cómo el duque ese puede soportarla; Maddy es un personaje horrible.

—No lo es. Solo es complicada —María no pudo evitar corregirlo, un poco picada—. No es sencillo comprender a una mujer como ella; pero es buena, muy buena, y él pudo verlo desde el inicio. Peleó por ella aunque Maddy hacía lo posible por apartarlo aunque a veces fuera incluso irracional. El duque estaba enamorado y sabía que ella valía la pena. A pesar de todo.

Aidan escuchó su apasionada defensa con una sonrisa.

—A pesar de todo —repitió él—. Bueno, es posible que tengas razón. Hay cosas por las que vale pelear a pesar de todo.

María advirtió una inflexión en su tono que le puso la piel de gallina, en especial porque no dejaba de mirarla a los ojos, y de pronto sintió como si le faltara el aire, lo que era una idiotez porque todas las ventanas estaban abiertas. De modo que se echó un poco más hacia atrás, corriendo el peligro de caerse de espaldas, y tragó espeso para aclarar su garganta.

—¿Y qué es lo otro? —ella continuó al notar su desconcierto—. Dijiste

que tenías un par de cosas para mí. El libro es una de ellas, ¿dónde está la otra?

Aidan se mantuvo inmóvil por un instante, como si no tuviera muchos deseos de abandonar esa charla, pero al final se rindió, suspirando.

—Es posible que esto te guste incluso más —dijo él al tiempo que sacaba su móvil del bolsillo y pulsaba unas teclas con expresión concentrada.

María lo observó en silencio, curiosa. Él tardó un momento en encontrar lo que buscaba y cuando lo hizo extendió el brazo y puso el teléfono bajo su nariz, instándola a leer las letras que aparecían en la pantalla, lo que ella hizo tras vacilar un instante; no era muy usual que alguien le permitiera leer su correspondencia privada, pero si Aidan no tenía problemas con eso ella no tenía por qué tenerlos tampoco.

Una vez que concluyó con el breve mensaje, redactado en un tono coloquial, levantó la mirada y lo observó, en absoluto sorprendida al encontrarse con su expresión sonriente.

—¿Crees que esto tiene que ver con nuestros ladrones? —preguntó ella, sin disimular su emoción.

Aidan asintió, convencido.

—El *modus operandi* es el mismo —indicó él, dando una cabezada al teléfono.

María empezó a tamborilear sobre el escritorio y tomó el móvil para leer el mensaje de nuevo. Había sido enviado esa mañana por un tal Billy, que por su forma de expresarse, era obvio que consideraba a Aidan un amigo cercano. Según él, un oficial de policía de Manhattan por lo que había alcanzado a comprender, hacía un par de años se vio envuelto en una investigación muy similar a la que llevaban en ese momento entre manos. La única diferencia fue que en su caso había tenido que enfrentarse a un par de robos en lugar de uno, los mismos que lo llevaron a un callejón sin salida por la inteligencia y la discreción con que se habían conducido los delincuentes; los objetos robados se componían de una pintura extremadamente valiosa que se encontraba en un museo y unas joyas pertenecientes a una colección privada; nada de ello apareció en la prensa porque, al no dar con los ladrones, los responsables prefieren recurrir al seguro y evitar la mala publicidad.

—Este Billy dice que estuvieron a punto de atraparlos una vez —indicó María devolviendo el móvil a Aidan una vez que terminó de leer.

Él cabeceó y se dejó caer en el asiento frente a ella.

—Incluso trabajaban con la hipótesis muy interesante —Aidan buscó en

el teléfono y chasqueó la lengua al dar con lo que buscaba—. Le hablé del tema hace un par de semanas; fue solo una charla porque llamó para saber cómo me iba aquí y le comenté el caso. A él todo el asunto le trajo algunos recuerdos y dijo que revisaría viejos archivos por si daba con algo. Obviamente, lo hizo.

—Es bastante posible que sean los mismos —señaló ella, emocionada.

—O podría ser una casualidad.

—En nuestro trabajo no existen las casualidades, Aidan, ya deberías saber eso.

Él sonrió al notar que se dirigía a él con su nombre de pila; desde su regreso a la comisaría había dejado su apellido para cuando se encontraba muy disgustada.

—Tal vez tengas razón —dijo él, pensativo—. Billy va a enviarme una copia del archivo del caso.

—¿Eso es legal? —replicó ella—. ¿Compartir informes de una jurisdicción a otra?

Aidan se encogió nuevamente de hombros.

—No lo creo, pero nadie tiene por qué saberlo; además, es solo una ayuda que podría aclararnos el panorama, no vamos a usar la información de forma formal.

—Supongo que entonces no deberíamos comentarlo con el capitán Holland...

Aidan sonrió.

—Eso sería lo más inteligente si no quieres terminar tu recuperación en casa por una suspensión —expuso él.

—Buen punto.

María suspiró, encantada por el rumbo que iban tomando las cosas; y pensar que el día había empezado tan mal. Miró entonces a Aidan tras sus pestañas veladas y le obsequió con una gran sonrisa que él correspondió con una muy similar. Ella se llevó una mano al rostro y acarició la tirita que llevaba aún en la sien, en el lugar en que la bala la había rozado. Al cabo de un momento pareció llegar a una decisión, porque se dirigió a Aidan con expresión determinada.

—Oye, ¿tienes algo que hacer este sábado? —preguntó ella.

Él entrecerró los ojos, sorprendido.

—¿Por qué?

María hizo un gesto divertido elevando las cejas en una mueca maléfica.

—Tengo una invitación para ti.

—Cuando dijiste que me esperaba una noche inolvidable no creí que te referías a algo como esto.

—No voy a preguntarte lo que esperabas, no estoy segura de querer saberlo.

María escondió una sonrisa al ver el gesto ceñudo en el rostro de Aidan y apresuró el paso para caminar delante de él, señalando la dirección en que debía ir. Aun tenía que movilizarse con las muletas, pero empezaba a sentirse más cómoda con ellas; al menos había dejado de golpear todo lo que se le ponía en el camino como le ocurrió en los primeros días. Le gustaba pensar, incluso, que no restaba mucho al vestido que había elegido usar esa noche; al menos Aidan se había mostrado sorprendido al verla cuando le abrió la puerta hacía unos minutos y María tenía un ego lo bastante saludable como para apreciar una mirada apreciativa.

Cuando le dijo a su compañero que le esperaba una velada inolvidable no había estado bromeando; cualquier reunión de la familia Cabrera por lo general lo era y Aidan estaba a punto de descubrirlo. En un inicio no le hizo mucha gracia que su madre organizara esa cena porque sabía que lo hacía llevada por la curiosidad y el interés de conocer a Aidan más a fondo, pero ahora que estaba allí pensó que podría ser divertido ver cómo se desenvolvía en ese ambiente. Además, era la primera vez que lo veía fuera de la comisaría en una actividad que no estuviera relacionada con su trabajo, así que tal vez ella también descubriera un par de cosas acerca de su carácter que se le hubieran pasado.

Por lo pronto, debía reconocer que él también se había afanado en su aspecto y sonrió al imaginarlo preparándose para enfrentarse a su madre y al resto de su familia. Algo era seguro, ellos no podrían quejarse por eso. Lo miró de reojo y sonrió nuevamente al admirar la forma en que la chaqueta se ceñía a sus anchos hombros y en el contraste de la camisa blanca contra su piel bronceada. Al parecer, sus esfuerzos habían terminado antes de que se decidiera a usar corbata y a María le alegró que hubiera optado por no hacerlo; aunque sin duda estaría muy atractivo con una, la relajada formalidad que irradiaba iba más con la imagen que tenía de él.

La casa de su familia era una de las más bonitas y espaciosas del

vecindario; todo un logro para un matrimonio de inmigrantes que llegaron a Estados Unidos cuando eran poco más que unos niños y que habían construido una familia y un negocio próspero con mucho esfuerzo. María estaba muy orgullosa de sus padres y del rol que cada uno había asumido para salir adelante; su padre empezó como jardinero y ayudante de construcción y ahora era dueño de una constructora muy bien valorada, mientras que su madre optó por abocarse a cuidar a sus hermanas y a ella, amén de ser la cabeza más centrada y ambiciosa de la familia. Sin su ayuda y guía, las cosas no hubieran ido tan bien para todos. Quizá era por eso que a veces podía pecar de sobreprotectora; tenía tan claro lo que creía que era mejor para quienes quería que con frecuencia perdía un poco la perspectiva.

María escoltó a Aidan hacia la parte trasera de la casa en dirección al jardín, el orgullo de su madre. Siempre que organizaban algún tipo de reunión, ese era el lugar de encuentro obligado porque bastaba con estar allí para sentirse cómodo y en un ambiente amigable. Tan pronto como adquirieron la casa y se cercioró de que el futuro de la familia estaba más o menos asegurado, Katie Cabrera se volcó a cumplir uno de sus sueños: tener un hermoso jardín en el que pudiera compartir con su familia y amigos, y sin duda lo había hecho realidad.

María se detuvo al atravesar el arco de ingreso al jardín y echó un vistazo a Aidan, esta vez de forma que él pudiera notar su mirada; pero su compañero estaba más interesado en lo que se presentaba frente a él.

Un par de decenas de personas se dividían en grupos por todo el jardín; algunos de ellos hablaban a voces mientras que otros se mostraban algo más discretos, pero era evidente que todos estaban pasándolo bien. Su madre en el centro de todo, al lado de la fuente que ella misma se había encargado de diseñar, iba señalando a uno y otro con una enorme sonrisa en el rostro, arrancando varias carcajadas con lo que fuera que decía. El escenario, pues así lo llamaban María y sus hermanas, estaba iluminado por los cientos de luces que su padre había instalado en los arbustos y árboles por indicación de su madre, dotando al ambiente de una iluminación cálida e íntima.

—Esa es... mucha gente.

María sonrió al oír la sorpresa en la voz de Aidan y le dirigió una mirada apesadumbrada que sin duda no tenía nada de sincera. Sospechaba que iba a pasárselo en grande.

—En realidad, son solo parte de la familia y los amigos más cercanos — explicó ella en un tono risueño—. Deberías sentirte orgulloso de ser

considerado uno.

Él le devolvió la mirada, pero no sonreía.

—Lo estoy, pero no por eso menos asustado.

María rio sin poder evitarlo.

—Vamos, Aidan, te he visto enfrentarte a una bala; podrás con mi familia.

—No estoy muy seguro de eso.

María ignoró su respuesta y le hizo un gesto para que la siguiera para reunirse con su madre. La señora Cabrera estuvo a punto de aplaudir en cuanto lo vio; hasta el último minuto, su hija se había mostrado poco convencida de que él decidiera aceptar su invitación.

—¡Aidan!

La señora lo abrazó como si lo conociera de toda la vida y María tuvo que mirar a otro lado para esconder la sonrisa provocada por la expresión asombrada en el rostro de Aidan. Al parecer, no provenía de una familia muy afectuosa. La señora Cabrera, que no lo notó o hizo como si así hubiera sido, lo separó tomándolo por los hombros y le dirigió una enorme sonrisa; causaban un curioso contraste: esa mujer bajita y de semblante maternal al lado de un hombre que le sacaba al menos medio metro de altura y varios kilos, pero que en ese momento se vio más bien pequeño por el efecto de su aplastante personalidad.

—¡Cuánto me alegra que decidieras venir! María dijo que no estabas seguro.

Aidan se las arregló para deshacer el abrazo con un movimiento discreto; no parecía en absoluto molesto por la efusividad de la señora, pero cualquiera en su lugar se sentiría abrumado.

—¿Eso le dijo? Le aseguré que vendría tan pronto como me dio su mensaje.

La señora miró a su hija, que de pronto había empezado a mostrar mucho interés por el rosal que su padre había plantado a un par de pasos de donde se encontraba, pero su madre siseó para llamar su atención y no le quedó más opción que enfrentar su mirada.

—Ya habrás notado que María tiene un sentido del humor un poco retorcido; y por lo general le gusta usarlo contra su pobre madre —la señora tomó del brazo a Aidan tras dirigir una mirada airada a su hija—. Pero ya hablaremos de eso luego.

María aprovechó un descuido de su madre, que jaloneaba de Aidan para

presentarlo al resto de personas que iban de un lado a otro del jardín para acercarse a él cuando ella no oía y se puso de puntillas para murmurar algo a su oído.

—Traidor.

Aidan sonrió, jovial, y le hizo un gesto sin parecer arrepentido por haberla puesto en evidencia.

—No sabía que era un secreto —musitó él en un tono similar.

Por suerte, en ese momento la señora Cabrera dio con quienes estaba buscando y de pronto Aidan se vio en la necesidad de prestar atención a las presentaciones, seguro de que olvidaría al menos la mitad de los nombres tan pronto como la señora los pronunció. Estaban dos de sus hermanos con sus respectivas esposas y algunos de sus hijos, y todos se mostraron encantados de conocer al nuevo compañero de María, bombardeándolo con preguntas acerca de lo peligroso que era en verdad su trabajo y si era cierto eso de que María había resultado herida en una redada para disolver un cartel de drogas. Aidan se vio desbordado por un momento y María estuvo a punto de inventar cualquier cosa para sacarlo de allí; en su experiencia, era mejor lidiar con su familia en periodos cortos de tiempo, pero entonces notó que él empezaba a responder con su naturalidad habitual, como si verse asediado por un montón de personas que no dejaban de interrogarlo fuera cosa de todos los días. Se mostró encantador con todos y media hora después María hubiera podido asegurar de que su tía Conchita, al menos, habría estado encantada de adoptarlo, y de que sus primas iban a martirizarla con preguntas acerca de él tan pronto como pudieran.

Su madre, mientras tanto, lo miraba con expresión satisfecha, como si no hubiera esperado menos de él, y María se preguntó, no por primera vez, cómo diablos lo hacía para juzgar tan bien a las personas casi sin conocerlas. Podría vivir cien años y nunca conseguiría esa habilidad. Una vez que el grupo se disolvió, la señora Cabrera volvió a tomar del brazo a Aidan y no se detuvo hasta que lo hubo presentado a todos y cada uno de los presentes. Él se enfrentó a todo sin parpadear y María tuvo que rendirse al hecho de que sus habilidades sociales estaban muy por encima de las suyas; ella hubiera echado a correr hacía horas.

Para cuando llegaron al lado de Alan y Beth, los últimos en un rincón del jardín, bajo la pérgola que su hermana Julia había insistido en que debían instalar, se sentía tan exhausta como si hubiera sido ella quien hubiera tenido que pasar por semejante trance. Aidan, por contraste, parecía tan relajado

como si acabara de llegar y no pudiera pensar en un modo mejor de pasar una velada. Si no fuera porque había llegado a apreciarlo, su encono se habría ido hasta la estratósfera.

Beth había llegado hacía ya un buen rato acompañada de David, quien en ese momento se encontraba charlando con su padre; su madre los había presentado con Aidan a la primera oportunidad que tuvo y a María no le extrañó que congeniaran de inmediato. Ahora, mientras lo veía saludar a Beth y Alan, se dijo que tendría que replantearse esa impresión de que las primeras impresiones no eran importantes. Para cuando terminara la noche, estaba segura de que al menos la mitad de sus conocidos tendrían serios problemas para decir quién les agradaba más; si ella, a quien conocían de toda la vida, o su compañero.

—No importa lo que haga, no puedo conseguir que queden más esponjosos; si los dejo más tiempo en el horno terminan carbonizados. David dice que un día de estos incendiaré nuestro apartamento...

María parpadeó para despejar su mente y volvió su atención a la charla que en ese momento mantenían Beth y Aidan. ¿Cómo habían pasado de las presentaciones a oír los lamentos de Beth por sus fracasos en la repostería?

—¿Has probado con añadir las claras por separado a la mezcla antes de llevarlos al horno?

La réplica de Aidan surgió con naturalidad; parecía escuchar a Beth con mucha seriedad y meditó su problema antes de dar ese consejo. María tuvo que sacudir la cabeza de un lado a otro, extrañada. ¿Y cuándo empezó su compañero a dar consejos de cocina?

Alan los escuchaba también con interés mientras devoraba el último de los *muffins* que Beth había llevado con ella a la reunión. Todos los que la conocían sabían que la repostería era una de sus pasiones y que nunca perdía la oportunidad de compartir sus progresos; si eran amigos de Beth Wilson, sin duda en algún momento se verían atiborrados de dulces, independientemente de cuál fuera el resultado de su último experimento. Todos los recibían de buen grado, eso sí; Beth era encantadora y se hubieran cortado un brazo antes de decir algo que pudiera herirla.

—Pero están muy buenos —dijo Alan, relamiéndose como un gato una vez que hubo terminado.

—Sí, pero no solo se trata del sabor, quiero que también se vean bien — Beth hizo un mohín y volvió su atención a Aidan.

Este se encogió de hombros y asintió en dirección a Alan.

—Él tiene razón, están muy bien; pero si te preocupa tanto eso, sigue ese consejo, podría ayudarte.

Beth pareció muy interesada y empezó a mirarlo con mayor interés, si cabía.

—¿Y cuanto tiempo de batido...?

María decidió que había tenido bastante de esa conversación tan surrealista y resopló para llamar su atención, con lo que solo se ganó un trío de miradas confusas.

—¡Por el amor de Dios! No estamos en el set de Martha Stewart — exclamó ella sin poder evitarlo, y giró el rostro para mirar a Aidan con curiosidad—. ¿Y dónde aprendiste tú esas cosas?

—Mi abuelo se dedicaba a eso; trabajó en una pastelería durante toda su vida —respondió él sin alterarse por lo abrupto de su pregunta—. Cuando era niño pasé mucho tiempo con él allí. Podía preparar casi cualquier cosa, era estupendo.

—¡Eso es fascinante!

La exclamación de Beth surgió tan emocionada que Alan no pudo contener una carcajada.

—Acabas de convertirte en su persona favorita —dijo él a Aidan señalando a su amiga con una cabezada—. Ahora tienes que ir con cuidado o te volverá loco con preguntas.

—¡Eso no es cierto! —Beth frunció el ceño—. No me vendrían mal un par de consejos, claro, ¿tienes las recetas de tu abuelo? Siempre quise preparar una torta *sacher*, es la favorita de David, pero no consigo el grado de amargura que debería tener...

—No puedo creer esto —María sacudió la cabeza y empezó a mascullar entre dientes, divertida y exasperada a partes iguales—. ¿Sabes qué, Aidan? No se te ocurra mencionar nada de esto frente a mi tía Carmen porque mi sobrina hará su primera Comunión este año y sería capaz de pedirte que le hagas la tarta.

Aidan rio y la miró con una ceja alzada.

—Temo que eso está muy lejos de mis habilidades. En realidad, sé algo del tema, pero se me da mucho mejor solo comer lo que otros preparan —dijo él con un ademán filosófico.

Alan le dio una palmada en el hombro y María tuvo que alzar una ceja, asombrada. Conocía a pocas personas más desconfiadas y poco prestas a las muestras de afecto que su amigo.

—Entonces eres de los míos —declaró él, mostrándose encantado.

—Bueno, ¿quién no?

—Ahora sois mejores amigos. Maravilloso.

María se ganó un discreto pellizco de Beth por su tono cáustico, pero ni Aidan ni Alan parecieron prestarle mucha atención; estaban demasiado ocupados burlándose de ella, como comprobó al oírlos.

—A veces María puede ser tan dramática. Me recuerda un poco a la protagonista de *Lo que el viento se llevó* —decía Alan, riéndose—. ¿Cuál era su nombre?

Aidan chasqueó los dedos en el aire.

—¡Scarlett O’Hara! —respondió él, asintiendo—. Mi madre adora esa película.

—También la mía. Y hay una frase... no puedo recordar cómo era. Es algo como “*Juro...*”

Alan frunció el ceño al intentar recordar frente a la expresión escandalizada de su amiga, a quien ignoró.

—Sé a cuál te refieres, pero no puedo recordar cómo era.

—Deja, que lo busco en Google.

Alan sacó su teléfono y empezó a teclear a una velocidad sorprendente, momento que aprovechó María una vez que recuperó el habla para blandir un dedo frente a sus ojos con pésimos resultados, por cierto.

—Esto es ridículo, no puedes unirte a él para insultarme —ella señaló a Aidan sin mirarlo.

Su amigo no le prestó mayor atención, de nuevo, y se dirigió al que parecía considerar su nuevo mejor amigo con una enorme sonrisa satisfecha en el rostro.

—¡Aquí lo tengo! —habló con una voz grave al continuar, como si estuviera en medio de un escenario—. “*Juro que jamás volveré a pasar hambre.*”

Aidan asintió un par de veces y exhaló un suspiro al tiempo que le dirigía una sonrisa burlona.

—Puedo imaginarla totalmente diciendo eso.

María abrió y cerró la boca un par de veces, demasiado sorprendida para atinar a decir algo, lo que Beth tomó como una señal de que debía intervenir o podría haber un par de homicidios allí. Sin vacilar, tomó a María de un brazo y, tras excusarse para ir a ofrecer ayuda a la señora Cabrera, la llevó con ella en dirección contraria. Aidan y Alan se quedaron conversando muy

animados sin parecer conscientes de lo cerca que habían estado de la muerte.

Cuando María recuperó el habla, miró a su amiga con los ojos muy abiertos, echando algunas miradas sobre su hombro a los dos hombres tras ellas.

—¿Puedes creerlo? Unirse así para burlarse de mí. ¡Alan lo adora! ¡Eso no tiene ningún sentido! —exclamó, aún sorprendida.

Beth sonrió como si no dijera nada que la sorprendiera; en realidad, parecía muy satisfecha por alguna razón que María no alcanzaba a comprender, aunque lo hizo una vez que ella respondió.

—Te cuesta creerlo porque generalmente a Alan no le gustan los hombres por los que te sientes atraída —la respuesta de Beth surgió en una voz cauta que no la engañó en ningún momento. Estaba encantada.

María se detuvo bruscamente y la miró como si le acabara de brotar otra cabeza.

—¿Qué estás diciendo? ¿Estás loca? —preguntó ella.

Beth se encogió de hombros y la animó a continuar en dirección a su madre, que las había visto y les sonreía con calidez.

—Si el pensarlo te da algún consuelo, adelante.

María se detuvo nuevamente, decidida a dar una respuesta apropiada a eso. Estuvo tentada a negarlo, claro, hubiera sido lo más sencillo, pero no tenía secretos con Beth y le bastó mirar tras ella al lugar en que Aidan se encontraba aún conversando con Alan, para saber que no podía hacerlo. Como si fuera capaz de sentir su mirada a pesar de la distancia, él ladeó el rostro y le sonrió, por lo que no le quedó más alternativa que esquivar su mirada, confundida e incómoda al imaginar que él podría adivinar de alguna forma lo que pensaba.

Tras apretar los dientes, encaró a su amiga, cuidando de poner mucho énfasis en sus palabras para convencerla tanto como intentaba convencerse a sí misma de lo que iba a decir.

—Mira, aun cuando tuvieras razón, y no estoy diciendo que así sea, es solo atracción —dijo ella en voz muy baja por si alguien que pasaba por allí podía oírlas—. Aidan es un hombre muy atractivo, solo míralo. Entonces, como una mujer perfectamente sana y funcional, es lógico que me sienta atraída. Pero al final es solo eso: sexo. No es como lo que sentiría por...

Beth puso los ojos en blanco y resopló.

—Por favor, no digas Simon Holland. Lo tuyo con él es solo un embobamiento.

—¿Un qué? —María se echó hacia atrás, confundida.

—Un tonto enamoramiento, de esos que tenemos las mujeres de vez en cuando por hombres como él que parecen caballeros andantes. No te estoy criticando, pero creo que deberías terminar con eso ya y enfocarte en otra cosa. ¿No has pensado que aferrarte a lo que crees sentir es solo una forma de evitar iniciar algo con un hombre real? Prefieres idealizar a Holland porque sabes que nunca podrás tener algo con él, todo lo contrario a lo que ocurre con Aidan, por ejemplo.

María parpadeó preguntándose si, después de todo, la bala que la había rozado no habría afectado algo en su cabeza. Últimamente le costaba mucho comprender a la gente.

—¿Desde cuánto te crees Freud?

Beth se encogió de hombros, luciendo muy satisfecha de haber podido expresar su punto con tanta claridad.

—Puedes burlarte todo lo que quieras, pero sabes que tengo razón —dijo ella—. Te gusta Aidan; es más, te gusta mucho y no tienes idea de qué hacer con eso.

La respuesta de su amiga consiguió callarla el tiempo suficiente para que Beth la apresurara a reunirse con el grupo en que se encontraba su madre y que esta preguntara qué le ocurría, pero no atinó a darle una respuesta; aun cuando hubiera podido hacerlo, jamás le habría dicho la verdad. Ya había tenido bastantes humillaciones en lo que iba de noche.

Capítulo 5

El éxito de Aidan en la velada en casa de la familia Cabrera pareció tener efectos muy curiosos en su relación con María, si es que podía llamársele de esa forma. Por una parte, aunque sabía que era del todo irracional, ella no pudo evitar mostrarse un poco arisca en su trato con él; desde luego que Aidan no tenía la culpa de ser encantador y de que todos, a excepción de ella, parecieran adorarlo, pero hubiera sido hipócrita por su parte no reconocer que la había tomado por sorpresa. No sabía qué fue lo que esperó en un inicio, si que saliera corriendo al conocer a su familia o que se mostrara abrumado por su exuberancia, pero sin duda no que se sintiera tan cómodo. Y además, ¿cómo quedaba ella después de eso? Había pasado semanas quejándose por su odioso compañero, atribuyéndole todos los defectos del mundo, y ahora todos pensaban que estaba loca. ¿Cómo podía no agradarle Aidan, si era un encanto?

—Encanto. Claro.

—¿Decías algo?

María sacudió la cabeza de un lado a otro al oír la pregunta de Aidan y mantuvo la mirada firmemente puesta en el espejo retrovisor.

Después de lo que le había parecido una eternidad, al fin consiguió el permiso del médico para que le retiraran la férula, de modo que las muletas habían pasado al olvido y por primera vez en casi un mes podía volver a conducir. No iba a dejar que su compañero le arruinara eso, aunque fuera ella quien mascullara entre dientes lo que pensaba de lo maravilloso que pensaba su familia que era.

—¿Seguro que te sientes bien?

María suspiró, pesarosa, y apretó los dientes antes de mirarlo de reojo. Lo hacía mucho últimamente. No mirarlo de reojo, sino apretar los dientes cuando se dirigía a él. Bueno, lo de mirarlo de reojo también, no tenía sentido negarlo.

—Estoy perfectamente —respondió ella en un tono afilado que habría puesto a cualquiera sobre alerta.

Aidan la miró sin ocultar su escepticismo, pero se encogió de hombros,

como si no se encontrara con ánimos de llevarle la contraria. María había notado ya que parecía un poco distraído en los últimos días, como si algo importante revoloteara en su mente y no le permitiera concentrarse del todo. Incluso había dejado de hacer bromas a su costa o de mirarla de la forma en que solía hacerlo; lo que por supuesto no era algo acerca de lo que debiera preocuparse y mucho menos echar de menos, se dijo un tanto molesta consigo misma por tener un pensamiento tan idiota.

—Si tú lo dices —él no pareció muy interesado, pero de cualquier forma insistió.

María se aseguró de imprimir un tono desenfadado a su voz al responder.

—Acabo de decirlo —indicó ella.

—Bien.

Permanecieron nuevamente en un obstinado silencio apenas roto por el sonido de los coches que circulaban alrededor de ellos, hasta que Aidan carraspeó para llamar su atención y María ladeó el rostro para mirarlo.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Tengo noticias.

María se acomodó mejor en el asiento del conductor y frunció el ceño. Se alegraba de que estuvieran estacionados o hubiera sufrido un sobresalto al oír el tono en la voz de Aidan; eso y la expresión preocupada en su rostro. No pudo evitar preguntarse si al fin le diría lo que parecía estarlo preocupando desde hacía varios días.

—¿Buenas o malas noticias? —inquirió ella.

Aidan cabeceó y esbozó una sonrisa sarcástica.

—No estoy seguro, prefiero que oigas de qué se trata y que lo decidas por ti misma. Yo creo que es bueno; en su mayoría, al menos.

María asintió e hizo un gesto para alentarle a hablar.

—Recibí un correo de Billy anoche; ya sabes, mi amigo de Nueva York que está dándonos una mano con el caso —recordó él y continuó al ver que ella asentía—. Bueno, parece que estaba en lo cierto al suponer que hay varios elementos en común entre ese caso y otro que llevó hace un par de años; después de leer los informes que envió, estoy de acuerdo con él. Tienen que ser los mismos, y si estamos en lo cierto, entonces su trabajo puede darnos algunas pistas para dar con ellos. Incluso tiene el nombre e información del que cree que es el cerebro de la organización; es un albanés con un listado de crímenes más largo que las páginas amarillas, pero nunca lo

han condenado. Su nombre es Kostandin Natoli.

María recibió la información con el mismo entusiasmo que hubiera mostrado de recibir un presente en Navidad; era precisamente lo que ansiaba oír, que estaban más cerca de resolver ese caso que empezaba a hartarla por las pocas pistas con que se habían encontrado hasta entonces, pero le bastó con ver el rostro de Aidan para saber que aún tenía algunas cosas por decir y que no iban a gustarle.

—Ya. Supongo que esa es la parte buena —dijo ella tras asentir lentamente y buscar su mirada—. Ahora puedes decirme la mala.

Aidan suspiró y esbozó una sonrisa torcida antes de dejar caer la cabeza contra el respaldo del asiento.

—Este tipo, Natoli, acabo de decirte que ha salido bien librado de todas las investigaciones que han iniciado contra él, y por lo que Billy dice han sido muchas; no solo en Nueva York, sino en otros estados en que ha resultado sospechoso de robos de este tipo.

—¿Y cómo ha logrado eso?

—Poder. Dinero. Buenas relaciones.

María frunció el ceño frente a la respuesta de Aidan, que surgió teñida de un tono cínico poco habitual en él.

—¡Eso es ridículo! —exclamó ella.

Aidan sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de negación y le dirigió una mirada burlona.

—Vamos, María, llevas lo suficiente en este trabajo para saber que no lo es. Se ven cosas como esta todo el tiempo; el tal Natoli es solo uno más de un montón de delincuentes con conexiones en todos los niveles de poder, y bien pensado no tiene nada de raro. Estamos hablando de millones en juego, no unos cuantos miles de dólares en transacciones en almacenes; este hombre, si es quien creo, roba piezas de arte que luego ofrece a gente tan rica y poderosa que bien podrían ser los mismos que luego se encargan de que pueda evadir a la justicia. Tal vez eso explique por qué Holland y los otros jefes se han mostrado tan esquivos con nosotros.

Ante la mención a Simon Holland, María pegó un respingo y miró a Aidan como si hubiera perdido el juicio.

—Ni siquiera se te ocurra pensar algo como eso —advirtió en tono cortante—. Holland jamás se involucraría en algo deshonesto; es uno de los hombres más decentes que encontrarás. Si se ha mostrado tan reservado respecto a este caso tal vez tenga precisamente que ver con que es un tema

complejo y sabe que puede ser difícil compartirlo con nosotros, pero eso es todo.

Aidan no pareció convencido sino todo lo contrario; en realidad, pareció bastante fastidiado frente al apasionado discurso de María en defensa de su capitán.

—Supongo que tendré que creer en tu palabra, lo conoces mucho mejor que yo.

A María no le gustó el tono que él usó al hacer referencia a su lealtad para con Holland, pero su mente estaba atiborrada por tantas ideas que prefirió ignorarlo; podía pensar lo que quisiera. En lugar de molestarse en responder a eso, empezó a dar vueltas a una idea mientras daba golpecitos al volante con la yema de los dedos.

—Vamos a necesitar ayuda —dijo ella al fin con voz apresurada, al mismo ritmo en que funcionaba su mente—. Acabas de decirlo, este hombre tiene buenos contactos, pero nosotros también los tenemos.

—¿Sí?

María hizo como que no oyó su respuesta cargada de escepticismo, nada iba a desalentarla.

—Claro que sí. Creo que ha llegado el momento de que seamos un poco más atrevidos —declaró ella, alzando el mentón en un ademán desafiante—. Tenemos que saltar algunos puentes.

—¿Eso implica ponernos de nuevo frente a una bala? —preguntó él.

María sonrió al notar que Aidan había dejado parte de su actitud recelosa y que parecía dispuesto a confiar en ella.

—Tal vez —respondió María—. ¿Tendrías algún problema con eso?

—Dudo que me hagas caso si te digo que sí.

María se encogió de hombros.

—Tienes razón, pero aprecio la preocupación.

Aidan suspiró y sacudió la cabeza en señal de negación.

—De acuerdo. ¿Qué hacemos ahora?

—Ahora nos movemos.

María hizo amago de arrancar el coche, pero se detuvo de pronto como si acabara de recordar algo y giró en el asiento para observar a Aidan con las cejas elevadas.

—¿Es por todo esto por lo que has parecido tan raro últimamente? —preguntó ella de golpe.

Fue obvio que él no vio venir la pregunta, porque se mostró confuso por

un momento antes de que María advirtiera la forma en que tensaba los hombros.

—¿Qué? No, no parezco raro —respondió Aidan con rapidez. Demasiada.

—Eso piensas tú —replicó María sin amilanarse por la obvia mentira—. Entonces supongo que es otra cosa. ¿Me hablarás de eso?

Aidan apretó las manos a ambos lados del asiento.

—No —respondió él sin mirarla—. No es algo que tenga que ver contigo.

María acusó la seca respuesta con mucha más tranquilidad de la que sintió en realidad. ¿Por qué diablos iba a dolerle que él le ocultara cosas?

—Bien. No tienes por qué contarme nada, desde luego; nada que no tenga que ver con el trabajo. No somos amigos.

—María...

Ella lo ignoró y puso el coche en movimiento, decidida a ir tan rápido como pudiera con el único fin de alejar esa sensación tan desagradable que empezaba a embargarla; ojalá fuera así de sencillo poner distancia también del hombre sentado a su lado.

Cuando llevaban un buen rato en camino, María desvió la vista de la carretera un segundo para mirar a Aidan de reojo; parecía taciturno y advirtió que revisaba su teléfono con frecuencia.

—Tengo hambre —declaró ella alzando la voz para hacerse oír por encima del tráfico—. ¿Te importa que paremos en algún lugar para comer algo antes de ir al juzgado?

Aidan abandonó su mutismo para mirarla con curiosidad.

—¿Por qué vamos a ir al juzgado? —preguntó él.

María sonrió, enigmática, encantada de al menos aparentar que él no era el único que tenía secretos.

—Necesitamos refuerzos —indicó ella.

El edificio del juzgado de Boston podía ser impresionante para quienes lo visitaban por primera vez, pero ese no era el caso de María y Aidan, por lo que cruzaron la entrada con prisa y sin dedicar ni un minuto de tiempo innecesario en admirar la arquitectura o las exigentes medidas de seguridad que se habían recrudecido en los últimos años. Pudieron pasar los controles

con sus armas de reglamento una vez que se identificaron y, tras hacer algunas preguntas, María indicó a Aidan que la siguiera en dirección al piso principal, donde se encontraban las salas en que se llevaban a cabo los juicios. Una vez que llegaron allí, nuevamente por una indicación de María, permanecieron a la espera fuera de una de ellas sin intercambiar palabra. Aidan debía de haber comprendido que no tenía sentido hacer muchas preguntas porque ella aún no estaba dispuesta a responderlas, y además María advirtió que continuaba revisando su teléfono cada pocos minutos y que cuando recibió una llamada prefirió ignorarla y no responder tan pronto como comprobó el nombre en la pantalla.

Recordándose que él había dejado en claro que lo que fuera que le ocurriera no era asunto suyo, María hizo como si no lo hubiera notado y volvió a fijar la mirada en la puerta cerrada de la sala más cercana a su derecha. Cuando pensaba que se quedarían allí durante horas y que había sido una genial idea comer antes de ir al juzgado, las puertas se abrieron y las personas empezaron a salir en tropel.

Reconoció a un par de oficiales de uniforme, una abogada que siempre le había desagradado y que recordaba trabajó con David durante un tiempo en la fiscalía, y un buen grupo de personas que habían ido a oír la audiencia de turno como hacían muchos otros con suficiente tiempo libre, llevados por la curiosidad. Empezó a golpear el suelo de mármol con el tacón de sus botas cuando reconoció una cabeza cubierta por una frondosa cabellera de un rojo subido que le hizo exhalar un hondo suspiro de alivio. Tras hacer un gesto a Aidan para que no se moviera del lugar en que estaba, se apresuró para toparse con él.

—¡Bernie! —llamó en voz lo bastante alta para hacerse oír.

Bernie Walsh no era tan solo uno de los abogados más prestigiosos de la fiscalía, era también el mejor amigo de David King y un hombre a quien María conocía gracias a este último y a la amistad que también había desarrollado con Beth. En realidad, ella había intentado emparejarlos en más de una ocasión, pero las cosas no habían salido muy bien.

—¡Hola! ¿Qué estás haciendo aquí? —Bernie se detuvo tan pronto como la vio y le obsequió con una sonrisa amistosa.

—Necesito hablar contigo. ¿Tienes un minuto?

Los profundos ojos azules de Bernie se estrecharon al oírla, como si tan solo con esa respuesta fuera capaz de suponer que tal vez no le gustara lo que ella le iba a pedir; pero no dijo nada al respecto, tan solo asintió y le hizo un

gesto para que lo siguiera unos pasos más allá de donde se encontraban, bajo una gran ventana y lejos de los otros miembros de la corte.

Una vez que se aseguró de que nadie podía oírlos, Bernie abrió la boca para decirle algo, pero entonces miró sobre su hombro y abrió un poco más los ojos al toparse con la figura de Aidan, que se había acercado también, aunque aún mantenía cierta distancia, ajeno a la charla, pero evidentemente muy atento. Estaba apoyado en una columna con los brazos cruzados y despedía un aura algo amenazante.

—¿Quién es ese? —preguntó Bernie a María con expresión desconfiada.

Ella miró sobre su hombro y puso los ojos en blanco al ver a quién se refería.

—Mi compañero —respondió a regañadientes—. Ignóralo.

—Sí, claro, como si pudiera. ¿Por qué me mira así?

—No te está mirando.

Bernie emitió un soplido.

—Me parece que sí —insistió él.

—Bernie. Enfócate en lo que te digo. ¿Podrías hacer eso?

—De acuerdo. Pero sí que me está mirando.

—Tal vez le gusten los pelirrojos —bromeó María, sonriente—. Y eres un pelirrojo muy guapo.

—Qué graciosa eres —Bernie le dirigió una mirada airada, aunque al final sonrió también—. Bueno, dime qué es lo que quieres.

María no vaciló al continuar; simplemente lo puso en antecedentes acerca de todo lo referido al caso que ella y Aidan llevaban. No se guardó nada, ni siquiera la ayuda que les había dado el amigo de Aidan en Nueva York e ignoró la expresión censuradora de Bernie al saberlo; podría oír sus regaños luego. Hizo hincapié en que, según el resultado de la investigación con que contaban, ese tal Kostandin Natoli era el objetivo a seguir y que necesitaban la ayuda de un fiscal como él con la suficiente experiencia y las relaciones que les ayudaran a destrabar toda la información a la que ellos no conseguían acceder por su cuenta. Además, Bernie era lo suficiente listo para adivinar incluso lo que María no puso en palabras sino que prefirió sugerir con un tacto poco habitual en ella; si ese hombre tenía alguna relación con las altas esferas del poder, sería más sencillo para él saberlo, solo tenía que hacer algunas preguntas. Desde luego, eso implicaba cierto riesgo para Bernie, pero María sabía que cualquier reparo que pusiera él para ayudarla no estaría relacionado con eso.

Una vez que ella terminó de explicar su problema, Bernie dejó caer el maletín sobre el suelo y se llevó una mano al rostro, un gesto que revelaba su preocupación.

—¿Por qué no fuiste con David? —preguntó él en un tono que reflejaba su extrañeza—. Es un buen fiscal, y un buen amigo.

María asintió, pero hizo un gesto de indecisión.

—Lo pensé, y en realidad mi compañero le hizo algunas preguntas acerca del tema; pero ahora, con esta nueva información, no pienso que sea buena idea hablar con él; lo conozco y creo que no va a aceptar ayudarnos, es demasiado decente.

Bernie ladeó el rostro y entrecerró los ojos al oírla.

—¿Eso significa que piensas que yo no lo soy? —preguntó él, ofendido.

—No, no, no. No, escogí la palabra equivocada —María se apresuró a explicar sus palabras—. Quise decir que es demasiado inflexible y lo sabes. Él tiene una visión bastante cuadrículada de la vida.

—En un fiscal, eso es una virtud.

—Quizá. Pero sabes que a veces exagera; tú, en cambio, eres un poco más razonable.

Bernie sonrió, sarcástico.

—Vaya, gracias. ¡Qué halago! —exclamó él.

María le devolvió la sonrisa, pero se esforzó por parecer sincera; en realidad, no fue nada difícil, apreciaba a Bernie y jamás lo ofendería a propósito, pero necesitaba que la comprendiera.

—Sabes lo que pienso de ti. Nunca hubiera aceptado salir contigo si no fuera así —le recordó ella.

Él no pareció muy complacido con el recuerdo.

—Solo salimos una vez.

—Bueno, tú nunca volviste a invitarme.

Bernie suspiró e hizo un gesto con la mano como quien señala lo evidente.

—¿Qué esperabas? La noche no terminó muy bien —dijo él.

¿Tenía que mencionar eso? ¿En serio? María suspiró, preguntándose durante cuánto tiempo la seguiría esa humillación; pero no era culpa de Bernie, por lo que se apresuró a mostrar su arrepentimiento. De nuevo.

—Te dije que fue un accidente... —comentó ella, intentando quitarle importancia al tema.

Bernie, sin embargo, parecía tenerlo muy presente y sin duda

consideraba lo bastante importante el tema como para mostrarse aún un poco tocado.

—Intenté besarte y me golpeaste —replicó él en tono resentido.

—¡Me tomaste desprevenida! Si lo hubieras intentado de nuevo quizá habría aceptado.

Bernie abrió los brazos en una señal de burlona rendición.

—Tenía demasiado miedo —confesó él.

María intentó contener la risa, pero le fue imposible.

—Deberías contarle esa historia a mi madre, entendería al fin que soy un caso perdido.

Bernie abandonó la pose ofendida y rio también. Cuando las carcajadas menguaron, María le puso una mano en el brazo sin dejar de sonreír.

—Mira, la verdad es que creo que podrás ayudarme más que David no solo porque eres más flexible y me escucharás sin juzgar todo lo que diga, sino porque él está demasiado involucrado en la política para asumir algunos riesgos —dijo ella—. Sabes que él apunta a ocupar el lugar de Rollins y para eso tiene que apegarse a las normas; a ti nunca te ha interesado nada de eso. Siempre dices que ni siquiera sabes por qué te hiciste abogado.

Bernie asintió, incapaz de negarlo.

—Y es la verdad. Mi padre siempre quiso que fuera maestro —aceptó, para luego continuar como si necesitara dejar algo en claro—: No obstante, me gusta lo que hago, sobre todo me gusta que puedo hacer cosas buenas; pero si me metes en algún lío tal vez no pueda hacerlas más.

—¿Por qué piensas que querría meterte en algún lío? —preguntó María de inmediato.

—Porque eres tú.

Ella suspiró y se encogió de hombros; no tenía sentido hacerse la tonta.

—Buena respuesta —reconoció a su pesar.

—Pero también sé que no lo harías si no creyeras que es importante —Bernie continuó como si no la hubiera oído—. Dime qué es exactamente lo que necesitas.

María esbozó una gran sonrisa, agradecida.

—Bernie, si nos ayudas y estoy segura de que lo harás, te deberé un gran favor —le aseguró ella.

Él hizo como que pensaba al respecto y al cabo de un minuto asintió, satisfecho.

—Podrías concertarme una cita con tu hermana —sugirió él.

María elevó las cejas en un falso ademán de sorpresa.

—¿Serías capaz de salir con una de mis hermanas? —preguntó ella, para luego apresurarse a responder su pregunta con una mueca burlona—. Desde luego que lo harías. ¿Con cuál de ellas?

—Cualquiera que esté soltera y no tenga tu derecha —respondió él de inmediato y luego sonrió con gesto travieso—. ¿Qué puedo decir? Todas son preciosas.

María no vaciló al asentir.

—Hecho —aceptó.

Bernie asintió también y oyó sus pedidos con gesto serio; una vez que ella terminó hizo algunas anotaciones en la libreta que llevaba siempre con él.

—De acuerdo, me pondré con esto de inmediato; pero sabes que tengo que ser discreto, así que tal vez me llevará un tiempo —comentó tras asegurarse de que no olvidaba nada—. Envíame una copia de las investigaciones del amigo de tu compañero en cuanto puedas.

María se lo agradeció una vez más y lo vio marcharse después de dirigirle una última sonrisa. Cuando desapareció tras uno de los arcos que llevaban al piso inferior donde la fiscalía tenía unas oficinas, exhaló un suspiro satisfecho y dio media vuelta para reunirse con Aidan, pero él no parecía muy interesado en saber cómo había resultado esa entrevista; estaba demasiado ocupado hablando por teléfono y por su expresión María supo que no se trataba de nada bueno.

Cuando llegó hasta él abrió la boca para preguntar qué había ocurrido, pero él levantó un dedo a fin de impedirsele, se despidió bruscamente con un “hablaremos luego” y solo entonces se enfrentó a ella.

—¿Qué...?

María apenas consiguió articular palabra antes de que él la interrumpiera nuevamente y estuvo muy tentada a arrancarle ese estúpido dedo.

—Tengo que irme —indicó Aidan—. Lo siento.

—¿De qué estás hablando? No puedes irte, estamos en medio de un trabajo.

—Lo sé. Me disculparé con el capitán tan pronto como resuelva algo.

María se llevó las manos a las caderas, sintiendo cómo todo su entusiasmo se evaporaba.

—¿Y qué pasa conmigo? —inquirió ella con el mentón elevado—. El capitán no está aquí, pero yo sí, y es a mí a quien vas a dejar en la estacada. Creo que necesito una mejor explicación que “tengo que irme”.

Aidan suspiró y se pasó una mano por el rostro, luciendo agotado; últimamente los hombres hacían mucho eso cuando hablaban con ella, se dijo María sintiendo un punzada de fastidio.

—Lo siento mucho, María, en serio y si puedo te lo explicaré después, pero no tiene nada que ver con el trabajo, es...

—Personal —concluyó ella por él con ojos brillantes—. Sí. Ya lo he imaginado.

Aidan mantuvo su mirada, y de haberse encontrado menos molesta, María habría conseguido atisbar que parecía tan enojado como ella, aunque el causante de ese enojo parecía no encontrarse entre ellos.

—Te veré mañana, ¿de acuerdo? Iré lo más temprano que pueda —indicó él antes de marcharse.

En el fondo, María estaba demasiado asombrada por su actitud como para sentir tan solo indignación; a su pesar, también sentía curiosidad y una buena cuota de inquietud. Aidan no era la clase de persona que abandonaba a un compañero en medio de un trabajo y sin una explicación razonable; incluso ella podía reconocer eso. Entonces, ¿qué estaba pasando? Con un resoplido en el que fue evidente toda la frustración que sentía, tomó la dirección contraria en la que él acababa de marcharse y se dijo que bien podía pensar luego en eso porque ella aún tenía mucho trabajo por hacer.

La señora Cabrera decía con frecuencia que una de las razones por las que María decidió hacerse policía era que no sabía mantenerse alejada de los asuntos ajenos y que tenía una necesidad de conocer al detalle lo que pasaba a su alrededor, como si eso fuera lo único que le permitiera sentirse a salvo. Una elegante y afectuosa manera de decir que era un poco metomentodo, como mencionaban sus hermanas entre susurros cuando la señora no las oía.

María, en realidad, estaba un poco más de acuerdo con su madre que con las chicas, aunque prefería no reconocerlo. Aun más, la primera vez que oyó los argumentos que su madre esgrimió ante su padre cuando se plantó frente a ellos con la novedad de lo que deseaba hacer con su vida, se sorprendió frente a esa muestra de suspicacia. Ella tenía razón. Pero no se trataba tan solo de que deseara conocer lo que les ocurría a los demás sino que lo que pasaba con ellos le afectaba tanto que necesitaba hechos concretos, saber con certeza qué era lo que estaba ocurriendo y, de ser

posible, ayudar. La ignorancia la hacía sentir indefensa e impotente, una sensación que detestaba.

Al llegar a esa conclusión, se dijo que había tomado la decisión correcta al variar su ruta una vez que terminó con su turno aquella noche. En lugar de dirigirse a su apartamento tomó el camino que conducía a la dirección que había dado Aidan en la comisaría y que ella obtuvo tras sobornar a Paterson con unas entradas para el próximo juego de su equipo de fútbol favorito. Bien pensado, debería preocuparle lo dispuesto estaba el chico a ventilar los datos personales de sus compañeros a un precio tan bajo; pero ya tendría tiempo para pensar en eso después. Ahora solo deseaba hablar con Aidan y recibir la explicación que necesitaba. Eso era todo. No estaba preocupada ni era una indiscreta, como habrían dicho sus hermanas; solo quería respuestas y las merecía.

Al detener el coche fuera del edificio de apartamentos, inspeccionó el lugar y frunció levemente el ceño por la apariencia de la zona. Los policías no recibían un gran sueldo, pero seguro que Aidan podía pagar algo mejor. Se mantuvo un momento en el interior del coche dando golpecitos al volante con las puntas de los dedos al tiempo que jugaba con los pies, frotando uno contra otro. De pronto le había asaltado una oleada de timidez por lo que estaba a punto de hacer. Una cosa era pensar en plantarse frente a la casa de su compañero para pedirle explicaciones por su conducta de esa tarde, pero ahora estaba allí y se preguntó si no había ido demasiado lejos.

Con un resoplido, porque sabía que si continuaba allí no dejaría de dudar y se marcharía sin una respuesta, salió del coche y dio un vistazo a los alrededores. Sí, sin duda Aidan podría encontrar algo más agradable y se prometió que si no le retiraba la palabra después de verla en su puerta le preguntaría a su padre si sabía de alguna buena oferta entre las inmobiliarias con las que trabajaba.

Tras confirmar la dirección, se dirigió a la entrada del edificio, dando un suspiro al comprobar que, claro, no había ascensor. Subió las escaleras haciendo gestos por el esfuerzo; aunque le gustaba decir que su rodilla se encontraba del todo recuperada, aún sentía algunas molestias.

Una vez que llegó al rellano del piso en que vivía Aidan, se apoyó un momento en la pared del pasillo y aspiró para recuperar el aliento. Pensó en quedarse allí un momento antes de tocar la puerta del apartamento, no quería llegar resoplando, pero el eco de unas voces alteradas llegó a ella y la puso en alerta. Sin dudar, se plantó frente a la puerta y levantó una mano para llamar,

pero esta se abrió de golpe con un ruido sordo.

María parpadeó varias veces antes de hacerse a un lado para evitar que el hombre que acababa de abrir se la llevara por delante y le dirigió una mirada sorprendida. Si cuando conoció a Aidan lo había relacionado con un boxeador, aquel le recordó a un carnicero; uno que no tendría problemas en echarse una res muerta al hombro y destazarla con las manos. Sintió una inmediata oleada de hostilidad al encontrarse con sus ojos de un gris deslavado y la línea dura de sus labios delgados; tenía profundas arrugas en las mejillas, aunque no le calculó más de unos cuarenta y cinco años. Él la recorrió con una mirada fría, pero ella consiguió atisbar un leve gesto de sorpresa al detenerse en su rostro, como si se preguntara quién era y qué hacía allí cuando era obvio que estaba en medio de algún tipo de discusión y no deseara público. María le mantuvo la mirada en un gesto desafiante y procuró hacerse una imagen clara de él por si tenía que identificarlo luego; la situación le pareció tan violenta que no le hubiera extrañado saber que había ido allí en busca de problemas.

El sonido de unas pisadas provenientes del interior la obligó a abandonar su inspección y no le sorprendió ver a Aidan avanzando como un perro rabioso en dirección al hombre, pero se detuvo bruscamente al verla y abrió mucho los ojos, incrédulo; sin embargo, no le dijo una palabra en ese momento, tan solo le dirigió una mirada indignada que le dijo muchas cosas en un segundo. Como que estaba loca por haber ido hasta allí sin haber avisado antes y que más le valía mantener la boca cerrada. Por lo general María no le habría hecho ningún caso, pero era lo bastante justa para reconocer que lo había sorprendido con la guardia baja y en una situación en la que obviamente hubiera preferido no verla involucrada.

El otro hombre, el carnicero, como había decidido María que se referiría a él, miró de uno a otro y, tras sacudir la cabeza en un gesto desdeñoso, se dirigió a Aidan al tiempo que lo señalaba con un dedo.

—Dile a esa ingrata que la esperaré lo que haga falta, pero volverá conmigo aunque tenga que llevármela a rastras —amenazó él en un tono que se correspondía con su aspecto, sonó como lija mojada contra una pizarra.

María advirtió que Aidan miraba tras su hombro en un gesto apurado, como si le preocupara que la amenaza hubiera podido oírse en el interior, pero luego dio un paso hacia adelante y acercó el rostro al del hombre en un ademán peligroso.

—Voy a hacer como que no he oído eso último —indicó él con una

entonación similar y un brillo acerado en los ojos—. Vete ahora o no me importará si ella lo ve y seré yo quien te arrastre.

El carnicero se encogió de hombros y esbozó lo que a María le pareció una sonrisa autosuficiente que le habría encantado borrar con su puño. Aidan, obviamente, pensaba lo mismo, porque advirtió que tenía la mano aferrada al umbral de la puerta y María tuvo la impresión de que si continuaba apretándolo con esa fuerza iba a arrancarlo. Por fortuna, el otro hombro debió de pensar lo mismo que ella porque, tras sostener la mirada de Aidan por un par de segundos, asintió de mala gana y aflojó un poco la tensión de sus hombros.

—Sabes que es lo mejor —dijo él, y su voz surgió algo menos hostil—. Ella no puede verlo, pero tú sí; no tiene nada que hacer aquí. Tiene que volver.

Aidan no varió su expresión, pero al menos aligeró levemente el agarre de su mano y sonó algo más conciliador al responder.

—Vete ahora —repitió él—. Hablaremos luego cuando las cosas se hayan calmado, pero no te atrevas a volver cuando yo no esté aquí.

El carnicero recibió la advertencia con un gesto de malestar, como si se sintiera ofendido.

—Pues deberías contestar tu maldito teléfono. Estaba desesperado, ¿qué querías que hiciera? —increpó él, alterándose nuevamente.

María advirtió que el hombre había tocado una fibra sensible en Aidan y comprendió entonces que había sido él quien se la pasó llamándolo durante todo el día. Al menos ahora tenía una respuesta a sus muchas preguntas.

—Prometo que responderé cuando llames, pero cuando lo hagas procura que sea importante —la promesa pareció surgir de Aidan con mucha dificultad.

El carnicero pareció satisfecho con eso, en cualquier caso, porque asintió vivamente y, tras echar una última mirada ansiosa al interior del apartamento, o al menos lo que podía ver tras el hombro de Aidan, que le bloqueaba buena parte del hueco de la puerta, sacudió la cabeza de un lado a otro, mostrándose de pronto agotado.

—Si no tengo noticias pronto, volveré —dijo él, pero no sonó como si pretendiera hacer una amenaza—. No puedo quedarme para siempre. Y ella tampoco.

Aidan hizo un gesto que bien pudo ser una cabezada, pero no dijo nada, tan solo se mantuvo de pie en espera de que él se marchara, lo que este hizo

después de dirigir una última mirada a María, que había escuchado la tensa conversación en absoluto silencio. Una vez que sus pasos se perdieron por el pasillo y luego en los peldaños de la escalera, ella exhaló el aliento que no sabía que había estado conteniendo. Luego, y esto le costó mucho más de lo que hubiera pensado, se enfrentó al rostro enojado de Aidan, que la miraba con el ceño tan fruncido que las cejas casi se juntaban a la altura de la frente.

—No podías mantenerte alejada, ¿no? —preguntó él.

María notó que en realidad no parecía tan disgustado como imaginó en un primer momento, sino exhausto, y un poco exasperado. Bueno, no sería ella quien lo culpara.

—Lo siento —dijo ella y se atropelló con las palabras al continuar porque, aunque no le gustara la idea de reconocerlo, sabía que debía hacerlo—. Estaba preocupada.

La confesión pareció aplacar a Aidan lo suficiente para que esbozara la sombra de una sonrisa y, después de asentir, se hizo a un lado para invitarla a entrar.

—Vamos —dijo él—. Quiero presentarte a alguien.

María pasó a su lado y no se detuvo hasta llegar al que supuso que sería el salón, pero en ese momento el espacio se encontraba tan atestado que no pudo estar del todo segura. Un sillón convertido en cama estaba desplegado en medio del lugar y montones de cosas se encontraban tiradas sobre él y sobre todos y cada uno de los otros muebles en la habitación; pero no fue eso lo que más llamó su atención, sino la figura sentada sobre un pequeño taburete con las piernas cruzadas al estilo indio en una postura inquieta. Así que esa era “ella”.

María observó a la chiquilla que la miraba a su vez con los ojos abiertos al máximo y le impactó lo similares que eran a los de Aidan; como le pasaba con él, tampoco pudo saber de inmediato si eran verdes o azules, pero allí acababa buena parte del parecido. Mientras que Aidan tenía unos rasgos afilados y decididamente masculinos, los de ella eran redondeados y frágiles, con mejillas llenas y labios pequeños en un rostro armonioso y enmarcado por un cabello de un tono cobrizo encendido que hubiera matado por tener cuando era una adolescente.

—Esta es Enya, mi odiosa hermana menor.

Aidan se las había arreglado para reunirse con ellas sin hacer ruido y señaló a la chiquilla al tiempo que se dirigía a la cocina, que no parecía mucho más ordenada que el salón, pero él no pareció notarlo. Pese al

cansancio que se advertía en sus movimientos, su voz al referirse a su hermana surgió afectuosa.

—Enya, esta es María, mi compañera; creo que te he hablado de ella.

La chica bajó del taburete con un brinco carente de gracia y María advirtió que era muy menuda, lo que acentuaba su aire de fragilidad. Su voz, sin embargo, desmentía un poco esa impresión, porque sonó muy segura al extender una mano hacia ella.

—Quería conocerte —dijo, sonriente, como si no se encontraran en una situación de lo más extraña—. Me encanta tu pelo.

María no pudo ocultar una sonrisa divertida al oírla y estrechó su mano con un entusiasmo similar al que ella mostraba.

—Y a mí me encanta el tuyo —su sonrisa se ensanchó al oír un gemido proveniente de la cocina—. ¿Algún problema, Flynn?

Aidan se acercó a ellas con unas botellas en las manos y se encogió de hombros. Tras entregar una a su hermana y otra a María, se dejó caer sobre el sillón con un gesto de alivio.

—No, nada, pero nunca he entendido eso que hacéis las mujeres de alabarse el pelo cuando os conocéis, la verdad —comentó él sonriente—. Pero ignoradme, soy un hombre y supongo que eso me hace idiota.

—Muy cierto, pero no te sientas mal por eso, no es tu culpa —María le devolvió la sonrisa tras mirar a la chiquilla, que escuchaba con atención—. Es como con eso de ser ateo.

—Soy agnóstico.

María ignoró sus intentos de corregirla y buscó con la mirada algún lugar en donde sentarse, pero además de la butaca todo estaba atestado. Antes de que cualquiera de los hermanos hiciera alguna sugerencia que, sospechaba, podría no convencerla del todo, exhaló un suspiro resignado y se dejó caer sobre la alfombra.

—No tienes que...

—Estoy bien —María descartó las protestas de Aidan con un gesto y señaló a la chiquilla, que continuaba de pie frente a ella—. Así que tú eres Enya.

La chica asintió y en lugar de volver al asiento que había ocupado hasta entonces se dejó caer frente a ella.

—Acabo de llegar —indicó ella sin esperar a que le preguntaran—. En realidad, llegué hace tres días, pero apenas he visto la calle, así que es como si me acabara de bajar del avión.

—El mismo al que subirás tan pronto como pueda meterte en uno —
rumió Aidan entre dientes.

María elevó una ceja y miró a su compañero con curiosidad.

—Supongo que ella es tu asunto personal —comentó señalando a la
chica con una cabezada—. Lo que te ha tenido actuando tan extraño todos
estos días.

—¿Has estado actuando raro por mí?

Aidan ignoró la pregunta de su hermana y se dirigió a María.

—Lamento no habértelo dicho, pero es muy complicado —explicó él.

—No, no lo es.

María sonrió al oír la intervención de Enya, quien no parecía dispuesta a
que se hablara de ella sin tener en cuenta su opinión. Si le había causado una
buena impresión cuando la vio, acababa de ganar varios puntos a sus ojos,
pero supuso que Aidan no agradecería que se pusiera de su parte tan pronto.
La chica ignoró el rostro tenso de su hermano y se dirigió a María con
expresión muy seria.

—Quiero ser ingeniera —declaró, como quien señala el punto supremo
con el que soñaría cualquier persona—. Ingeniera aeronáutica.

María carraspeó, no solo impresionada, sino también un poco divertida
por la seriedad en el rostro de la chica.

—Eso es asombroso —respondió ella, suponiendo que era lo mejor para
decir y lo comprobó por la satisfacción que se reflejó en las facciones de
Enya—. Supongo que quieres entrar al MIT.

Ante la mención al instituto que albergaba algunas de las más exigentes
carreras en el mundo de la ingeniería, la chica asintió una y otra vez con tanto
énfasis que María se preguntó si no podría lastimarse el cuello por el
movimiento.

—Exacto. ¿A dónde más podrías ir? —indicó ella, satisfecha y
señalando a su hermano—. No sé por qué él no lo entiende.

Aidan abandonó su postura relajada y se irguió en el asiento que
acababa de ocupar; de haber visto antes los taburetes en la cocina, María le
habría pedido uno, su rodilla empezaba a protestar, pero no quiso hacerlo en
ese momento. De pronto parecía que estaba a punto de conocer cuál era el
meollo del problema en la familia de Flynn y hubiera odiado perderselo.

—Eso lo entiendo perfectamente, Enya, siempre lo he hecho; lo que no
entiendo es en qué demonios estabas pensando para tomar un avión sin decir
nada a nadie y aparecerte aquí de improviso casi matando a tu familia por la

preocupación.

La chica pareció un poco picada y abrió los labios para defenderse, pero Aidan no le dio tiempo porque continuó con el mismo tono enojado que había usado hasta entonces.

—Nuestra madre está desesperada y tu padre no mucho mejor —Aidan hizo un gesto de fastidio y María supo de inmediato cuál era exactamente la identidad del “carnicero” con el que se topó al llegar—. ¿Sabes lo que sentí cuando empecé a recibir todas esas llamadas? En un principio pensé que podrían haberte matado en cualquier esquina, pero luego llego a mi apartamento y te encuentro viviendo aquí como si fuera tuyo. ¡Y no tengo un maldito lugar en el que sentarme!

Un pesado silencio siguió a esa explosión y nadie habló hasta que María carraspeó tras dirigirle a Aidan una mirada velada.

—Esos bancos no están tan mal —comentó ella.

Aidan la miró con el ceño fruncido y, por primera vez desde que lo conocía, supo que había ido demasiado lejos; el problema era sin duda mucho más serio de lo que ella podía alcanzar a entender, pero no conseguía verlo del todo claro.

—Lo siento, mal momento para bromas —se disculpó de inmediato y decidió centrar su atención en la jovencita, que parecía mucho más dispuesta a la charla que su hermano—. ¿Por qué decidiste venir a Boston de esa forma? Seguro que tus padres te hubieran apoyado de saber lo que quieres hacer.

La chica emitió un soplido burlón.

—Es lo que cualquiera pensaría, ¿no? —preguntó ella con una mueca—. Pero no, eso no ocurre en mi familia; nadie te apoya cuando quieres ir en busca de tus sueños, nuestra madre piensa que es una locura que me interese una carrera tan exigente cuando podría buscar algo más práctico y conseguir un empleo pronto, y mi padre piensa lo mismo. Aidan sabe cómo son, se lo hicieron también.

María miró a Aidan, en espera de que dijera algo, pero se mantuvo en silencio y su hermana pareció tomarlo como una señal de que debía continuar.

—Ellos nunca quisieron que fuera policía, aún piensan que es un trabajo demasiado peligroso y mal pagado; estuvo en el equipo de fútbol de la universidad, pudo ser profesional, a ellos les hubiera encantado eso, pero él prefirió hacer lo que quería —había un tono de orgullo en la voz de la chica

mientras declaraba las proezas de su hermano, pero al continuar varió a una inflexión dolida que a María le provocó una punzada de lástima—. Por eso pensé que él, entre todas las personas del mundo, sabría entender...

Aidan suspiró y se pasó una mano por la frente, pero parecía tener problemas para encontrar las palabras correctas.

—Ser policía es un trabajo peligroso y mal pagado; en eso ellos tienen razón —dijo él finalmente en tono calmado—. Pero también es cierto que me gusta lo que hago, y quiero que tú lo hagas también. Siempre te he apoyado, Enya, lo sabes, pero esta no es la manera de hacer las cosas. Mi problema no es con el fondo sino con las formas; no he dejado de decírtelo desde que llegaste. Entiendo que estés enojada con tus padres, pero no puedes simplemente desaparecer y hacer lo que quieres. Ellos no son perfectos, pero no merecen eso.

La chica bajó la cabeza y pareció sinceramente avergonzada por el amable regaño; María sospechó que esa había sido la intención de Aidan al hablar con tanta tranquilidad y no pudo menos que admirarlo. Considerando que no tenía hijos, había sido una jugada estupenda; su madre la usaba con ella y sus hermanas con frecuencia y siempre conseguía que se sintieran miserables al explicar sus puntos de vista con ese tipo de sensatez.

—Intenté hablar con ellos mil veces, ya lo sabes, tú también estabas allí, ¿recuerdas? —Enya respondió una vez que acusó el golpe y su expresión al continuar fue mucho más conciliadora, pero igual de obcecada que la que mostraba su hermano—. Pero entonces te fuiste y me quedé sola. No puedo con ellos si no estás allí para apoyarme; fue por eso por lo que vine aquí. Mis padres están molestos ahora, pero si tú me aceptas no tendrán otra alternativa que admitir que me quede y se quedarán tranquilos porque sabrán que estaré a salvo. Soy mayor de edad, no pueden obligarme a regresar, pero tampoco quiero que se preocupen. Necesito un año, Aidan, solo un año.

María oyó la última frase con cierta confusión y eso debió de notarse en su semblante, porque la chica le sonrió y se dirigió a ella para explicarse.

—No es nada fácil entrar al MIT y no soy lo bastante lista para haber obtenido una beca estando en la escuela, así que tengo que hacerlo mejor ahora que estoy fuera —indicó—. La matrícula es muy costosa y mis padres no pueden pagarla, pero creo que si me aplico lo suficiente y me dedico a estudiar, podría obtener una beca que me permitiría hacer la carrera. Por eso digo que necesito un año; les hice esa propuesta a mis padres, que me dieran ese tiempo para intentarlo y si no entonces lo dejaré, pero no quisieron

escucharme.

—Pues yo creo que es una propuesta muy razonable —María miró a Aidan con el entrecejo fruncido—. ¿Tú no?

Él puso los ojos en blanco y se puso de pie con un movimiento calculado que le hizo ver lo poco que agradecía que se involucrara en ese asunto, pero ella lo ignoró y se dirigió a la chica, que la miraba expectante.

—El hermano de mi mejor amiga Beth está en el MIT y es un chico brillante; en serio, es un genio, lo becaron cuando aún estaba en la escuela pese a que estuvo metido en algunos problemas, pero ahora lo lleva mucho mejor y solo le faltan un par de años para terminar la carrera —dijo sin pensar, encantada frente a la expresión esperanzada en el rostro de Enya—. Estoy segura de que él podría darte algunos consejos acerca de qué debes hacer para obtener esa beca; Nolan es una buena persona y ayudaría con gusto.

—¡Eso sería maravilloso! —la chiquilla estuvo a punto de aplaudir de la emoción y miró a su hermano con ojos brillantes—. ¿No lo crees?

Aidan apretó los labios y, pese a que no pareció tan entusiasmado como ella, esbozó una pequeña sonrisa y se detuvo a su lado para palmearle la cabeza en un ademán cargado de afecto.

—Quizá —respondió él finalmente, dejando en claro que no estaba aún del todo seguro—. Todavía tenemos que resolver algunas cosas antes de empezar a hacer planes, pero sí, suena bien.

—Y podría encontrar un empleo, al menos de medio tiempo, así que no tendrás que preocuparte por mis gastos, y tendré dinero para un tutor, además de que mis padres se quedarían mucho más tranquilos si saben que hago algo que ellos consideren más útil —Enya empezó a hablar con rapidez y a saltar—. Puedo hacer cualquier cosa...

María advirtió que, pese a que obviamente hacía grandes esfuerzos por ocultarlo, Aidan estaba muy lejos de sentirse tranquilo; por el contrario, la preocupación era evidente en cada músculo tenso de su rostro y en la forma en que miraba a su hermana, como si pese a lo mucho que la amara, lo cual también era más que obvio, hubiera dado cualquier cosa porque no se encontrara allí. La idea era tan triste que María hubiera querido saber qué decir para borrar esa expresión de su rostro, pero no se le ocurrió nada y eso bastó para que comprendiera que había llegado el momento de marcharse. Se había involucrado más que suficiente por una noche.

Intentó incorporarse, pero su rodilla protestó y tuvo que apoyar una

mano sobre la moqueta. Aidan, que advirtió su gesto adolorido, le tendió una mano para ayudarla y ella vaciló un instante antes de tomarla. Era la primera vez que lo tocaba; no había estrechado su mano ni siquiera cuando los presentaron y siempre intentaba mantener cierta distancia física entre ambos, pero en ese momento hubiera sido una idiotez, así que se sujetó a su mano impulsándose para ponerse de pie y lo soltó tan pronto como recuperó el equilibrio. No quería ni soñar en ponerse a explorar en lo que había sentido al tocarlo, pero aunque sabía que era un poco tonto, era bastante consciente del ardor en su piel y el cosquilleo que la recorrió al contacto con su palma encallecida.

—Tengo que ir a casa ahora, pero ha sido un gusto, Enya, y si decides quedarte házmelo saber para hablar con Nolan.

La chica se puso de pie con mucha más facilidad que ella y, tras dudar un segundo, la envolvió en un abrazo que la pilló por sorpresa.

—Gracias —dijo ella tras soltarla con rapidez.

—De nada.

María sonrió, aún asombrada por ese gesto tan afectuoso, considerando que acababa de conocerla, y se dirigió a la salida con Aidan pisándole los talones. Iba a despedirse también de él, rogando porque no se le ocurriera seguir el ejemplo de su hermana porque dudaba de que pudiera soportarlo; tan solo el rozar su mano le había removido demasiadas cosas, pero él tan solo abrió la puerta y le hizo un gesto para que abriera la marcha mientras él tomaba sus llaves. Entonces comprendió que pensaba acompañarla hasta su coche y estuvo tentada a protestar, pero supuso que él no le prestaría mucha atención; suponía, además, que no se trataba tan solo de un gesto caballeroso, debía de querer decirle algo.

Una vez que llegaron al primer piso, tras hacer todo el camino en silencio, se dirigieron a donde María había dejado el coche aparcado y ella abrió la puerta del conductor antes de girar para verlo con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Si piensas discutir porque me he metido en lo que no me incumbe, quiero que sepas que tienes razón, no es asunto mío —dijo ella, adelantándose—. Y lamento haberme presentado frente a tu puerta sin avisar, sé que estuvo mal y entenderé que te enfades por eso; por cierto, fue Paterson quien me dio tu dirección, tal vez deberías molestarte un poco más con él que conmigo.

María se detuvo para ver cuál había sido el resultado de su confesión,

pero la expresión de Aidan era más bien enigmática, así que decidió continuar; las cosas no podían ir peor y no sería ella si no decía todo lo que pensaba.

—Pero me alegra haber venido porque ahora entiendo qué es lo que ocurre; me gusta tu hermana y creo que tiene todo el derecho del mundo a hacer lo que quiera con su vida, así que si se queda, y espero que le ayudes para que así sea, podéis contar conmigo.

Tal vez Aidan estuviera atónito por todas esas inesperadas muestras de amabilidad, se dijo María al ver que continuaba sin mostrar mucha emoción en su rostro y no respondía nada a su sermón. Bueno, no era de extrañar; no se había mostrado precisamente simpática con él hasta entonces y su exitosa presencia en casa de su familia solo la orilló a ser más arisca, pero eso era distinto. Eran compañeros y ese era un problema real, ¿en verdad le sorprendía que ella pudiera mostrarse como un ser humano capaz de sentir empatía?

Un poco inquieta frente al silencio entre ambos, María bajó la mirada y la posó en sus botas que golpeaban el pavimento, preguntándose durante cuánto tiempo podrían mantenerse así y si no sería mejor que tan solo subiera al coche y se marchara; pero entonces Aidan hizo algo raro. Bueno, no fue precisamente raro, pero no lo vio venir.

Él extendió una mano y rozó la suya en una suave caricia, consiguiendo con ese breve movimiento calculado que levantara la vista como impulsada por un resorte, buscando su mirada; su corazón empezó a martillar contra su pecho y se preguntó si él sería capaz de oírlo.

—Gracias.

Aidan formuló esa simple palabra al tiempo que deslizaba su mano por todo lo largo de su brazo desnudo y María se retrajo en un movimiento inconsciente, sorprendida. ¿Qué estaba haciendo él? ¿Quería intimidarla por su indiscreción? Porque eso no tenía sentido. Acababa de disculparse y además Aidan no parecía disgustado; por el contrario, la sombra de una sonrisa bailoteaba en sus labios mientras continuaba con el vaivén de su mano, que ahora estaba peligrosamente cerca de su cuello. Lo de peligroso era un decir, en realidad, porque María tuvo que reconocer, al menos para sí misma, que la idea de que le tocara en el punto donde su pulso latía desbocado era cualquier cosa menos desagradable. Aun más, estaba segura de que si lo hacía se sentiría tentada a ladear el rostro y apoyarlo sobre la palma de su mano. Estaba a punto de hacerlo, un casi imperceptible movimiento con

las pestañas entornadas como un gato bajo el embrujo de una melodía, era así como se sentía con la mirada puesta en los ojos brillantes de Aidan, pero entonces él se encargó de quebrar el hechizo al dejar caer la mano en un gesto brusco al tiempo que esquivaba su mirada.

—Gracias —repitió él, y carraspeó al notar lo ronca que había surgido su voz—. Gracias por preocuparte, y por ofrecerle tu ayuda a Enya; significa mucho para ella.

María asintió un par de veces y se encogió de hombros, dando un pequeño paso hacia atrás; de pronto sintió la necesidad de alejarse tanto como le fuera posible, pero tenía la puerta del coche incrustada en su espalda y eso le dio la excusa perfecta para girar y entrar en el vehículo con movimientos torpes sin dejar de pensar a toda velocidad, buscando las palabras apropiadas con qué responder, lo que no debería de ser tan difícil, ¿verdad?

—No pasa nada —milagrosamente, consiguió encontrar su voz y estuvo a punto de llorar de alivio al notar que sonaba casi normal—. Manténme informada para hablar con Nolan. Tengo que irme ahora, prometí a mi madre que pasaría un rato por casa después del trabajo.

Aidan no retrocedió al verla maniobrar con el coche para ponerlo en movimiento, apenas echó el cuerpo hacia atrás y metió las manos en los bolsillos del pantalón sin dejar de observarlo.

—Saluda a tu madre de mi parte —dijo él.

—Claro que sí —María forzó una sonrisa al conseguir arrancar el coche e hizo un gesto de despedida—. Te veo mañana.

A él no le quedó más alternativa que hacerse a un lado, pero no respondió, tan solo asintió brevemente y se mantuvo allí de pie y con expresión grave mientras María se alejaba como si la persiguiera el diablo. Tan solo cuando el coche se perdió de vista al doblar en la avenida, Aidan sonrió y sacudió la cabeza de un lado a otro como si acabara de pensar en algo muy divertido. Canturreando una melodía, dio media vuelta y se dirigió a su edificio.

Capítulo 6

—¿Y bien? ¿Quién será? No quiero apresurarte, sé que nuestro trato solo valdrá si consigo ayudarte con el caso, pero me gustaría tener una pista. ¿Alguna de ellas te ha hablado de mí? Porque odiaría que aceptaran por obligación.

María oyó la voz de Bernie como si proviniera de muy lejos y tuvo que parpadear para enfocarlo con claridad; estaba distraída y el pobre había pasado los últimos quince minutos parlotando sin parar mientras ella estaba perdida en sus pensamientos. Los mismos que estaban relacionados con su compañero, claro, ¿quién más tendría la capacidad de convertirla en una zombi distraída cuando debería tener la mente ocupada en cosas más importantes?

Eran las nueve de la mañana y estaban sentados en la terraza de una cafetería en el centro de la ciudad; habían quedado en encontrarse allí antes de que Bernie iniciara sus labores en el juzgado para que los pusiera al tanto de lo que había conseguido averiguar del caso que ella y Aidan tenían entre manos. Él aún no había llegado, pero le envió un mensaje muy temprano esa mañana para explicarle que llegaría a tiempo para que recibieran juntos la información, de modo que había conseguido convencer a Bernie de que esperaran, tiempo que él parecía haber decidido dedicar a recordar las condiciones de su trato, aunque ella no estaba segura de qué había dicho con exactitud.

—Claro que en realidad no es tan importante, mientras alguna acepte me da igual; quizá incluso pueda convencerla de que se case conmigo y nos mudemos a Florida, siempre he querido dejar las leyes y hacer carrera en la caza de cocodrilos. He oído que es un negocio estupendo, aunque un poco arriesgado por la pérdida de miembros y esas cosas.

—¿Qué estás diciendo, Bernie?

María frunció el ceño; podía estar distraída, pero las cosas que Bernie decía eran demasiado extrañas para dejarlas pasar. Al verlo sonreír sin disimular su expresión socarrona, sin embargo, comprendió que se estaba burlando de ella y torció el gesto.

—Muy gracioso —dijo ella, señalándolo con el mentón en ademán enojado—. Como si fuera a permitir que convencieras a una de mis hermanas de ir a cazar cocodrilos. En serio, tienes una mente muy retorcida.

—Quizá. Pero ahora al menos tengo tu atención —él ensanchó la sonrisa sin parecer arrepentido—. ¿Y bien? ¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre con qué?

—Con quién —la corrigió él—. Estás actuando muy extraño.

María se encogió de hombros, decidida a mantener sus pensamientos en privado. Apreciaba a Bernie, pero no se veía capaz de poner en palabras algunas cosas con él; esa era la clase de cosas que solo le confiaría a Beth, pero no había sabido nada de ella en semanas y mientras no pudieran reunirse para charlar como hacían de vez en cuando, iba a tener que batallar con eso ella sola.

—¿Eso parece? —replicó ella forzando una risa tras encogerse de hombros—. Es solo que estoy muy ansiosa; quiero saber qué es lo que has averiguado para nosotros, eso es todo.

Bernie la miró con desconfianza; era obvio que no le creía del todo, pero también era demasiado educado como para decirlo abiertamente.

—En ese caso, ¿por qué no te lo digo ya? —preguntó él.

María resopló y echó una mirada a su reloj.

—Porque estamos esperando a mi compañero, ya te lo dije.

—¿El mismo compañero que parece querer arrancarme la cabeza cada vez que me ve?

—No sé por qué sigues diciendo eso —comentó ella sin poder contener una sonrisa.

Fue el turno de Bernie para encogerse de hombros.

—Bueno, es mi cabeza y la tengo en mucha estima; cuando alguien quiere separarla de mi cuerpo, por lo general me doy cuenta —dijo él—. De cualquier forma, ¿cuánto más vamos a esperar? Tengo una audiencia en una hora y según recuerdo nunca has tolerado la impuntualidad.

A María no le quedó más remedio que asentir de mala gana.

—Flynn está resolviendo un asunto personal, llegará en cualquier momento...

No alcanzó a terminar la frase porque vio una figura acercarse a unos cuantos metros; acababa de dar la vuelta en la esquina y en ese momento se dirigía hacia ellos con andar apresurado. Exhaló un suspiro de alivio al reconocer a Aidan e hizo un gesto para llamar su atención mientras Bernie

reparaba también en su llegada.

—Te dije que me mira como si quisiera arrancarme la cabeza —su amigo chasqueó la lengua y se llevó una mano al cuello en ademán protector—. Sabe que no hay nada entre nosotros, ¿no?

María ladeó el rostro para mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Qué? Claro que no —se apresuró a decir ella, para luego intentar aclararse—. Me refiero a que no hablo de esas cosas con él.

—Tal vez deberías. Porque está celoso —replicó Bernie con sencillez, como si mencionara algo que estaba muy claro—. Quizá así dejara mi cabeza en paz.

María abrió la boca para decir lo que estaba tentada a hacer con su cabeza en ese momento, pero tuvo que cerrarla porque Aidan ya había llegado hasta ellos y no le quedó más alternativa que tragarse sus palabras.

—Lamento la tardanza.

Aidan se disculpó y María se apresuró a hacer las presentaciones; aunque él y Bernie se habían visto ya un par de veces, aún no se habían saludado formalmente. Ambos se mostraron muy corteses, pero cautos, en particular Aidan, y María se preguntó qué habría de cierto en el comentario de Bernie. Tan pronto notó que sus pensamientos siguieron esa senda, sin embargo, los hizo a un lado con decisión. ¡Celoso Aidan! ¡Vaya tontería! Y ella era más tonta por tomar en cuenta algo tan ridículo.

Bernie carraspeó una vez que el camarero se acercó para tomar el pedido de Aidan y este lo despidió con un gesto. Era obvio que, lo mismo que ella, estaba ansioso por conocer las novedades.

—De acuerdo, esto es lo que he podido averiguar —dijo Bernie tras echar una mirada sobre su hombro; hablaba con voz baja y pausada, muy serio—. Conseguí confirmar buena parte de las investigaciones de tu amigo en Nueva York y creo que tiene razón al suponer que los responsables del caso que ellos tuvieron que desestimar son los mismos del que tenéis vosotros progreso ahora.

—¿Estás seguro? —preguntó Aidan.

—Diría que al cien por cien, pero seguro que no digo nada que os sorprenda —Bernie asintió y les echó una mirada especulativa—. Vosotros tenéis vuestros instintos y yo mis fuentes. Hablé con una amiga fiscal de Manhattan y, aunque fue muy discreta y negará cualquier cosa que me haya dicho, está bastante segura de que es así.

María se cruzó de brazos y apoyó la espalda contra el respaldo, mirando

de uno a otro con un gesto de frustración en el rostro.

—¿Por qué tanto secretismo? —preguntó ella.

Bernie se removió en el asiento, inquieto.

—Porque, y esto es algo más en lo que ese policía de Nueva York tiene razón, hay razones para suponer que este criminal, ese... —Bernie comprobó algo en su libreta antes de continuar—. Kostandin Natoli está metido hasta el cuello en todo este asunto y no se mueve solo.

—Crees que tiene contactos poderosos que lo protegen —adivinó Aidan.

Bernie asintió.

—Los tenía en Nueva York y en al menos un par de ciudades más en las que su banda ha operado, y aunque la idea no me gusta, es razonable pensar que ocurre lo mismo aquí.

—¿Quiénes?

Bernie recibió la pregunta de María con una mueca burlona.

—No tengo ni la más remota idea; la gente no va por ahí poniendo eso en sus informes —replicó él con gesto serio—. Hablamos de mucho dinero en juego, verdaderas fortunas; el tráfico de arte mueve millones y eso sin considerar que este Natoli también fue acusado en sus inicios de traficar con drogas. De eso último no hay evidencia reciente, pero no es algo que hombres como él simplemente dejan; tal vez ahora es solo más discreto.

—Incluso los hombres más discretos dejan rastros —apuntó Aidan.

—Eso es cierto —Bernie se inclinó hacia delante y bajó aún más la voz—. En realidad, él no lo es tanto. Según su movimiento migratorio y lo que he conseguido averiguar, se mueve por la ciudad como si no tuviera nada que ocultar.

María sintió cómo la adrenalina empezaba a circular por su sistema con rapidez.

—Entonces está en Boston ahora —dijo ella.

Bernie asintió.

—Llegó hace un par de meses procedente de Albania; al parecer no puede estar mucho tiempo lejos de casa, o tal vez es allí donde finiquita sus negocios, no tengo cómo asegurar eso —indicó él—. Pero nunca pasa demasiado tiempo en un solo lugar; supongo que ha venido para asegurarse de que la pintura robada en el museo se venda a un buen precio.

Aidan sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de negación.

—No creo que aún la conserve, ha pasado demasiado tiempo; objetos

como ese pueden arder en las manos de un ladrón, por buenos contactos que tenga —sugirió él.

Fue el turno de María para mostrarse poco convencida.

—O tal vez solo ha dejado pasar un tiempo prudente para ponerla en el mercado. Hubo un asesinato esta vez, las cosas han estado movidas en los muelles; nosotros nos hemos encargado de que así sea. Si este Natoli tiene buenos amigos en los lugares correctos, debe saber que nuestras investigaciones no van precisamente bien y quizá se sienta lo bastante seguro ahora para dar el siguiente paso y buscar un comprador.

—O urdir otro robo —acotó Aidan.

—Ambas opciones tienen mucho sentido —Bernie no pareció muy satisfecho de haber llegado a esa conclusión y se pasó una mano por la nuca—. En cualquier caso, las cosas están claras. Tenéis que ir con mucho cuidado.

María no se mostró tan preocupada como él; su mente iba a mil y tamborileaba con las yemas de los dedos sobre la mesa, inquieta por usar esa nueva información. Aunque Aidan parecía mucho más calmado, ella había llegado a conocerlo lo suficiente para saber que compartía su ansiedad; pudo verlo en la forma en que miraba de un lado a otro y tensaba los hombros bajo la chaqueta, como si se encontrara listo para derribar a un enemigo invisible.

—Esto es perfecto —dijo ella, sin disimular su entusiasmo.

Bernie la miró como si le acabara de brotar una nueva nariz.

—¿Cómo, por Dios, puede esto ser perfecto? —preguntó él.

Ella sonrió sin parecer ofendida por la forma en que su amigo la miraba.

—Porque acabas de confirmar algo que ya sabíamos, pero no teníamos cómo probar —explicó María tras compartir una rápida mirada con Aidan—. Ahora podemos actuar, decirle al capitán lo que hemos averiguado...

—No estoy seguro de que eso sea buena idea aún.

María hizo un gesto de desagrado al oír la interrupción de Aidan, pero se dirigió a Bernie al responder porque notó la confusión en su mirada.

—Flynn cree que no podemos confiar en el capitán Holland —explicó ella.

—Yo no he dicho eso —la interrumpió Aidan una vez más—. Lo que dije es que si tenemos motivos para suponer que Natoli no opera solo y puede tener contactos en la policía, tal vez debemos llevar esto por nuestra cuenta mientras no descartemos esa posibilidad.

—La posibilidad de que Holland esté involucrado —remató María,

disgustada y dispuesta a repetir lo que pensaba al respecto.

Bernie, sin embargo, se le adelantó al carraspear con fuerza para interrumpir su discusión.

—Bueno, creo que Aidan tiene un punto bastante razonable ahí — comentó él y continuó antes de que María pudiera decir algo—. Mira, conozco a Holland y es uno de hombres más decentes que he tratado en mi vida, y sabes que no es una de mis personas favoritas por lo que no es fácil para mí reconocer eso. Pero él tiene jefes frente a los que debe responder, lo quiera o no, y tal vez esos jefes no sean tan honestos como él, eso sin contar que es posible que esas mismas personas sean lo bastante cuidadosos para que alguien como Holland, por astuto que pueda ser también, no vea de qué pie cojean realmente hasta que sea demasiado tarde. Si queréis mi opinión, creo que deberíais mantenerlo al margen por un tiempo, solo lo necesario hasta que tengáis pruebas contundentes de lo que está pasando. Después de todo, este caso es vuestro y no tenéis la obligación de compartir absolutamente todo con él a menos que se os pregunte directamente.

—¿Y qué pasa si lo hace? ¿Qué le decimos si pregunta? —inquirió María, aún nada convencida con esa idea.

—En ese caso, le decimos lo que sabemos, pero no todo, y definitivamente no comentaremos nuestras sospechas de que algunas cabezas del departamento puedan estar involucradas —fue Aidan quien respondió y lo hizo con una serenidad aplastante—. Estoy seguro de que el señor Walsh piensa hacer lo mismo con sus jefes, ¿verdad?

Bernie sonrió al oír la suposición de Aidan.

—Por lo que a mí respecta, nunca hemos tenido esta conversación y si alguna vez recibo alguna pregunta de mis jefes al respecto, la negaré hasta mi muerte —asintió él sin vacilar—. Sugeriría, también, que no involucrés a David en esto. No solo porque no es la clase de cosas en las que él se involucraría ya que odia actuar de espaldas a la ley, sino también porque trabaja muy de cerca con Rollins, que como sabéis es el fiscal de distrito, así que algo como esto podría perjudicar seriamente su carrera. Al final no se trata de desconfianza, sino de proteger a quienes nos importan, ¿puedes entender eso, María?

Ella esbozó una sonrisa burlona y dirigió a su amigo una mirada airada por sugerir frente a Aidan cuánto le importaba Holland a ella.

—Lo entiendo perfectamente, Bernie —masculló ella de mala gana—. Pero supongo entonces que podemos seguir contando con tu ayuda en este

caso, porque si no podemos hablar con nadie más del tema vamos a necesitar al menos a un contacto en la fiscalía.

Bernie asintió tras dudar solo un instante; fue evidente que él hubiera preferido mantenerse al margen, pero era demasiado leal para dejarlos en la estacada.

—Está bien —aceptó él—; pero nada de riesgos innecesarios. Tal vez vosotros estéis emocionados por todo esto y no podáis esperar para empezar a jugar a los pistoleros, pero no puedo decir que comparta vuestro entusiasmo. Ni siquiera tengo un arma.

—Tal vez deberías buscarte una.

Bernie ignoró la burlona sugerencia de María y se dirigió a Aidan al continuar.

—En serio, nada de riesgos innecesarios —repitió, remarcando cada sílaba—. Mientras no tengáis un caso bien armado y sobre todo evidencias que prueben la responsabilidad de Natoli con los robos, eso sin contar que descubramos quiénes están trabajando con él, ni siquiera soñéis con acercaros a él directamente. No solo sería una tontería porque eso lo pondría sobre alerta, sino que puede ser en extremo peligroso. Si no tuvo escrúpulos para deshacerse de un policía en el último robo, no le importará matar a un par más.

Aidan asintió con el semblante grave y, aunque no respondió, fue obvio que se tomaba muy en serio sus palabras; sostuvo su mirada sin parpadear e hizo un leve gesto de reconocimiento. María, mientras tanto, miraba de uno a otro con el ceño fruncido por ese intercambio del que se sintió excluida.

—¿Por qué se lo dices a él? —preguntó ella a Bernie sin ocultar su desconcierto.

—Porque, gracias a Dios, él parece tener un poco de sentido común —espetó Bernie sin molestarse en suavizar sus palabras—. No te separes de él y, por favor, escúchalo.

María resopló, indignada.

—A quien no tengo por qué escuchar es a ti —masculló ella—. ¿En serio crees que soy tan imprudente?

—Por supuesto que sí.

Bernie sonrió tras esa aplastante respuesta y arrancó una página de su libreta, que le tendió con una mirada de advertencia.

—Este es el hotel en que se hospeda Natoli en Boston —dijo él—. Supongo que no habrá nada de malo en que echéis un vistazo, pero ya sabéis,

id con mucho cuidado.

María se guardó el trozo de papel en el bolsillo de la chaqueta y asintió.

—De acuerdo. Gracias.

Hubiera podido pasar horas discutiendo sus argumentos acerca de lo impetuosa que pensaba él que podía ser y cómo le parecía una deslealtad que prácticamente asumiera que debía seguir a Aidan por ser más juicioso, pero sabía que él solo estaba preocupado por ella y eso bastó para aplacar su genio.

—Bueno, me alegra haber sido de utilidad —dijo Bernie, poniéndose de pie—. Si consigo averiguar algo más os lo haré saber y agradecería que me tengáis también al tanto de vuestros avances.

—Lo haremos. Gracias por todo.

Aidan respondió antes de que María pudiera hacerlo y le tendió una mano que Bernie se apresuró a estrechar. De pronto buena parte de las reservas entre ellos parecían haberse derribado y se miraban con algo parecido al respeto. Nunca entendería cómo funcionaba la mente de los hombres, se dijo María con un suspiro de encono; unas cuantas frases, un par de miradas punzantes y de pronto era como si supieran si podían o no confiar los unos en los otros. Ellos parecían haber decidido que, más allá de si se agradaban o no, sí que podían.

—Los veré pronto —Bernie hizo amago de marcharse, pero entonces miró a María con una ceja alzada—. No olvides encargarte de aquel asunto del que hablamos.

Aunque aún se sentía un poco fastidiada por haber sido punto de sus burlas, María no pudo contener una sonrisa al oírlo.

—Veré qué puedo hacer —respondió ella.

Bernie asintió, satisfecho, y María se prometió que, aun cuando estaba decidida a cumplir su palabra y sugerir a alguna de sus hermanas que aceptara salir con él, eso sería todo lo que haría para ponerle las cosas sencillas.

Después de que Bernie se marchara tras una última advertencia de que anduvieran con cuidado, María y Aidan se pusieron en camino sin intercambiar una sola palabra, como si ambos hubieran pensado exactamente lo mismo y supieran también lo que el otro tenía en mente. En silencio, se dirigieron al coche que María dejó estacionado frente al café y ocuparon sus lugares con movimientos medidos. Solo cuando ella puso el coche en marcha lo miró de reojo y no le extrañó ver que sonreía.

—¿Cuánto quieres apostar a que ese Natoli no tiene idea de lo que le espera? —preguntó ella con ojos brillantes.

Aidan se encogió de hombros y apoyó un codo contra el borde de la ventana, sin responder, pero María supo que debía de estar de acuerdo y eso fue suficiente para que asintiera, satisfecha. Al fin empezaba la acción.

—¿Cómo van las cosas con Enya?

María acababa de estacionar el coche frente al hotel en que según Bernie de hospedaba Kostandin Natoli y tan solo toleró el silencio entre ella y Aidan durante unos cuantos minutos antes de buscar algo para hablar, cualquier cosa que le ayudara a quebrar esa callada espera. Aidan no respondió de inmediato, sino que ladeó el rostro para mirarla a los ojos y María tuvo que rehuirlo porque le parecía imposible aguantar una mirada tan profunda. Era como si le quisiera decir muchas cosas, pero fuera incapaz de ponerlas en palabras y ella no se atrevía a preguntar porque temía lo que pudiera decirle. Las cosas estaban así desde aquella noche en que fue a su apartamento y conoció a su hermana; para ser más precisa, desde su despedida en el aparcamiento, cuando él la había tocado de esa forma tan íntima. Ahora, aunque trabajaban cada día aparentando una anormalidad que estaban muy lejos de sentir, era como si una barrera que hubiera estado todo el tiempo entre ellos se hubiera venido abajo y ambos tuvieran miedo de reconocerlo aunque fueran incapaces de negar todos esos trozos a sus pies.

Todo parecía extraño para los dos; no de una forma desagradable, pero no por ello menos incómoda. Como un guante mal puesto o una puerta que no cerrara del todo. María casi podía palpar la tensión latente, un ansia que se le había alojado en el pecho golpeando contra el esternón con movimientos constantes que no le daban tregua. De no encontrarlo tan molesto, casi le parecería poético. Era por eso por lo que se obsesionaba por llenar los vacíos que se instalaban entre ambos, buscar charlas vacías siempre que no estaban inmersos en el trabajo. Los largos lapsos de tiempo que debían compartir en espacios pequeños como el coche, cuando hacían sus investigaciones, la volvían loca, y Aidan no ayudaba al preferir guardar silencio la mayor parte del tiempo mirándola de esa forma.

—Todo va bien, o tanto como cabe.

María estuvo a punto de dejar caer su cabeza contra el volante debido al

alivio que le provocó oír su respuesta.

—¿Ha convencido a su padre de quedarse? —insistió ella, decidida a aferrarse a esa conversación como a un clavo ardiendo.

Aidan se encogió de hombros y alternó la mirada de su rostro a la ventana desde la que tenían una vista clara de la entrada del hotel.

—Aún no —respondió él—. Pero le he dicho que la ayudaré con eso. En realidad, lo he invitado para que vaya esta noche al apartamento y así hablar con él. Dejé a Enya esta mañana intentando poner un poco de orden porque si Josh ve cómo está viviendo su hija no logrará convencerlo con eso de que aquí estará bien.

María sonrió, segura de que el padre de Enya debía de ser cualquier cosa fácil de persuadir.

—Bueno, ya ha logrado convencerte a ti, así que ya tiene media guerra ganada —dijo ella.

—Quizá, pero te aseguro que Josh Murphy es un hueso duro de roer —comentó Aidan con un gesto burlón.

—Me cuesta creer eso —replicó ella de inmediato, y en verdad lo pensaba; aunque no lo había puesto a prueba del todo aún, estaba segura de que Aidan era tan testarudo como ella—. Pero es su padre y debe desear lo mejor para ella, ¿no? Tiene que entenderlo.

Aidan suspiró y sacudió la cabeza sin parecer convencido.

—No estoy tan seguro. Me refiero a que creo que la quiere, sí, pero a veces no todos tenemos la misma idea de lo que es el amor. Josh piensa que sabe lo que es mejor para su hija y espera que ella tan solo obedezca y le dé las gracias; pero Enya es distinta, tiene otra forma de ver las cosas, nunca aceptaría hacer algo solo para satisfacer lo que los demás esperan de ella.

—Es como tú.

Él sonrió al oír su comentario sin parecer precisamente halagado, pero fue obvio que no le disgustó que hubiese llegado a esa conclusión.

—Supongo que nos parecemos un poco en eso —reconoció él al cabo de un momento—; pero no es siempre bueno. En este caso creo que tiene razón, se merece el derecho de intentar pelear por lo que quiere; pero también debe aprender a ceder. De cualquier forma, todo dependerá de lo que diga Josh y eso limita un poco sus opciones.

—¿Y qué pasa con tu madre?

A María no podía dejar de extrañarle que Aidan y su hermana apenas hablaran de su madre, excepto para decir que ella estaba tan en contra como

su marido de que Enya se quedara en Boston. En ese momento, al ver la expresión en el rostro de Aidan, supo que acababa de tocar una fibra sensible. Pensó que no iba a responder, pero después de mirar de nuevo a la calle, se encogió de hombros y suspiró.

—Mi madre está de acuerdo con Josh, ya oíste a Enya; ellos tienen una forma de ver la vida muy parecida —dijo él al fin.

—Ya. Pero una madre siempre es un poco más flexible —insistió ella—. Cualquiera que no conozca bien a mi familia pensaría que mi madre es la mujer más estricta del mundo, pero la verdad es que puede ser más blanda de lo que parece. Siempre ha apoyado a sus hijas para que hagan lo que piensan que es lo correcto, esté o no de acuerdo. Si te contara lo que me dijo cuando me atreví a decirles a ella y papá que había decidido hacerme policía; me gritó durante semanas...

Aidan sonrió, con seguridad imaginando fácilmente a la señora Cabrera en ese trance; pero había una buena cuota de tristeza en esa sonrisa y María se sorprendió al sentir el impulso de extender una mano para borrarla de sus labios; incluso tuvo que apretar los dedos contra el asiento para contenerse.

—Mi madre es distinta —dijo él en tono calmado—. Ella... creo que podría considerársele como una mujer muy práctica que tiene los pies bien plantados sobre la tierra.

—Eso es bueno. Excepto si eso te impide ver el panorama completo y apoyar a tu hija; la vida no es solo blanca o negra.

María no quiso parecer demasiado crítica; ni siquiera conocía a la señora Murphy y ya cuestionaba sus actos, pero no pudo evitarlo. La idea de esa mujer que había intentado impedir a su hija adolescente que dejara su hogar y fuera a otra ciudad en busca del apoyo de su hermano le provocaba un pinchazo en el estómago. Eso no estaba bien.

Aidan no pareció encontrar ofensivo que hablara abiertamente de lo que pensaba de la actitud de su madre, pero frunció un poco el ceño al mirarla.

—No quiero justificarla, pero ella tiene buenas razones para ser como es —comenzó a explicar con cierta renuencia, como si le costara compartir algunas cosas, pero necesitara hacerlo—. No siempre lo ha pasado bien, ¿sabes? Mi padre fue una absoluta escoria y le puso las cosas muy difíciles; de no ser por mi abuelo, no sé qué habría sido de nosotros. Por eso, cuando conoció al padre de Enya decidió que dejaría las pasiones de lado y se enfocaría en buscar lo seguro. Nadie podría culparla por eso.

María parpadeó, demasiado sorprendida para hacer un comentario

inteligente, tan solo atinó a devolver la mirada a Aidan y a intentar atisbar en sus ojos qué era lo que sentía exactamente tras haber compartido algo tan personal, pero no consiguió ver nada que no fuera una fría indiferencia que no la engañó ni por un segundo. Pese a que sabía que él y Enya no compartían el padre, supuso que el suyo había muerto o que las cosas entre él y su madre no habían funcionado, pero en su mente todo había parecido muy civilizado y convencional. Un mal padre ausente era algo que debía marcar a cualquiera, en especial si todo lo que le quedaba luego era una madre demasiado práctica para dejar que sus sentimientos tomaran el control y un padrastro con el que obviamente no congeniaba.

—Supongo que no —María respondió al comprender que se había quedado en silencio durante demasiado tiempo—. Lo siento mucho, Aidan, en serio...

Él sonrió con calidez y pareció dividido acerca de qué hacer a continuación; por un segundo, María hubiera podido jurar que estuvo a punto de tocarla, pero entonces algo pareció llamar su atención desde el exterior y ella no supo si sentirse aliviada o decepcionada.

—Creo que al fin vamos a conocer a nuestro amigo Natoli.

María giró la cabeza tan rápido para mirar en la misma dirección que él que hizo un gesto de dolor por el tirón que sintió en el cuello.

La entrada principal del hotel acababa de ser abierta por el portero y una figura alta y esbelta se detuvo por un instante en el umbral antes de caminar en dirección a la acera, donde esperaba un coche oscuro con las ventanillas subidas. El paso del hombre era pausado y a María le recordó a un felino. Quizá un leopardo. Sí, un leopardo fiero y peligroso, se dijo al notar la forma en que miraba de un lado a otro con estudiada indiferencia. Desde esa distancia todo en él parecía oscuro; el cabello, los ojos, incluso el traje perfectamente entallado. Ni una sola línea de color en una envoltura que parecía haber sido concebida con el fin de exudar poder.

Natoli dio un último vistazo alrededor antes de entrar al coche del que acababa de descender un hombre fornido al que inmediato reconocieron como un guardaespaldas. Este parecía haber estado esperando la salida de su jefe para asegurarse de que todo estuviera en orden. Tras cerrar la portezuela, entró nuevamente al coche, pero esta vez a la parte delantera al lado del chófer y el coche se puso en movimiento de inmediato.

María no se planteó la idea de seguirlo, hubiera sido demasiado arriesgado, y por la forma en que Aidan asintió supo que él pensaba lo

mismo. Además, ambos habían suspirado al mismo tiempo en cuanto el coche se perdió en una curva; ese encuentro los afectó de una forma muy particular. Llevaban mucho tiempo deseando ponerle un rostro al objeto de todas sus pesquisas y al fin lo habían conseguido. Ahora debían ser más cautos que nunca.

—Es todo un personaje, le concedo eso —María relajó las manos que había tensado a ambos lados de su cuerpo.

Aidan hizo un gesto que pareció implicar lo poco que le había afectado esa primera impresión.

—Parece un enterrador —comentó él sin malicia.

—Un enterrador vestido con un traje de tres mil dólares.

Aidan silbó suavemente y no puso en tela de juicio su estimación.

—Bueno, pues no sé tú, pero a mí me encantaría verlo con el traje naranja que usan en la prisión —dijo él, sonriendo.

María asintió y le devolvió la sonrisa.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella—. Si no podemos hablar de esto con el capitán las cosas serán más difíciles para nosotros.

—Lo conseguiremos.

—Pareces muy seguro.

Aidan se encogió de hombros, mostrándose muy satisfecho de sí mismo.

—Lo estoy —respondió él—. Soy un buen policía y mi compañera también lo es. ¿Qué podría salir mal?

María no se permitió mostrar cuánto significó ese halago para ella, aun cuando hubiera sido hecho en ese tono bromista que él había decidido adoptar para relajar la tensión entre ambos.

—¿Quieres que te haga una lista? —replicó ella con una leve entonación burlona.

Aidan frunció la nariz y sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de negación.

—Me parece que no —descartó él con un gesto—. En lugar de eso, me gustaría pedirte un favor.

María se puso seria, curiosa. No era usual que Aidan pidiera favores; en realidad, apenas hablaba de sus problemas, de modo que lo miró con atención.

—Dime —dijo ella.

—¿Recuerdas que ofreciste hablar con el hermano de Beth para que diera a Enya algunos consejos para entrar al MIT? —recordó él.

—Sí, claro.

—Bueno, nos vendría bien tener algo concreto que decir a Josh cuando vaya esta noche a hablar acerca de esto. Si sabe que Enya no está a ciegas y que tiene verdaderas posibilidades de entrar, tal vez no ponga las cosas tan difíciles.

María asintió una y otra vez, sin vacilar.

—Hablaré con él esta tarde y te llamaré luego para que se lo menciones al padre de Enya cuando hables con él; pero te aseguro que podemos contar con Nolan —aseguró ella con fervor.

Aidan sonrió y detuvo la mirada en el parabrisas sin parpadear, ensimismado.

—Gracias —dijo él al fin, y su voz sonó un tanto lejana.

María hubiera querido que hiciera lo mismo que la última vez que le dio las gracias, que tomara su mano, que la tocara de cualquier forma; aun más, que la mirara de la misma forma en que lo hizo entonces. Lo anhelaba tanto como lo temía y solo por eso fue capaz de mostrarse esquiva e imprimir a su voz de un tono despreocupado que sonó artificial incluso a sus oídos.

—¿Para qué están los compañeros? —comentó ella con un ademán risueño—. ¿Volvemos a la estación?

Aidan recibió su sugerencia con un ligero asentimiento, pero no respondió y María puso el coche en marcha sin decir nada más. El silencio, sin embargo, no le resultó entonces tan opresivo como había pensado hasta hacía solo unos momentos; de pronto estaba cargado de un significado aun cuando parte de él todavía se le escapaba, pero no se atrevió a explorar en ello sino que prefirió hacer como si todo estuviera bien y se dedicó a parlotear durante todo el largo camino a la estación. Aidan respondió a su cháchara con monosílabos y María hubiera podido jurar que era del todo consciente de por qué actuaba de esa forma. Ojalá ella lo tuviera tan claro.

María tuvo que ir al edificio principal del MIT para hablar con Nolan ya que el muchacho no podía dejar sus clases y su oferta de acercarse a la estación el día siguiente, aunque amable, no dejaba de serle inútil. Según Aidan, necesitaba su promesa de que le ayudaría ese mismo día para que así él pudiera usar esa carta en sus negociaciones con el padre de Enya.

Nolan Wilson era uno de esos muchachos que, sin importar qué edad

tuvieran, siempre parecería que acababa de llegar a la veintena; María lo conocía desde que cumplió los quince años y en su opinión no había cambiado mucho salvo por el hecho de que ahora era tan alto como ella y su voz había adquirido una entonación menos chillona de la que tenía cuando era un adolescente un poco perdido y aficionado a meterse en problemas.

Él la esperaba en la puerta de su residencia y pareció encantado al verla llegar; siempre se habían llevado muy bien. A María le bastaron quince minutos para explicarle lo que necesitaba de él sin ahondar demasiado en la situación de la familia de Enya; pero bastó con que le hablara de sus tensas relaciones con sus padres y lo ansiosa que se encontraba por cumplir sus sueños, para que él se comprometiera de inmediato a ayudar. Lo conmovió en especial el hecho de que la chica hubiera hecho el viaje de Nueva York a Boston con el fin de buscar la ayuda de su hermano mayor y que este estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa por ella; aunque no lo dijo, María estaba segura de que pensaba en la similitud con su propia situación. Nolan no conoció a su padre y, aunque siempre tuvo una buena relación con su madre, su punto de apoyo siempre había sido su hermana Beth, quien le ayudó en los momentos más difíciles de su vida y lo guio para que enrumbara su vida. Si en algún momento había dudado de que pudiera contar con su ayuda, le bastó con ver su gesto decidido para saber que eso nunca debió pasar por su cabeza.

Después de despedirse con la promesa de que lo presentaría a Enya lo antes posible, María dejó el centro para dirigirse a casa de su madre, rogando porque pudiera encontrar a su hermana Ana allí. Al ser la que tenía un trabajo más flexible y quien casi siempre pedía ayuda de la familia para llevar adelante su clínica veterinaria, era habitual que pasara por allí para comer y hablar con su madre. Por suerte, la encontró precisamente en el comedor, disfrutando del estofado de su madre y charlando sin parar acerca de una nueva camada de cachorros para los que necesitaba un hogar. Al detenerse un momento en el umbral del salón y verla sonreír mientras devoraba la comida sin dejar de hacer ademanes exagerados para remarcar sus palabras, se dijo que tal vez ella pudiera ser una opción estupenda para cumplir su promesa a Bernie. Pero hizo la idea a un lado en su mente porque en ese momento no tenía tiempo para eso. Necesitaba un favor de su hermana, pero nada relacionado con conseguirle una cita a su amigo; lo que deseaba podía resultar un poco más complicado, pero si conocía bien a Ana, confiaba en poder contar con ella.

Desgraciadamente tuvo algunos problemas para mantener apartada a su madre, por lo que ella se terminó enterando de las gestiones de su hija, pero tuvo el buen tino de no hacer demasiadas preguntas, lo que tratándose de ella era poco menos que una proeza.

Una vez que explicó a su hermana lo que necesitaba, se despidió con rapidez. La noche ya había caído y si no se daba prisa no llegaría a tiempo para contarle a Aidan qué tal le había ido con sus oficios. Sin embargo, en lugar de llamarlo por teléfono, decidió pasarse por su apartamento. Dudaba de que la idea le alegrara mucho, pero ella pensó que sería lo mejor; además, tenía demasiadas cosas importantes para decir por teléfono.

Cuando llegó, no vaciló al dirigirse directamente al apartamento que había visitado hacía solo unos días, pero esta vez no se topó con el padre de Enya dando voces en la puerta, sino que tuvo que tocar y esperar a que le abrieran. Cuando lo hicieron, se encontró con la hermana de Aidan tan bien arreglada que casi le costó reconocer en ella a la chiquilla apagada que vio por primera vez. Ahora iba vestida con un enterizo azul que hacía un contraste precioso con su cabello rojizo sujeto en una trenza. Tan pronto como la vio, la chica esbozó una enorme sonrisa de alivio.

—¡María! ¡Gracias a Dios! Pasa —Enya la tomó del brazo y la hizo entrar de un tirón.

Las cosas debían de ir peor de lo que había supuesto, se dijo María mientras la seguía al interior del apartamento.

Como Aidan le dijo más temprano, Enya se había afanado en poner un poco de orden en el lugar y ahora lucía mucho más agradable; al menos no vio nada tirado sobre los muebles y tampoco había ni rastro de su equipaje, que hasta el día anterior había dejado desperdigado por todas partes. Incluso había dispuesto flores frescas en un par de jarrones que, al verlos de cerca, María estuvo segura de que se trataban de unos frascos para mermelada. A su madre le daría un ataque si los viera.

Sin embargo, allí terminaba el aire hogareño que la chica se había esforzado por imprimir en el apartamento, y los dos hombres sentados en sillas opuestas en el salón eran los responsables de eso. Ninguno parecía cómodo y María percibió de inmediato la tensión hostil entre ambos, nada parecido a la que había sentido entre ella y Aidan durante los últimos días. A veces tenía la impresión de que él deseaba abalanzarse sobre ella y besarla de la misma forma en que lo había anhelado ella alguna vez; pero aun cuando posiblemente en ese momento él deseara arrojarle sobre su padastro, sin

duda sería para pegarle un puñetazo en el rostro. Y por lo que alcanzó a atisbar en la expresión contenida de Josh Murphy, el deseo era mutuo.

El padre de Enya no se vio complacido de verla y María hubiera podido jurar que estuvo tentado a decir que ella no tenía nada que hacer allí, pero bastó con que abriera la boca para que Aidan le dirigiera una mirada de advertencia y volvió a cerrarla a regañadientes. Una vez que la presentó como su compañera, el hombre hizo un gesto de asentimiento, pero no le estrechó la mano, lo que a María estuvo lejos de importarle. Tan solo el regreso de Enya, que se había ausentado un momento para ir en busca de unas bebidas, pareció relajar al menos un poco el tenso ambiente.

María, que se había sentado al lado de Aidan en una suerte de callado apoyo, miró con atención a los otros tres ocupantes de la habitación y se dijo que nunca más haría un comentario cruel acerca de lo difíciles que podían ser las relaciones en su familia. En ese momento habría recibido con gusto los regaños de su madre o las burlas de sus hermanas.

—Esto es una pérdida de tiempo.

La voz de Josh Murphy surgió tan ronca como la recordaba, aunque fue evidente que hacía un esfuerzo por mostrarse tan correcto como le era posible. Enya se apresuró a dejar las bebidas sobre una mesita y se dejó caer en el asiento más cercano a su padre.

—No lo es —dijo ella—. Ya te lo ha dicho Aidan, él está de acuerdo en que me quede aquí y María cree que podría echarme una mano con la entrada al instituto; un amigo suyo...

—Eso está muy bien, ¿pero de qué servirá a la larga? —su padre la interrumpió con un gesto brusco—. Aun cuando pudieras ingresar, lo que está por verse, ¿qué harás mientras tanto? ¿De qué vivirás?

—Yo me encargaré de eso.

Josh Murphy recibió las palabras de Aidan con un resoplido.

—¿Con un sueldo de policía? —replicó él en un tono despectivo que provocó en María el deseo de pegarle una bofetada. Ahora entendía un poco mejor a Aidan.

Aidan, sin embargo, no pareció encontrar ofensiva la actitud de su padrastro, sino que esbozó una sonrisa sarcástica.

—Mi sueldo de policía ha sido bastante útil antes, no veo por qué no podría serlo también ahora, ¿o es que no lo recuerdas? —comentó él sin disimular la burla en su voz.

María supo que había algo allí que se le escapaba, aunque tampoco

hacía falta ser un genio para adivinar qué podía ser lo que Aidan pretendía implicar con mucho más tacto del que lo hubiera creído capaz. Considerando su carácter y lo que había aprendido acerca de él y su percepción de lo que era justo, suponía que había habido otras ocasiones en que había prestado ayuda a su familia, fuera a Enya o a su madre, e incluso al mismo Murphy. Este, que recibió la pulla con los labios apretados, flexionó los gruesos dedos de la mano que tenía apoyada sobre su rodilla y guardó un momento de silencio.

Enya, que miraba de uno a otro con inquietud, se adelantó en la silla para llamar su atención y habló con un tono conciliador.

—Sé que Aidan me ayudará y le estoy muy agradecida por eso, pero ya he dicho que quiero buscar también algo por mi cuenta, cualquier cosa que me permita prepararme para los exámenes y los trabajos que tendré que presentar. Sé que no será fácil, pero...

Fue el turno de María para interrumpir, y cuando lo hizo procuró no sonar tan satisfecha de sí misma como se sentía ni chasquear los dedos frente al rostro del padrastro de Aidan, como le hubiera encantado hacer.

—Bueno, es en parte por eso por lo que estoy aquí interrumpiendo su encantadora velada familiar —ella no pudo contener el sarcasmo que afloró en sus palabras, pero intentó corregirlo al continuar en consideración a Enya y Aidan—. Una de mis hermanas acaba de empezar su nuevo negocio y le vendría bien una ayudante a media jornada. Le hablé de Enya y le gustaría conocerla; si llegan a un acuerdo podría emplearla. La paga no será mucho, pero lo suficiente para ayudarlo con lo que tiene en mente. Con la ayuda de Aidan y la de mi amigo, creo que estará más que bien.

Un silencio casi latente siguió a sus palabras hasta que Enya dio un chillido y se incorporó para lanzarse a sus brazos. Era la segunda vez que la veía y la segunda también en la que hacía eso y María no pudo menos que preguntarse de quién habría heredado esa chica una capacidad como aquella para demostrar sus sentimientos, porque sin duda no había sido de su padre o hermano. El primero, por cierto, no pareció tan complacido por su oferta como habría cabido esperar; tal vez lo consideró un ataque a la última muralla que mantenía de pie en su cruzada de llevarse a su hija de vuelta con él a Nueva York. Aidan, por su parte, no pareció tan sorprendido como los otros dos, tan solo le dirigió una mirada de reojo que provocó en María un leve sonrojo, tan profunda la sintió pese a su brevedad. Era otro aspecto de la personalidad de Aidan que empezaba a apreciar; la intensidad de sus

emociones y cómo conseguía contenerlas a la vez que dejarlas aflorar con una mirada o un gesto.

Una vez que consiguió desviar la mirada y deshacerse del abrazo de Enya, que empezaba a ahogarla, miró por encima de su hombro a Josh Murphy, que en ese momento parecía tan abatido como disgustado. Al final, primó un poco más lo segundo y le dirigió una mirada airada.

—Aunque agradezco tu ayuda, no entiendo por qué te tomas todas estas molestias. Esto no es asunto tuyo y no sé si es tan buena idea que mi hija termine en deuda con alguien a quien apenas conocemos.

María abrió la boca para responderle, aunque dudaba de que hubiera sido amable si conseguía aclarar sus ideas y decir todo lo que tenía en mente. Sin embargo, fue Aidan quien se le adelantó al dirigirse a su padrastro con una voz helada que le recordó por qué la mayoría de los detenidos a quienes habían intervenido hasta entonces en el trabajo temblaban como hojas cuando él iba tras ellos.

—Yo la conozco —dijo él con el rostro levemente elevado en un ademán desafiante que provocó que su padrastro se replegara un poco en el asiento—. Confío en ella y Enya es lo bastante lista para hacerlo también. Tal vez debería probar a imitarla.

Josh Murphy chasqueó la lengua y se vio de pronto sin argumentos, casi como un globo que hubiera sido pinchado sin piedad. Entonces miró a su hija, que se había acomodado al lado de María casi como si pretendiera así buscar su protección, lo que le provocó a ella una oleada de ternura.

—Le romperás el corazón a tu pobre madre —advirtió él entonces, levantando un dedo en ademán desafiante.

La chica no pareció perturbada frente a la idea y María hubiera podido jurar que estuvo tentada a replicar dejando en claro sus dudas respecto a que su madre tuviera un corazón que pudiera ser roto; pero fue lo bastante sensata para morderse la lengua. En lugar de ello, exhibió una dulce sonrisa que no engañó a nadie y se encogió de hombros en un ademán resignado.

—Pero papá, si regreso contigo, entonces será el mío el que se rompa. Y estoy segura de que tú y mamá no queréis eso, ¿verdad? —replicó ella en un tono lastimero.

Entonces, al ver la sonrisa que Aidan se apresuró a ocultar y el gesto resignado en el rostro de su padrastro, todos supieron que Enya acababa de ganar.

Capítulo 7

Las cosas parecieron sucederse con rapidez desde aquella noche, demasiada para el gusto de María, aunque en un principio todo pareció ir bien.

Al día siguiente, sin perder tiempo, presentó a Enya y Nolan y, tal y como había supuesto, simpatizaron de inmediato. Tal vez la personalidad de la chica resultara un poco arrolladora para el talento más bien reservado y tímido del hermano de Beth, pero María confiaba en que alcanzaran un entendimiento; por lo pronto, Enya demostró que era tan lista como había imaginado que sería, lo que Nolan tomó con una alegría casi palpable. Tal vez el pobre temiera que le pidieran un imposible y solo había aceptado ayudar en consideración a María, pero después de conocerla y hacer un par de preguntas inteligentes que la chica respondió con soltura, se vio encantado frente a la posibilidad de ayudarle en todo lo que pudiera. Pautaron un par de citas de estudio según sus horarios y María estuvo convencida de que algo muy bueno resultaría de esa amistad.

Luego, se apresuró a llevarla al local de su hermana y Ana se mostró tan encantadora que casi le pareció sospechoso, pero ya que hacía lo que le había pedido, decidió darle el beneficio de la duda y no mostrarse demasiado suspicaz. Un gran error que pagaría luego, claro.

No había contado a Enya en qué consistía el empleo, un poco preocupada frente a la posibilidad de que no fuera precisamente una amante de los animales, pero bastó con que cruzaran el umbral de entrada a la clínica veterinaria y viera su expresión frente a todo ese caos de pelos y ladridos para que supiera que la chica no podría sentirse más feliz. Nunca volvería a subestimar el poder de un cachorro, se dijo entonces con una mueca burlona.

Dejó a Enya con su hermana, segura de que ambas congeniarían de maravilla y regresó a lo suyo con la satisfacción de haber hecho bien, dispuesta a contarle a Aidan el resultado de sus gestiones. Él se había mantenido un poco distante en cuanto María tomó las riendas en su trato con Enya, como si así pretendiera dar a su hermana cierta independencia y pudiera desenvolverse con la seguridad que necesitaría adquirir si iba a vivir con él en un ambiente en que no pudiera estar tan pendiente de sus pasos

como le gustaría. María no lo dijo, pero aprobó su conducta; le pareció que era justo y muy listo. Si su padrastro hubiera mostrado esa actitud con su hija, sus relaciones serían mucho mejores. Quizá fuera ese el motivo por el que Josh Murphy resentía tanto el trato y la complicidad entre los hermanos, como María había advertido; sentía un poco de envidia frente al hecho de que Enya veía a Aidan como una figura paterna a la que más que temer, respetaba y quería, lo que debía de ser duro para él. Pero no dijo nada y cuando supo que Murphy había dejado Boston al fin para volver a Nueva York, se sintió tan aliviada como su hija.

Y fue entonces, cuando habían bajado un poco la guardia, volcados casi todo el tiempo en hacer las cosas más sencillas para Enya y la busca de hacer sus sueños realidad, que las cosas empezaron a torcerse.

Su vigilancia a Natoli no había dado muchos frutos, pero en un inicio supusieron que era de esperar; incluso llegaron a la conclusión de que María había podido estar en lo cierto y que tan solo llegó a Boston con el fin de poner en el mercado la pintura robada; pero pronto comprendieron que él tenía otros planes mucho más ambiciosos.

Atacó de nuevo.

Ella y Aidan acababan de regresar a la estación después de pasar buena parte del día en un operativo de control en el aeropuerto y estaban exhaustos; apenas se habían comido un sándwich y una gaseosa y estaban discutiendo la posibilidad de pedir algo cuando recibieron una llamada que los obligó a replantearse sus planes.

En cuanto oyeron lo ocurrido, intercambiaron una mirada en la que quedó expuesta una mezcla de indignación y pesar y, sin ponerse de acuerdo, se dirigieron a la oficina de Simon Holland.

El capitán los recibió con una expresión muy similar a la que ellos mostraban y supieron sin necesidad de preguntar que él también estaba enterado de lo ocurrido. Con un gesto, los invitó a sentarse y después de cerrar la puerta se dejó caer sobre su escritorio.

—Veinte millones de dólares —dijo él sin molestarse en preguntar cuánto sabían—. Ese es el valor en el mercado de los objetos que acaban de robar; pero es posible que puedan obtener el doble en las calles.

Aidan silbó y María exhaló un suspiro, rendida.

Según el reporte de un contacto en los muelles, una colección privada perteneciente al CEO de una de las compañías más poderosas de Boston acababa de ser desvalijada. A plena luz del día. Sorteando las mil y una

medidas de seguridad que el hombre había dispuesto. En las narices del agente de seguridad que vigilaba día y noche la mansión en que las tenía resguardadas.

La noticia había caído sobre ellos como un jarro de agua fría, aunque bien pensado debieron verlo venir.

—Esto es absurdo. ¿Cómo hemos podido ser tan idiotas? —María hizo un esfuerzo por contener su rabia, pero se sentía tan enfadada consigo misma que no lo consiguió—. Les hemos dado carta libre para que hicieran lo que han querido.

Holland alzó una mano y le dirigió una mirada ceñuda; aunque parecía tan calmado como acostumbraba aparentar, era evidente que la noticia le había sentado tan mal como a ellos.

—No diría eso, agente; me consta que hacen lo mejor que pueden y saben que cuentan con el apoyo del departamento, pero este grupo actúa de una manera organizada y muy inteligente. Este es un mano a mano muy parejo —indicó él.

—Y ellos van ganando.

Aidan resumió la situación con una frase sencilla pero demoledora, y tanto a Holland como a María no les quedó más alternativa que asentir. Al cabo de un momento, ella intercambió una discreta mirada con su compañero, como si pretendiera entablar una conversación muda respecto a qué decir a continuación. Si bien había aceptado a regañadientes no hablar abiertamente de sus sospechas respecto a los nexos que podría tener el jefe del grupo al que seguían con las cabezas del departamento de policía y otros mandos, en ningún momento acordaron que mantendrían a su capitán en la sombra respecto a lo que se refería a la investigación en sí.

De cualquier forma, no estaba de humor para matices, así que no dio tiempo a Aidan para mostrarse esquivo y rehuyó pronto su mirada.

—Kostandin Natoli es un hombre listo y sabe lo que hace; es más, me atrevería a decir que lo disfruta —dijo ella una vez que consiguió dar con qué decir sin revelar más que lo necesario—. Hemos pasado varios días vigilándolo, pero no ha dado un solo paso en falso; todos sus movimientos parecen calculados para no dejar nada al azar. Va de un lado a otro de la ciudad como un turista sin preocupaciones y no hemos podido ni siquiera adivinar con quiénes se reúne o por qué. Estamos demasiado alejados del centro de la acción; seguirlo no está dando ningún resultado.

María odiaba poner en palabras sus frustraciones o la que consideraba

su propia incapacidad, pero sintió un enorme alivio al decirlo y no se molestó en ver qué tal había sentado a Aidan ese rapto de honestidad.

Holland la observó con una mirada insondable que ella sostuvo a duras penas. El capitán tenía esa particularidad que había notado parecía también natural en Aidan; era tremendamente perceptivo y aunque decía poco, era mucho lo que registraba con una sola mirada. María soportó el análisis sin parpadear, rogando porque él no fuera capaz de ver lo que le ocultaban y de sus labios brotó un casi imperceptible suspiro de alivio cuando él desvió la mirada.

—¿Por qué no sabía nada acerca de los seguimientos a Natoli? — Holland miró a Aidan con el ceño fruncido.

María no alcanzó a responder, como hubiera deseado hacerlo aun cuando la pregunta no fuera dirigida a ella. Supo con seguridad, sin embargo, que Holland no había pretendido hacerle un desplante sino que había adivinado que ese secretismo no partía de ella sino de su compañero.

Aidan no se mostró incómodo ante el escrutinio de su jefe; lo mismo que había hecho María antes, sostuvo su mirada sin alterarse, aunque hubo también algo de silente desafío en el gesto.

—No creí que tuviera sentido informarlo si no conseguíamos resultados que valiera la pena compartir —respondió él al cabo de un momento en un tono calmado—. Fue idea mía, por cierto, no de la agente Cabrera.

—Eso último ya lo había supuesto —comentó Holland sin abandonar el gesto que delataba su malestar—. No puedo imaginar a la agente Cabrera actuando a mis espaldas.

María no supo si tomarse eso como un halago a su lealtad o una ofensa a su capacidad de tener iniciativas. De modo que prefirió no explorar mucho en ello y se dirigió a Holland antes de que Aidan pudiera responder.

—Tal vez la idea no partiera de mí, señor, pero decidí respaldar a Flynn porque entiendo su razonamiento. No tenía sentido informar acerca de una iniciativa que no ha dado ningún resultado; hubiera sido solo una pérdida de tiempo —explicó ella con su tono más conciliador mientras cruzaba los dedos tras la espalda, no solo para que Holland creyera esa media verdad, sino para disculparse mentalmente por su actitud.

Holland cabeceó, taciturno y María creyó atisbar un cierto aire de preocupación en su rostro. Fue solo un instante, pero le sorprendió porque hubiera podido jurar que no se conducía con lo que cabía esperar. El asunto le inquietaba mucho más de lo que estaba dispuesto a reconocer y estuvo

tentada a compartir todas sus sospechas con él; mencionar las pesquisas del amigo de Aidan y la conclusión a la que habían llegado junto a Bernie respecto a los contactos con los que Natoli podría contar, pero le bastó una mirada de reojo a su compañero para saber que no le perdonaría que quebrara su acuerdo. En ese momento, además, Aidan parecía no solo incómodo por ser blanco de ese regaño, sino también disgustado. Lo supo porque no solo rehuía su mirada sino porque tenía ese aire taciturno y distante que había mostrado antes en sus peores momentos, cuando no podían pasar dos minutos sin pelear al poco tiempo de su llegada; pero entonces María tenía claro que era lo que le molestaba tanto, mientras que ahora le pareció que su reacción era desproporcionada.

El capitán suspiró y se pasó una mano por la frente como si pretendiera de alguna forma ordenar sus pensamientos, y alternó su mirada de uno a otro con semblante grave. Parecía menos disgustado que antes, pero no por ello más tranquilo.

—No tiene sentido continuar con esta discusión o buscar culpables —dijo él al fin con voz determinada—. Lo importante ahora es detener a esta gente, ya han ido demasiado lejos. No solo se trata de los robos o de que actúen bajo nuestras narices; tienen que pagar por el hombre al que mataron. Creo que todos aquí estamos de acuerdo en eso, ¿verdad?

María asintió, aliviada de poder dejar atrás algo que la hacía sentir tan incómoda.

—Claro. Y es lo que haremos, señor; vamos a atraparlos —aseguró, convencida—. Pero tenemos que ser más audaces.

—Por lo general me preocuparía por una propuesta como esa considerando lo que entiende usted por audacia, agente Cabrera —sonrió Holland—; pero creo que en este momento nos vendrá bien tomar la iniciativa.

María se humedeció los labios, vacilando acerca de lo que deseaba decir; era algo que ni siquiera había comentado con Aidan, o al menos no con seriedad, pero creyó que ese era el momento perfecto para ponerlo en palabras. Si Holland la apoyaba, Aidan no podría decir nada para intentar disuadirla. De modo que mantuvo la mirada puesta en su capitán, determinada a hacer como si no fuera consciente de la bomba que estaba a punto de dejar caer sobre su compañero.

—Quiero acercarme a Natoli —dijo ella, una vez que encontró el valor para hacerlo—. Quiero hablar con él, sondearlo, intentar averiguar qué es

exactamente lo que está tramando.

Tal y como imaginó que ocurriría, un pesado silencio siguió a sus palabras; pero no duró mucho tiempo porque tan pronto como registró lo que ella intentaba sugerir, Aidan se incorporó en la silla como si lo hubieran pinchado con un clavo ardiente y se puso de lado para mirarla, tan sorprendido como irritado.

—No creo que sea una buena idea —dijo él sin esperar a oír la opinión de su capitán—. No sabemos mucho acerca de él, además de que no tiene escrúpulos en asesinar policías si se cruzan en su camino.

María no permitió que su expresión la amilanara.

—Cierto. Pero tampoco averiguaremos nada más si continuamos vigilándolo como si fuéramos sus niñeras —insistió ella sin variar su actitud obstinada—. No podemos estar siempre dentro del coche en espera de que dé un paso en falso; tenemos que forzarlo a que se equivoque para detenerlo antes de que cause más problemas.

—Estoy de acuerdo con eso.

Holland se adelantó a hablar antes de que Aidan pudiera interrumpirla nuevamente y ella miró a su capitán con expresión agradecida.

—Gracias, señor.

—Pero también creo que Flynn tiene razón en mostrarse cauteloso.

Desde luego que lo pensaba, se dijo María de inmediato tras dirigir a su compañero una mirada resentida. Habría sido más intimidante, sin embargo, si él no hubiera parecido tan enojado, y Holland debió notarlo también porque miró a ambos con las manos alzadas como llamando a la paz mientras expresaba sus ideas.

—Escuchen, ambos tienen buenos motivos para pensar cómo lo hacen, esto no se trata de quién es mejor o tiene más razón; se trata de hacer nuestro trabajo lo mejor posible, y eso significaba poner tras las rejas a hombres como Natoli —dijo él—. La sugerencia de la agente Cabrera es arriesgada, sí, pero es lo mejor que tenemos. Quiero que piensen en una forma de acercarse a Natoli; algo discreto y lo menos arriesgado posible.

María se adelantó a responder; después de todo, había sido su idea.

—Ya tengo algo en mente, señor.

Hubiera podido jurar que oyó a Aidan aspirar con fuerza tras ella, pero lo ignoró; no era tan ingenua como para no suponer que él tendría mucho que decir acerca de su idea, pero prefería que lo hiciera cuando se encontraran a solas. Tal vez le lanzara su teléfono a la cabeza si se ponía demasiado

molesto y no quería que el capitán lo viera.

—Muy bien —Holland no pareció ser consciente de la tensión entre ambos y se incorporó para dar a entender que la entrevista había terminado —. Manténgame informado. Y cuando digo eso me refiero a acerca de todo; nada de actuar a mis espaldas o guardarse lo que piensen que no deben compartir; yo me encargaré de juzgar eso.

María se puso de pie y oyó cómo Aidan arrastraba la silla a su lado para hacer otro tanto. Dejaron la oficina de Holland en silencio y regresaron a la suya sin intercambiar ni una mirada; pero tan pronto como cruzaron la puerta Aidan la cerró tras ambos con un golpe sordo y se detuvo frente a ella con los brazos firmemente cruzados a altura del pecho.

—¿Y bien? Di lo que tengas que decir de una vez para que podamos empezar a trabajar; ya has oído al capitán, tenemos mucho por hacer.

Aunque María lo miraba con el mentón elevado en ademán desafiante y habló con tanta frialdad como pudo reunir, una pequeña parte de ella se sintió tocada en una forma extraña por la expresión en el rostro de Aidan. Parecía más dolido que disgustado y no por primera vez sintió el impulso de extender una mano y acariciarlo para aligerar la línea de su frente y forzar a sus labios a esbozar una sonrisa. Tenía una sonrisa preciosa, pero en ese momento supo que sonreír era lo último que tenía él en mente.

—Holland está equivocado.

La voz de Aidan surgió más bien baja, pero tanto hubiera podido gritar; la intensidad con que se expresó fue tan potente que María tuvo que apretar los dientes para fingir que no le había impresionado. Por el contrario, intentó mostrarse indiferente y se encogió de hombros para dar a entender que creía que exageraba.

—No lo está, él entiende lo que tenemos que hacer, sabe qué es lo que en verdad importa y...

Aidan descartó sus palabras con un gesto de la mano.

—Eso piensas porque ha dicho lo que deseabas oír, eso es todo — insistió él—. Está equivocado y tú también, pero estás demasiado satisfecha de ti misma para verlo.

Fue el turno de María para llevarse las manos a las caderas; era eso o lanzarse a su cuello, y no precisamente para acariciarlo. En ese momento no podía pensar en nada que le apeteciera menos y le costaba creer que hacía solo un segundo era lo único en lo que podía pensar.

—Oye, eso no es justo; he intentado defenderte allí dentro. Si el capitán

descubre que desconfías de él...

—No me importa eso ni me importa lo que Holland haga; lo que me molesta es que cuando está él de por medio actúas como una chiquilla enamorada que no es capaz de pensar por sí misma.

María sintió como si acabaran de sacarle todo el aire de los pulmones y lo miró sin atinar a hilvanar una respuesta coherente, tanto le había sorprendido lo que dijo. Cuando al fin consiguió aclarar sus ideas, abrió y cerró la boca un par de veces antes de recuperar la voz.

—¿Qué es lo que acabas de decir? —preguntó ella en un tono roto.

—Has escuchado perfectamente lo que acabo de decir.

—No piensas realmente eso.

Aidan sacudió la cabeza de un lado a otro e hizo un gesto de desagrado que pareció dirigido a sí mismo.

—Claro que sí, ¿qué otra cosa podría pensar? Está ahí todo el tiempo, lo he visto desde el primer día que llegué a este lugar, y seguro que todo el mundo puede verlo también.

María dejó caer los brazos a los lados del cuerpo y apretó las manos con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas. No podía creer que él, de entre todas las personas, fuera capaz de acusarla de algo como eso, que pusiera en duda su criterio o que actuaba como lo hacía porque así lo dictaba su conciencia y no porque estaba demasiado encandilada por un hombre para pensar con claridad. En ese momento, además, aunque le costaba pensar en ello con sensatez, se sintió menos encandilada que nunca por Holland, ¿pero qué diablos importaba eso cuando el hombre frente a ella estaba demasiado ciego para verlo? Y le dolió. Le dolió tanto que sintió cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos y tuvo que parpadear para contenerlas porque se tiraría por una ventana antes de permitir que él lo viera.

Cuando se sintió lo bastante segura de que podría hablar sin que se notara cuánto le habían afectado sus palabras, María desvió la mirada de su rostro y le dio la espalda para tomar su bolso del escritorio y luego dirigirse a la puerta que abrió con tanta fuerza que un par de cabezas asomaron de las otras oficinas, llevados por la curiosidad. Desde el umbral, lo miró sobre su hombro y rogó porque él no pudiera ver todo el dolor que escondía tras su semblante indignado.

Aidan, sin embargo, sí que pareció verlo porque parte de su ira pareció disolverse y dio un paso en su dirección como si quisiera detenerla, pero María lo miró con tanta rabia que se detuvo en medio del despacho.

—María...

Ella lo ignoró; no quería sus disculpas y de cualquier forma dudaba de que fuera capaz de comprender qué era en realidad lo que le había molestado de una acusación tan injusta.

—¿Sabes qué? —espetó María antes de marcharse—. ¡Vete al infierno!

No se quedó a oír su respuesta, pero hubiera podido jurar que él reía entre dientes mientras ella cruzaba el umbral y sus últimas palabras taladraron sus oídos durante todo el camino de salida.

—No hace falta. Gracias a ti ya estoy en él.

María no hubiera podido decir después cómo fue capaz de trabajar al lado de Aidan durante los siguientes días, cuando lo único en lo que podía pensar era que lo odiaba y que volvería a sentirse feliz si se deshacía de él. La idea de fingir un desafortunado accidente mientras entrenaban en el campo de tiro le había pasado por la mente, pero supuso que sería demasiado evidente para quienes los acompañaban. No era un secreto que no tenían la mejor relación y varias de sus compañeras se habían atrevido a comentarle más de una vez en privado cómo era posible que se llevara tan mal con él cuando era un hombre tan encantador. En ocasiones como esa, a María le asaltaban las ganas de reír a carcajadas, pero tampoco hacía eso porque no deseaba parecer una desequilibrada.

Conforme acordaron con el capitán, que no había vuelto a convocarlos a su despacho desde su última reunión, ella y Aidan empezaron a trabajar en un plan para acercarse a Natoli. Para ello, recopilaron toda la información que habían conseguido recabar acerca de él mientras dejaban que el laboratorio forense se encargara de estudiar la escena del último robo, en espera de que descubrieran algo, cualquier cosa que los pusiera un poco más cerca de conectar los atracos con el escurridizo hombre.

María era de la idea de que debían intentar algo frontal, o tanto como fuera posible, pero Aidan abogaba por un acercamiento más cauto. En su opinión, y María no pudo menos que estar de acuerdo aunque fuera a regañadientes, si algo de lo que hacían ponía a Natoli sobre aviso entonces echarían semanas de trabajo a la basura. Debían ser sutiles y pensar con cuidado cuál iba a ser su siguiente paso. Desafortunadamente, la sutileza nunca había sido el fuerte de María y dudaba de que lo fuera alguna vez, pero

no le quedó más alternativa que intentar seguir la línea de Aidan porque no dejaba de tener razón.

Según sus propias pesquisas y la información que les habían proporcionado tanto el amigo de Aidan como Bernie, Natoli era un hombre en apariencia distinguido y de gustos refinados. Salía muy temprano del hotel en que se hospedaba con la misma apariencia con la que lo habían visto el día que lo siguieron por primera vez con uno de sus trajes de diseñador, todo de negro y destilando indiferencia. Subía al coche que lo esperaba cada día a la misma hora con uno o dos hombres encargados de su seguridad además del chófer, y se perdía en dirección al centro financiero. Por lo general visitaba las mismas oficinas de un abogado al que ya le seguían también la pista y a quien habían encargado a Bernie que investigara con discreción. Después de un par de horas allí, Natoli salía en dirección a algún restaurante exclusivo y regresaba a su hotel que casi nunca abandonaba hasta el día siguiente.

Tan solo había roto su rutina un par de veces al salir muy avanzada la noche en dirección a un club nocturno en la zona del puerto donde se quedaba poco tiempo. María y Aidan sospechaban que, de todas sus salidas, esas eran sin duda las más importantes y las que debían de estar ligadas a sus actividades delictivas. ¿Qué mejor lugar para negociar la venta de unas pinturas robadas o hacer contacto con la gente con la que trabajaba? En opinión de María y Aidan, si iban a acercarse a él, ese era el lugar preciso para hacerlo. Cualquier otra cosa no tendría mucho sentido y podrían desperdiciar su única oportunidad de entablar contacto. Fue María quien tuvo la idea de una forma poco arriesgada de acercarse a él, aunque Aidan no estuvo en absoluto de acuerdo. Por suerte, en cuanto ella informó al capitán Holland de lo que tenía en mente, él se mostró de acuerdo después de expresar sus reservas. Era una idea tan buena como cualquier otra, con el añadido de que si actuaban con cuidado el peligro sería mínimo.

La noche que debían poner en marcha su plan, Aidan y María abandonaron la estación después de acordar los últimos puntos con el resto del equipo que el capitán había puesto a su disposición. Eran otros dos policías y una oficial experta en comunicaciones que les facilitó todo lo que necesitarían para llevar a cabo su misión. Los cinco partieron en un camión con placas falsas que habían conseguido que les dejaran usar para no llamar la atención. No pasaron por el hotel en que se hospedaba Natoli porque ya habían confirmado que se presentaría en el club nocturno que acostumbraba visitar; habían tenido que hilar muy fino para obtener esa información, pero

esperaban que valiera la pena.

Mientras esperaban aparcados fuera del aparcamiento en espera del momento preciso para entrar, María se preguntó no por primera vez en lo que iba del día por qué demonios siempre se le había dado tan mal andar con tacones.

—Quédate quieta o voy a pincharte con esto...

La oficial Chang, una mujer unos cuantos años mayor que ella, de talle delicado y tan menuda que apenas le llegaba al mentón, rezongaba entre dientes mientras intentaba prenderle el pequeñísimo micrófono bajo el ceñido vestido que había elegido usar esa noche. Era de un tono de marfil que hacía resplandecer su piel dorada y dejaba buena parte de sus piernas al descubierto, de ahí que se viera en la necesidad de usar unos tacones que casi le provocaban vértigo. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros y al mirar su reflejo en el pequeño espejo que la oficial Chang se las había arreglado para ubicar en la parte trasera del camión, donde había elegido cambiarse, tuvo que reconocer sin falsa modestia que estaba espectacular. Si no llamaba la atención de Natoli vestida así, nada lo haría.

—Me pinchará de cualquier forma —María hizo un gesto de dolor cuando el borde afilado del objeto le arañó la piel—. En serio, Chang, podrías ser más delicada.

—Y tú podrías dejar de moverte —la oficial se alejó un poco para contemplar su obra con gesto crítico—. No está mal. Si no dejas que te meta mano, no tendría por qué descubrirlo.

María ahogó una carcajada y la miró con una ceja alzada.

—Nadie va a meterme mano esta noche, Chang —aseguró ella.

La oficial no pareció muy convencida de eso.

—He visto las fotos de Natoli, y si dejas de lado que parece que acaba de sepultar a su madre, tienes que aceptar que no está nada mal —replicó ella con desenfado.

¿Qué había pasado con el siempre alabado pudor oriental? Pero sí, Natoli no era un hombre que pudiera considerarse poco atractivo, así que María supuso que no tenía sentido negarlo.

—Nunca me han ido los criminales —comentó ella entonces fingiendo pesar.

—A Flynn le alegrará saberlo.

María boqueó como un pez fuera del agua y miró a su colega con expresión de incredulidad, preguntándose si no habría oído mal.

—¿Por qué has dicho eso? —inquirió ella, aún sorprendida.

La oficial se encogió de hombros.

—Bueno, porque si su compañera cae seducida por el enemigo seguro que no le haría mucha gracia, ¿no? —respondió ella sin vacilar y mirándola con los ojos entrecerrados—. ¿He dicho algo malo? Solo estaba bromeando.

María forzó una sonrisa y ladeó el rostro para que Chang no pudiera ver sus labios apretados.

—No te ofendas, pero no ha sido muy gracioso —comentó ella entonces, fingiendo que examinaba su rostro en el espejo tras sacudir una mota de polvo inexistente de su vestido—. De cualquier forma, seguro que Flynn tiene otras preocupaciones esta noche. Como intentar que no nos disparen, por ejemplo.

—Buen punto —asintió la otra mujer—. Lo que me recuerda, ¿estás segura de que te sientes cómoda llevando el arma en el bolso?

María miró el sobre que había dejado en un banco a sus pies y se encogió de hombros.

—No es que tenga muchas alternativas —replicó ella señalando su atuendo con un gesto de la mano—. ¿Dónde más iba a llevarla?

La oficial la miró de pies a cabeza y no le quedó otra opción que suspirar, asintiendo. A menos que se las arreglaran para colocarle una pequeña cartuchera muy por arriba del muslo, lo que sería tremendamente incómodo, no tenían más alternativas; pero igual pareció un poco preocupada.

—Supongo que tendremos que confiar en tus reflejos y en Flynn —resumió ella al fin.

—Y en mis puños, no olvides eso. Tal vez no lleve un arma de fuego conmigo todo el tiempo, pero tengo una derecha impresionante.

La voz de María destilaba orgullo al hacer esa acotación y la oficial Chang tuvo que resignarse a asentir de mala gana antes de dar una vistazo a su reloj.

—Creo que eso es todo. Recuerda que tú y Flynn entraréis juntos, pero vais a separaros pronto para que puedas ir con Natoli —dijo ella tras ajustarle el corpiño para disimular lo mejor posible el micrófono—. ¿Estás lista?

María aspiró con fuerza y se inclinó para tomar su bolso, sopesando el peso del arma en su interior. Luego, asintió y siguió a la mujer fuera del camión. Ella y los otros dos oficiales se mantendrían allí registrando la conversación que ella consiguiera entablar con Natoli si las cosas iban bien,

mientras Aidan la acompañaba al interior del club en un principio. Él, justamente, esperaba a pocos metros de la entrada con las manos en los bolsillos del pantalón de su traje y María aprovechó que miraba en dirección al efectivo de seguridad que resguardaba el local para echarle un vistazo con interés.

Estaba bien. Muy bien. Lo que tal vez no debería sorprenderle del todo ya que lo había visto antes vestido de forma algo más formal de lo que acostumbraba; durante la visita a la casa de sus padres, por ejemplo, pero aun así no estaba del todo preparada para el brinco que sintió en el estómago al verlo. ¿O fue en su corazón? No estaba segura, pero tampoco se detuvo a considerarlo, sino que avanzó hacia él mentalizada en que debían de tener éxito esa noche o todos sus esfuerzos serían en vano.

Aidan debió de oírla, o tal vez solo presintiera su presencia, lo cual no sería extraño; a ella le ocurría con él. Como fuera, antes de que llegara a su altura, cuando se encontraba a solo unos pasos, él giró lentamente y la observó de una forma que le ayudó a confirmar cuál de sus órganos había dado un brinco hacía un momento. Su corazón. Definitivamente había sido su corazón. Podía asegurarlo porque acababa de hacerlo otra vez bajo esa mirada penetrante que de pronto le hizo sentir una timidez tan ajena a ella, que se preguntó cómo era posible que un hombre a quien había deseado matar hasta hacía unas horas pudiera inspirar ahora una sensación tan poderosa.

Cuando se detuvo frente a él, Aidan le dirigió una segunda mirada algo más enigmática y asintió lentamente un par de veces al tiempo que esbozaba una pequeña sonrisa.

—Impresionante —dijo él al fin.

María forzó una mueca despreocupada y se llevó una mano a la cintura.

—¿Qué curioso! Me dijiste lo mismo la primera vez que hablamos —le recordó con un tono burlón.

Aidan volvió a asentir, como si lo recordara con claridad.

—Cómo podría olvidarlo —acordó él, para luego bajar un poco el tono de su voz a un punto que María debió acercarse un poco más para oírlo—. Estabas también impresionante entonces, cierto, pero nada comparado con lo que veo ahora.

María rogó porque él no fuera capaz de oír los latidos de su corazón, que parecía haber decidido bombear a un ritmo desenfrenado.

—¿Ah sí? ¿Será el vestido? —preguntó ella, sin poder resistirse a provocarlo.

Él sacudió la cabeza de un lado a otro y la obsequió con una lenta sonrisa que, estaba segura, hubiera derretido a una mujer con menos temple que ella.

—Eso ayuda. Es impresionante el vestido. Pero me refiero a que es distinto ahora porque ya sé quién eres.

—¿En serio? ¿Quién soy? —insistió María, de pronto con la boca seca, de ahí lo ronca que brotó su pregunta.

Aidan le acercó el brazo invitándola para entrar al local y a María no le quedó más alternativa que hacerlo con mucho cuidado de no apoyar del todo los dedos sobre el antebrazo, por irresistible que resultara el calor que despedía incluso a través de la chaqueta.

—¿En este momento? —preguntó él a su vez para responderse a sí mismo después de pasar al encargado de la puerta e internarse en el local—: Todo.

María se llevó una mano al rostro y notó entonces un leve temblor en sus dedos, de modo que la mantuvo al lado de su cuerpo. No encontró el valor para mirar a Aidan y ver la expresión en su rostro. De hacerlo no habría podido guardar la compostura y en ese momento la necesitaba más que nunca.

El ruido en la estancia era ensordecedor y eso fue una llamada a la atención que recibió con alivio. Sintió cómo la confusión le abandonaba e imaginó que algo similar le ocurriría a Aidan porque pudo percibir la tensión de los músculos de su antebrazo al que aún seguía sujeta. Esbozó una gran sonrisa entonces y le dirigió una mirada que esperaba pareciera de adoración para quienes los vieran. Su llegada atrajo algunas miradas, tal y como esperaba que ocurriera, lo que aprovechó para hacer una rápida barrida al local en busca de Natoli. Según sus fuentes, él acostumbraba sentarse en una mesa que reservaba el mismo día y que se ubicaba en el extremo más alejado de la estancia, de cara a la puerta. Cuando miró en esa dirección, él estaba allí mirándola también y le dirigió una discreta sonrisa antes de seguir a Aidan a la mesa que habían escogido ocupar, a un par de metros de donde él se encontraba.

—Creo que esa ha sido una buena entrada.

María se sentó en la silla que Aidan retiró para ella y volvió a sonreírle mientras él hacía lo mismo.

—Ese es todo mérito tuyo, dudo de que alguien se haya dado cuenta de que también estaba allí —Aidan buscó sus dedos sobre la mesa y María dio

un ligero bote en el asiento al sentir el contacto de su piel.

—Yo no estaría tan segura.

Y era verdad. Tal vez fuera ella quien atrajera la mayor parte de las miradas, pero Aidan también había tenido su cuota de atención. Varias mujeres se le quedaron mirando con interés e incluso en ese momento, ya alejados del foco de atención, más de una continuaba con la vista puesta en él. Desde luego, María no podía culparlas; pero tampoco pensaba decírselo a Aidan; estaba convencida de que él debía de estar acostumbrado a esa atención femenina y lo último que deseaba era alimentar su ego, por lo que decidió cambiar de tema.

—¿Lo has visto? —preguntó ella refiriéndose a Natoli.

Aidan asintió y una sombra oscureció su semblante.

—Claro. Y él también nos ha visto —él esbozó una sonrisa torcida—. O debería decir que te ha visto a ti.

María no pretendió fingir que no sabía a qué se refería. Después de todo, esa había sido la idea al montar esa farsa.

—En ese caso, las cosas van exactamente como lo necesitamos —dijo ella—. ¿Cómo vamos a hacerlo?

Aidan no respondió de inmediato sino que esperó a que la chica encargada de tomar su comanda se acercara, y después de que ambos pidieran unas bebidas y esta se marchara, se inclinó levemente hacia ella y la miró a los ojos.

—¿Hacer qué? —preguntó él a su vez.

María resopló al reparar en que intentaba tomarle el pelo.

—¿Sabes qué? —replicó ella—. Tienes que desaparecer para que yo pueda acercarme a Natoli.

Aidan entornó los ojos y le dirigió una sonrisa que le provocó escalofríos. ¿Qué estaba tramando? No pudo preguntar en ese momento porque la chica regresó con sus bebidas y una suave melodía empezó a sonar en reemplazo de ese ruido estridente que había imperado hasta entonces en el local. María supuso que alguien con buen gusto había rogado porque cambiaran al encargado de la música.

—¿Sabes qué tenía en mente hacer si no te hubieras mostrado tan enojada la primera vez que nos vimos? —inquirió Aidan de pronto.

María parpadeó, sorprendida por la pregunta y rebuscó en sus recuerdos de aquella noche. Él había dicho todas esas cosas acerca de lo triste que le había parecido después de que ella se le acercara en la barra, y esa

suposición, precisamente por ser cierta, le había ofendido tanto que no pudo permanecer demasiado tiempo cerca.

—No tengo idea de qué pasaba por tu mente esa noche, Flynn —ella respondió procurando aparentar indiferencia—. Y tampoco entiendo qué tiene que ver con lo que estamos haciendo ahora. En serio, deberíamos arreglar esto para que yo pueda...

María no alcanzó a decir nuevamente cuál era el motivo por el que se encontraban allí, tal y como pensaba hacer, porque Aidan bebió el resto de su bebida de un trago y se puso de pie extendiendo una mano hacia ella.

—Quiero bailar contigo. Quería hacerlo entonces y quiero hacerlo ahora —pidió él con una sonrisa que le hizo preguntarse si podría ponerse de pie sin que temblaran sus rodillas—. Vamos.

María sacudió la cabeza de un lado a otro y tragó saliva, sintiendo la sequedad en su boca. ¿Cómo podía pedirle eso? Miró de un lado a otro de reojo y comprendió que más allá de lo que ella deseara, simplemente no podía negarse. Después del final de la última melodía nadie se había animado a bailar y era bastante evidente lo que Aidan le pedía. Si fingían ser una pareja enamorada pasando un buen momento, ¿cómo diablos iba a negarse a bailar con él? Arruinaría todo. Y él lo sabía. Lo adivinó tan solo con ver su rostro y la forma en que alzaba una ceja, como si la desafiara.

Muy bien, se dijo ella poniéndose de pie con movimientos medidos. Dos podían jugar al mismo juego; si él quería hacer tonterías cuando se suponía que debían estar concentrados en ocuparse de su trabajo, era su problema. Ella era perfectamente capaz de seguirle la corriente y de hacer lo que se esperaba de ellos sin problemas.

Aidan cogió su mano y la guió al centro de la pista, tomándola de la cintura para acercar su cuerpo al suyo.

—Espero que tengas una buena razón para hacer esto —María posó una mano sobre su hombro y lo miró por entre los párpados entornados.

—Digamos que es un medio para un fin —respondió él con una sonrisa enigmática.

—Y supongo que el fin es que pueda acercarme a Natoli.

—Sí, pero en este momento estoy un poco más interesado en el medio —Aidan se inclinó hacia ella y acercó los labios a su oído.

María contuvo una sonrisa pesarosa y ladeó el rostro, inhalando el aroma que se desprendía de su cuerpo, una mezcla a sal y madera que no había advertido hasta entonces. Casi sin ser consciente de lo que hacía, se

apoyó contra su pecho y cerró los ojos un instante, meciéndose al ritmo de la melodía.

—Puedo verlo —comentó ella al cabo de un momento, forzándose a recordar en dónde se encontraban y por qué—. Pero eso no lo hace menos peligroso.

—¿No? —él se mostró un poco escéptico al oírla—. Bueno, no puede ser más arriesgado que socializar con un ladrón y asesino, pero tal vez estoy exagerando.

María contuvo un resoplido y se separó un poco para mirarlo a los ojos. De pronto el hechizo se había roto como una burbuja expuesta al fuego.

—¿En serio? ¿Vas a criticar ahora las conveniencias de este plan? ¿De nuevo? —preguntó ella, incrédula.

—No recuerdo haber dicho nunca que estaba de acuerdo.

—No, no lo has hecho, lo que está muy mal porque somos compañeros y me gustaría contar con tu apoyo —espetó ella alzando levemente la voz aunque no fue consciente de ello—. Pero supongo que eso sería mucho pedir.

Aidan contrajo el gesto y respondió en un tono similar.

—¿Porque no quiero que corras un riesgo innecesario? Sí, si eso es lo que esperas de mí, entonces sin duda es mucho pedir. Lo siento.

—¿Eso quiere decir que no solo piensas que soy una tonta encandilada por mi jefe sino que también asumes que no soy lo bastante capaz de asumir una misión peligrosa? —María contuvo el deseo de clavarle el tacón en el pie.

Aidan guardó silencio un momento, pero ella hubiera podido jurar que estaba contando por dentro para no responder de inmediato algo de lo que podría arrepentirse.

—Nunca he puesto en duda que seas perfectamente capaz de cumplir con tu trabajo, no importa lo difícil que sea. Recuerda que te he visto en un tiroteo —comentó él en tono mordaz, bajando la voz al decir lo último.

Ese reconocimiento no ayudó a aplacarla, pero al menos sintió cómo el deseo de lastimarlo se disolvía. Solo un poco. Aidan, sin embargo, no parecía haber terminado de hablar porque se le adelantó cuando ella estaba a punto de espetar una réplica apropiada.

—Además, no quise ofenderte cuando dije eso acerca de ti y Holland. Estaba molesto y preocupado y no debí decirlo —se excusó él.

María lo miró a los ojos, intentando ver en ellos la verdad en sus palabras e incluso descifrar las que no había conseguido expresar.

—Pero lo piensas —dijo ella sin disimular cuánto la hería eso—. Crees que no debiste decirlo porque fue cruel, pero eso no quiere decir que no sea lo que realmente sientes.

Aidan hizo un gesto de enfado.

—No importa lo que yo sienta —dijo rehuyendo su mirada.

La música los envolvía en una atmósfera que hubiera resultado maravillosa en otras circunstancias, pero en ese momento, mientras María sentía cómo cualquier rastro de emoción se disolvía en su interior como un castillo de arena asaltado por la marea, se dijo que era absurdo cómo sus pies no dejaban de moverse pese a que los sentía como si estuvieran hechos de cemento.

—No, la verdad es que no. No importa; no a mí, al menos —espetó ella, furiosa.

Aidan sonrió, pero no había ni un ápice de alegría en el gesto; por el contrario, de no haberse encontrado tan afectada, María hubiera podido detectar la amargura en su rostro y en la forma en que la alejó de él en un ademán cargado de frialdad. Ambos permanecieron inmóviles en medio de la pista y él entonces hizo amago de alejarse, pero antes de ello le dirigió una sonrisa burlona.

—Vamos a hacer esto bien —dijo él, acercándose nuevamente a ella de modo que su rostro quedó a la altura del suyo—. ¿Por qué no haces lo que te mueres por hacer desde que me conociste?

María comprendió de inmediato a qué se refería, y aunque parte de ella se sintió aliviada al saber que ese había sido su objetivo todo el tiempo, enfadarla hasta llevarla a ese punto, también experimentó un profundo dolor porque tan solo por un instante había imaginado que compartían algo especial. Sus palabras, estaba segura, habían sido sinceras, pero qué importancia podía tener cuando la mayor parte de ellas solo la habían lastimado.

Sin embargo, no dejó pasar más de un par de segundos en hacer lo que esperaba de ella. Tras echar una rápida mirada sobre su hombro en dirección a donde continuaba Natoli, que lo mismo que otras personas parecían muy interesadas en su supuesta pelea, alzó una mano y le cruzó el rostro de una bofetada. Aidan apenas parpadeó, ni siquiera hizo un gesto de dolor; María hubiera jurado que incluso sonrió, pero la ilusión duró solo un segundo antes de que él inclinara la cabeza a modo de despedida cargada de burla y, sin decir una sola palabra, la dejó para dirigirse a la salida.

María solo permaneció allí un minuto antes de apresurarse de vuelta a la mesa, sintiendo un cosquilleo en la palma de la mano con la que lo había golpeado. Muchas veces, incluso desde la primera vez que lo vio, tal y como él acababa de recordarle, se preguntó lo satisfecha que se sentiría después de cumplir esa pequeña fantasía. Ahora lo sabía. Extrañamente vacía.

No permaneció sola durante mucho tiempo. Acababa de sentarse una vez que consiguió controlar el temblor en sus miembros y la mayor parte de las personas a su alrededor habían dejado de prestarle atención, cuando sintió una presencia tras ella y, con un discreto y calculado movimiento, encendió el dispositivo que llevaba prendido bajo el vestido. Ese era el momento que llevaba meses esperando y se permitió saborear la anticipación antes de girar con una fingida expresión abatida en la que procuró imprimir también la sorpresa que debía de sentir cualquier mujer que fuera abordada después de mantener una vergonzosa pelea con su pareja en un lugar público.

La oficial Chang había estado en lo cierto. Aunque a primera vista Kostandin Natoli podía tener una apariencia un tanto fúnebre, la verdad era que visto con frialdad era un hombre bastante atractivo. Y él parecía ser muy consciente de ello. María lo notó en la forma en que se inclinó hacia ella en un falso ademán de disculpa y en la calculada manera en que fijaba sus ojos oscuros en los suyos y esbozaba una sonrisa que le iluminó el rostro.

—Disculpa, no quiero ser atrevido, pero pensé que tal vez necesitaras compañía —dijo él.

María captó el leve acento en su voz, nada que afectara a sus palabras refinadas o la familiaridad con que se había dirigido a ella. Al responder, sin embargo, procuró que no pudiera advertir lo divertido que encontraba eso y forzó una tensa sonrisa que esperaba pareciera lo bastante creíble.

—No sé por qué pensarías algo como eso, pero te lo agradezco —dijo ella—. Estoy bien...

María sintió una leve punzada de triunfo al advertir que su voz había surgido indecisa y casi lastimera, lo que él pareció tomar como una invitación a insistir.

—¿Puedo?

Ella asintió ante la demanda y esperó a que Natoli ocupara la silla frente a ella. Luego él hizo un gesto para que la camarera le llevara una bebida, y ya que la chica ni siquiera se acercó a preguntar qué deseaba, supuso que debía de conocerlo bien.

No hablaron hasta que él tuvo el vaso entre las manos después de

despedir a la camarera con un ademán en el que María creyó detectar cierta brusquedad. Era una pena que pareciera ser un hombre que se comunicara por gestos más que por palabras porque tal vez sus compañeros no consiguieran detectar lo mismo que ella; eso significaba que tendría que aplicarse un poco más de lo esperado para que no se le pasara nada. Ese pensamiento le recordó que Aidan ya debía de haber regresado al camión de vigilancia después de su pequeña escena y con seguridad escuchaba todo lo que ocurría allí; pero no podía permitir que eso afectara su concentración.

—¿Pelea con el novio?

La voz de Natoli reclamó su atención y se las arregló para sostener su mirada, parpadeando como si le costara comprender a qué se refería.

—¿Qué? —inquirió ella fingiendo timidez—. No, nada de eso. Ha sido solo un malentendido, nada importante.

—Desde donde yo estaba sí que pareció importante —insistió él con una leve sonrisa—. El rostro de tu novio debe de haberlo sentido así, al menos.

María desvió la mirada y la fijó en el mantel en un falso gesto de vergüenza.

—Puedo ser demasiado apasionada a veces —respondió como si le arrancaran una confesión en un tono bajo y seductor—. Me lo dicen con frecuencia.

—No hay nada de malo en una mujer apasionada.

Ella levantó la cabeza y lo observó como si acabara de tener una revelación.

—¡Eso es lo que pienso yo! —replicó ella mostrándose emocionada—. En realidad, nuestras discusiones son siempre por eso. Él no puede soportar que piense por mí misma y que no dé mi brazo a torcer cuando sé que tengo razón.

Natoli sacudió la cabeza de un lado a otro como si la comprendiera perfectamente y no pudiera pensar en algo más injusto en el mundo. María tuvo que reconocer que era estupendo fingiendo; esperaba estar a su altura.

—En el lugar del que vengo podemos ser un poco tradicionales; pero apreciamos que nuestras mujeres tengan sus propias opiniones.

María contuvo apenas el gesto de desagrado que afloró a su rostro cuando oyó la forma en que él se expresó. *Nuestras mujeres*. Vaya idiota.

—Tal vez debería vivir allí —bromeó ella con una sonrisa que solo dejaba ver entusiasmo y un leve aire coqueto—. Parece un buen lugar.

Natoli se inclinó hacia ella y sonrió.

—Me encantaría mostrártelo —ofreció—. Tal vez algún día.

—Suena bien —María lo miró con curiosidad, como si de pronto lo encontrará aún más interesante y esperaba que él fuera capaz de captar la diferencia y se sintiera lo bastante halagado para responder como deseaba—. ¿Y qué es lo que hace un hombre como tú aquí? ¿Por qué no te has quedado en ese bonito lugar y has preferido venir a este?

Natoli desvió la mirada y consultó la hora en su reloj en un falso ademán de descuido, pero María supo que su pregunta le había recordado algo importante por la forma en que sus fosas nasales se ensancharon al comprobar la hora.

—Negocios —respondió él al fin, sucinto—. Solo vengo por negocios. Pero tengo que reconocer que de vez en cuando descubro algunas cosas interesantes en esta ciudad. Esta noche, por lo pronto, está resultando sorprendente.

María sonrió con coquetería, simulando sentirse complacida por el halago; pero hizo un gesto de desconcierto cuando él se bebió el resto de su bebida de un trago e hizo ademán de buscar su cartera.

—¿Te vas ahora? —preguntó, haciendo un mohín de disgusto—. Parece que todos los hombres con los que hablo esta noche no soportan estar conmigo por más de diez minutos.

Natoli sacudió la cabeza de un lado a otro y, después de poner un par de billetes sobre la mesa, posó una mano sobre la suya. María contuvo un espasmo de disgusto al sentir su frialdad; era casi como si hubiera dejado caer un trozo de hielo sobre su piel. La idea le recordó el calor que acababa de sentir hacía no mucho cuando bailaba entre los brazos de Aidan y tuvo que forzar a su mente a concentrarse en el presente y en el trabajo que tenía que llevar a cabo. Natoli no podía irse tan pronto, no sin darle nada a cambio.

—Lo siento mucho, pero he venido esta noche por trabajo, esos horribles negocios de los que acabo de hablar; jamás imaginé encontrarme con alguien como tú —la señaló con la mano libre en un ademán que supuso debía de hacerla sentir halagada—. Me encantaría dejarlo y pasar el resto de la noche contigo, pero mucho me temo que no puedo; es un compromiso que tengo que cumplir.

María aprovechó la salida que acababa de darle para retirar su mano con un movimiento brusco, fingiendo sentirse ofendida.

—No recuerdo haber mencionado que estuviera interesada en pasar la noche contigo —espetó en un tono tirante.

Natoli se vio levemente sorprendido por su reacción, pero se recompuso con rapidez e hizo un gesto de arrepentimiento.

—Lo siento, me he expresado mal, no es eso lo que quise decir; es este idioma que no termino de dominar del todo... —se excusó él con una sonrisa que sin duda pretendía ser encantadora—. Me refería a que me hubiera encantado continuar charlando contigo. Quizá bailar, nada más.

María se preguntó cuántas le creerían de estar en su lugar, pero intentó parecer apaciguada si bien no permitió que creyera que había bajado del todo la guardia.

—Bueno, a mí también me hubiera gustado —dijo ella—. Ni siquiera sé tu nombre.

Natoli extendió una mano de inmediato y a María no le quedó más alternativa que tomarla.

—Kostandin—dijo él—. Pero llámame Kosta, sé que puede ser algo difícil de pronunciar.

Ella asintió.

—Es un bonito nombre, muy exótico. El mío es Cristina.

No era una completa mentira; al pensar en ello había decidido usar su segundo nombre porque le resultaría más sencillo de usar en cualquier situación. Tan solo rogó porque su madre nunca descubriera que había usado el nombre que le había puesto en honor a su hermana más querida para despistar a un delincuente.

—Muy exótico también —asintió él, complacido—. Tal vez, Cristina, podamos vernos nuevamente sin tener que dejarlo por estas cosas tan desagradables. Prometo dedicarte todo el tiempo que desees.

María se llevó una mano al rostro simulando indecisión, como si no estuviera del todo convencida de si era buena idea aceptar, aunque por dentro estaba dando brincos de gusto. Lo tenía exactamente donde deseaba.

—No lo sé...

Natoli apretó la mano que aún sostenía, acercándola a su pecho.

—Por favor. Te lo ruego, tienes que aceptar —pidió él en un tono de súplica—. No es posible haberte encontrado en un momento como este y tener que renunciar a verte de nuevo. Ten compasión.

Él habló con tanto dramatismo que María supuso que, o se encontraba realmente desesperado, lo que por su apariencia y riqueza dudaba mucho, o en verdad le había dado una buena impresión. Al final, fingió pensarlo por un instante antes de asentir con rapidez, como si no pudiera resistirse.

—De acuerdo, supongo que no habrá nada de malo en eso —respondió, recuperando su mano con una sonrisa.

Natoli pareció encantado con su respuesta y buscó en su billetera una tarjeta que ella se apresuró a tomar.

—Es del hotel en que me hospedo; mi número privado está al final en el dorso —indicó—. Hay un estupendo restaurante allí, con un pianista... es un ambiente mucho más agradable que este. Tenemos que cenar una noche de esta semana. Si me das tu número...

—Yo te llamaré —se apresuró a decir ella y le obsequió con una brillante sonrisa para suavizar la negativa—. Tengo que arreglar algunos asuntos primero.

Él pareció entender o al menos aceptar a qué se refería ella. Por dentro debía de estarse felicitando por haber sacado a otro hombre de en medio. Después de mirar de nuevo su reloj, sin embargo, Natoli se puso de pie con un gesto reticente que María supo que no estaba fingiendo; en verdad lamentaba dejarla y tomó eso como una señal de que había hecho las cosas bien.

—¿Te irás también? —preguntó él—. Odio dejarte sola.

No como el idiota con el que llegué, se dijo María ocultando una sonrisa divertida por la implicación que había procurado imprimir él a su comentario. Sin duda se le daban estupendamente esas cosas.

—Solo terminaré mi copa e iré a casa. Descuida —dijo ella, haciendo un gesto descuidado—. Te deseo buena suerte en esos negocios tuyos. Espero que nos veamos pronto.

Natoli asintió y ajustó la chaqueta de su traje.

—Eso depende de ti —indicó—. Estaré esperando tu llamada.

María no respondió, tan solo esbozó una sonrisa coqueta y lo vio marchar con los ojos entornados. Había esperado que se dirigiera a la salida, pero en lugar de eso se movió en círculos esquivando a algunas parejas que habían empezado a bailar y se encaminó a la parte trasera del salón. Advirtió entonces que uno de los hombres que acostumbraban recogerlo en las mañanas del hotel, y a quien había visto varias veces antes, asomaba la cabeza desde una entrada disimulada en la pared y le hacía un gesto afirmativo. Natoli se apresuró a reunirse con él y se perdieron en la oscuridad.

Hubiera deseado seguirlos, fue su primer impulso, pero habría sido demasiado arriesgado; si Natoli la descubría todos sus avances se hubieran

ido a la basura. De modo que bajó la cabeza y disimuló sus movimientos como si pretendiera arreglar el corpiño de su vestido por si alguien la vigilaba para hablar en susurros al micrófono.

—Flynn, Natoli ha salido por la parte trasera del local. Echa un vistazo, pero ten cuidado, no está solo —indicó ella.

Después de tirarse el cabello hacia atrás, rogando porque Aidan la hubiera oído con claridad y con el corazón un poco agitado al cavilar en lo que podría encontrarse al seguir sus indicaciones, se puso de pie y dejó el salón sin mirar atrás.

Una vez fuera, tal y como habían acordado antes, no se dirigió al camión sino que tomó el primer taxi que se detuvo en la avenida. Natoli no era un hombre que dejara nada al azar; hubiera apostado su sueldo de ese mes a que había dispuesto que alguien vigilara a esa mujer con quien había estado hablando para asegurarse de que fuera tan inofensiva como él pensaba. Tal vez el chófer que conducía su coche o el otro hombre que acostumbraba resguardarlo y a quien María no había visto esa noche. Podría ser cualquiera y si quería mantener su tapadera tenía que hacer las cosas bien.

Cuando el coche se puso en camino apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y exhaló un hondo suspiro que atrajo la atención del conductor.

—¿Una noche dura? —preguntó él en tono comprensivo.

María supuso que el hombre debía de estar acostumbrado a encontrarse en todo tipo de situaciones y que una mujer como ella no debía de llamar mucho su atención, pero agradeció el interés con una sonrisa.

—No sabe cuánto —respondió ella.

El taxista hizo un sonido que bien pudo ser de entendimiento y no dijo más hasta llegar a la dirección que ella le había indicado, unas pocas manzanas cerca de la estación de policía. Por suerte, él también debía de estar acostumbrado a dejar a sus pasajeros en cualquier lugar porque no hizo ningún comentario cuando ella bajó después de dejarle una buena propina.

Tan pronto como el coche se perdió en la avenida, María resopló por tener que caminar con esos odiosos tacones y se dirigió a la comisaría sin dejar de rezongar. Eso, en realidad, le ayudó a no pensar demasiado en lo que podría estar ocurriendo con Aidan y los otros. ¿Habría él podido seguir a Natoli sin ser descubierto? ¿Cuánto se habría arriesgado? Tal vez a Aidan le gustara decir lo imprudente que creía que era ella, pero la verdad era que él no era el hombre más sensato del mundo. Le gustaban los riesgos, lo había descubierto tan pronto como lo conoció y, aunque era algo más juicioso a la

hora de tomar decisiones, en momentos como aquel no medía sus pasos con tanta frialdad como le gustaba aparentar.

Tan pronto como llegó a la comisaría, ignoró las miradas de algunos oficiales que no perdieron la oportunidad de hacerle bromas por su apariencia y se dirigió con rapidez a la oficina que ella y Aidan compartían, inquieta ante la idea de cuánto tendría que esperar. Se moría por llamar a Chang para que la pusiera al día de lo ocurrido hasta entonces, pero eso sí que hubiese sido una imprudencia. Ellos estaban en medio de una misión así como lo había estado ella algo más temprano y tenía que colaborar aunque se muriera de angustia.

Se despojó de los zapatos y exhaló un suspiro de alivio al tenderse sobre el sillón. No había notado lo tensa que había estado hasta entonces.

Esperó durante media hora, luego media más y aunque se puso de pie un par de veces para dar un paseo nervioso por la oficina, siempre terminaba sentada nuevamente porque al parecer esa era la única posición en que conseguía mantener sus manos quietas.

Cuando miró su reloj, vio que habían pasado dos horas desde que dejó el club; era casi medianoche y sus nervios estaban a punto de explotar, por lo que se puso de pie para iniciar un nuevo paseo. ¿Qué podía haber pasado? Aidan solo tenía que echar un vistazo; ella se reuniría nuevamente con Natoli, él tenía que haberlo oído. ¿Por qué exponerse innecesariamente? ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué nadie la llamaba? ¿No podían imaginar lo inquieta que se sentía? Eran todos unos...

Antes de que empezara a maldecir a todos y cada uno de los involucrados en la misión, oyó unos pasos en la moqueta del pasillo y detuvo su caminar con la vista fija en la puerta entreabierta. No se dio cuenta de ello, pero se había llevado una mano a la medalla que llevaba al cuello y sus labios musitaban una oración.

Cuando vio aparecer a Aidan en el umbral cesaron sus susurros sin saber siquiera que había estado rezando y lo miró de pies a cabeza, como si así pretendiera asegurarse de que se encontraba de una pieza. Luego, se acercó a él hasta quedar a solo un par de pasos y fijó la mirada en sus ojos. Entonces, sin detenerse a pensar, le echó los brazos al cuello y buscó sus labios.

No fue premeditado. Si alguna vez alguien le hubiera dicho que se lanzaría a los brazos de un hombre de una forma tan melodramática, como hacían en algunas de las películas que veía con sus hermanas cuando eran adolescentes, se habría reído en su cara. Pero estaba claro que el universo

tenía un sentido del humor muy cruel porque ella, que se burlaba de las protagonistas que actuaban de esa forma, como si su vida se hubiese detenido hasta que el amado de turno entraba nuevamente en escena, hacía exactamente lo mismo. No lo supo hasta entonces, pero mientras esperaba a tener noticias de Aidan su respiración se había ido haciendo más lenta, como si parte de ella se encontrara en suspenso y en el momento en que él apareció sus pulmones parecieron expandirse y el aire empezó a circular de forma normal.

Aidan, que en un inicio pareció demasiado sorprendido para reaccionar, hundió los dedos en su cabello y profundizó el beso, aspirando en el interior de su boca como si también hubiera tenido problemas para respirar hasta entonces. Ella pegó el cuerpo contra el suyo y acarició su pecho por encima de la delgada tela de la camisa; se había quitado la chaqueta del traje y la corbata y las llevaba con él al entrar, pero cuando María se arrojó contra él las dejó caer sobre el suelo, lo que no pareció importarle mucho porque emitió un gemido al sentir la yema de sus dedos ardientes sobre su piel.

—No te entiendo.

Él habló sobre su boca y María empezó a trazar un reguero de besos sobre su rostro, sonriendo al oírlo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó ella, lamiendo la cicatriz que dividía su ceja.

Aidan la sostuvo por las caderas y la alejó apenas unos milímetros, solo lo suficiente para poder mirarla a los ojos.

—Acabas de abofetearme —recordó él con una sonrisa burlona.

—Ah sí, lo había olvidado —María posó una mano sobre su mejilla sin dejar de sonreír—. ¿Te dolió?

Fue el turno de Aidan para asaltar su boca y lo hizo de forma tan apasionada, avasallando el poco sentido común que le quedaba, que María no tuvo más alternativa que sostenerse de sus antebrazos y abandonarse por completo a sus caricias. Él había empezado a recorrer su cintura y la curva de sus pechos con sus manos, dejando un rastro ardiente que le arrancó un jadeo.

María no tuvo idea de cuánto tiempo había pasado entre sus brazos, perdió la percepción de lo que la rodeaba en cuanto Aidan la sujetó por los muslos para atraerla contra él para que percibiera lo excitado que se encontraba, y hubiera podido continuar sin pensar un segundo en dónde se encontraba de no ser porque él la detuvo cuando empezó a tirar de sus pantalones.

—¿Preguntaste si me había dolido la bofetada? —preguntó él antes de alejarse de ella con un gesto de sufrimiento—. Ni la mitad de lo que me duele hacer esto.

Ella se quedó con las manos caídas a los lados, aturdida por la forma en que la había hecho a un lado y con la respiración tan agitada como si hubiera corrido un maratón. Hubiera empezado a discutir tan pronto como recuperó el aliento, pero le bastó con ver su rostro y prestar atención para comprender cuál había sido la razón de que actuara así. Unas voces elevadas provenientes de la oficina contigua le martillaron los oídos y de pronto comprendió lo que había estado a punto de hacer. Y la sensación de vergüenza solo se incrementó cuando Aidan notó su confusión y se acercó para ayudarla a arreglar su vestido, que si antes ya dejaba mucho a la imaginación, en ese momento sencillamente prescindía de cualquier sutileza.

María estuvo a punto de apartarlo, pero sus manos eran tan tiernas, lejos ya de la pasión con la que había contribuido a llevarla a ese estado, que no pudo hacerlo. Tan solo bajó la cabeza y la fijó en su pecho, recorriendo con la mirada los botones que acababa de soltar e intentando recordar cuándo había sido la última vez que se dejó llevar de esa forma. En realidad, no podía acordarse de que lo hiciera nunca, no con esa desesperación.

Cuando Aidan terminó, tomó su rostro entre sus manos y la obligó a mirarlo.

—¿A qué velocidad escribes? —preguntó él.

María parpadeó, sorprendida.

—¿Qué? —alcanzó a preguntar ella.

Aidan sonrió y posó una mano sobre su cintura en un ademán seductor.

—Tenemos que escribir un informe de esta noche —recordó él—. Vamos a hacerlo juntos y creo que sería buena idea que lo hiciera quien escriba más rápido. El otro puede ir llenando cualquier vacío que haga falta.

María se preguntó cómo demonios era posible que él pudiera sonar tan profesional y sensato mientras no dejaba de tocarla de la forma en que lo hacía. Sus dedos habían empezado a recorrer la curva de su cadera por encima de la tela del vestido.

—Soy bastante rápida —respondió ella al fin cuando pudo pensar con claridad.

Aidan esbozó una sonrisa satisfecha y rompió nuevamente el contacto provocándole el deseo de gemir en señal de frustración. Sin embargo, él no pareció notarlo, o tan solo prefirió fingir que no lo había hecho. En lugar de

ello, señaló el portátil del escritorio con un gesto y María se dejó caer sobre el sillón con un suspiro, rogando porque fuera capaz de diferenciar las letras que en ese momento danzaban frente a sus ojos. Aidan no ayudó en absoluto al situarse tras ella y apoyar una mano sobre su hombro.

—¿Lista? —preguntó él.

María apretó los dientes y aspiró para normalizar su respiración, asintiendo suavemente sin responder.

—Perfecto, vamos a darnos prisa con esto —continuó él, y solo entonces María notó lo grave que sonó su voz contra su oído—. Tengo planes para el resto de la noche.

—¿Sí?

La pregunta de María le pareció absurda tan pronto como salió de sus labios, pero no pudo contenerla, así como tampoco pudo evitar el gemido que escapó de sus labios cuando Aidan mordisqueó el lóbulo de su oreja.

—Sí, María —ella supo que sonreía aun cuando no podía verlo—. Grandes planes.

María estuvo tentada a responder que no tenía por qué pensar que esos planes la incluyeran a ella, pero hubiera sido una enorme mentira y ambos lo sabían. De modo que se tragó sus protestas y empezó a teclear como si la vida se le fuera en ello.

Capítulo 8

El camino a su apartamento jamás le había parecido tan largo y tedioso, se dijo María muchas veces mientras conducía una vez que ella y Aidan dejaron la estación. Apenas habían hablado de los acontecimientos de esa noche para redactar su informe; en realidad, Aidan sabía todo lo que María hizo desde el momento en que entró al club porque, tal y como ella había supuesto, tan pronto como la dejó a solas se apresuró a reunirse con el resto del equipo para oír lo que transmitía el micrófono que llevaba. Así supo de su exitoso contacto con Natoli y de la sugerente información que habían conseguido, aunque no hizo ningún comentario al respecto y María se lo agradeció. Si él hubiera minimizado de alguna forma su trabajo toda esa noche se hubiera ido al garete, pero aunque Aidan se preocupaba por ella y sabía que hubiera preferido que hiciera cualquier otra cosa para cerrar ese caso que no fuera ponerse en peligro entablando contacto con ese hombre, la respetaba lo suficiente para dejarla actuar sin importar cuánto le inquietaba lo que pudiera ocurrir.

María confirmó sus sospechas respecto a que Aidan había ido tras Natoli tan pronto como ella les dio el aviso, pero no debió preocuparse porque le ocurriera algo; en ningún momento consideró ponerse en riesgo sin tener pruebas de que Natoli y sus hombres estuvieran haciendo algo que le permitiera arrestarlos. Se contentó con seguirlos a las afueras del local y ver con quiénes se reunían. Para su sorpresa, y la de María cuando se lo contó, Natoli había mantenido una reunión con unos cuantos hombres del muelle y entre ellos se encontraba un viejo conocido de ambos, Lenny, el viejo contacto de María. La información le cayó a ella como un jarro de agua fría y hubiera estado encantada de ir tras él para sacarle lo que sabía al respecto cuando les había mentado con tanta sangre fría, pero Aidan la convenció de que debían usar esa conversación en su favor y no actuar impulsivamente. Ya arreglarían cuentas con él.

María se apaciguó en cuanto Aidan le dijo que después de seguir a Natoli fuera de los muelles al finalizar la reunión, lo había visto dirigirse al edificio donde se encontraban las oficinas de esos abogados que

acostumbraba visitar durante el día. Esa noche, sin embargo, las oficinas estaban fuera del horario de atención, pero Natoli entró como si se encontrara en su casa y Aidan pudo fotografiar a uno de los abogados que salió a darle la bienvenida. Esperaba que Bernie pudiera investigar al hombre en cuanto le hicieran llegar la información.

Visto así, había sido una noche más que productiva y María no pudo menos que sentirse satisfecha una vez que puso punto final a su informe. Envío una copia al capitán Holland para que la viera a primera hora y se prometió que en su próximo encuentro con Natoli, y ella se encargaría de que ocurriera, solo iba a dejar que la tocara para permitir que le pusiera las esposas en esas manos heladas que le provocaban un escalofrío al recordarlas.

Pese a que ella y Aidan habían hablado con un esmerado profesionalismo durante la hora que pasaron redactando el informe, la tensión entre ambos continuaba latente; tanto como la promesa de Aidan respecto a cuáles eran sus planes para el resto de la noche. Por eso, cuando dejaron la oficina no intercambiaron una sola palabra mientras subían al coche y María se ponía en camino a su apartamento. Ni siquiera se habían puesto de acuerdo en que irían allí, pero ella supuso que era lo más lógico con Enya en casa de su hermano. Se sentía de pronto inquieta y acalorada hasta el punto que sus manos sudaban sobre el volante y tuvo que hacer un esfuerzo para no acelerar más de lo conveniente.

Cuando llegaron al edificio, subieron por el ascensor y no se miraron hasta que se encontraron en el interior del apartamento de María. Aidan se despojó de la chaqueta y la dejó caer sobre el sillón del recibidor sin decir una palabra, y por un momento María tuvo la absurda idea de preguntarle si deseaba beber algo o hacer un recorrido por el apartamento. No lo había notado, pero se sentía muy nerviosa y la anticipación le recorría los miembros provocando que apenas consiguiera sostenerse sobre sus piernas.

Aidan pareció notar cómo se sentía; era posible que él también experimentara algo similar porque cuando se acercó a ella y posó las manos sobre sus hombros, María hubiera podido jurar que percibió un leve temblor en ellas; pero fue solo un instante. Él pareció muy seguro cuando buscó sus ojos y clavó su mirada penetrante en su rostro. En ese momento a María le dio la impresión de que se había producido una curiosa mezcla en ellos; no eran ahora solo verdes o grises, sino un poco de cada uno con un destello dorado en el iris que revelaba lo excitado que debía de sentirse. Tanto como

ella.

Aidan la observaba haciendo una callada pregunta y María supo que deseaba saber si aún estaba dispuesta a terminar lo que habían empezado hacía unas horas. Sin vacilar, porque hubiera sido la más grande mentirosa del mundo de haberlo hecho, María se puso de puntillas y le respondió pasando las manos alrededor de su nuca para atraerlo a sus labios. De nuevo.

Ese simple contacto que no era una novedad para ambos y que habían esperado y anticipado desde el momento en que se prometieron ese instante, pareció bastar para generar una reacción explosiva que amenazó con consumirlos.

Aidan devoró su boca como un depredador, arrancándole varios gemidos de rendición y entonces simplemente dejaron de pensar, si es que lo habían hecho en algún momento. María refregó el cuerpo contra el suyo al tiempo que se despojaba de los malditos tacones que había tenido que volver a ponerse al dejar la estación y Aidan la levantó por los muslos elevándola por los aires. Ni siquiera le preguntó dónde estaba su habitación, tan solo se dejó guiar por el instinto y antes de que María fuera consciente de lo que ocurría, sintió que caía bruscamente sobre el suave colchón de su cama.

Aidan se detuvo para mirarla mientras se quitaba la camisa sin molestarse en soltar los botones, pasándola por encima de su cabeza, y María tuvo una maravillosa visión de su pecho desnudo antes de que él se inclinara para deshacerse también de los pantalones. Él estaba tan desesperado como ella y solo entonces María consiguió reaccionar para ponerse de rodillas y quitarse el vestido, lo que por suerte fue muy sencillo. Se quedó en esa posición, en cuclillas sobre la cama cubierta solo por la combinación de seda blanca que mostraba más de lo que cubría y que por el bronco rugido que escapó de la garganta de Aidan al mirarla debió de gustarle tanto como a ella cuando la compró.

Él se dejó caer a su lado y María se aferró a su cuerpo con las piernas y brazos como una cuerda, segura de que no podía esperar más, de que lo necesitaba en ese momento o simplemente iba a estallar, y no se dio cuenta de que había estado susurrando sus pensamientos hasta que Aidan la sujetó por los brazos para alejarla un poco y así poder mirarla a los ojos, diciéndole sin palabras que él sentía exactamente lo mismo. Habían sido lo que en ese instante les parecieron meses de anticipación, como si cada segundo compartido hubiera sido tan solo la antelación para ese momento y ninguno pudiera esperar más.

Aidan besó cada parte de su cuerpo en un ritmo desesperado y María no supo en dónde se encontraban sus labios antes de que asaltara otro lugar. Iba de su mandíbula, regando su rostro de besos, sus orejas, sus labios, mejillas, y de pronto estaba lamiendo y mordisqueando sus pechos por encima de la seda que en ese momento a María no le pareció tan suave o bonita como antes; prefería mil veces sentir la aspereza de su barba contra su piel y así se lo hizo saber al empezar a retorcerse bajo él para despojarse de esa prenda. Aidan recibió el gesto con mucho gusto y se quedó un momento observando su cuerpo desnudo con expresión reverente, como si de pronto se viera frente a algo que hubiera imaginado mil veces y que de pronto descubriera que era mucho más maravilloso de lo que soñó. Pero el momento solo duró un segundo; luego reanudó sus besos y caricias, sumergiéndose en el interior de sus muslos hasta arrancarle suspiros y jadeos de súplica que escapaban de sus labios sin que ella pudiera reconocer esa voz como suya.

María lo sujetó por la espalda con las manos, desesperada, arañando y frotando la yema de los dedos para hacerle saber que lo necesitaba; pero Aidan pareció más concentrado en explorar sus piernas de punta a punta para volver luego al centro de su cuerpo donde enterró la cabeza, jugando con la lengua como si no pudiera pensar en nada más que le diera el placer que necesitaba. María empezó a sentir que algo se retorcía en su interior, que sus entrañas empezaban a arder y cerró los ojos con fuerza por la oleada de placer que la sacudió, dejándola sin respiración. Todo llegó tan deprisa que parpadeó aturdida y con el deseo aún latente; Aidan no se había detenido y la necesidad de sentirlo en su interior la golpeó como un látigo. Era eso lo que ansiaba y así se lo hizo saber al enroscar las piernas alrededor de sus caderas, atrayéndolo hacia sí con movimientos cargados de deseo.

Aidan se incorporó sobre sus antebrazos posando las manos a cada lado de su rostro y enterró el rostro en su cabello, susurrando unas palabras que María no consiguió entender, pero le parecieron las más hermosas que había oído en su vida. De no encontrarse tan perdida en esas sensaciones le habría pedido que le explicara lo que había querido decir, pero eso sería luego; en ese momento su mente era un torbellino y elevó las caderas, buscándolo. Aidan se sumergió en ella sin delicadeza, un solo embate profundo que le arrancó un grito que él acalló con su boca. Su cuerpo empezó a marcar un ritmo salvaje que ella correspondió golpe a golpe, susurrando su nombre contra sus labios una y otra vez como si fuera una letanía. Aidan la miraba a los ojos y cada vez que se hundía en ella repetía esas palabras guturales que

le sonaron a una oración. Entonces él empezó a moverse más y más rápido en un compás desenfrenado que María apenas consiguió igualar; sentía que algo se quebraba dentro de ella y la absurda idea de que se podía morir debido al placer la golpeó antes de abandonar del todo cualquier rastro de sentido. Empezó a gemir y gritar al tiempo que Aidan se derrumbaba sobre ella, tan rendido y conmocionado que apenas fue capaz de rodearlo con los brazos antes de cerrar los ojos y sentirlo liberarse en su interior para darle algún tipo de consuelo que ambos parecían necesitar. Fue un momento extraño, como una extraña comunión de algo muy hondo en su interior, y se prometió que tan pronto como pudiera pensar con claridad y recobrar el sentido se lo haría saber. Pero eso sería después, mucho después.

María no podía recordar haber experimentado nada parecido a la forma en que se sintió al despertar bajo el cuerpo de Aidan. No estaba segura de si habían caído rendidos debido al sueño y el cansancio o, en su caso, tan solo se había desvanecido por el impacto de la explosión que sintió a su lado. Cualquiera que fuera el motivo, supo al recobrar el sentido que habían pasado apenas unos minutos gracias a la oscuridad que se colaba en la habitación por la ventana y exhaló un suspiro de alivio; hubiera odiado perder el tiempo durmiendo cuando podía estar despierta y disfrutando de la sensación que experimentaba en ese momento.

Su aliento surgió tan profundo que Aidan se removió al oírla y levantó la cabeza para buscar su mirada; sus ojos le recordaron a un mar en calma, lejos de la tormenta que irradiaban cuando los vio antes de caer en el torbellino que los arrastró uno en brazos del otro. Él se movió, aún dentro de ella, pero cuando María hizo un gesto de molestia al sentir el peso de todo su cuerpo sobre el suyo se retiró con cuidado de no lastimarla. Cuando ella refunfuñó en señal de protesta, Aidan la llevó con él al ponerse de lado y quedaron uno frente al otro, con sus cuerpos rozándose. María lo miró a los ojos y no le extrañó encontrarse con una media sonrisa satisfecha; pero esta desapareció al reparar en algo a la altura de su cuello, donde posó una mano al tiempo que fruncía el ceño.

—Lamento mucho eso —dijo él, pareciendo enfadado consigo mismo.

María bajó la mirada y descubrió la marca sobre su clavícula, así como un par más que alcanzó a atisbar en su pecho. ¡Vaya! No recordaba algo

parecido desde... bueno, no podía recordar haber pasado por algo similar nunca y sintió una extraña sacudida de deleite al apoyar una mano sobre el hombro de Aidan y acercar el rostro al suyo para sonreír sobre sus labios.

—Discúlpate de nuevo cuando hayas visto cómo te he dejado la espalda —rio ella—. Lo lamento también, por cierto, aunque la verdad es que no lo siento mucho y no se te ocurra volver a disculparte. Ambos sabíamos lo que hacíamos y no sé tú, pero yo no estoy arrepentida.

Aidan suspiró y le rozó el rostro con el dorso de la mano; pese a que aún parecía un poco incómodo, la sonrisa había vuelto a sus labios.

—Un poco salvaje, ¿no? —comentó él.

María se estiró como un gato entre sus brazos y se encogió de hombros en ademán despreocupado.

—Ha estado muy bien para mí.

—Y para mí —Aidan asintió—. Pero quiero que sea distinto la próxima vez.

María detuvo sus movimientos y se quedó quieta para mirarlo a los ojos.

—¿La próxima vez? —repitió ella.

Aidan respondió tumbándola suavemente sobre su espalda y empezando a recorrer su cuerpo con las manos.

—¿Ahora? —preguntó María sin poder contener un gemido al sentir su boca alrededor de uno de sus pechos.

—¿Tienes algún problema con eso? —la voz de Aidan surgió como venida de muy lejos y ella creyó detectar un leve tono risueño en ella.

En otras circunstancias, tal vez hubiera encontrado ofensivo que se burlara de ella, pero en ese momento solo pudo pensar en que deseaba que no se detuviera nunca. Sin dejar de gemir, sujetó su cabello entre las manos para asegurarse de que así fuera y cerró los ojos con fuerza, rendida.

—Ninguno —alcanzó a decir ella antes de perderse nuevamente.

—¿Qué eran esas cosas que decías?

Aidan recibió la pregunta de María con un gesto de extrañeza, pero no respondió de inmediato sino que apoyó la cabeza sobre la curva de su codo y la miró por entre los ojos que mantenía entrecerrados. Aunque su postura era de abandono, parecía muy despierto mientras ella se entretenía recostada sobre su pecho delineando los tatuajes que recorrían uno de sus brazos con la

punta de un dedo.

—¿Cuándo? —preguntó él.

—Cuando estábamos... antes —insistió ella, sintiéndose de pronto un poco tímida al recordarlo—. Dijiste algunas cosas, pero no lo entendí; eran palabras, claro, y sonaron muy bien aunque no tengo idea de qué es lo que quisiste decir.

María hubiera podido jurar que lo sintió tensarse a su lado y eso bastó para que dejara de concentrarse en seguir la línea del nudo celta que llevaba tatuado al hombro para mirarlo a los ojos.

—Sé a qué te refieres —dijo él al cabo de un momento y sin devolverle la mirada—. Era gaélico. Mi abuelo me enseñó algunas frases cuando era niño; no puedo creer que aún las recuerde, pensé que las había olvidado.

Él pareció un poco desconcertado frente a esos pensamientos y María apoyó una mano sobre su pecho en un ademán que pretendió reconfortarlo; supo sin asomo de duda que los recuerdos de su abuelo debían de ser muy especiales para él y que a eso se debía la expresión cargada de nostalgia que afloró a sus ojos al mencionarlo.

—Uno nunca olvida lo que le enseñan en la infancia. Bueno o malo —susurró ella intentando imprimir un tono alegre a su voz.

Aidan la miró al fin y María advirtió, más que vio, la sonrisa en sus labios.

—¿Hablas por experiencia? —preguntó él.

María asintió con gesto solemne.

—Seguro. Mi madre me enseñó docenas de oraciones y las recuerdo todas y cada una, podría recitarlas ahora mismo de memoria.

Aidan ahogó una carcajada y la tomó por la cintura para acercarla más hacia él.

—Te creo —aseguró él con un rastro de divertido temor en la voz—. Por favor, no te pongas a rezar ahora.

María rio también, sorprendida por poder hacerlo; era increíble que hubieran compartido semejante pasión y ahora pudieran reír uno en brazos del otro como si fuera lo más común en el mundo. En realidad, aun cuando no se atrevió a explorar demasiado en la idea por ser demasiado peligrosa, jamás se había sentido tan en paz, como si estuviera precisamente en el lugar y en la compañía en que debía estar. Sí, sin duda era una idea aterradora y para asegurarse de que permaneciera bien enterrada en el fondo de su mente, decidió pensar en cualquier otra cosa.

—De acuerdo, nada de rezos —prometió ella, volviendo su atención a Aidan—. Había olvidado que estoy con un ateo.

—Agnóstico.

Ella ignoró su interrupción con un leve encogimiento de hombros.

—Lo que sea —replicó con descaro, para luego mirarlo en profundidad—. Pero siento que intentas distraerme.

—¿Y por qué haría eso?

—Para no contarme qué significan esas palabras que dijiste antes —insistió ella y lo miró entonces con expresión suspicaz—. ¿Eran malas palabras? Porque no tengo problemas con las malas palabras en la cama, pero preferiría saber qué es lo que me estás diciendo.

Aidan volvió a reír y sacudió la cabeza, mostrándose rendido y un poco resignado.

—No eran malas palabras, aunque recuerdo haberte oído un par y vaya que las entendí—comentó él para ponerse serio antes de continuar—. Lo que dije... eran solo expresiones, cosas que le dices a alguien que te importa.

María sintió cómo su curiosidad aumentaba.

—¿Qué clase de cosas? —insistió sin rendirse.

Aidan suspiró y se puso de espaldas, pero María no pensaba dejarlo pasar y se apresuró a sentarse sobre él con las piernas alrededor de sus caderas, apoyando las manos sobre su pecho para mantener el equilibrio.

—¿Qué clase de cosas? —repitió ella.

Dudaba de que Aidan se sintiera intimidado por su postura dominante o por la urgencia que sintió en su voz; por el contrario, se vio resuelto y muy seguro de lo que hacía cuando la sostuvo por los antebrazos para darle vuelta e invertir la posición de modo que ella se vio de golpe en una posición mucho más vulnerable, pero no le importó al sentir su mirada clavada en su rostro. Él entonces acercó el rostro para hablar sobre sus labios y el sonido que emitió surgió tan hermoso y profundo, como si hubiera sido arrancado bruscamente de lo más hondo de su pecho, que pudo sentir cómo los vellos de su cuerpo se erizaban debido a la impresión.

— *A chuisle* —repitió él, y María rogó por ser capaz de retener la palabra por siempre, pero Aidan continuó antes de que pudiera decir nada—. Eso significa cariño, corazón mío. También podría traducirse como mi sangre, mi pulso, aunque creo que en ese caso varía un poco. Pero captas la idea.

María tragó espeso porque de pronto sintió la garganta seca y no se

atrevió a mantener su mirada que continuaba fija en su rostro.

—Suenan bien —dijo ella, sin saber muy bien qué decir, deseosa por llenar el silencio que había caído entre ambos—. Es muy bonito...

Aidan, sin embargo, parecía tener aún más que decir porque sonrió, divertido, y enterró el rostro en el lugar donde latía su pulso a la altura del cuello y lamió las marcas sobre su clavícula.

—También dije *grá*, que significa amor —confesó él sin detener sus caricias, descendiendo hasta su abdomen e inhalando el aroma a sudor que despedía mientras continuaba con su retahíla de palabras que surgía cada vez más grave y sentida—. Y *a ghrá*. Amor mío.

María sintió que su corazón empezaba a bombear incluso más fuerte de lo que lo había hecho hasta entonces, y supo que no se debía tan solo al hecho de que Aidan hubiera continuado con el descenso y ahora suspirara en el punto entre sus piernas sin dejar de susurrar.

—¿Qué significa eso? —inquirió ella cuando consiguió oír parte de una frase que no había escuchado hasta entonces—. No lo dijiste antes.

Ni siquiera sabía por qué preguntaba; tal vez fuera un poco masoquista por su parte, pero necesitaba saberlo porque si hasta entonces la voz de Aidan había surgido apasionada, esa frase en particular brotó de sus labios casi como un lamento y ella quiso saber a qué se debía. Él, sin embargo, pareció decidido a no revelar todo porque sintió que sacudía la cabeza y, al buscar su mirada, se encontró con la suya puesta en su rostro con ademán obstinado.

—Dije *Táim i ngrá leat* —respondió él, sucinto.

María esperó, pero cuando entendió que no diría más hizo un gesto de frustración.

—¿Y qué significa eso? —insistió ella.

Aidan hizo un gesto de negación y se incorporó para buscar brevemente sus labios.

—Te lo diré algún día —prometió él.

María hubiera deseado insistir; en realidad, tenía las palabras en la punta de la lengua, lista para hacerlo, pero vio algo en sus ojos que le dijo que ni él lo apreciaría ni iba a obtener una respuesta en ese momento, de modo que suspiró y se tragó sus palabras. Aidan tenía todo el derecho del mundo a guardar sus secretos; ella también tenía los suyos. De modo que se acomodó entre sus brazos y apoyó el rostro contra su pecho, a la altura de su corazón, suspirando al sentir el latido acompasado martillando contra su oído. Fue lo último que notó antes de caer dormida y no hubiera podido imaginar un

sonido más agradable en el mundo para arrullarla.

María y Aidan despertaron con el tiempo justo para darse una rápida ducha, que para pesar de ambos no pudieron convertir en un pasatiempo mucho más agradable y acordaron que ella lo cubriría en la estación mientras él volvía a su apartamento para cambiarse de ropa, porque sin duda el traje de la noche anterior y la camisa de la que habían arrancado los botones en su desesperada pasión podría llamar mucho la atención. Además, Aidan quería tranquilizar a su hermana porque, si bien la chica estaba acostumbrada a sus horarios desordenados debido al trabajo, no dejaría de preocuparse por no saber nada de él en tanto tiempo.

María lo acompañó a la salida y se fundieron en un apasionado beso, que interrumpieron con reticencia para prometerse retomar lo tan pronto como pudieran. Ella cerró la puerta una vez que él desapareció en el ascensor y se apoyó contra ella con un hondo suspiro y una sonrisa que le duró hasta que recordó un leve contratiempo que iba a tener que enfrentar lo antes posible. Mientras Aidan se encontraba en la ducha, ella había corrido para responder el teléfono, que no había dejado de sonar como si quien llamara se encontrara decidido a continuar hasta obtener una respuesta. Se trataba de Beth, que estaba preocupada porque supo de su misión de la noche anterior y había esperado en balde a que María le llamara para saber cómo había ido todo. Ella intentó resumir lo ocurrido con rapidez, y su amiga no tardó en mostrarse suspicaz, en especial cuando oyó la voz de Aidan venida desde lejos al hacer una pregunta a María acerca de la hora. Un silencio sepulcral cayó entre ambas y María se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que Beth recuperara el habla, lo que ocurrió pronto. Su amiga era demasiado discreta para hacer preguntas en ese momento, pero le aseguró que lo haría luego y, más que pedirselo, le ordenó que se pasara luego por el laboratorio para hablar con ella. Si María se planteó en algún momento negarse en redondo a hacerlo, Beth despejó cualquier reserva al asegurarle que quería hablarle también acerca de algo referido a su caso que podría interesarle, por lo que no le quedó más alternativa que aceptar a regañadientes antes de colgar.

No dijo a Aidan una palabra de la llamada, prometiéndose que si Beth tenía algo interesante respecto al caso que llevaban se lo contaría después,

una vez que ella juzgara lo valiosa que era la información. Al recordarlo, sacudió la cabeza e hizo un gesto de desagrado, preguntándose si no se trataría de una estratagema de Beth para hacer que se reuniera con ella y sonsacarle lo ocurrido entre ella y Aidan, porque estaba segura de que su amiga debía de haber reconocido su voz. Cualquiera que fuera el caso, lo descubriría luego porque planeaba pasar por el laboratorio al terminar la jornada. Más tranquila al tomar esa decisión, corrió a vestirse y en quince minutos estaba de camino al trabajo. Cuando llegó a la estación, se reunió un momento con los agentes que los habían acompañado en su misión de la noche anterior, con quienes aún no había podido hablar, y repasaron tanto su encuentro con Natoli como lo que Aidan le había contado respecto a su reunión en los muelles y el contacto que entabló con su viejo amigo Lenny, a quien pensaba estrangular tan pronto como le pusiera las manos encima.

Dudó al subir al piso en que se encontraba su oficina, preguntándose qué podría hacer mientras Aidan no llegara, pero al pasar por la puerta entreabierta del despacho del capitán Holland, este la llamó desde el interior y no le quedó otra alternativa que obedecer y reunirse con él.

Mientras él le daba los buenos días y buscaba el informe que le había enviado la noche anterior respecto a su misión, María se permitió observarlo en profundidad con la certeza de que él ni siquiera lo notaría; pero la idea no le hizo sentir mal, como le ocurría antes, sino que se permitió una pequeña sonrisa divertida al reparar en lo distraídos que podían ser los hombres.

Nunca hasta entonces se había dado el tiempo o siquiera contemplado la posibilidad de observarlo sin apasionamiento. Para su sorpresa, descubrió que si bien lo encontraba tan atractivo como siempre, ya no consiguió hallar en su interior esa sensación de callado desencanto que la asaltaba al preguntarse por qué él no podía sentirse tan atraído por ella como le hubiese gustado. En realidad, por más que pensó en ello no dio tampoco con la sensación en sí, como si gran parte de ella se hubiese esfumado, como si se hubiese tratado de un hechizo que en ese momento, para su vergüenza, le pareció un poco tonto. Y la idea solo se intensificó al notar la forma en que Holland posó su mirada un instante en el retrato de su esposa sobre el escritorio antes de prestarle atención. ¿En qué diablos había estado pensando todo ese tiempo?, se preguntó ella en un tono de apagado reproche dirigido a sí misma. Holland podía ser encantador, sí, pero eso era todo; no lo era más que muchos otros hombres como él perdidamente enamorados de sus esposas. ¿Beth había tenido razón? ¿Todo eso fue una ilusión por su parte?

María hubiera podido pasar horas analizando ese descubrimiento, pero el capitán carraspeó como si hubiera notado que ella se encontraba muy lejos de allí y entonces se forzó por centrarse y mostrar interés en lo que decía.

—¿Se encuentra bien, agente? —preguntó él.

María parpadeó y le devolvió la mirada.

—Perfectamente, señor —ella sonrió y se apresuró a ocupar el asiento que él le señaló—. Supongo que quiere hablar conmigo acerca del informe que el agente Flynn y yo le enviamos ayer.

—Sí. Por cierto, ¿dónde está él?

—Avisó que tardaría un poco, señor, pero debe de estar por llegar.

María rogó porque él no profundizara en su respuesta y agradeció al notar que no se detenía a pensarlo demasiado, lo que le extrañó un poco y solo entonces advirtió que Holland parecía algo más distraído de lo normal y que la sonrisa con que la había recibido continuaba en su rostro, pero no parecía del todo dirigida a ella sino a algún pensamiento que debía de estarle rondando la cabeza. En cualquier caso, como no se atrevió a preguntar, se volcó a explicar cada punto de lo ocurrido la noche anterior como una forma de aclarar cualquier duda que él pudiera tener y al mismo tiempo desviarlo de la ausencia de Aidan.

Holland escuchó el informe con mucha seriedad y fue tomando notas según María avanzaba con su narración, en la que incluyó también lo que Aidan y los otros agentes le contaron respecto a lo ocurrido cuando dejó el club. El capitán se vio satisfecho frente a sus avances; asentía cada tanto y cuando ella terminó con el relato cruzó las manos sobre el escritorio y le dirigió una sonrisa deslumbrante, que antes le habría acelerado el corazón pero que en ese momento solo le produjo una agradable sensación de complacencia por el trabajo bien hecho.

—Es estupendo —dijo él mientras ella esperaba un comentario y no pudo pensar en uno que le agradara más recibir—. Han hecho todos un gran trabajo; se lo diré también al agente Flynn en cuanto aparezca, y a los oficiales de comunicaciones.

María asintió, satisfecha.

—Estoy segura de que les alegrará oírlo, señor —dijo ella, para luego cabecear, pensativa—. Es un gran avance, pero aún estamos lejos de contar con pruebas concretas para ir por Natoli.

Holland asintió, como si ya lo hubiera pensado pero no le pareciera algo por lo que preocuparse demasiado.

—Tiempo al tiempo, agente, no desmerezca su trabajo. Si las cosas marchan bien y no veo por qué no iban a hacerlo, lo tendremos pronto —dijo él, convencido—. Hemos tardado demasiado en dar con la punta del ovillo, pero creo que las cosas se desarrollarán mejor desde ahora.

—Eso espero —María sonrió—. No me puse mi mejor vestido para que no sirviera para nada.

El capitán elevó las cejas, quizá un poco sorprendido por la broma y María comprendió que era de esperar; hasta entonces se había mostrado reservada en su presencia y cuando pretendía relajarse terminaba pareciendo un poco torpe. En ese momento, sin embargo, se permitió ser más expresiva, como acostumbraba hacer con cualquier otra persona, lo que tomó como una prueba más de que al fin había conseguido situar a su capitán en el lugar que le correspondía.

—Bueno, me han dicho que era un extraordinario vestido —Holland le siguió el juego y no hubo nada de malicia en sus palabras, solo un leve tono de complicidad que a María le provocó ensanchar la sonrisa.

—Lo es. Hubiera odiado arruinarlo y tener que endosar los gastos a la estación.

—No se preocupe, agente, estoy seguro de que nadie la habría culpado si lo hubiera hecho. Paterson, en particular, pareció bastante entusiasmado al comentarlo. Quizá demasiado.

María ahogó una carcajada al recordar que fue el buen Paterson quien la había visto al llegar la noche anterior cuando regresó del club y quien se había mostrado más tímido de lo usual frente a ella desde entonces. Holland rio también por su broma y María notó que ese brillo extraño que había visto en él hacía un rato estaba allí nuevamente.

—Perdone que lo mencione, señor —dijo ella una vez que supo que no podría contener la curiosidad—; pero lo veo realmente feliz.

Holland parpadeó un par de veces, como si lo hubiera cogido con la guardia baja y guardó silencio por un momento antes de decidirse a responder.

—¿Es muy obvio? —preguntó él a su vez.

María se encogió de hombros.

—Me gusta pensar que soy más observadora que la media —dijo ella, sin desear parecer demasiado complacida de haber acertado.

Holland suspiró y miró sobre su hombro en un gesto que le restó varios años, casi como si estuviera a punto de cometer una travesura y seguidamente

se inclinó en dirección a María mientras ella hacía lo mismo; le pareció que era lo que él esperaba que hiciera.

—He recibido una noticia esta mañana —dijo él en un susurro, por lo que María se inclinó aun más para oírlo y Holland continuó ante su expresión interesada—. Voy a ser padre.

María abrió la boca y volvió a cerrarla, sin atinar a moverse; a lo sumo desvió la mirada al retrato de su esposa, que parecía obsequiarla con una encantadora sonrisa. Cuando encontró las palabras, volvió su atención a Holland, que continuaba con una sonrisa tatuada en el rostro.

—Eso es... ¡Eso es genial! ¡Felicidades! —dijo ella al fin, y se alegró de parecer tan entusiasmada como en verdad se sentía; sí que era una buena noticia y explicaba perfectamente su alegría—. ¡Un hijo!

Holland hizo un gesto para que bajara la voz y asintió, encantado.

—No lo he sabido hasta hoy. En realidad, Claire quiere que lo mantengamos entre nosotros hasta que pueda decírselo a sus abuelos; está muy unida a ellos y no quiere que se enteren por nadie más —explicó mostrándose un poco culpable, pero el gesto desapareció pronto—. Sin embargo, si la conozco de algo, y lo hago, estoy seguro de que ya debe de habérselo confiado al menos a su mejor amiga, así que supongo que no me matará cuando sepa que se lo he dicho a usted. No se ofenda, pero si no se lo decía a alguien, quien fuera, iba a explotar.

María rio y asintió, comprendiendo a qué se refería. Hasta entonces se había visto feliz, pero contenido, mientras que en ese momento después de poner en palabras el motivo de su alegría se mostró mucho más aliviado.

—Si usted no dice nada, yo tampoco lo haré, así que podrá hacer como que ha mantenido su promesa —aseguró ella con un gesto divertido.

Holland pareció pensárselo y al final asintió, agradecido.

—Lo aprecio mucho —dijo él sin variar su postura y sin dejar de sonreír—. ¿Quién lo hubiera dicho? Hacerles confidencias a mis subordinados. Supongo que el comisionado tendría algunas cosas que decir al respecto de saberlo.

María se encogió de hombros en ademán filosófico.

—Yo no estaría tan segura —dijo ella—. Según he oído, cuando está emocionado por algo no tiene problemas en contárselo incluso al encargado de la cafetería.

El capitán rio a carcajadas al oír su descarada respuesta y María lo acompañó sin poder evitarlo. Fue así como los encontró Aidan al asomar por

el despacho tan pronto como llegó a la estación, intrigado por no haber dado con María al buscarla en su propia oficina.

—Ah, Flynn, bienvenido, me alegro de verlo.

Holland fue el primero en reaccionar a su llegada y, después de intercambiar una mirada con María en la que pareció pedirle que guardara el secreto que acababa de compartir, se acomodó en el asiento.

Aidan no reaccionó de inmediato, ni siquiera entró del todo a la oficina hasta que Holland repitió el saludo y lo invitó a sentarse al lado de María, lo que hizo al cabo de un momento sin dirigirle una sola mirada.

—Lamento la tardanza.

Las disculpas de Aidan surgieron en un tono completamente impersonal y fueron dirigidas al capitán, que pareció recibirlas sin detectar la frialdad en su voz o el hecho de que lo miraba con el entrecejo fruncido.

—Descuide. Ya la agente Cabrera me había dicho que llegaría un poco tarde —comentó Holland con tranquilidad y sonrió a María por encima del ordenador que había ubicado entre ellos—. Además, estuvimos hablando antes de que llegara y ha sido una charla muy provechosa.

—No lo dudo —replicó Aidan, y María rogó porque Holland continuara distraído por sus buenas noticias y no notara el matiz burlón en su voz—. La agente Cabrera puede ser muy entretenida cuando quiere.

María apretó los labios y le dirigió una mirada de reojo que hubiera congelado el infierno, pero Aidan ni siquiera parpadeó. Los siguientes quince minutos fueron los más largos de su vida porque el capitán decidió que era buena idea volver a repasar con Aidan todo lo que él y María habían hablado hasta entonces y a ella no le quedó más remedio que asentir y escuchar en silencio; solo intervino cuando Holland le hacía una pregunta directa o pedía su opinión respecto a cuáles pensaba que eran los siguientes pasos a dar. Lo mismo hizo Aidan, y si bien respondía a la mayor parte de las preguntas con monosílabos, María tuvo que reconocer que se mostró tan profesional como siempre. Lo que considerando lo enojado que parecía, era todo un mérito.

Después de acordar que ella y Aidan se encargarían de hablar con Lenny tomando todas las precauciones para que nadie cercano al círculo de Natoli lo supiera, o eso habría enviado sus avances a la basura, el capitán los despidió para que volvieran al trabajo. María le sonrió antes de salir de la oficina tras Aidan y no intercambiaron una palabra hasta que él cerró la puerta de la suya tras su espalda.

María no dijo nada en un inicio. Dejó sus cosas sobre el escritorio y

miró a Aidan de reojo, preguntándose qué hacer a continuación, si debía decir algo o mantenerse en silencio; pero tenía una naturaleza demasiado directa para callar lo que le molestaba, o en ese caso, lo que pensaba que le molestaba a él, de modo que, tras exhalar un hondo suspiro y dirigirle una nueva mirada, pasó el seguro a la puerta, corrió la cortina de la pequeña ventana que daba al pasillo y se plantó frente a él con las manos en las caderas.

Aidan se había dejado caer sobre el sillón y tenía su portátil sobre las rodillas; tecleaba con rapidez sin mirarla, pero María decidió que no tenían tiempo para ignorarse el uno al otro, no después de todo lo que había pasado entre ellos. Por eso, no vaciló al inclinarse para tomar el portátil y prácticamente arrancárselo de las manos para dejarlo sobre el escritorio y luego plantarse frente a él con las piernas a ambos lados de las suyas, de forma que tendría que empujarla para hacerla a un lado.

En defensa de Aidan, podía decir que no pareció muy sorprendido por su actitud, ya que apenas suspiró mientras ella lo miraba con los ojos fijos en los suyos.

—María...

Ella lo interrumpió elevando un dedo en el aire en señal de advertencia.

—Ni siquiera lo sueñes —dijo ella en un tono que no admitía discusión—. No vas a hacer esto.

En ese momento Aidan sí que pareció sorprendido; María no hubiera podido decir si debido a sus palabras o su actitud, pero le daba igual. Tenía su atención y eso era todo lo que deseaba.

—¿De qué hablas? —preguntó él una vez que consiguió encontrar las palabras.

—Estás pensando cosas que no deberías. Cosas equivocadas.

—¿Cómo puedes saber lo que estoy pensando?

María resopló, un poco ofendida tan solo porque preguntara.

—Porque te conozco —replicó ella sin vacilar.

—Claro que no.

Ella ignoró el gesto de falso desprecio que él hizo al responder, así como lo mucho que para su sorpresa le dolió el hecho de que lo dijera; pero lo mismo que en otras cosas relacionadas con los sentimientos que él despertaba en ella, decidió no pensarlo aún. Ya tenía bastante entre manos y si le buscaba explicaciones al por qué la opinión de Aidan tenía de ella era tan importante, entonces iba a estallar debido a la confusión.

—Sí, te conozco bastante bien, te guste o no, de la misma forma en que creo que tú me conoces también, por eso sé que estás enojado —insistió ella al cabo de un momento cuando consiguió aclarar sus ideas.

Aidan le dirigió una mirada cargada de escepticismo.

—Estoy enojado —repitió él con una mueca de burla.

—Sí.

—Y lo estoy porque tú lo dices.

—No. Lo digo porque es verdad. ¿Vas a negarlo? —ella elevó el mentón en señal de desafío.

Aidan pareció estar a punto de negarlo, pero debió de decidir que no tenía sentido hacerlo porque sacudió la cabeza de un lado a otro y se puso de pie con movimientos lentos hasta quedar a solo un palmo de distancia de donde María se encontraba. La miró a los ojos, acercando el rostro al suyo de modo que prácticamente habló sobre sus labios y ella tuvo que contener el ramalazo de deseo que le golpeó en el estómago al recordar la última vez que la había tocado esa mañana.

—¿Sabes qué? —preguntó él, al parecer ajeno a lo que sentía—. Tienes razón. Estoy enojado.

María asintió, aliviada de que no intentara negarlo más.

—Muy bien, me alegra que lo reconozcas. Ahora dime por qué.

Él sonrió, escéptico.

—Sabes por qué —respondió Aidan.

María se dijo que si él iba a ser sincero, lo justo era que ella lo fuera también, por lo que suspiró y abandonó parte de su actitud desafiante.

—Está bien. Sé por qué —reconoció ella en un tono mucho más amable—. Y aunque no es asunto tuyo ni tengo por qué darte explicaciones, no debes hacerte ideas respecto a Holland y a mí.

—¿Ah, no?

—No.

Aidan bajó la cabeza un instante antes de levantarla como si eso le costara un gran esfuerzo y rodeó sus antebrazos con las manos, buscando sus ojos.

—No soy esta clase de hombre, María, y no me gusta actuar como si lo fuera; pero no sé qué está pasando entre tú y yo. Me gustaría saber qué es lo que piensas, pero por más que lo intento no puedo verlo... —dijo, y pareció que odiaba decir cada palabra—. Estabas equivocada cuando dijiste que te conozco; quiero hacerlo, pero la verdad es que siento que no sé quién eres.

—Y no confías en mí.

—No he dicho eso.

María dio un paso hacia atrás y se deshizo del agarre con un gesto medido; no parecía disgustada, tan solo un poco dolida, lo que tratándose de ella, que apenas dejaba traslucir sus sentimientos, era mucho decir.

—No puedes confiar en alguien a quien no conoces —dijo ella—. Supongo que es lógico.

—No —él la tomó de las manos e impidió que se marchara—. Ahora soy yo quien te pide que no hagas esto. No te alejes.

María suspiró y apoyó las manos sobre sus hombros. Sin pensar, dejó caer la cabeza y apoyó el mentón sobre su frente con los ojos cerrados.

—No quiero hacerlo, no quiero alejarme de ti. —Reveló en voz baja, como quien hace una gran confesión—. Pero no me preguntes por qué.

Pudo adivinar la sonrisa de Aidan por la exclamación que surgió de sus labios al hablar.

—No lo haré —prometió él—. Por ahora.

—Gracias.

María hizo amago de soltarse y esta vez Aidan no intentó impedirselo. Se miraron solo un instante antes de que ella desviara la vista, pero pareció como si con ello se hubieran dicho mucho más de lo que se habrían atrevido a poner en palabras en ese momento. Luego, María carraspeó y corrió la cortina con movimientos enérgicos, hablando en el mismo tono que hubiese usado para hablar del clima, como si así pretendiera aligerar la tensión entre ambos, demasiado conmovida por ese breve entendimiento para soñar siquiera con mencionarlo.

—Bueno, creo que podríamos empezar a trabajar; ya sabes, eso por lo que nos pagan —se puso las manos en la cintura y giró para verlo de frente con expresión decidida—. Quiero ir por Lenny.

Aidan asintió, como si no dijera nada que no hubiera esperado oír.

—De acuerdo —aceptó él—. Pero tenemos que ser discretos y yo haré las preguntas.

María frunció el ceño.

—¿Por qué? Soy perfectamente capaz...

Aidan ignoró su rostro indignado y se puso de pie para pasar por su lado y abrir la puerta con una mueca burlona en el rostro.

—Sé que eres perfectamente capaz de hacer cualquier cosa, María; el problema es que te sientes traicionada por él y estoy seguro de que lo que

quieres es despellejarlo vivo —comentó él sin esconder una sonrisa—. Pero en este momento lo necesitamos entero y me preocupa tanto su vida como la mía si te dejo a solas con él.

María rumió entre dientes algo que sonó a una maldición, pero tuvo la nobleza de no fingir que lo que él decía no era verdad. Sin poder resistirse, pasó por su lado y le hizo una caricia en la espalda antes de abrir la marcha para dejar la estación.

—Y dices que no me conoces —comentó ella entre dientes lo bastante alto para que él la oyera.

Aidan rio durante todo el camino y María se dijo que era curioso cómo un sonido tan simple podía significar tanto para una persona.

—Escúchame bien, rata traidora, nunca he tenido mucha paciencia y no voy a empezar ahora. Así que dinos ahora mismo lo que sabes y qué es lo que Natoli está tramando o te sepultaré en la cárcel por mentir a un oficial de policía.

Aidan exhaló un hondo suspiro y María no supo descifrar si se encontraba divertido o simplemente exasperado; quizá un poco de cada cosa.

Tal y como acordaron, fueron a los muelles en busca de Lenny, pero esta vez no entraron al bar en que lo vieron por primera vez hacía ya lo que les parecía mucho tiempo, sino que rondaron con discreción por la zona con la esperanza de dar con él en uno de sus paseos antes de empezar a beber. Tuvieron suerte porque solo les tomó una hora cruzarse con su figura esmirriada saliendo de uno de los edificios donde María le había contado a Aidan que hombres como él alquilaban unos cuartuchos miserables por unas pocas monedas o el producto de sus robos nocturnos. Sin que la emoción de encontrarlo tal y como deseaban les ganara la partida, esperaron a asegurarse de que se encontraba solo y lo siguieron con el coche por un par de calles hasta verlo internarse en un túnel, lo que tomaron como una señal de que había descubierto que lo seguían.

María detuvo el coche con un frenazo y salió corriendo, pero Aidan se le adelantó y cuando se internó en el túnel oyó unos gruñidos provenientes del interior. El lugar apestaba como una cloaca y tuvo que esquivar unos bultos que prefería no saber qué contenían hasta llegar al final, donde una abertura dejaba entrar algo de luz solar y aire, lo que agradeció porque el olor era

insoportable.

Lenny tan solo alcanzó a llegar al final del túnel antes de que Aidan lo detuviera, y por las quejas del hombre fue obvio que no había nada delicado. Si no se encontrara tan disgustada con él, María hubiera sentido lástima al verlo sobre el suelo como un saco de huesos completamente abatido a los pies de Aidan, que lo miraba desde su altura con una expresión de disgusto en el rostro.

María no esperó a que él dijera nada, le bastó con la mirada de terror que Lenny le dirigió tan pronto como la vio para inclinarse hacia él y sujetarlo por la sucia pechera de la camisa para acercar el rostro al suyo. El hombrecillo se vio tan asustado que ella adivinó con facilidad que se sabía descubierto, lo que no le sirvió de ninguna ayuda porque lo que deseaba era que empezara a hablar. En ese momento, olvidó su acuerdo con Aidan respecto a que él haría las preguntas y empezó a formular una tras otra sin tomar aire para respirar mientras Aidan sacudía la cabeza de un lado a otro y empezaba a rodearlos en un medido paseo como si estuviera dispuesto a ceder en ese sentido, pero al mismo tiempo pretendiera imponer su presencia a fin de mantener a Lenny a raya. Este pareció tan intimidado por su actitud que veía de él a María como si tuviera problemas para decidir quién le inspiraba más temor, pero bastó con que ella repitiera su pregunta para que emitiera un sollozo de rendición.

—No quería mentirte, lo juro —dijo él con las manos en alto como si pretendiera protegerse de un atacante imaginario—. No sabía nada de él cuando viniste a hablar conmigo; solo escuché cosas, pero no me había buscado entonces. Te lo hubiera dicho, siempre lo hago.

María no se dejó conmover por sus lamentos.

—No pretendas engañarme, Lenny; aun cuando eso fuera cierto hubieras podido buscarme tan pronto como Natoli se te acercó, pero preferiste trabajar con él por tu cuenta —insistió ella sin soltarlo—. ¿Qué fue lo que te prometió?

Lenny hizo un gesto de furia y sorbió por la nariz.

—¿Qué promete la gente como él, oficial? —replicó tras emitir un ligero quejido—. Unas cuantas monedas y no matarme.

—¿Solo eso? Es justo lo que te ofrezco siempre; no entiendo por qué le temerías más a él que a mí.

Aidan bufó, divertido por la réplica burlona de María y ella estuvo a punto de mirar sobre su hombro y sonreírle, pero contuvo el impulso y volvió

su atención al hombrecillo que temblaba bajo sus manos. Haciendo un gesto renuente, soltó el agarre, pero no dejó de mirar su rostro con expresión de reproche.

Lenny se mostró algo más tranquilo al sentirse liberado y la miró de hito en hito con una mueca que reflejaba su desesperación.

—Te burlas, pero sabes que no hablas en serio —dijo él, alzando una mano frente a su rostro—. Él sí. Natoli es un asesino aunque no le guste ensuciarse las manos; sería capaz de mandarme matar tan solo con tronar los dedos.

María acercó el rostro al suyo con ojos chispeantes.

—Entonces ayúdanos a evitarlo. Salva tu asquerosa vida y también la de otros —ella habló con furia, mascullando las palabras—. No importa lo que Natoli te haya prometido, Lenny, sabes que los hombres como él solo cumplen a medias y tarde o temprano decidirá que no vales la pena. No me extrañaría que se libre de ti antes de dejar Boston; lo ha hecho antes, no le gusta dejar cabos sueltos. Dinos lo que sabes y nos encargaremos de que estés a salvo; él no tiene por qué saber que hablamos. Puedes fingir que sigues trabajando para él hasta que lo atrapemos y entonces no tendrás nada por lo que preocuparte; podrás volver a lo tuyo.

Lenny le dirigió entonces una mirada ceñuda y luego miró a Aidan por encima de su hombro. Él había detenido su caminar y ahora se encontraba tras ella con las piernas abiertas y expresión atenta.

—¿Y bien? —insistió María, obligándolo a mirarla con un chasquido de los dedos ante sus ojos—. Dinos lo que sabes, Lenny o no habrá salida para ti; sabes que a diferencia de Natoli yo no te estoy mintiendo.

El hombrecillo agachó la cabeza en señal de rendición y emitió algo parecido a un sollozo antes de dejarse caer contra la pared maloliente del túnel.

—No sé tanto como crees —empezó él tras levantar la mirada, en un tono bajo, como si temiera ser oído fuera de allí—. Alguien le habló a Natoli de mí, por eso me buscó. Tengo una reputación...

María ignoró el tono levemente orgulloso que detectó en su voz y él continuó tras vacilar solo un segundo.

—Él quería saber acerca de los horarios en que se mueven las mercancías en el muelle; cuándo salen ciertos buques, la ubicación exacta de algunos contenedores, esa clase de cosas —explicó Lenny con las manos firmemente sujetas sobre las rodillas—. Creo que intenta sacar algunas cosas

del país y quería estar seguro de que no tendría problemas.

—¿Y le dijiste lo que quería saber?

Aidan no había hablado hasta entonces, dejando todo el peso del interrogatorio en María, pero en ese momento se inclinó hacia Lenny con el ceño fruncido y un tono demandante en la voz, como desafiándolo a mentir. El hombre sacudió la cabeza de un lado a otro y lo miró con los ojos entrecerrados antes de dirigirse a María con expresión suplicante, como si hubiera decidido que, después de todo, ella le inspiraba un poco menos de miedo.

—¿Qué podía hacer? —Preguntó él a su vez con un gesto de desespero.

—Pudiste mentir —replicó Aidan.

—No, no podía. En primer lugar, solo un idiota le mentiría a un hombre como Natoli a la cara, y en segundo, él lo hubiera sabido y ahora yo estaría muerto.

Fue María quien habló entonces, haciendo un gesto de confusión.

—¿Cómo iba él a saberlo? Eres un buen mentiroso, Lenny, me has engañado un par de veces —recordó ella con una ceja alzada.

El hombre sacudió la cabeza de un lado a otro al tiempo que se encogía de hombros.

—No digo que el hombre lea la mente —explicó él alzando las manos, un poco mosqueado por el recordatorio—. Lo que pasa es que él ya lo sabía, y si le mentía se hubiera dado cuenta.

—¿A qué te refieres con que él ya lo sabía? —preguntó Aidan—. ¿Qué es lo que sabía?

—¡Todo! Los horarios, los nombres de los buques, hasta el cargo de los hombres encargados de revisar los contenedores antes de que dejen el puerto —Lenny los miró como si de pronto se preguntara si lo estaban oyendo bien—. ¿No lo entendéis? He intentado decíroslo desde hace tiempo. Este hombre es más grande de lo que pensáis; tiene amigos poderosos que lo protegen y que lo mantienen informado de todo...

—Sabemos eso —lo interrumpió María con un gesto de fastidio.

—Bueno, entonces podéis imaginar que él no va a sacar del país un cargamento como el que tiene entre manos confiándose solo en mi palabra —explicó el hombre atropellándose con las palabras—. Él ya sabía todo eso porque alguien muy arriba se lo dijo hace tiempo, solo me preguntó para asegurarse de que no le estuvieran mintiendo. Natoli no da una puntada sin hilo, le gusta ir a seguro y por eso busca que le confirmen la información que

le dan. Fue por eso por lo que no le mentí; todo el mundo en los puertos que ha oído hablar de él sabe que no trabaja solo y los que están arriba son incluso peores que él.

Lenny terminó su explicación con un gesto de enorme cansancio y se hizo un ovillo contra la pared mientras María se ponía de pie para ubicarse al lado de Aidan, que parecía tan preocupado como ella. Sin embargo, no dijeron nada en ese momento porque sin importar cuán desvalido se viera Lenny en ese momento sabían que no era buena idea revelar lo que pensaban frente a él; en lugar de ello, intercambiaron una mirada de entendimiento con la que parecieron decirse todo lo que necesitaban y, tras un leve asentimiento de parte de Aidan, María se inclinó en dirección a Lenny tomándolo del hombro para darle una leve sacudida.

—Espero que nos hayas dicho la verdad, y si es así, vamos a protegerte, ¿de acuerdo? Pero no podemos sacarte ahora de las calles porque Natoli podría buscarte de nuevo y le parecerá extraño —dijo ella en su tono más disuasivo—. Si lo hace, necesitamos que actúes con normalidad, Lenny, sabes cómo hacerlo, él no sospechará nada. Tendemos un ojo puesto sobre ti y si hace falta te daremos una mano, lo prometo. Ahora, nos vendría bien que nos digas qué es exactamente lo que Natoli sabe acerca de los muelles y qué crees que piensa hacer ahora.

El hombre recibió sus palabras con un gesto indeciso, pero fue cosa de un instante y luego buena parte de la duda se esfumó de su mirada, como si comprendiera que no tenía sentido discutirle nada. Luego suspiró y dio una cabezada en señal de asentimiento.

Cuando María y Aidan abandonaron el túnel un rato después, dejaron a Lenny acurrucado en el mismo lugar con instrucciones de permanecer allí al menos una hora antes de salir por la entrada opuesta. Durante el camino de regreso a la estación, María rogó porque Lenny fuera capaz de mantener su palabra y se dijo que más les valía darse prisa o Natoli se les escurriría de entre las manos pronto.

Capítulo 9

María se dirigió al laboratorio de criminalística luego de compartir un almuerzo en la cafetería de la estación con Aidan y un par de los oficiales que les habían acompañado en su misión hacía unas cuantas noches. Explicó a Aidan que necesitaba hablar con Beth acerca de una pista que podría haber encontrado del último robo, asegurando que se sentiría más cómoda hablando solo con ella. Dudaba de que Aidan le hubiera creído, pero agradeció que tuviera la gentileza de fingir que lo había hecho.

Cuando llegó al laboratorio, ahogó un lamento al advertir que Alan también se encontraba allí; no tenía ningún deseo de oír sus bromas y se dejaría colgar de los pulgares antes de permitir que él oyera lo que sin duda Beth planeaba decirle. Por eso, simuló despreocupación al llegar y dirigió una mirada de advertencia a Beth para que cuidara sus palabras en presencia de su amiga, lo que ella hizo, claro, porque era demasiado amable para hacer lo contrario. Si Alan encontró algo extraño en ese silencioso intercambio, no dijo nada, lo que bien pensado no dejaba de ser extraño, pero María no estaba del mejor humor para captar esas sutilezas.

—Parece que tu asesino de turno finalmente metió la pata.

María parpadeó, sonriendo a su pesar por la expresión de Alan una vez que ella explicó uno de los motivos por los que se encontraba allí.

—¿Metió la pata? —repitió ella, dirigiéndole una mirada de confusión.

Alan asintió, muy satisfecho por haberla sorprendido.

—Cometió un error, mujer —explicó él—. Todos lo hacemos tarde o temprano y este Natoli no tenía por qué ser diferente. Nunca te fíes de un hombre que finge ser más listo de lo que es.

—Sabias palabras —lo apoyó Beth, con una suave sonrisa—. Y en este caso, muy apropiadas.

—De acuerdo —María asintió controlando su impaciencia— ¿Alguien va a contarme cómo metió la pata Natoli esta vez?

Alan juntó las manos a altura de su rostro e hizo un gesto indeciso.

—Bueno, para ser del todo sincero, es posible que no haya sido él quien metió la pata del todo; pero sin duda cometió un error al confiar en las

personas equivocadas. Aunque bien pensado, tal vez fueron ellos quienes se equivocaron al relacionarse con él, claro; cualquiera sea el caso, son todos idiotas.

—¿Cómo es eso? —insistió María, dirigiéndose a su amiga ya que Alan parecía demasiado entretenido dando largas a algo tan importante—. Por favor, Beth, tengo que volver a la estación.

—¿Qué prisa hay? Seguro que tu compañero puede cubrirte.

—¿Qué? —María giró a mirar a Alan con los ojos muy abiertos, odiando el rubor que sintió en sus mejillas—. No sé de qué hablas.

—¿Cómo que no sabes...?

Beth interrumpió al confuso Alan con una sonrisa amable.

—No dudo que Aidan estaría encantado de cubrir a María, pero ella no puede aprovecharse de eso.

María rechinó los dientes y se cruzó de brazos con semblante inmutable; era eso o romper a reír como una histérica frente a la expresión traviesa en el rostro de Beth y el desconcierto en la mirada de Alan.

—Cierto. No me puedo aprovechar —asintió sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Desde cuándo?

—Alan...

Su amigo bufó antes de encogerse de hombros.

—De acuerdo. Solo quería hacerlo un poco más emocionante... —refunfuñó él antes de dirigirse a su escritorio, de donde volvió con un legajo que sostuvo bajo sus ojos—. Lee.

María no esperó a que se lo pidiera de nuevo; sin vacilar, tomó el expediente y empezó a recorrer las páginas con avidez. La reunión con Lenny le había afectado más de lo que reconoció en su momento; no podía recordar haber visto a alguien tan asustado antes en su vida y el hecho de que fuera alguien como él, acostumbrado a tratar y formar parte de la mayor escoria que cualquiera podría imaginar, solo aumentaba su inquietud. Cada nuevo descubrimiento que ella y Aidan hacía respecto a los verdaderos instintos de Natoli le ponía los vellos de punta y le convencían de que debían acabar con eso pronto o las cosas se pondrían aun peor para todos.

En un inicio no vio nada que llamara su atención; las primeras páginas tan solo contenían un resumen del propio expediente con el que ella y Aidan trabajaban además de una enorme cantidad de datos técnicos que Alan y Beth habían añadido en el curso de sus investigaciones. Estaba a punto de

preguntar qué era lo que había de especial en todos esos datos que ella ya conocía cuando algunas frases destacadas con un resaltador atrajeron su mirada y las releyó un par de veces, parpadeando para aclarar sus pensamientos. Lo que ponía allí era tan increíble que apenas consiguió tomárselo en serio. Pero le bastó con elevar la mirada y observar los rostros ansiosos de Beth y Alan para saber que estaba lejos de ser una broma.

Si sus amigos estaban en lo cierto, acababan de dar con la punta de la madeja de todo el caso que llevaba volviéndola loca hacía meses. Según el informe, habían conseguido aislar el ADN de uno de los involucrados en el primer robo al Museo de Bellas Artes y pertenecía a un hombre que no solo era dueño de un prontuario que haría las delicias de cualquier criminal sino que tenía además nexos con algunas de las cabezas más visibles de la fiscalía. El hombre, un tal Rogan Taylor, había servido en el ejército por varios años antes de ser relevado por una baja deshonrosa relacionada con el abuso a una de sus compañeras; pocos años después, sin embargo, inexplicablemente fue contratado como guardaespaldas de un par de jueces y otros tantos funcionarios poderosos de la fiscalía y había desarrollado ese trabajo hasta desaparecer un par de años antes como si se hubiera desvanecido en el aire. Hasta ahora.

El informe no solo citaba la absoluta certeza de la muestra, sino que además señalaba todos y cada uno de los nexos de Taylor dentro de la fiscalía, las personas con quienes había trabajado y, lo mejor de todo, quienes habían movido los hilos para ocultar su historial y así no tuviera inconvenientes en ser contratado pese a sus antecedentes. Además, como si eso fuera poco y para despejar cualquier atisbo de duda, Alan y Beth habían ido más allá de sus labores habituales; acudieron a algunos de sus contactos en uno de los hospitales públicos de Boston y descubrieron que Taylor había acudido en busca de atención médica al día siguiente de ocurrido el robo con una herida que bien pudo ser producida durante el asalto. Lo usual en un caso como aquel hubiese sido que los médicos que lo atendieron notificaran su ingreso a la policía, un trámite obligatorio en casos como aquel, pero alguien se puso en contacto con la dirección del hospital para mantener el tema sepultado. Alguien poderoso. Tanto que podía silenciar a todo un batallón de médicos con una llamada telefónica y un par de frases dejadas caer respecto a lo poco inteligente por su parte que sería hacer público algo que, prometió, no era en absoluto importante. Pero Alan y Beth sabían que lo era, y mucho. Ese alguien había encubierto a un criminal.

María pasó un par de páginas, buscando una fotografía del tal Taylor y dio un golpe al aire en señal de triunfo al reconocer a uno de los hombres que ella y Aidan habían visto con Natoli en las afueras de su hotel. Incluso ella estuvo segura de que fue él con quien el albanés se reunió aquella noche en el club para ir en busca de Lenny. Todo empezaba a caer bajo el peso de las evidencias y supo que, tal y como ella y Aidan habían supuesto, se trataba de un caso de corrupción y encubrimiento enorme. Ahora, sin embargo, contaban con algo que no habían conseguido obtener. Tenían nombres.

Luego de delinear las palabras resaltadas al final del informe, una hilera con cuatro nombres y apellidos que pertenecían a algunos de los hombres más respetados de la fiscalía, chasqueó la lengua. El que más le había sorprendido fue el de Eric Rollins, el fiscal de distrito; un personaje bastante reconocido en el sector judicial; se decía de él que era tan detestable como poderoso y que era uno de los más voceados para convertirse algún día en el fiscal general.

—Esto es grande, ¿no? —preguntó ella sin poder evitarlo, como si necesitara que se lo confirmaran—. No es alguna clase de broma...

Alan asintió, complacido de haber conseguido sorprenderla.

—Ni siquiera yo me burlaría de algo como esto —comentó él, girando para mirar a Beth, que los observaba con los brazos cruzados a la altura del pecho y expresión concentrada—. Sé que no es exactamente lo que esperabas. Me refiero a que no es una prueba imbatible contra Natoli, no vas a poder arrestarlo con esto; pero si usas la cabeza podrás hacerlo pronto, y no solo a él, también...

María no esperó a que Alan terminara su entusiasta parloteo; estaba demasiado emocionada para eso. En lugar de ello, se dirigió a él y lo envolvió en un abrazo que consiguió lo imposible; su amigo dejó de hablar por todo un minuto, demasiado aturdido para atinar a hacer nada.

—Eres un genio, Alan —dijo ella.

—Lo sé.

Alan reaccionó al fin y le dio unos torpes golpecitos en la espalda; lucía tan incómodo que Beth se compadeció de él y carraspeó para obtener la atención de María, que soltó a su amigo sin dejar de mirarlo con afecto.

—Ambos sois genios —dijo ella entonces, señalando a Beth con una sonrisa—. Tengo que contarle a Aidan de esto. Y a Bernie, también a Bernie; va a darle un ataque cuando lo oiga. Creo que dejaré que sea él quien se lo cuente a David si no te importa, Beth; no estoy segura de si él va a estar feliz

con esto o va a odiarlo...

María calló al ver cómo la sonrisa desaparecía del rostro de sus amigos, en particular del de Beth, que se vio preocupada.

—¿Qué pasa? —preguntó, inquieta.

Fue Alan quien respondió, tomando el legajo de sus manos con movimientos medidos.

—Es que... me parece que estás demasiado entusiasmada con esto, María —él hizo un gesto indeciso—. Es bueno, claro, y me alegra que lo hayamos descubierto, pero tal vez deberías ir con más cuidado. Y definitivamente tienes que pensar dos veces a quién se lo cuentas. Aidan está bien, supongo, pero Bernie y David están demasiado implicados y esto puede afectarles mucho, en especial a David.

María miró a Beth, que se había apoyado sobre el borde del escritorio con el rostro ladeado en ademán pensativo. Estaba tan emocionada por las noticias que no consideró cuánto podría afectarla todo eso a ella considerando su relación con David.

—Lo siento, Beth, no pensé... —ella forzó una sonrisa que esperaba fuera lo bastante despreocupada para despejar sus dudas—. Esto no tiene por qué afectarle.

—Habrá investigaciones —replicó su amiga sin mirarla—. Todo el trabajo de la fiscalía estará bajo un microscopio y puede arruinar sus oportunidades de ascender.

—Beth...

María se acercó a su amiga y le hizo una caricia en el brazo que ella se apresuró a palmear con una mueca de resignación. Solo entonces levantó la mirada y se encogió de hombros sin dejar de cabecear, como si parte de su mente se encontrara muy lejos de allí, meditando todas las implicaciones de su descubrimiento y el efecto que podrían tener en sus vidas.

—Está bien. Es mi trabajo. Nuestro trabajo —dijo ella, señalándose con una cabezada a sí misma y a Alan, que miraba de una a otra con semblante tenso—. Y David estará bien, lo sé; es un hombre muy respetado, la gente sabe que no puede tener nada que ver con esto. Es solo... odio que termine involucrado en la suciedad de Rollins, y él lo odiará también. Se preguntará cómo fue que no lo vio y de alguna u otra forma terminará sintiéndose responsable por no haberlo descubierto por su cuenta.

—Él no podía saberlo —intervino Alan, convencido—. Ni siquiera estoy muy seguro de cómo fue que lo descubrimos nosotros.

Beth emitió una risa, sin poder resistirse a la brutal sinceridad de su amigo.

—Como haya sido, han sido geniales.

Alan descartó el halago de María con un ademán despreocupado, pero ella pudo ver que estaba muy complacido por el sonrojo que afloró a sus orejas, algo que le ocurría siempre que era objeto de atención.

—Supongo que lo hemos sido un poco, sí —sonrió él—. Pero gran parte del mérito es de Beth; yo estuve a punto de rendirme luego de obtener el ADN de Taylor y no encontrar nada en los registros criminales; fue ella quien tuvo la idea de preguntar a nuestros contactos en los hospitales y quien ató todos los cabos. Ahora que lo pienso, ella hubiera sido una gran policía.

Beth cabeceó en un ademán indeciso al oírlo.

—No es la primera vez que lo oigo —reconoció, agradecida—; pero no puedo imaginarme con un arma, así que supongo que no es para mí.

—Me alegra que pienses así, porque serías una competidora temible —dijo María, riendo con fuerza para luego ponerse un poco más seria— ¿Alguien más además de nosotros sabe de esto?

Ambos negaron.

—No, pensamos que lo mejor era dártelo a ti y que tú decidieras qué hacer con la información —respondió Beth—. Pero Alan tiene razón en lo que dijo hace un momento, creo que deberías manejar esto con mucho cuidado. Esos nombres... ¿te imaginas lo que serían capaces de hacer hombres como Rollins para mantener esto en secreto? No solo perderán sus carreras sino que terminarán en la cárcel y si saben que tú tienes estas pruebas te pondrás en peligro.

María se encogió de hombros, como si la idea en sí no le preocupara.

—Estar en peligro viene en el paquete de ser policía; no nos enlistamos solo por el uniforme —replicó ella, pero cabeceó al cabo de un momento al continuar, como si acabara de llegar a una decisión—. Pero tienes razón en que debemos llevarlo con discreción. Todo esto es fantástico y voy a disfrutar meter a todos esos hombres en la cárcel, pero aún no tenemos nada que nos permita relacionar a Natoli con los robos, o al menos nada contundente.

—Creí que habías dicho que casi lo tenías —señaló Alan, confundido.

—Sí, eso creo; pero con esto... —señaló los documentos con una expresión mezcla de exasperación y gozo—. Los quiero a todos y para eso necesitamos probar nuestras teorías. Si hilamos fino podemos desbaratar a toda la red, ¿os lo imagináis? No solo encarcelaremos a Natoli y todos

quienes trabajen para él, incluido ese Taylor, sino también podremos arrestar a Rollins y los otros como él.

Beth cabeceó lentamente, como si comprendiera bien lo que pretendiera.

—Necesitarás ayuda para eso —dijo ella—. Alguien que tenga el conocimiento legal...

—Tengo a Bernie —le recordó María.

—Sí, pero Bernie no tiene un puesto lo bastante cercano a Rollins para acceder a cierta información.

María la miró con una ceja alzada.

—¿Estás sugiriendo que le pida ayuda a David? —preguntó sin sonar muy convencida.

—¿Por qué no? —replicó su amiga—. Alan tiene razón en que debes tener cuidado con quienes compartes estos hallazgos, pero David puede ser muy útil en un caso como este.

—Y no se sentirá tan furioso cuando descubra que Rollins ha estado aprovechándose de su posición bajo sus narices —acotó Alan, haciendo un gesto de arrepentimiento al toparse con la mirada airada de Beth— ¿Qué? Es la verdad. Aunque debo decir en defensa de David que es un hombre tan íntegro que a veces puede pecar de ingenuo. No es su culpa, no imagina que alguien haga algo como esto porque él es demasiado decente para siquiera considerarlo.

María sacudió la cabeza de un lado a otro, recordándose por qué Alan quería tanto a Alan pese a que el pobre era capaz de mostrarse brillante en un momento para luego decir alguna tontería que borraba buena parte de sus logros. Sin embargo, ese no era un buen momento para regañarlo, por lo que dirigió a Beth una mirada que esperó la convenciera de no responder a eso y sonrió satisfecha al ver que su amiga asentía de mala gana.

—Muy bien. Voy a llevarme esto para mostrárselo a Aidan y luego arreglaré una reunión con David —explicó, tomando la documentación de manos de Alan—. A Aidan le simpatiza y ya antes consideró pedirle ayuda, pero yo lo convencí de que era mejor ir con Bernie. Ahora creo que necesitamos a ambos.

—Si gustas, puedo hablar con él para acordar un encuentro en un lugar discreto; no creo que sea buena idea que tú y Aidan os presentéis en la fiscalía —sugirió Beth.

María asintió. Ya lo había pensado y le alegró que la sugerencia partiera de ella porque sabía que iba a tener que dar muchas explicaciones a David y

sería mejor para todos que fuera ella quien se encargara de eso. No solo Beth sabría explicar mejor las cosas de modo que cuando ella y Aidan se reunieran con David él ya estuviera en antecedentes, ahorrando tiempo precioso, sino que así Beth podría manejar mejor el hecho de confesar que había estado trabajando en esa investigación sin haberle dicho nada en el proceso.

—Eso sería perfecto —dijo ella, agradecida—. Llámame tan pronto como hayas hablado con él; tenemos que movernos rápido.

Beth asintió y Alan exhaló un hondo suspiro de alivio, como si acabara de sacarse un gran peso de encima; conociéndolo, debía de haberse encontrado ansioso no solo por compartir sus descubrimientos sino también por asegurarse de que nada de eso afectara demasiado a quienes conocía.

—Bueno, no sé a vosotros, pero a mí la genialidad me da hambre —dijo él, dándose un golpecito en el abdomen— ¿Quién quiere un refrigerio?

—Acabo de comer, Alan, y tengo que volver a la estación para hablar con Aidan —se disculpó María con una sonrisa.

—Pero puedes acompañarnos con una bebida, ¿no? Solo será un rato —intervino Beth con una mirada calculadora que pasó de uno a otro casi sin parpadear—. Alan puede ir a comprar algo en un minuto.

Él frunció el ceño y señaló su teléfono.

—¿Por qué iría yo? Puedo pedir que nos traigan unos sándwiches...

—Tardarán más si esperas y el restaurante está en la otra calle —insistió Beth—. Te hará bien hacer un poco de ejercicio, vamos. María y yo esperaremos.

María estuvo a punto de abrir la boca para decirle que eso no tenía mucho sentido porque sin duda el mensajero tardaría lo mismo que Alan en llegar con lo que fuera que pidiera y así él no tendría que marcharse, pero le bastó con ver el rostro de Beth para saber que eso no era más que una excusa y supo también cuál era la razón de una treta tan burda. En su emoción por el descubrimiento de sus amigos había olvidado una de las razones por las que fue allí en primer lugar. Beth quería hablar acerca de ella y Aidan.

Estuvo tentada a urdir cualquier excusa para librarse de esa conversación, pero Alan ya se había marchado tras rendirse a discutir con su amiga, demasiado hambriento para perder tiempo. De modo que tan pronto como se quedaron a solas María señaló a Beth con el mentón y cruzó sus brazos a la altura del pecho en un gesto que reveló su desconfianza.

—Esa ha sido una jugada de lo más sucia —dijo ella sin ocultar su molestia.

Beth sonrió, encantada.

—¿Verdad que sí? Es cierto eso de que sería una estupenda policía —suspiró, complacida por haber confirmado esa posibilidad, pero de inmediato miró a su amiga con expresión suspicaz—. Ahora empieza a hablar porque no tenemos mucho tiempo; es verdad que el restaurante está en la otra calle y conociendo a Alan volverá en cualquier momento.

María tan solo se mostró más taciturna al oírla.

—No sé qué es lo que quieres que diga —replicó ella al fin precisamente con la intención de desviarla para ganar tiempo y evitarse esa charla.

Beth puso los ojos en blanco y emitió un bufido.

—Puedes empezar contándome cómo pasaste de querer asesinar a tu compañero a acostarte con él —sugirió ella sin mucha sutileza.

María gruñó e hizo todo lo posible por ignorar el calor en sus mejillas. No iba a sonrojarse por la honestidad de Beth; era una mujer adulta, ¿y acaso no decía la verdad?

—Es complicado —respondió al fin, decidida a no andarse con evasivas—. Solo nos dejamos llevar.

Beth rio.

—¡Por favor! No lo hagas sonar más frívolo de lo que es; no puedes pretender engañarme. Te conozco y sé que no vas por allí dejándote llevar no importa cuánto te guste fingir lo contrario —señaló ella sin vacilar—. Sabía que te gustaba Aidan, pero no pensé que fueras tan lejos.

—Bueno, ¿y qué tiene de malo que lo hiciera? —la desafió María con el mentón elevado.

—No recuerdo haber dicho que tuviera nada de malo.

La calma en la voz de Beth solo consiguió enojarla más.

—Tampoco es bueno.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué? —preguntó Beth sin incomodarse por su tono.

María suspiró e intentó ser más amable. Beth no tenía la culpa de todo lo que la torturaba o de lo profundo y confuso de sus sentimientos por Aidan.

—Porque... —ella hizo un gesto indeciso— ¡No tengo idea!

Beth asintió, como si hubiera sido eso lo que esperaba oír.

—No hay nada de malo en estar confundida, María —sonrió ella—. En realidad, siempre he pensado que es algo positivo.

—¿En serio?

Beth ignoró el tono agrio en la voz de su amiga y la miró con la misma curiosidad que hubiera mostrado una de sus hermanas de estar en su lugar.

—Sí, en serio, pero no me sorprende que no estés de acuerdo —comentó ella dando una mirada sobre su hombro antes de volver a mirarla— ¿Qué es lo que sientes por él?

María la miró como si de pronto dudara de su inteligencia.

—¿Qué parte de “no tengo idea” no te ha quedado clara? —replicó, enfadada—. Además, ¿por qué tendría que sentir algo? Es solo...

—No digas que es solo sexo.

—¡Lo es! —María se mostró obstinada—. No vas a criticarme por eso.

Beth sonrió con dulzura, pero no pareció que le creyera del todo.

—Claro que no, pero te he visto con él y creo que es algo un poco más complicado, ¿verdad? Aidan no es solo un hombre atractivo y nada de lo que digas me hará creer que es lo único que ves en él, así como no creo que él se arriesgara contigo solo porque te ves como te ves.

María dio una pequeña patada al aire como si así pretendiera hacer a un lado un objeto imaginario; Beth no lo comentó, pero supuso que fue solo un gesto con el que reflejó cuánto le hubiera gustado hacer precisamente eso con sus sentimientos; hacerlos desaparecer de un puntapié. Sin embargo, no dio resultado, lo que fue bastante obvio en el gesto de frustración que afloró a su rostro.

—Él me hace sentir... me hace sentir...

Beth se inclinó levemente hacia adelante para oír lo que María rumiaba entre dientes.

—¿Qué? —la alentó ella.

Su amiga levantó la mirada, que hasta entonces había mantenido fija en el suelo con un rictus obstinado.

—¡Me hace sentir cosas! —dijo ella al fin, como si se tratara de una explosión—. Y no me gusta. No es bueno para mí.

—Sentir cosas no es malo, María; la mayoría de la gente diría que eres afortunada.

—La mayoría de la gente es idiota.

Beth puso los ojos y exhaló un suspiro.

—No piensas realmente eso —Beth continuó al advertir que su amiga estaba a punto de rebatir esa afirmación—. Así como tampoco piensas que lo que hay entre tú y Aidan tenga nada de malo. Lo que ocurre es que estás asustada...

María se envaró como si acabara de pincharla con un objeto afilado.

—No estoy asustada —indicó ella en voz demasiado alta.

—Sí que lo estás. Te conozco y sé que estás aterrada.

—Estás equivocada —insistió María, haciendo un aspaviento como si así pudiera convencerla de lo absurdo de lo que decía—. No entiendes nada y te agradecería que dejaras de hacer como si así fuera.

—Entonces explícamelo.

Beth se cruzó de brazos y la alentó a hablar con un gesto del mentón y semblante calmado, como si se encontraran en medio de un salón de clases y fuera una estudiante aplicada. María chasqueó la lengua al comprender lo que hacía y eso no ayudó a aclarar sus pensamientos, pero se esforzó por dar con algo que decir, cualquier cosa que sonara más o menos sensata y que la obligara a dejarla en paz.

—Aidan es... él tiene... —ella carraspeó y frunció el ceño, un poco enfadada consigo misma por lo difícil que estaba resultando decir algo negativo acerca de él, pero entonces dio con una idea y se aferró a ella como a un salvavidas—. Él tiene muchos problemas; sabes algo acerca de eso. Su hermana pequeña está aquí y necesita su ayuda y atención... el resto de su familia no es precisamente un encanto y tiene que batallar con ellos todo el tiempo, eso sin mencionar que es demasiado reservado para su bien. ¿Has notado lo poco que habla de sí mismo? Lo conozco hace meses y a pesar de todo el tiempo que pasamos juntos es como si solo hubiera visto la punta del iceberg.

—Pero eso no te impidió desarrollar sentimientos por él, ¿no?

María ignoró la interrupción de Beth y continuó como si no la hubiera oído.

—Y eso no ha cambiado; incluso ahora que nos hemos... acercado —ella pareció tener serios problemas para dar con una palabra apropiada—. Apuesto mi arma a que hay un montón de cosas que no sé acerca de él y no estoy segura de que me vayan a gustar.

—Pero te mueres por descubrirlas.

María emitió un quejido frustrado y miró a su amiga con el ceño fruncido.

—Así no se puede hablar —declaró ella.

Beth ahogó una carcajada y se acercó para darle un apretado abrazo.

—Es que odias no tener la razón —le recordó ella sin dejar de reír—. En especial en cosas como esta. Te gusta aparentar que lo sabes todo, pero

aunque no te haga ninguna gracia tienes que reconocer que no eres una experta en el amor.

María se echó hacia atrás para librarse del abrazo y le dirigió una mirada de horror.

—¿Quién está hablando de amor? —preguntó.

Beth no se dejó amedrentar por su actitud y su semblante permaneció inalterable. De pronto había adoptado una expresión pensativa y levemente nostálgica, como si parte de su mente se encontrara muy lejos de allí, sumida en sus recuerdos. Entonces, ignorando el gesto huraño en el rostro de su amiga, sostuvo una de sus manos y la apretó suavemente para obtener su atención. Cuando María levantó el rostro y vio que había conseguido superar parte del espanto producido por sus palabras, Beth le dirigió una dulce sonrisa y habló en tono amable.

—Todos tenemos una historia, María, pero la de algunos es peor que la nuestra, no tengo que decirte eso. Estoy segura de que sabes más de Aidan de lo que quieres reconocer, y lo que no te ha dicho sin duda puedes suponerlo; eres una mujer lista —comentó ella con un guiño travieso—. Pero te diré algo que no tienes cómo saber porque nunca has estado enamorada. Nadie lo diría, no es algo que entiendes de verdad hasta que lo vives; pero no hay nada más hermoso que ser amado por una persona rota. Cuando alguien así te entrega su corazón a pesar de haber sido pisoteado una y otra vez, sabes que su amor es el más sincero que podrás recibir. Porque conoce los riesgos, sabe cuánto podría doler si las cosas salen mal, pero está dispuesto a intentarlo. Porque su amor es más fuerte que su miedo.

María la oyó con los labios entreabiertos y su expresión fue haciéndose cada vez más grave; de pronto se vio tan vulnerable y confundida que Beth hubiera vuelto a abrazarla de no saber que eso solo empeoraría su estado. Ella no era de la clase de personas que manejaban bien su propia fragilidad y estaba tan acostumbrada a sepultarla bajo una falsa coraza de autosuficiencia que el no saber qué hacer con sus sentimientos la ponía frenética. Hasta entonces, en todo el tiempo que llevaba de conocerla, Beth no podía recordar que la hubiera visto en un estado como aquel antes, y aunque para ello eso era algo estupendo porque significaba que finalmente estaba lista para bajar la guardia y reconocer sus sentimientos, sabía que era algo que al final tendría que enfrentar por sí misma. Ella podía aconsejarla e intentar aclarar un poco sus pensamientos, incluso hablar de su propia experiencia como acababa de hacer; pero eso era todo. La vida privada de María tan solo le pertenecía a

ella y no tenía el derecho ni el deseo de involucrarse más en ello; aunque esperaba que Aidan no tuviera esos escrúpulos.

Cuando María se sintió finalmente lo bastante segura para poder hablar, carraspeó un par de veces y rehuyó la mirada de su amiga porque sabía que no iba a poder ocultar todo lo que sentía.

—Aidan no me ama —dijo al fin en un tono de voz tan frágil y desvalido que no pareció suyo—. Y yo no lo amo a él.

Beth asintió suavemente como si le creyera porque imaginó que era lo único que María aceptaría que hiciera en ese momento aun cuando ambos supieran que mentía.

—Está bien si eso es lo que sientes ahora, pero te daré un último consejo, solo por si acaso —dijo ella, tomando un poco de distancia—. A veces lo único que necesitas es una persona que te muestre que no hay nada de malo en bajar la guardia, ser tú misma y entregar tu corazón. Aidan puede ser esa persona para ti. No lo arruines.

María no tuvo tiempo de contestar, lo que tal vez fuera una suerte porque no habría sabido qué decir. Alan regresó en ese momento con el aliento entrecortado como si hubiera corrido; llevaba unas bolsas de papel que apenas conseguía sostener entre los brazos y Beth se apresuró a ayudarlo con su carga, soltando exclamaciones de placer al oler el contenido de los paquetes.

—Creí que habías dicho que sería solo un refrigerio.

Alan se encogió de hombros y sonrió.

—Refrigerio. Almuerzo. Son solo palabras —él hizo un gesto desenfadado y miró a María sin variar su expresión—. ¿Qué quieres? Estoy seguro de que tengo uno de tus sándwiches favoritos por allí.

María le devolvió una tensa sonrisa y negó con la cabeza.

—De verdad no tengo hambre, Alan, pero gracias —indicó ella tras dar una estudiada mirada a su reloj—. Tengo que irme; quiero hablar con Aidan acerca de todo lo que han encontrado antes de que termine nuestro turno. Beth, no olvides llamarme en cuanto hayas hablado con David; yo me encargaré de enviar un mensaje a Bernie. Gracias por todo, chicos, hablaremos luego.

Alan y Beth vieron cómo ella tomaba su bolso y guardaba los documentos en él con rapidez antes de hacer un gesto de despedida para remarcar sus palabras y se marchaba con paso apresurado.

Una vez que desapareció tras la puerta de cristal del laboratorio, Alan

parpadeó, aun confundido por esa abrupta salida, y miró a Beth en busca de una explicación, pero ella tan solo sacudió la cabeza y se encogió de hombros, sin responder. En lugar de ello, dio un mordisco a una de las galletas que Alan había traído y mantuvo su expresión taciturna.

María mantuvo una bien estudiada distancia entre ella y Aidan por todo el resto de la semana, segura de que era lo más inteligente a hacer. Lástima que inteligencia no fuera precisamente un sinónimo de felicidad, se dijo más de una vez mientras evitaba su mirada y procuraba sortear cualquier conversación que no estuviera estrictamente relacionada con su trabajo. Si bien durante la última charla personal que sostuvieron ella había confesado que no quería alejarse de él, era eso exactamente lo que hacía. De pronto se había forjado un gran abismo entre ambos que María se obstinaba en incrementar con su frialdad y maneras calculadas para aparentar indiferencia.

Otro hombre quizá hubiera decidido que no tenía sentido insistir cuando era evidente que, equivocada o no, era eso lo que ella deseaba sin importar cuánto los lastimara a ambos. Por suerte, Aidan no era esa clase de hombre, como María descubrió pronto.

Había planeado aprovechar ese fin de semana para ponerse con el papeleo que había postergado hacer por meses; odiaba esa parte del trabajo, pero sabía que nadie lo haría por ello, de modo que se llevó verdaderas montañas de archivos para trabajar en ellos segura de que era el mejor plan que iba a conseguir.

Su hermana Ana le había dejado un par de mensajes en la contestadora, lo mismo que su madre, ya que se había negado a responder el teléfono con la certeza de que así evitaba preguntas que no deseaba responder. Desde luego, debió saber que no tendría nada sencillo sacárselas de encima, en particular a su madre, quien estaba lejos de ser tan tolerante como le gustaba aparentar. La señora Cabrera la conocía lo suficiente para saber que cuando la evitaba era porque temía que pudiera ver algo que le preocupaba; el problema era que a veces el ocultarle las cosas era simplemente imposible, de modo que lo mejor era curarse en salud, como hubiera dicho su padre, tan sabio y cauto como siempre. Si no podía verla, no podía adivinar nada y eso era lo que ella deseaba.

Pasó todo el sábado sumergida en el trabajo, redactando y corrigiendo

un informe tras otro sin detenerse excepto para comer cualquier cosa que encontró en su casi vacío refrigerador. Tal vez dedicara el domingo a ir de compras al supermercado y limpiar el apartamento, se dijo al meterse en la cama esa noche, intentando que el pensamiento fuera más optimista de lo que era en realidad porque en el fondo supo que era un plan bastante sombrío. No recordaba haberse sentido nunca tan deprimida, ni siquiera en sus peores momentos. Desde luego, le resultó mucho más sencillo culpar a Aidan de todo porque, ¿de quién más iba a ser la culpa?

El domingo amaneció con un sol radiante, lo que solo pareció empeorar su humor, como si no pudiera creer que el mundo fuera tan cruel de enrostrarle su belleza mientras ella se sentía miserable. Se mantuvo en la cama con los ojos muy abiertos fijos en el techo, pero se esforzó por salir de un brinco en cuanto empezó a asaltarla esa sensación de soledad que parecía acompañarla últimamente. De pronto el apartamento le pareció demasiado grande y la cama muy fría porque ya había conocido lo que era compartirla con él.

Se dio una ducha fría rumiando todo lo que pensaba hacer ese día. Bien podía empezar tomando un buen desayuno para compensar todas las patatas fritas y gaseosas que había consumido el día anterior; luego iba a ordenar su armario y quizá se consintiera una vez que terminara con todo lo que tenía por hacer en el día pidiendo algo para cenar en su restaurante favorito.

Su teléfono sonó cuando apenas acababa de empezar a remover la pila de ropa por lavar y al ver el nombre de Aidan en la pantalla estuvo a punto de dejarlo sonar, pero se dijo que estaba siendo una idiota porque podría tratarse de algo serio relacionado con el trabajo. Se aclaró la garganta antes de responder, pero acababa de formular un cauto buenos días cuando bastó con oír su voz al otro lado de la línea para que sintiera un temblor en las rodillas que la obligó a dejarse caer sobre la cama.

—¿María?

Ella parpadeó para aclararse y volvió a carraspear, sintiéndose más tonta que nunca.

—¡Hola! —un rugido apagado la obligó a alejar un poco el auricular y lo miró con extrañeza antes de llevárselo nuevamente al oído—. ¿Dónde estás?

—Asómate a la ventana.

María sostuvo el teléfono sin colgar la llamada e hizo lo que él le pedía, demasiado intrigada para discutir o preguntarle de qué estaba hablando si

podía descubrirlo por sí misma. Por un momento le costó creer lo que veía, pero casi sin que se diera cuenta una enorme sonrisa se fijó en su rostro al reconocer a Aidan en el aparcamiento en el primer piso fuera del edificio. Estaba sentado sobre una motocicleta y al verla aparecer en lo alto le hizo un gesto elevando ambas manos para señalarse a sí mismo y al vehículo en el que iba montado.

Ella no era una experta en motocicletas, pero siempre le habían gustado y una de las grandes frustraciones de su adolescencia fue el no poder convencer a su madre de que le dejara comprarse una con sus ahorros. Sin embargo, estaba segura de que no importaba cuánto hubiera conseguido ahorrar o lo mucho que lo deseara, jamás habría logrado hacerse con una como la que Aidan lucía con tanto orgullo. Incluso desde la distancia fue capaz de apreciar las líneas elegantes del vehículo en negro y plata, un monstruo que parecía una extensión del cuerpo del hombre que lo montaba.

Cuando al fin consiguió recuperarse de la impresión, María parpadeó y habló al teléfono porque no se atrevió a gritar desde esa altura.

—¿Qué rayos es eso? —preguntó ella sin poder contenerse.

Advirtió la sonrisa de Aidan al oírla y exhaló un inaudible suspiro cuando él levantó la mirada y buscó sus ojos.

—Esto, *a ghrá*, es una de las alegrías de mi vida.

Amor mío. Eso significaba *a ghrá*, recordó María, y no pudo contener un escalofrío al musitar la palabra, recordando qué se encontraban haciendo cuando él se lo dijo por primera vez. Sin embargo, no lo mencionó; en lugar de ello prefirió mantener esa charla en un campo menos peligroso.

—¿Y se puede saber de dónde salió y por qué está ahora frente a mi edificio? —preguntó ella.

—Acaban de enviármela. La tenía en Nueva York y la echaba de menos, pero no he tenido tiempo para hacer los trámites y un amigo de la estación ofreció darme una mano con eso. No puedo movilizarme solo en tu coche todo el tiempo y jamás me compraría uno pudiendo usar esta belleza —Aidan sonrió e incluso desde allí María pudo advertir el gesto insinuante que afloró a sus rasgos al bajar la voz al continuar—. En cuanto a tu segunda pregunta, coge una chaqueta y baja para que te lo diga.

María estuvo a punto de negarse; ya había empezado a formular una excusa respecto a víveres por comprar y ropa que no se lavaría sola, pero supo que en el fondo de su corazón eso era lo último que deseaba hacer. Aunque se había prometido que mantendría la distancia entre ambos, en ese

momento se hubiera lanzado con gusto para reunirse con él, un pensamiento que le hizo torcer el gesto por semejante raptó de dramatismo. Tras decidir que al paso que iba si se quedaba allí corría el riesgo de terminar recitando poesía o algo así, sacudió la cabeza e hizo un gesto a Aidan para que esperara.

Sin vacilar, porque de hacerlo quizá se hubiera arrepentido de lo que iba a hacer, tomó la primera chaqueta limpia que encontró, su móvil y llaves, y bajó como si la persiguiera el diablo. Ni siquiera usó el ascensor, sino que usó las escaleras de emergencia y cuando salió del edificio para reunirse con Aidan tenía la respiración agitada. Al detenerse frente a él, se llevó una mano al pecho y supo que esa agitación no solo estaba relacionada con lo rápido que había corrido. La forma en que Aidan la miraba tenía también mucho que ver con eso.

Había algo peligroso en un hombre consciente de su atractivo y que parecía sentirse tan cómodo montado sobre una máquina que otra persona hubiera considerado intimidante. De pronto un viejo recuerdo la asaltó: su madre de pie frente a ella y sus hermanas dándole un sermón acerca de lo arriesgado que podía ser un hombre como él y que las castigaría sin vacilar si soñaban siquiera en subirse a su motocicleta. La idea fue tan graciosa que apenas consiguió contener una carcajada.

Aidan elevó una ceja, como preguntándose qué le causaba tanta gracia, pero pareció también complacido de verla con un semblante risueño, lejos de la hostilidad que quizá había esperado encontrar.

—¿Y bien? —Preguntó ella, elevando el mentón—. ¿Qué haces aquí?

Él respondió con otra pregunta, inclinándose un poco hacia ella al adelantarse en el asiento. No la había tocado, pero María sintió como si estuviera recorriendo cada resquicio de su piel con solo una mirada.

—¿Por qué no respondes las llamadas de tu madre y tu hermana? —inquirió Aidan en tono grave.

María parpadeó, sorprendida.

—¿Qué? —recordó las veces que había dejado el móvil sonar en lo que iba del fin de semana y sintió un agujijón de culpa— ¿Cómo sabes eso?

—Enya.

María estuvo a punto de preguntarle qué tenía que ver su hermana con su madre y el resto de su familia, pero entonces recordó que había sido precisamente ella quien había puesto a Enya con su hermana Ana para que trabajara en su veterinaria. De cualquier forma, se dijo que eso no le dejaba

todo claro, de modo que miró a Aidan con la curiosidad pintada en el rostro.

—¿Y ella lo sabe porque...? —insistió ella con un gesto que lo alentó a continuar.

—Hay algún tipo de actividad en el negocio de tu hermana y Enya está allí —Aidan se encogió de hombros al responder—. Tu hermana le dijo que ella y tu madre habían estado intentando comunicarse contigo para que fueras también, pero no habían podido lograr que respondieras el teléfono y se me ocurrió...

—Que tú podrías hacerlo por ellas —concluyó ella por él.

Aidan asintió sin mostrarse incómodo por haber tenido esa iniciativa.

—Sí. Es una excusa estupenda, ¿no lo crees?

—¿Excusa para qué? —Preguntó ella, anhelando su respuesta.

—Para conseguir lo que en verdad quería.

—¿Y qué es eso?

Aidan extendió una mano y rozó sus dedos.

—Verte.

María vaciló solo un instante antes de cerrar los dedos alrededor de los suyos y ese pequeño gesto pareció derribar las últimas defensas que se había esmerado en levantar entre ambos. Aidan sonrió y tiró de su mano para acercarla a él hasta que María se encontró con las piernas apoyadas contra el soporte de la motocicleta y las manos alrededor de su cuello.

—Esa ha sido una respuesta excelente —dijo ella inclinándose sobre sus labios.

—¿Verdad que sí? Y ni siquiera me he esmerado.

María sonrió antes de perderse en un beso que bien pudo durar un segundo o una hora, no habría podido asegurarlo incluso de haberse molestado en pensarlo. En realidad, no pensó en nada, tan solo se dejó llevar por el calor de los labios de Aidan sobre los suyos, su lengua recorriendo el interior de su boca y sus manos rodeando su cintura por debajo de la chaqueta. Se habría quedado por siempre en esa incómoda postura de no haber oído un claxon tras ella, lo que la obligó a romper el beso y separarse de él con expresión avergonzada. Esa era una de las cosas que más la confundían de su relación con Aidan; cuando estaba con él le costaba pensar con sensatez. De haberlo hecho habría sabido que era una estupidez actuar como una quinceañera obstruyendo el tráfico en la entrada de un edificio.

La pareja que vivía en el apartamento colindante al suyo pasó por su lado y ambos le hicieron un gesto de disculpa antes de perderse en su coche

al alejarse por el pavimento. A María no le quedó más alternativa que sonreír y rogar porque la tierra se la tragara; pero Aidan parecía más bien divertido, lo que le habría puesto de mal humor si él no hubiera reiniciado sus caricias al recorrer sus mejillas con un dedo. Por fortuna o no, dependía de cómo se viera, no intentó besarla nuevamente allí.

—Le prometí a Enya que intentaría convencerte de ir —dijo Aidan rompiendo el silencio sin soltarla—. Parece que es algo importante para ella, aunque no tengo muy claro de qué se trata. Y por lo que entiendo, a tu familia también le gustaría que fueras.

María cabeceó en un ademán indeciso y se separó para dar una mirada a su móvil, segura de que su madre y Ana debían de haber dejado algunos mensajes cuando no consiguieron que les respondiera a sus llamadas. Tal y como pensó, allí estaban y le bastó con leer un par de líneas para saber de qué se trataba todo ese asunto.

—Ana hace cosas como esta de vez en cuando —comentó ella a Aidan con la vista puesta en la pantalla—. Eventos de adopción para buscar un hogar a animales abandonados. La familia siempre termina involucrada de alguna forma u otra; ha estado volviéndome loca con que adopte a un cachorro.

—No suena tan mal —replicó él.

María levantó la cabeza y le dirigió una mirada burlona.

—Si vamos, hará lo mismo contigo. Estás advertido —dijo ella.

Aidan se encogió de hombros.

—Me gustan los animales —replicó él con tranquilidad.

María ahogó un suspiro, convencida de que no tendría a un aliado de su parte para combatir la locura de su familia. Posiblemente él tan solo se pondría de su parte.

—Repítelo cuando tengas una manada de ovejeros sobre ti —amenazó ella con un dedo, para luego asentir con un nuevo suspiro—. Pero supongo que no me matará dar una mirada.

—¿Eso es un sí? —preguntó él.

Fue el turno de María para encogerse de hombros.

—Digamos que es un “odio que me pongas en esta posición y te lo haré pagar en algún momento” —respondió ella con un mirada de advertencia.

Aidan asintió.

—Me gusta cómo suena eso —respondió él, tendiéndole un casco—. ¿Nos vamos?

María no esperó a que se lo pidiera dos veces y se lo puso conteniendo un temblor de impaciencia. Lo había sabido desde que lo vio hacía un momento, cuando se quedó boquiabierta al recibir su llamada y lo vio aparcado allí. Iba a subir a esa motocicleta con él, rodearía su cintura con los brazos y apoyaría el pecho contra su espalda. Lo decidió sin saberlo, como había descubierto que acostumbraba hacer en todo lo relacionado con Aidan. Por eso no se sintió en absoluto extraña cuando se pusieron en camino y cedió al impulso de acercar la nariz a su cuello y aspirar el aroma que desprendía, encantada al percibir un leve temblor que lo sacudió. Tal vez no hubiera tomado la decisión más inteligente al aceptar ir con él, pero en ese momento supo que no habría podido hacer otra cosa. De pronto se dio cuenta de que, al menos en ese instante, ese era el único lugar en el mundo en el que le apetecía estar.

—Creo que este es el momento en que dices: “te lo dije”.

María rio entre dientes al oír la voz ahogada de Aidan y el gesto de horror en su rostro. Para ser un hombre que no parpadeaba al disparar y a quien había visto enfrentarse a todo tipo de criminales, era impresionante lo indefenso que parecía al ser acosado por una manada de cachorrillos.

—Te lo dije —respondió ella sin fingir lo complacida que se sentía de tener la razón—. Pero no te sientas mal; todos hemos caído en algún momento.

Llevaban un par de horas allí y María encontraba difícil creer cuánto lo estaba disfrutando. Ana había organizado la actividad en un parque aledaño a la veterinaria, un lugar mucho más amplio que su local, donde nunca hubiera conseguido que los potenciales adoptantes pudieran examinar bien a los animales que buscaban una nueva casa.

Cuando llegaron se toparon con una ajetreada Enya que iba de un lado a otro como si la vida se le fuera en ello, procurando mantener tranquilos a los animales y obsequiando con sonrisa a quien fuera que se acercara interesado por los ladridos que debían de oírse a varios kilómetros a la redonda. Su hermana parecía tan ocupada como su nueva ayudante y María agradeció que su madre lo estuviera también porque no se le escapó la expresión de interés que mostró al verla llegar con Aidan. Por suerte, solo se acercó un momento para saludarles y volvió a atender a unas amigas que habían llevados a sus

hijos pequeños para que vieran a los animales.

Ana se las había arreglado para convertir la actividad en una suerte de feria que iba camino a convertirse en un éxito. Sus padres contribuyeron con algo de comida y el eterno enamorado de Rosángela estaba también haciendo compañía a su hermana mayor; era un aficionado a la magia y en ocasiones como esa se lo pasaba genial haciendo alarde de sus trucos para entretener a la gente. A María le parecía que era un hombre estupendo y lamentaba que su hermana llevara tanto tiempo dándole largas cuando era obvio para cualquiera que hacían una pareja estupenda.

Al darse cuenta que estaba pensando lo mismo que habría dicho su madre, frunció el ceño y se dio un puntapié mental, preguntándose de donde salió semejante idea. Con un resoplido, volvió su atención a Aidan, que había logrado deshacerse de los cachorros gracias a la ayuda de Enya, que se apresuró a llevarlos con ella para mostrárselos a un grupo de niños.

—A pesar de todo, no me molestaría tener uno de esos —comentó él, sacudiéndose un montón de pelos de sus pantalones.

—Cuida lo que dices o Enya te tomará la palabra —María señaló a la chiquilla con una cabezada.

—Buen consejo —sonrió él—. Supongo que tendré una conversación acerca de eso pronto.

María asintió en un gesto solemne y rompió a reír; dudaba de que Aidan fuera capaz de negarse a algo que le pidiera su hermana. Entonces se dejó caer sobre la hierba con las piernas cruzadas y recostó las manos sobre sus rodillas. Aidan la miró un segundo antes de sentarse a su lado con las largas piernas extendidas frente a él; el dorso de su mano rozaba la parte de piel expuesta de su cintura y ella no hizo nada por retirarla, era agradable sentir el calor que él desprendía, le recordaba la forma en que la había acariciado hacía lo que le parecía mucho tiempo. En ese instante hubiera dado cualquier cosa porque se encontraran a solas y lanzarse a sus brazos. Él, por suerte, no podía imaginar lo que estaba pensando ni pareció encontrarse tan afectado como ella por su cercanía. En lugar de ello, parecía muy interesado en el pretendiente de Rosángela, que en ese momento acababa de desvanecer un mazo de cartas para deleite de los niños y sus padres; como no se calmara un poco, se dijo María con cierta acidez, iba a robar la atención a los cachorros.

—Parece un buen tipo —comentó Aidan señalándolo con una cabezada.

María asintió sin vacilar y vio cómo su madre la daba un cariñoso golpecito en el hombro al pasar por su lado.

—Lo es —comentó ella—; y a mamá le encanta. Pero podría ser un poco más discreta; creo que es por toda la emoción que ella muestra que Rosángela no se decide a aceptarlo del todo.

Aidan sonrió y la miró de reojo.

—Ninguna mujer estaría segura de un hombre que le agrada tanto a su madre.

—Algo así.

—Creí que eso solo valía en la adolescencia.

María se encogió de hombros.

—Todos conservamos algo de la adolescencia, Flynn, como tú y tu amor por tu motocicleta —comentó ella con una ceja alzada.

Aidan tuvo el buen gesto de no discutir esa afirmación y empezó a acariciar su piel con los nudillos. Fue un movimiento al parecer inconsciente, incluso inocente; nadie que los viera hubiera podido notarlo y de hacerlo quizá no le habría dado importancia, pero a María la recorrió un estremecimiento y tuvo que ladear el rostro y parpadear para conservar la compostura. Carraspeó para aclararse la garganta porque dudaba de su propia voz.

—De cualquier forma, ellos terminarán juntos; en la familia lo tenemos asumido y me alegra —ella sonrió, burlona—. Cualquier hombre lo bastante valiente para salir con una de mis hermanas merece mi respeto.

—¿Dices esas cosas frente a tu madre? —preguntó él, en un tono similar.

Ella fingió un escalofrío.

—¿Estás loco? Valoro demasiado mi vida para eso.

Ambos rieron y María se sorprendió apoyando una de sus manos sobre su rodilla. Siempre le habían incomodado las muestras de afecto en público, al menos con los hombres con quienes había salido, pero en ese momento le pareció muy natural. Aidan no dijo nada, tan solo posó la mano que tenía libre sobre la suya y acarició sus dedos con expresión pensativa.

—Es curioso cuánto parece importarle a tu madre —dijo él al cabo de un rato de permanecer en silencio y continuó ante el gesto confuso de María—: Me refiero a su necesidad de emparejarlas.

—¿Ya lo notaste?

—La primera vez que hablé con ella me preguntó si tenía hermanos.

A María se le escapó una carcajada y sacudió la cabeza de un lado a otro sin poder evitarlo. Debería de molestarla la actitud de su madre, y a veces lo

hacía, pero en realidad había aprendido hacía mucho ya que criticarla no servía de nada. Cuando su respiración se normalizó, miró a Aidan de lado y lo encontró con la vista puesta en ella. De pronto, sintió que debía explicar la conducta de su madre porque hubiera odiado que él se llevara una impresión equivocada. Esperaba que, de enterarse, su madre apreciara su lealtad.

—No te confundas, mi madre no piensa que una mujer necesite a un hombre para que la vida gire a su alrededor —declaró ella en tono serio—. Una vez, cuando Ana dijo que no podría vivir sin el que había sido su novio...ella tenía quince años entonces y era muy dramática, mi madre le lanzó un tomate.

Le encantó la expresión de desconcierto en el rostro de Aidan cuando giró para mirarla a los ojos.

—¿Disculpa? —preguntó él, como si pensara que había oído mal.

—Estaba preparando una ensalada en ese momento; era un tomate muy maduro y apenas la rozó, terminó en la pared —continuó María tras encogerse de hombros en ademán despreocupado—. Pero ese no es el punto, sino lo que mi madre le dijo luego de perder la paciencia y lanzar el tomate. Ella dijo que nunca debía decir algo como eso, ni siquiera en broma, que supeditar tu existencia a la de otra persona, sin importar cuánto la amaras, era una idiotez y que no iba a tolerar que ninguna de sus hijas se expresara de esa forma.

Aidan asintió al comprender.

—¿Funcionó con tu hermana? —preguntó él.

—Seguro. Empezó a salir con otro chico pronto y nunca le he vuelto a oír algo como eso.

—¿Entonces por qué ese afán de emparejarlas?

María frunció la nariz en un gesto indeciso antes de responder.

—Creo que es porque... bueno, la has visto, adora a su familia. Sus padres, mis abuelos, estaban muy enamorados, y ella ha amado a mi padre por cuarenta años. Creo que solo quiere lo mismo para nosotras.

—Y no puedes culparla por eso.

María desvió la mirada y arrancó unas briznas de hierba con los dedos.

—No, claro que no.

Su respuesta surgió en voz apagada, pero Aidan la oyó con claridad y asintió suavemente sin hacer más preguntas.

Estuvieron allí por una hora más, hablando sin cesar de todo tipo de cosas, algunas importantes, otras intrascendentes; pero María absorbió todas

y cada una de ellas como si fueran la información más valiosa que había oído en mucho tiempo. Descubrió así lo importante que había sido la figura de su abuelo materno en la vida de Aidan, que lo consideraba un padre y que en su opinión le había enseñado buena parte de lo que sabía acerca de todo, o al menos todo lo que valía la pena saber en la vida. Jamás conoció a su padre ni había tenido mucho interés en hacerlo, lo que debió de ser un alivio para su madre porque ella lo consideró siempre un error. Por lo que pudo adivinar de lo que Aidan dijo y lo que no, María supuso que él no consideraba que su madre tuviese muy buen gusto para los hombres; su propio padre y su actual pareja, el padre de Enya, eran la prueba de ello. Él no lo mencionó, pero debió de ser duro crecer con una madre poco afectuosa, perder a su abuelo pronto y encontrarse con un padrastro cuando era aún más joven que Enya; uno, además, que siempre dejó en claro cuan poco le agradaba él.

Lo mismo que ella, Aidan decidió que quería ser policía tan pronto como dejó la escuela, pero en su caso lo tuvo mucho más difícil. Como deportista destacado, fue a la universidad con una beca y su madre estuvo segura por un tiempo de que se dedicaría al fútbol profesional, donde habría podido hacer dinero con rapidez; pero él se encargó de desvanecer sus ilusiones y creía que era algo que ella nunca conseguiría entender. Desde entonces, sostenían una relación distante, pero María pudo saber por el tono de su voz al mencionarla que la amaba tanto como ella a la suya. No tuvo tan sencillo sonsacarle información acerca de su vida amorosa ni tuvo el valor para insistir al respecto; a lo mucho le confesó que había tenido una relación seria antes de dejar Nueva York y María se preguntó si eso habría tenido algo que ver con que decidiera dejarlo todo en su ciudad y pedir su traslado a Boston.

La tarde cayó y con ella empezaron a correr unos fuertes vientos que ahuyentaron a buena parte de la gente. Para entonces, sin embargo, Ana ya había anunciado que el evento había sido un éxito; ella y Enya estaban exultantes de haber conseguido colocar a casi todos los animales que tenían en la clínica.

La señora Cabrera, quien había mantenido hasta entonces una discreción sorprendente tratándose de ella, se acercó para invitar a Aidan a su casa, donde se reuniría la familia para cenar, pero tras intercambiar una rápida mirada con María, él agradeció la oferta y explicó que tenía un compromiso. La señora se vio un poco decepcionada, pero lista como era no insistió y a María no se le escapó que ni siquiera había sugerido que ella debía

acompañarlos. En lugar de ello, sugirió que les encantaría que Enya fuera y que su esposo la llevaría a casa en cuanto terminaran. Luego se marchó tras darles una última mirada y María hubiera deseado que la tierra se abriera bajo sus pies. Últimamente se había convertido en un pensamiento recurrente; desde que conoció a Aidan para ser más precisa, se dijo con cinismo.

Sin embargo, todo gesto de burla desapareció de su rostro cuando él la ayudó a ponerse de pie y mantuvo su mano firmemente sujeta. Ella levantó el rostro para mirarlo y lo que vio en sus ojos la dejó sin aliento; además, le pareció injusto que él se viera del todo tranquilo, como si ese gesto no le afectara en absoluto, pero no tenía sentido quejarse por ello.

No necesitaron ponerse de acuerdo respecto a qué hacer a continuación. Ella lo había sabido desde el momento en que lo vio aparecer esa mañana y estaba segura de que él pensaba lo mismo. Iba más allá de algún plan o esperanza que cualquiera de ellos pudieran albergar; era una necesidad tan profunda y vital como respirar. El roce de una mano o un suspiro compartido no eran suficientes; ya habían pasado por eso y se conocían tan íntimamente que fingirlo hubiese sido una niñería.

Por eso, cuando él tiró de ella para subir a la motocicleta y volver a su apartamento, María lo siguió como si se encontrara hechizada. En cierta medida, tal vez se tratara de eso, se dijo mientras recorrían las calles a toda velocidad, con su rostro enterrado contra su espalda y sus manos firmemente sujetas a su cintura. Se lo repitió mientras subían en el ascensor sin intercambiar una sola palabra y, de haber sido capaz de hilvanar un pensamiento coherente a esas alturas, lo habría contemplado también mientras caían sobre la cama y se amaban una y otra vez como si el mundo estuviera a punto de terminar.

Capítulo 10

María y Aidan adoptaron la costumbre de ir al apartamento de ella cada día después de terminar su turno en la estación, pero él se marchaba antes del amanecer para pasar por su propio lugar y ver a su hermana, quien no parecía encontrar extraño o molesto esa nueva dinámica. Tal vez eso tuviera algo que ver con el hecho de que había hecho varias nuevas amistades, como las hermanas de María y el propio Nolan Wilson, con quien se veía con frecuencia para estudiar cuando no tenía que trabajar en la veterinaria. Además, tal y como Aidan imaginó que ocurriría, ella se las arregló para convencerlo de adoptar a un cachorro de los que no habían conseguido un hogar en el último evento. Cuando María se enteró de que Enya había elegido a uno de los perros que se habían lanzado sobre Aidan aquel día apenas lo vio, rompió a reír a carcajadas; pero la risa murió en cuanto Aidan la hizo girar sobre la cama, donde estaban cuando él se lo contó, y empezó a torturarla con caricias como una suerte de castigo por burlarse de él. En opinión de María, aunque no se le ocurrió mencionarlo entonces, podía pensar en mil y un correctivos que no habrían resultado tan placenteros.

Ese cambio en su relación no afectó su trabajo. Ni siquiera llegaron a un acuerdo al respecto; tan solo tomaron la decisión tácita de actuar como si nada hubiese cambiado. María esperaba que el hecho de que pasaran tanto tiempo juntos no llamara la atención. No había ninguna norma que prohibiera salir con un compañero, pero estaba segura de que si le preguntara a cualquiera de sus colegas todos estarían de acuerdo en que no era una buena idea. Además, le había costado mucho construir una reputación y ser respetada en su papel de detective siendo una mujer joven y odiaría que todo se echara por la borda tan solo porque alguien criticara su vida personal. Aidan diría que era una tontería preocuparse por algo como eso, que no debía dar ninguna importancia a lo que otros pudieran opinar, pero a María sí que le afectaba y era algo que solo alguien en su posición hubiera podido entender.

Como una forma de compensar lo que en su interior consideraba un riesgo que podría perjudicarla a futuro, decidió que se esforzaría incluso más de lo que había hecho hasta entonces. Una de sus hermanas había

mencionado alguna vez que una mujer debía esforzarse el doble que un hombre para recibir la mitad del crédito que ellos se llevaban.

Tomó la batuta del caso Natoli, resuelta a cerrarlo de una vez por todas. Fue ella quien se reunió con David y quien le expuso al detalle lo que ya debía de saber gracias a Beth. Tal y como imaginó, no le hizo ni pizca de gracia y luego de una explosión de furia dirigida a Rollins y otros colegas que sentía habían traicionado al sistema, estuvo dispuesto a hacer cualquier cosa para ayudarles a que los pusieran tras las rejas lo antes posible. Aunque ver al siempre reposado David tan enojado fue toda una impresión, María se encargó de alimentar esa ira y de destinarla al blanco correcto para asegurarse de que podía contar con él. Cuando se sintió lo bastante tranquila en ese sentido, fue con Bernie y consiguió una promesa similar. Su amigo, sin embargo, era algo más relajado y realista que David y no se vio tan sorprendido por los descubrimientos que él ya sospechaba. Pero se ofreció a ayudar también tras mencionar que su necesidad de buscar justicia no estaba reñida con su acuerdo anterior; de modo que a María no le quedó más remedio que prometerle, una vez más, que cuando todo eso terminara le arreglaría una salida con una de sus hermanas. No lo mencionó entonces, pero pensaba que Ana podría ser una opción, siempre y cuando él no tuviera problemas con los pelos de perro.

Cuando estuvo segura de que finalmente tenían todos los elementos para ir por Natoli sin dejarle ningún resquicio por el que pudiera escapar, María supo que tenía que hacer una llamada, pero no se lo dijo a nadie sino que decidió actuar por su cuenta. No era una tonta, en cuanto el capitán Holland y Aidan lo supieran no lo tomarían con mucho gusto, en especial el segundo, pero ese era *su* momento.

Natoli debía de dormir con el teléfono pegado a las manos porque le contestó al primer timbrado. Su voz sonó alerta pese a que eligió llamarlo muy avanzada la noche tan pronto como se quedó a solas una vez que Aidan se marchó.

—¿Si?

María esbozó una sonrisa burlona al advertir el tono desconfiado en la voz de Natoli al responder y agradeció haber pedido a Chang aquella mañana en la estación que protegiera su teléfono para evitar cualquier rastreo. Con esa tranquilidad, se arrellanó mejor en la cama y ajustó el cinturón de su bata como si así fuera capaz de protegerse de la mirada que sin duda le habría dirigido ese hombre de haber podido verla.

—Buenas noches, ¿cómo van esos horribles negocios? —Preguntó ella haciendo referencia a su charla anterior.

Natoli solo tardó un instante en responder, pero antes de ello María captó el casi imperceptible suspiro que emitió al reconocerla.

—Cada vez más horribles —respondió él con rastros de ese acepto que ella ya había advertido antes—. Pero las cosas acaban de mejorar.

—¿Sí? ¿Has ganado mucho dinero? Eso siempre compensa todo.

María intentó imprimir a su voz de un tono frívolo y despreocupado. Tal y como esperó, Natoli emitió una risa ronca antes de responder.

—Visto así, he sido muy bien compensado —replicó él.

No dudo que así fuera, idiota. María apretó los labios para no responder lo primero que cruzó por su mente y se forzó a mantener el tonillo vacío y un poco tonto que él parecía encontrar tan atractivo.

—Eso es bueno —dijo ella haciendo una pausa para causar cierta expectación—. Te llamo para decir que las cosas están por mejorar aún más.

—¿Y cómo es eso? —Preguntó él, y María sonrió al captar la ansiedad en su voz.

—Estaba por ir a dormir, y de pronto recordé que dijiste algo acerca de una cena...

La risa de Natoli resonó en sus oídos e hizo una mueca de disgusto, apretando el teléfono con un gesto tirante.

—Ha pasado un tiempo de eso —mencionó él.

María se llevó una mano al mentón, odiando que él tuviera las agallas de hacerse el interesante; pero no permitió que la ira se dejara traslucir en su voz al responder.

—No tanto —replicó ella con descaro—. Hubiera llamado antes, pero recordarás que tenía asuntos que atender.

Natoli hizo una breve pausa, como si intentara recordar a qué se refería, y cuando lo hizo, María oyó cómo chasqueaba la lengua.

—Cierto. El novio —dijo él—. Supongo que todo está resuelto con él.

María frunció el ceño y no pudo evitar que su mirada se viera atraída por el lado opuesto de su cama, donde aún podía ver las huellas del cuerpo de Aidan. Musitó una disculpa en su mente y parpadeó para alejar cualquier pensamiento referido a él que la pudiera distraer.

—¿Él? No tengo idea de quién hablas —bromeó ella forzando una risa cargada de mofa—. El único *él* en quien estoy interesada ahora eres tú.

Casi pudo imaginar la expresión complacida en el rostro de Natoli y se

dijo, no por primera vez, lo fácil que era manipular a los hombres como él.

—Me siento halagado —dijo él al cabo de un momento en silencio—. Supongo entonces que podremos arreglar esa cena de la que hablamos.

—Bueno, no he llamado solo para oír tu linda voz —replicó ella con descaro, riendo.

Natoli rio también y pegó tanto el teléfono a sus labios que María apenas consiguió contener el desagradable escalofrío que le recorrió la columna al adivinar lo que le estaría pasando por la cabeza debido a su respiración agitada.

—Perfecto —dijo él.

María aspiró con fuerza un par de veces, notando que había empezado a retorcer los flecos de la manta sobre la cama con los dedos en un gesto nervioso. Se detuvo de inmediato y reprimió la mezcla de excitación y nerviosismo que había empezado a inundarla. Estaba tan cerca.

—¿Y bien? ¿Cómo lo haremos? —preguntó ella, sonando ansiosa muy a su pesar.

Natoli rio una vez más y tardó solo un segundo en responder, pero a María le pareció que fue mucho más tiempo.

—¿Tienes donde anotar?

María sonrió mientras le oía dar las señas del hotel fuera del que ella y Aidan habían pasado tanto tiempo vigilándolo. De no encontrarse tan inquieta por lo que le esperaba, habría apreciado un poco más la ironía. En ese momento, sin embargo, solo pudo pensar en que estaba tan, tan cerca de obtener lo que llevaba meses persiguiendo que apenas consiguió contener un rugido de triunfo. Una vez que terminó la llamada, se llevó una mano al pecho y empezó a golpear el colchón con las manos abiertas en señal de alegría. Sin embargo, el raptó de euforia no duró mucho; buena parte de él se desvaneció al pensar en que aún debía superar un escollo, uno que iba a resultar mucho más complicado que concertar una cita con un delincuente.

—No.

Con esa simple sílaba, Aidan se las arregló para borrar de un plumazo buena parte de sus expectativas. No que no lo hubiera esperado, pero María se dijo que habría apreciado un poco más de apoyo.

Acababa de llegar a la comisaría y lo primero que hizo fue buscarlo en

su oficina y arrastrarlo con ella en busca del capitán Holland. Por mucho que él preguntó, sin embargo, no dijo una sola palabra de su plan hasta que se encontraron los tres reunidos porque sabía que, de haberlo hecho antes cuando estaban solo ambos, él hubiera sido mucho más elocuente.

El capitán Holland, bendito fuera, se mostró bastante más sereno al oír su plan. María no se guardó nada y narró su conversación con Natoli haciendo hincapié en lo ansioso que se mostró él de reunirse con ella, aunque procuró no mirar a Aidan a los ojos mientras lo hacía y se apresuró a exponer su plan sin darles tiempo a que la interrumpieran. Tan solo cuando calló, satisfecha y sin poder reprimir una sonrisa de complacencia, ambos la miraron con distintas muestras de interés. Holland se mostraba impresionado e incluso orgulloso; Aidan parecía querer arrancarle la cabeza.

—Creo que no deberíamos apresurarnos...

María ignoró a Aidan, cruzando los dedos porque él no resintiera demasiado el gesto, y fijó la mirada en Holland.

—Es una gran idea, señor —ella carraspeó y frunció levemente el ceño al caer en la cuenta de lo pretencioso que debió sonar eso e intentó corregirse—. Me refiero a que creo que podría resultar. Tenemos todos los indicios para suponer que podría ser así. Además, no hablamos solo de arrestar a Natoli y a sus hombres, eso sin mencionar que será una estupenda oportunidad de recuperar las piezas robadas, sino que podremos atrapar a toda esa gente que ha estado encubriéndolo.

—Sí, bueno. Acerca de eso... —Holland alternó la mirada de uno a otro y María tuvo una muestra de por qué pese a ser considerado un hombre amable podía resultar también intimidante cuando se enfadaba—. Aun no hemos llegado a la parte en la que les digo lo que pienso respecto a todo lo que me han ocultado de este caso.

—Señor...

Holland hizo un gesto para interrumpir a María y le dirigió una mirada de advertencia.

—Si piensa excusarse, agente Cabrera, será mejor que se lo ahorre. No solo han actuado a mis espaldas pese a que ya hemos tenido una conversación como esta sino que han mantenido en secreto información muy importante— recordó él llevándose una mano al puente de la nariz como si así pretendiera calmar su indignación—. Estamos hablando de gente con la que trato cada día, que tiene en sus manos buena parte del sistema... ¿Cómo rayos pudieron mantener oculto algo como eso? ¡A mí!

María buscó la mirada de Aidan en un acto reflejo, como pidiendo ayuda. Odiaba reconocerlo, pero había visto venir algo como eso, de allí que se rebelara en un inicio en ocultarle todo ese tema al capitán. Al final, sin embargo, prefirió ceder a los argumentos de Aidan porque no pudo dar con ninguno propio que le permitiera defender su punto de vista. Él tuvo razón entonces, era lo bastante justa para reconocerlo, pero eso no aliviaba en nada el sentimiento de culpa al ver la expresión ofendida en el rostro de Holland. Abrió la boca, lista para explicarle por qué habían actuado de esa forma, pero Aidan se le adelantó.

—Con todo respeto, señor, por lo que sabíamos hasta hace unas cuantas semanas usted bien podría estar coludido con esa gente —indicó él sin pizca de sutileza y sin mostrarse precisamente arrepentido—. Lo siento, no quiero ofenderlo, pero era algo a considerar y el hablarlo abiertamente era un riesgo que no podíamos correr si no deseábamos tirar todo nuestro trabajo por la borda. Usted lo ha dicho; hablamos de personas con mucho poder, gente con quien tratan los jefes del departamento... no podíamos exponernos a que se supiera lo que empezábamos a sospechar y a la luz de los hechos creo que tomamos la decisión correcta.

Como defensa, era poco menos que aceptable, pero María estaba segura de que no había sido la intención de Aidan disculparse sino exponer sus razones con claridad más allá de cómo fueran recibidas. Fue una de las escasas ocasiones en que se sintió contenta de que él hablara por ambos.

Holland cabeceó y la sombra de una sonrisa se dibujó en sus labios; fue un gesto casi imperceptible, pero María lo advirtió y supo que las cosas no pasarían a mayores. Tal vez otro oficial en su lugar se habría mostrado más ofendido, pero no él; aunque no se atrevió a mencionarlo porque hubiese sido abusar de su buena suerte, sospechaba que él habría hecho lo mismo que Aidan de estar en su lugar.

—Y pensar que cuando lo asigné con la agente Cabrera pensé que sería ella quien iba a dar problemas —el capitán exhaló un hondo suspiro y miró de uno a otro con curiosidad; su voz había surgido en un tono resignado que le habría arrancado una sonrisa en otras circunstancias—. Al parecer, son el uno para el otro.

María le devolvió la mirada, buscando cualquier rastro de burla en su rostro, algo que le indicara si había hecho ese último comentario con segundas intenciones, pero no pudo darlo por seguro. Tal vez si se ponía un poco paranoica hubiera podido señalar el casi imperceptible rictus en sus

labios o el hecho de que elevó un poco la ceja derecha al mirarla de vuelta, pero no, no podía saberlo. ¿O sí? Como la idea en sí le pareció demasiado preocupante como para siquiera considerarla, volvió su atención a Aidan en espera de que él fuera un poco más sensato y no viera cosas donde no las había, pero se sorprendió al notar que había abandonado parte de su actitud defensiva y ahora había adoptado una actitud algo más relajada. Además, notó también que él y Holland intercambiaron una mirada de entendimiento que no consiguió descifrar del todo. Con un bufido por lo bajo se dijo que los hombres eran más complicados de lo que parecían; pero como no tenía tiempo o el ánimo para intentar analizarlo en ese momento, procuró enfocarse en su problema más inmediato.

—¿Y bien? —dijo ella entonces sin disimular su impaciencia y dirigiéndose a su capitán—. Sé que tiene razón en estar un poco enojado por lo que le ocultamos y si lo juzga conveniente estaré encantada de aceptar una sanción; pero me gustaría saber qué haremos ahora. ¿Está de acuerdo con nuestro plan?

—Tu plan.

María ignoró la corrección de Aidan. Desde luego que no iba a dejar de mencionar eso, se dijo ocultando su enojo.

—¿Capitán? —insistió ella con la mirada fija en Holland, que parecía indeciso—. Por favor, señor, puede ser nuestra última oportunidad.

El capitán dejó pasar todo un minuto antes de responder y María sintió como si hubiera sido mucho más; ni siquiera notó hasta entonces que había estado reteniendo el aliento y que sus manos echas puños empezaban a doler por la presión de las uñas contra las palmas.

—Dudo de que tengamos otra opción y usted lo sabe —Holland llevó la mirada de María a Aidan sin parpadear—. Todos lo sabemos.

El corazón de María empezó a bombear con rapidez y un leve zumbido se instaló en su oído.

—¿Entonces lo haremos? —preguntó ella.

Holland no asintió de inmediato; en lugar de ello cabeceó indeciso y le dirigió una mirada calculadora.

—¿Cómo piensan organizar esto exactamente? ¿Qué es lo que ha pensado? —preguntó él.

María asintió una y otra vez, atropellándose con las palabras al responder.

—Tenemos que atraparlos a todos al mismo tiempo. Tan pronto como

tenga las pruebas que conecten a Natoli con Rollins y los otros miembros de la fiscalía arrestaremos a todos y cada uno de ellos sin darles tiempo para que se pongan sobre aviso. David King y Bernie Walsh se encargarán de armar la acusación contra Rollins y los otros, tenemos a Lenny como testigo contra Natoli, además de todo lo que yo consiga encontrar cuando me reúna con él. Atraparemos también a ese hombre, Taylor, el que trabaja para él y del que hallaron el ADN en la escena del robo; si los fiscales le ofrecen un buen trato, estoy segura de que testificará contra Natoli y también contra sus cómplices, parece esa clase de hombre. ¿Lo ve? Lo tenemos todo y debemos aprovecharlo antes de que Natoli organice otro golpe y decida volver a Albania, o de donde sea que venga.

—Un ataque sincronizado. Arrestar a todos los involucrados al mismo tiempo —repitió Holland, como si intentara hacerse a la idea.

María asintió.

—Exacto. Como en *El padrino*, pero sin tanta sangre —bromeó ella, ansiosa, para ponerse seria de golpe al advertir que Aidan continuaba en silencio y con semblante taciturno—. Es nuestra mejor oportunidad. Por lo que llevamos meses trabajando. No digo que no será peligroso, pero todo lo es en nuestro trabajo y podremos terminar con esto de una vez y para siempre.

Holland empezó a golpear la superficie del escritorio con una lapicera, sin responder; pero al cabo de un momento lanzó el objeto a un lado y apoyó las manos con las palmas abiertas en un gesto resuelto.

—¿Qué es lo que piensa, Flynn? —El capitán se dirigió a Aidan con el entrecejo fruncido—. Está claro que no le gusta la idea y la considera peligrosa, pero le pido que deje sus preocupaciones de lado un momento y me diga si está de acuerdo en que es nuestra mejor opción. Porque la agente Cabrera está convencida de eso y yo también empiezo a estarlo, pero necesito saber lo que piensa usted.

Aidan cabeceó suavemente y aunque María buscó su mirada, él mantuvo la vista puesta en su capitán en un gesto porfiado.

Por favor, mantente a mi lado, hubiese querido decir ella, y supo que esa muda súplica no tenía tanto que ver con el hecho de desear que él le concediera la razón y reconociera que estaba en lo correcto, como con la necesidad que le atenazó la garganta de saber que, ocurriera lo que ocurriera, él la apoyaría. Nunca hasta entonces había sentido algo como eso. A ella no le importaba lo que pensara la gente; se había acostumbrado a pasar sobre el

mundo como un buldócer para defender aquello en lo que creía y salirse con la suya. Pero era distinto con Aidan. Necesitaba que la apoyara porque era lo correcto, no porque ella era demasiado obstinada para doblar la mano y él fuera incapaz de superarlos a ella y a Holland, de modo que no tuviera otra alternativa que aceptar su propuesta. Quería que su corazón estuviera con ella sin ninguna duda, y se preguntó en un raptó de pánico desde cuándo había empezado a experimentar esa necesidad. Apenas podía con sus propios sentimientos y ahora quería apropiarse de los suyos.

Aidan estiró las piernas frente a él y el movimiento le obligó a hacer a un lado sus pensamientos, fijando la mirada en su antebrazo apoyado en el respaldar de la silla. Aunque su postura podía parecer relajada, advirtió que tenía los miembros en tensión; la parte del tatuaje que se dejaba adivinar por el borde de la camiseta le recordó la cantidad de veces que lo había acariciado y tuvo que parpadear para centrarse.

—Pienso que es una locura y podría pasarme horas enumerando todo lo que puede salir mal —Aidan habló en un tono sereno que contradecía la gravedad de su mirada—. Jamás he participado en una operación de la envergadura que estamos considerando. No solo se trata de Natoli, que al fin y al cabo parece ser el eslabón más débil en esta cadena, sino también de toda esa gente que tiene el suficiente poder para destrozarnos si damos un paso en falso. Gente como Rollins y los otros como él contra quienes tenemos que presentar un caso sólido o se las arreglarán para salir bien librados sin importar cuánto nos esforcemos por encarcelarlos. Esto es mucho más difícil que *El padrino* porque nosotros somos la ley aquí y ya sabemos cómo les fue a ellos en esa historia.

María contuvo el deseo de discutir eso último, pero hubiera sido una tontería; sabía que él estaba en lo cierto y que su comparación había sido un gesto más bien desesperado. Claro que lo tenían mucho más difícil. Por un instante temió que Aidan se aferrara a eso y a las mil y un razones que había mencionado para explicar su desacuerdo con el plan, pero no fue eso lo que él hizo. En lugar de ellos, se adelantó en el asiento apoyando los codos sobre las rodillas y, tras lanzarle una mirada que no pudo durar más de un segundo, se dirigió a Holland con gesto serio.

—Pero María tiene razón —continuó él sonando convencido—. Es nuestra mejor alternativa; incluso más, diría que es la única. Ella ha trabajado muy duro para asegurarse de cubrir cada frente y aunque eso nos asegura nada, nadie hubiera podido hacerlo mejor. Si salimos vivos de esta y

conseguimos encarcelar a toda esta gente, merecerá que le entreguen una medalla.

Ella no lo notó, pero una enorme sonrisa de agradecimiento se dibujó en sus labios y se hubiera lanzado a sus brazos con gusto de haberse encontrado a solas. El hecho de que el rostro de Aidan no luciera particularmente feliz al hacer ese reconocimiento tampoco ayudó; sabía que era sincero, pero también que le había costado mucho decirlo. No porque no pensara que lo mereciera, sino porque hacerlo significaba aceptar que debían llevar a cabo su plan con todos los riesgos que implicaba y que a él no le hacían ninguna gracia.

Holland pareció pensar lo mismo que él porque asintió gravemente y lo miró con algo parecido a la admiración antes de hablar.

—Muy bien —dijo él—. Creo que no hubiera podido ponerlo mejor; aunque si las cosas salen bien me encargaré de que todos reciban esas medallas. Ahora que estamos de acuerdo, ¿por qué no empezamos a trabajar en esto?

María y Aidan asintieron con gestos similares, sin mirarse, pero ella supo que aún había muchas cosas que poner en palabras entre ambos. Eso tendría que esperar, sin embargo y ella se preguntó si cuando llegara el momento tendría el valor para hacerlo.

—Creo que puedo lograrlo, en serio que sí. Va a ser difícil, claro; por lo que ha dicho Nolan y los ejemplos de examen que ha insistido en que practique estas semanas sé que lo tendré muy complicado, pero nunca me había sentido tan segura como ahora. Nolan dice que soy lista, no solo inteligente; que si me aplico y soy astuta daré con las respuestas correctas; además, eso no es lo único que consideran para aceptar a un estudiante en el MIT. Tengo un buen record de notas en el instituto, actividades extracurriculares, y Nolan dice que el hecho de que tenga un empleo aquí en el que contribuyo con la comunidad también podría influir para que me acepten. Además...

—Déjame adivinar. Nolan dijo otra cosa.

Enya miró a su hermano por debajo de la maraña en que se había convertido su cabello y sonrió sin parecer enojada por la interrupción. Estaba con el cuerpo inclinado hacia delante mientras intentaba sujetar al cachorro que luchaba por liberarse de su agarre. Había decidido que su experiencia en la veterinaria era suficiente para bañarlo y secarlo por sí misma y hasta

entonces no lo había hecho mal; además de dejar el suelo de buena parte del apartamento mojado perdido, por lo que su hermano había tenido que regañarla y obligarla a secar antes de soñar siquiera con empezar a peinar al animal. Por suerte, María se encontraba allí esa mañana, así que había podido darle una mano sosteniendo al perro mientras la chica intentaba poner un poco de orden. Si alguien tenía experiencia en cómo mantener a raya a un cachorro inquieto era ella; con una familia amante de los animales no podía ser de otra forma.

Ahora, con el lugar algo más decente, le entregó al perro de vuelta para que se encargara de él mientras ella volvía a sentarse al lado de Aidan, que miraba de una a otra con expresión divertida. No lo veía tan relajado desde su última reunión con el capitán Holland y de eso había pasado casi una semana. Desde se entonces se habían volcado a trabajar en la operación con el capitán en discretas reuniones a las que él había ido añadiendo a otros miembros seleccionados del cuerpo e incluso mantuvieron una charla reservada con David y Bernie para asegurarse de que contaban con todas las pruebas necesarias para continuar. Si se topaban con el más mínimo asomo de duda tendrían que replantearlo todo, pero hasta entonces no había ocurrido. Todo seguía su curso y salvo algo que surgiera de última hora, planeaban poner en marcha el plan la noche siguiente. Por eso, el capitán les había dado buena parte de ese día para prepararse, pero lo último que María deseaba era repasar nuevamente el plan, por eso sugirió que pasaran ese tiempo en el apartamento de Aidan con Enya para disiparse un poco o su cabeza corría el riesgo de explotar.

—Puedes burlarte todo lo que quieras. No me importa; soy brillante y voy a ingresar a esa escuela aunque sea lo último que haga.

María sonrió frente a la decidida respuesta de la chica a su hermano y la señaló con una cabezada.

—¡Ese es el espíritu! Podrías aprender algo de ella —dijo con un gesto dirigido a Aidan.

Él no respondió, pero María detectó un inconfundible rastro de orgullo en la forma en que miraba a su hermana mientras ella intentaba pasar un cepillo por la mata de pelo esponjado en que parecía haberse convertido el cachorro. Su mano estaba muy cerca de la suya y le hubiera bastado con estirar los dedos tan solo unos milímetros para tocarlo; pero no lo hizo sino que se contentó con admirar su perfil iluminado por la luz de la lámpara sobre ellos. Estaba a punto de oscurecer y aunque sabía que lo más sensato

habría sido despedirse y regresar a su propio para dormir y así descansar lo suficiente para el día que le esperaba mañana, la idea de separarse de él le parecía insoportable. Aunque no fuera capaz de ponerlo en palabras, lo necesitaba y no sabía cómo explicárselo siquiera a sí misma sin sentirse una tonta.

Permanecieron en silencio, salvo por los constantes gruñidos de Enya, que no dejó de cepillar al animal hasta que consiguió dominar todo ese pelo y al fin pareció emerger como una versión mucho más limpia y encantadora. Cuando se dio por satisfecha, lo soltó para que pudiera alejarse y suspiró como si acabara de participar en una maratón.

—¡Dios! Cuidar de un perro es duro —exclamó ella, rendida, pero luego se incorporó con el cepillo en alto y señaló a su hermano en una clara señal de advertencia—. No te atrevas a decir “te lo dije”.

Él levantó las manos en señal de indiferencia, pero fue evidente que tenía serios problemas para contener la risa.

—No diré nada —dijo él.

—Sí, claro.

Enya se puso de pie, sacudió los restos de pelo sobre su falda y se estiró como un gato haciendo gestos de dolor.

—Pero ha quedado hermoso, ¿no os parece? —ella señaló al perro con orgullo y este movió la cola en señal de agradecimiento; o eso supuso María que hacía—. No quiero que tu familia piense que no lo cuido como debo. Ana me mataría.

Ante la mención a su familia, y a su hermana en particular, María se encogió de hombros y le dirigió una sonrisa.

—Ellos jamás pensarían eso, y en cuanto a Ana, no habría dejado que te lo llevaras si no confiara en ti —dijo ella, y era en verdad lo que pensaba.

Enya pareció contenta con su respuesta y se llevó las manos a las caderas tras dar una mirada a la ventana que daba a la calle.

—Se me ha hecho tarde. Si no me doy prisa me perderé la cena; alistaré un par de cosas y me iré —dijo ella, asintiendo solemne—. María, ¿me echas una mano?

Antes de que pudiera responder, la chica se marchó en dirección a su dormitorio y María se quedó un momento demasiado desconcertada para seguirla; pero se incorporó de cualquier forma y miró a Aidan con curiosidad.

—¿A dónde va? —preguntó, bajando un poco la voz.

Él se desperezó en el sillón y le dirigió una mirada con los ojos

entornados.

—A tu casa.

—¿Disculpa?

Aidan se levantó y tomó su mano, jugando con la piel de su muñeca en una caricia que le aceleró el pulso. Al ver la sonrisa en su rostro, ella supo que eso era exactamente lo que pretendía.

—Va a quedarse a dormir en casa de tu familia; tu hermana la invitó —explicó él con sencillez.

María frunció el ceño y retrocedió un poco en un patético intento de disminuir así el efecto que tenía en ella. Cómo si eso fuera posible.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que porque le simpatiza; todos han sido muy amables con ella.

María chasqueó la lengua.

—Claro que le simpatiza; tu hermana le gusta a todo el mundo —comentó ella imprimiendo un tono de burla en su voz al continuar—. Tiene eso en común contigo.

Aidan pareció complacido por el halago, aun cuando no hubiera sido hecho precisamente con esa intención.

—¿En serio? —preguntó él, acercando la nariz a su cuello y hablando en susurros— ¿Te gusto a ti?

María reprimió el temblor que la sacudió al sentir el aliento sobre su piel y apoyó las manos sobre su pecho para alejarlo.

—Creo que ya debes de haberte dado cuenta de eso —replicó ella con una mirada mordaz—. Solo estás presumiendo.

Aidan sonrió.

—Casi nunca me das la oportunidad, deja que me aproveche cuando puedo; eres mala para mi ego —él la miró con las cejas elevadas y un falso gesto de desaliento.

—Bueno, si soy mala para tu ego tal vez deberías de tomar un poco de distancia.

—No podría. Jamás. Eres buena para mí en tantos niveles que bien vale la pena.

María sacudió la cabeza de un lado a otro y contuvo una sonrisa.

—Iré a ayudar a tu hermana —dijo ella, girando para marcharse—; si vamos a quedarnos aquí bien podrías preparar algo para la cena. Estoy hambrienta.

—Tus deseos son órdenes.

Esta vez María no fue capaz de reprimir la sonrisa, pero ya le había dado la espalda, así que él no pudo verla, lo que fue una suerte. Debía de parecer un poco tonta sonriendo tan solo con oírlo, se dijo una vez que llegó al dormitorio de Enya, pero tan pronto como puso un pie allí su cara asumió una expresión de desconcierto que habría hecho reír a sus hermanas por días. Nunca en toda su vida había visto tanto desorden en la habitación de una adolescente, y tratándose de ella eso no era poco decir.

—Lo sé. Es terrible. Lo siento mucho, es mi vergüenza; no le digas nada a Aidan o me reñirá durante horas.

María parpadeó para superar la impresión y dirigió a la chica con el fin de tranquilizarla. Parecía avergonzada mientras dejaba caer unas cuantas prendas en un maletín abierto sobre la cama.

—No te preocupes —dijo ella entonces, procurando parecer más convencida de lo que se sentía—. También soy un poco desordenada.

—No tanto como esto.

A María no le quedó otra opción que asentir frente a la ácida réplica de Enya.

—No, la verdad es que no —reconoció ella tras encogerse de hombros—. Pero hay defectos peores.

—Coméntaselo a mi hermano; me encantaría saber lo que te dice.

—Quizá te sorprenda.

Fue el turno de Enya para encogerse de hombros al tiempo que se agachaba para buscar algo bajo una butaca y cuando se incorporó con un quejido, hizo un gesto que revelaba su indecisión. Su rostro había adquirido un semblante más bien serio, lejos del relajado que acostumbraba mostrar. Luego de lanzar otra prenda en el maletín se llevó las manos a la cintura y empezó a golpear con la punta del zapato sobre la moqueta.

—No creas que no soy consciente de eso —dijo ella al fin, con la vista puesta en la nada—. Me refiero a que sé la suerte que tengo de poder contar con él. Me gusta molestarlo de vez en cuando, es divertido, pero estoy muy agradecida.

María sonrió suavemente al comprender. La chica siempre estaba haciendo comentarios graciosos y desde que llegó había asumido su permanencia en casa de su hermano como si fuera algo del todo natural; pero María comprendió en ese momento que era importante para ella dejar en claro lo mucho que amaba a Aidan.

—Es tu hermano, y te quiere; estoy segura de que le hace muy feliz tenerte aquí.

Enya suspiró y se llevó una mano al alborotado cabello, levantando el rostro para mirarla a los ojos.

—Aidan no comparte mucho, así que es difícil saberlo; pero si tú lo dices debe de ser cierto —comentó ella con una pequeña sonrisa jugueteando en los labios.

María se cruzó de brazos a la altura del pecho y elevó una ceja en un gesto de confusión.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella sin poder resistirse, no muy segura de si le gustaría la respuesta.

—Porque él no te oculta nada, y seguro que incluso puedes saber lo que piensa aun cuando no te lo diga —comentó la chica con sencillez, retomando el tono desenfadado al tiempo que cerraba el maletín—. Es lo que pasa con la gente como vosotros.

—¿La gente como nosotros? —repitió María.

Enya se encogió de hombros y se echó el asa del maletín al hombro, buscando alrededor con la mirada por si se había olvidado de algo.

—Sí. Los enamorados —respondió ella con descuido, como si señalara algo muy obvio—. Siempre os estáis diciendo cosas con la mirada y parecen saber lo que piensa el otro. Es un poco raro, nunca lo he entendido del todo, pero supongo que tiene lógica.

María abrió la boca dispuesta a negar esa afirmación con todos los argumentos que le vinieran a la cabeza, pero no se le ocurrió ninguno, así que tuvo que cerrarla. La había tomado por sorpresa, claro, de otra forma no se habría quedado allí de pie como una tonta con los ojos abiertos de par en par y el corazón martilleando de la forma en que lo hacía. ¿Por qué todo el mundo parecía creer que conocía sus sentimientos mejor que ella? Primero Beth, ahora esa niña a quien solo conocía desde hacía unas semanas...

Enya no debía de haber notado su desconcierto porque le dirigió una sonrisa amable como si no acabara de hacer estallar una bomba bajo sus pies y rebuscó en un montón de ropa sobre una silla hasta dar con una chaqueta que se anudó alrededor de la cintura.

—Listo. Creo que tengo todo —declaró, satisfecha—. Disculpa que te hiciera venir para nada, no creí que fuera capaz de encontrar lo que necesitaba sin ayuda.

María intentó corresponder a la sonrisa de la chica, pero no pudo y tan

solo asintió, un poco cortada.

—Me gustaría que pudiéramos charlar luego; ya sabes, solo entre chicas. Paso casi todo mi tiempo libre con Nolan, y es genial, de verdad me gusta, pero no es lo mismo —continuó ella encogiéndose de hombros—. Por eso me gusta pasar tiempo con tu familia y no me pude resistir a aceptar la invitación de Ana para quedarme esta noche, dijo que tus otras hermanas también estarían allí, y tu madre cocina tan bien...

María carraspeó para aclarar su garganta; no podía quedarse en estado catatónico por siempre.

—Sí, claro. Ellos estarán encantados de tenerte allí —dijo, complacida de que su voz sonara casi normal—. Y podríamos salir un día de estos, solo tú y yo.

Valiente forma de mantenerse apartada y despejar las ideas de la chica respecto a lo que pasaba entre ella y su hermano, se dijo ella para sí con sarcasmo; pero ya era muy tarde para desdecirse. Enya se vio tan feliz por su oferta que no hubiera podido arrebatarse esa ilusión.

—¡Me encantaría!

María asintió.

—Arreglaremos algo —prometió— ¿Quieres que te ayude con eso? Traje mi coche, puedo llevarte a casa de mi madre y luego volver...

La chica sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No hace falta; aún es temprano y pensé en tomar un taxi —aseguró ella—. No quiero que pierdas el tiempo que puedes pasar con Aidan, y seguro que él pensará lo mismo.

—No me molesta...

Enya volvió a negar y se situó a su lado con expresión pensativa. María advirtió que parecía indecisa respecto a lo que deseaba decir, pero no encontraba las palabras apropiadas y cuando lo hizo estas surgieron en un murmullo, por lo que debió inclinarse para oírla.

—Algo va a pasar, ¿verdad? —preguntó la chica—. En el trabajo. Algo serio. Lo sé porque Aidan parece preocupado e insistió en darme algunas indicaciones respecto a lo que debo hacer si fuera necesario... Estoy acostumbrada a estas cosas; lo he visto ponerse en peligro desde que era niña, pero no puedo evitar ponerme inquieta... ¿Le echarás un vistazo? Sé que lo harás, es tu trabajo; pero me refiero a que...

María le puso una mano sobre el hombro para que dejara de hablar y le dirigió una suave sonrisa que esperó ayudara a tranquilizarla.

—Sé a qué te refieres. No te preocupes, tu hermano estará bien —dijo ella.

Enya hizo un gesto vacilante y asintió tras exhalar un suspiro; luego se dirigió a la sala con María tras ella. Encontraron a Aidan intentando poner un poco de orden en donde su hermana había fracasado; estaba hincado sobre una rodilla recogiendo algunas cosas bajo el sillón, pero levantó la mirada al oírlas llegar y les dirigió una sonrisa que vaciló un poco al ver el gesto serio en el rostro de Enya.

—¿Todo bien? —preguntó él.

Aunque parecía inquieto por su hermana, dirigió su pregunta a María, y ella recordó lo que la chica había dicho hacía un momento respecto a esa capacidad que parecía tener él para comunicarse con ella con una sola mirada o un gesto sutil y le pareció entonces tan evidente que solo le quedó preguntarse si lo mismo ocurría con ella. No pensaba preguntarlo, sin embargo, por lo que prefirió dejarlo pasar y responder a la incertidumbre de Aidan con una sonrisa.

—Todo está perfecto —le aseguró ella con desenfado, señalando a Enya con una cabezada—. Tu hermana estaba un poco preocupada por nuestro trabajo, pero le he dicho que no hay nada por lo que deba alarmarse. Acabo de prometerle que yo te cuidaré.

La sonrisa de Aidan se amplió al punto que María creyó que podría ahogarse en ella y continuó con la mirada puesta en ella.

—Seguro que lo harás —dijo él, encantado con la idea y su tono de voz le dijo a María que esa afirmación iba mucho más allá del campo laboral— ¿Quieres que te lleve, Enya?

La chica pareció captar la mirada entre su hermano y María, pero tuvo el buen tino de no hacer comentarios, lo que ella agradeció. En lugar de ello, negó con la cabeza y tomó al cachorro que había empezado a dar vueltas alrededor de la sala; le puso la correa y lo rodeó con sus brazos en un ademán protector dirigiéndose a la puerta.

—Acabo de decirle a María que no hace falta, tengo dinero para un taxi y su familia me espera. Te enviaré un mensaje en cuanto llegue.

—Ve con cuidado.

Aidan le abrió la puerta y se mantuvo de pie hasta que ella se alejó en dirección a las escaleras luego de despedirse con un gesto de la mano. Una vez que desapareció en el rellano, cerró la puerta y exhaló un profundo suspiro.

María se había mantenido apartada unos metros y solo entonces notó que continuaba con los brazos fuertemente cruzados a la altura del pecho en un ademán defensivo. ¿Pero en defensa de qué? ¿De sus sentimientos? De pronto se sintió incómoda, casi indefensa, y supuso que se debía a que esa era la primera vez que ella y Aidan se encontraban a solas en su apartamento; hasta entonces siempre habían estado en el de ella. Ya no era su territorio, como pensó en un raptó de locura que intentó acallar, sintiendo ridícula. ¿Qué más daba en donde estaban?

Aidan debió advertir algo de su confusión, porque la miró con una mueca, como si no le extrañara esa actitud. Era una de las cosas que le gustaban de él; no tenía que decir mucho o hacer preguntas innecesarias. De alguna forma parecía entenderla como nadie lo había conseguido hasta entonces y no se vanagloriaba por ello; tan solo era él mismo y despedía un aura tan cálida que cualquier incomodidad que hubiera podido sentir hasta entonces simplemente desapareció y antes de que supiera lo que ocurría se vio apresada entre sus brazos con el rostro apoyado sobre la fuerte curva de su cuello.

—¿Dijiste algo acerca de estar hambrienta? —preguntó él en un ronco susurro contra su sien.

María supo que no se refería a la comida por la forma en que recorría sus caderas con las manos y exhaló un suspiro de gozo, sin molestarse en responder. Prefirió demostrárselo.

Quien no hubiera cenado los restos de comida acumulada en el refrigerador después de hacer el amor no tenía idea de lo que era la buena vida, se dijo María horas después mientras mordisqueaba un bocadillo de pollo frío que Aidan acababa de llevarle; se cubría con una sábana, pero hacía mucho que dejó de lado el pudor cuando se encontraba a su lado.

—Deberías de vestirte siempre así. Te sienta —dijo ella señalándolo con el sándwich y una sonrisa traviesa en el rostro.

Él la ignoró y se dejó caer a su lado sobre la cama haciendo malabares para no derramar el café que acababa de preparar. Iba vestido tan solo con unos bóxer, descalzo y su cabello despeinado le confería un aire tan juvenil que María sintió el impulso de enterrar las manos en él, pero supuso que así solo conseguiría volcar el café hirviendo sobre ambos, lo que arruinaría su

libido.

—Eres muy atrevida considerando que casi me has arrojado de la cama para que te alimente —comentó él con un gruñido satisfecho al dar un sorbo al café y apoyarse contra el respaldar de la cama.

—No me hace ninguna gracia que me compares con el cachorro de tu hermana, pero te disculpo porque esto está realmente bueno.

María dio otro mordisco al sándwich, pero dio un pequeño brinco cuando Aidan la tomó por la muñeca y acercó su mano a su boca para probarlo. De pronto las palabras descaradas que tenía en la punta de la lengua para continuar burlándose de él murieron en sus labios y tuvo que tragar espeso al sentir la forma en que él la miraba mientras saboreaba con una expresión tan satisfecha que supo que era del todo consciente del efecto que tenía sobre ella. El muy maldito. Cuando la soltó, María desvió la mirada y se acabó el sándwich en silencio con la vista fija en sus rodillas recogidas a la altura del pecho.

El pitido del teléfono le provocó un sobresalto y buscó el suyo con la mirada, sin recordar del todo si lo había llevado con ella a la habitación de Aidan o lo dejó en el salón, pero él se adelantó al ponerse de pie e ir a buscarlo. Estaba demasiado agotada para decirle que no era necesario, que ya lo buscaría ella; en lugar de eso, se arrellanó mejor en su posición y esperó a que él se lo acercara. Empezaba a convertirse en una perezosa, o tal vez tan solo disfrutara que él se mostrara tan atento con ella; no era algo a lo que estuviera acostumbrada. El pensamiento fue tan agradable que le arrancó una sonrisa, pero esta desapareció tan pronto como él regresó con el móvil en alto y expresión grave.

—¿Qué? —Preguntó ella.

Aidan le lanzó el teléfono y María lo atrapó en el aire.

—Natoli —respondió él quedándose de pie con los brazos cruzados y el gesto ceñudo—. Su nombre apareció en la pantalla pero no he respondido.

María abrió mucho los ojos y ni siquiera se molestó en decirle que bien hubiera podido hacer como que no había visto nada; hubiera sido una tontería. Era la clase de cosas que tenían que compartir en ese momento.

—Supongo que debería devolverle le llamada —María tecleó con rapidez luego de dar una mirada al reloj sobre la mesa de noche para comprobar la hora—. Medianoche. ¿Quién llama a esta hora?

—¿Un hombre muy ansioso?

María ignoró la ácida réplica de Aidan y marcó el número tras hacerle

un gesto para que mantuviera la boca cerrada, lo que él hizo no sin antes dirigirle una mirada aún más irritada.

—¿Hola? —ella esperó unos segundos a oír la voz al otro lado de la línea y cuando lo hizo convirtió su rostro en una máscara impasible, pero su voz surgió alegre—. No, no estaba dormida, no pasa nada.

Escuchó en silencio y su ceño se fue haciendo cada vez más pronunciado según Natoli hablaba.

—Sí, claro, no hay problema; no me molesta, está bien para mí —cualquiera que notara la tensión en su rostro habría adivinado que lo que fuera que le hubiera dicho no estaba en absoluto bien, pero ella continuó sin alterar la voz—. Por supuesto, envíame la dirección y allí estaré.

La llamada solo duró unos cuantos segundos más, pero cuando terminó y María colgó tras despedirse con ese tono artificial que rechinaba en sus propios oídos, buscó la mirada de Aidan y no disimuló su contrariedad porque estaba seguro de que él pensaba exactamente lo mismo.

—Quiere cambiar el lugar del encuentro —dijo ella al fin.

Aidan asintió lentamente y María agradeció que él no fuera la clase de persona que se sorprendía con facilidad o se alteraba frente a los imprevistos.

—¿Te dijo por qué?

—Dijo que había tenido una idea, que quería hacerlo especial y el restaurante del hotel le parecía aburrido para nosotros —indicó ella parpadeando y con una mueca de burla.

—¿Le creíste?

—No estoy segura.

Aidan suspiró y se llevó una mano al cuello, masajeándolo con expresión ausente.

—Si Lenny ha hablado...

María descartó la idea con un gesto de la mano.

—Él no lo haría, está demasiado asustado.

—Exacto. De Natoli —insistió Aidan.

—No, de nosotros —lo corrigió María sin alterarse—. Además, sabe que le decimos la verdad y que no tiene una sola oportunidad de que Natoli lo mantenga vivo cuando deje de necesitarlo. No le conviene traicionarnos; puede no parecerlo, pero es listo y sabe lo que hace.

Aidan suspiró, aceptando a medias sus argumentos, pero no se vio del todo convencido cuando buscó su mirada.

—¿Entonces por qué ha cambiado el lugar?

—No lo sé —reconoció ella de mala gana dando un leve golpe sobre la cama con un puño—. Tal vez dice la verdad y quiere ir a otro sitio. Quizá no le gusta la comida de su hotel, qué más da. Enviará la nueva dirección en cualquier momento y se la reenviaré a Holland para hacer los cambios; todavía tenemos tiempo para eso. No tenemos por qué cambiar nada de lo que ya hemos organizado, no hará ninguna diferencia.

Aidan empezó a negar con la cabeza y a María nunca le pareció más impresionante que en esa postura con las piernas semi abiertas y los brazos cruzados a la altura del pecho como un coloso. De haber tenido una pizca de talento, le habría encantado dibujarlo, pero desechó el pensamiento de inmediato. No era el mejor momento para fantasear.

—No me gusta esto —dijo él al fin en tono templado.

—Desde luego que no te gusta...

Él la ignoró.

—No tiene sentido y los hombres como Natoli no hacen nada a menos que tengan buenos motivos para cambiar los planes sobre la marcha.

—Es un criminal y los criminales siempre hacen cosas como esta; es su forma de mantenerse a salvo, en especial si gente como nosotros va tras ellos —indicó ella sin permitir que él la interrumpiera al continuar—. No tenemos un solo indicio de que él pudiera habernos descubierto, Aidan, no tienes que preocuparte más de lo necesario. Holland estaría de acuerdo y tú también si no se tratara de mí.

Advirtió que Aidan apretaba los dientes, lo que tomó como un pequeño triunfo; de tener algún otro argumento plausible lo hubiera dicho en lugar de mostrarse tan fastidiado. Segura de que estaba a punto de convencerlo, se incorporó sobre sus rodillas y le hizo un gesto para que se acercara, lo que él no hizo, pero no dejó que eso la amilanara.

—Aidan...

—Tengo un mal presentimiento.

María frunció el ceño y se llevó las manos a la cintura sin importarle que la sábana se le cayera revelando su desnudez.

—Es una pena, pero no hace ninguna diferencia —insistió ella—. No cambiaremos nada a estas alturas, Aidan. Estamos muy cerca.

Él recorrió su cuerpo con una profunda mirada que erizó su piel, pero no hizo amago de cubrirse porque no deseaba que él lo notara. Necesitaba que entendiera.

—¿Crees que no lo sé? —replicó Aidan sacudiendo la cabeza de un lado

a otro—. Pero yo...

—¿Qué?

—Tengo miedo.

La confesión brotó de sus labios como si le hubiera costado todas sus fuerzas pronunciar esas palabras y María sintió cómo todo el enojo y la desesperación empezaban a disolverse en su interior. Aidan no era la clase de hombre que revelara sus sentimientos con facilidad, tal y como había mencionado su hermana, y ella también lo sabía; en cierta forma, le gustaba eso de él porque ella tampoco era buena compartiendo sus emociones. Eran como dos bloques de roca procurando mantenerse en pie sin ponerse en riesgo de hacerse añicos entre ellos. Para su mala suerte, al parecer era ya muy tarde para preocuparse por eso. Ella, al menos, casi podía sentir como empezaba a dejar restos de su armadura según avanzaba en ese sendero. Pero no quería retroceder; no lo dijo, porque ya era lo bastante difícil reconocerlo para sí misma como para también decirlo en voz alta, pero hubiera continuado arrastrándose hacia adelante siempre que tuviera la certeza de que Aidan la esperaba al final del camino, con piedras cayendo tras ella o no.

—¿Acaso crees que yo no estoy asustada? —musitó María extendiendo una mano para atraerlo—. Te preocupas tanto por lo que pueda ocurrirme a mí que no te has puesto a pensar en que tú también estarás en peligro.

Aidan suspiró y caminó hacia ella; envolvió su mano con la suya y usó la otra para rodear su cintura. Se dejó caer frente a ella y apoyó el mentón sobre su cabeza, respirando con fuerza.

—Me estás destrozando —dijo él, y su aliento le quemó la piel— ¿Es así como me quieres? ¿De rodillas? Porque aquí me tienes.

—No te quiero de rodillas, aunque la imagen no está nada mal —María sonrió y acarició su pecho con la yema de los dedos—. ¿Por qué no vienes aquí conmigo? Eso me gusta más.

Aidan no se movió de inmediato sino que permaneció en esa posición, apretándola con fuerza contra su cuerpo y ella cerró los ojos porque no creía tener las fuerzas suficientes para mirarlo y no decir todo lo que hubiera deseado.

—No sé si pueda más con esto, María, no puedo con una batalla tras otra porque no importa cuántas gane, al final no venceré esta guerra.

María sacudió la cabeza de un lado a otro y carraspeó para aclarar su garganta; le escocían los ojos, pero no entendía por qué.

—Esto no es una guerra —musitó ella cuando recuperó la voz.

—Te equivocas, claro que lo es. La guerra eres tú.

María volvió a negar y lo abrazó como si esa fuera la única respuesta en la que pudiera pensar; lo único que esperaba le hiciera entender lo mucho que significaba para ella porque no tenía el valor suficiente para decirlo aún. Aidan había dicho que ella era la guerra, pero eso no era cierto. Él no tenía cómo saberlo, pero la única guerra que ambos tenían frente a ellos era demasiado aterradora para siquiera empezar a imaginarla.

Capítulo 11

Cuando María pensaba en lo ocurrido durante aquel día, mucho tiempo después, le sorprendía llegar siempre a la misma conclusión: fue como si le hubiera pasado a alguien más.

En un principio estuvo bastante segura de lo que hacía. Cuando ella y Aidan llegaron a la estación para ultimar los detalles de la operación de aquella noche con el capitán Holland y sus compañeros, se dijo que nunca había estado más segura de nada. Habían organizado cada parte del plan con tanta minuciosidad que cuando dio una mirada alrededor de la mesa del capitán, deteniéndose un momento en cada miembro del equipo, la asaltó una punzada de orgullo; pero no era la habitual soberbia que acostumbraba sentir en otros casos como aquel. Entonces se impacientaba más por la impresión que daba ella sin preocuparse mucho por sus compañeros; en ese momento sintió una oleada de afecto por todos y cada uno de ellos. Cuando le tocó el turno a Aidan, sin embargo, el orgullo y el aprecio fueron mucho más allá.

Él no había dicho una sola palabra más respecto a sus críticas para con la operación. Por el contrario, asumió la labor de líder con la naturalidad que mostraba siempre en esas ocasiones y María no pudo pensar en nadie más a quien le hubiera gustado encomendar el éxito de la misión o su propia seguridad. Mientras ella se encontrara reunida con Natoli, él comandaría el grupo que iría directamente a arrestar a Taylor, el hombre en quien Natoli parecía confiar tanto y a quien ya habían ubicado en una casa no demasiado alejada del lugar de encuentro que había indicado él a María la noche anterior. Al capitán Holland, lo mismo que a Aidan, no le había hecho ninguna gracia el cambio de última hora, pero no le quedó más alternativa que plegarse a los hechos. Como había dicho María, esa podría ser su única oportunidad para atraparlo y desperdiciarla a última hora cuando tenían todo organizado hubiera sido una locura. De cualquier forma, aumentó la guardia destinada a cubrir a María y acordó que Aidan iría también con su equipo una vez que se encargara de Taylor.

La única parte del plan que la ponía un poco nerviosa era la concerniente a la detención de los fiscales y jueces involucrados en la red de

Natoli. El capitán Holland había decidido que él lideraría esa parte de la operación por ser la más delicada y la que requería una mayor responsabilidad formal. Como cabeza de esa sección, sería él quien tendría que enfrentar cualquier inconveniente que pudiera surgir. Si las cosas iban bien, se cubriría de gloria, pero si no, estaría en graves problemas. Por eso no quiso que ninguno de sus subordinados se jugara la carrera en su lugar. David y Bernie estarían a su lado para ocuparse de todo el tema legal y adelantarse a cualquier jugarreta que Rollins o cualquiera de los otros intentara urdir; se arriesgaban tanto como Holland, pero ninguno quiso ni oír hablar acerca de dejar el trabajo a alguien más.

Según lo habían organizado, cada grupo dejaría la estación por separado con un intervalo de algunos minutos. María se preparó tal y como había hecho para su primer encuentro con Natoli. La misma oficial de entonces, Chang, le ayudó a prender el micrófono por debajo de la blusa que había elegido usar ese día, una elegante de seda turquesa que su madre le regaló en su último cumpleaños, a juego con sus pantalones entallados que delineaban su figura. Un atuendo mucho más discreto y cómodo que el que había usado en el club. No fue una elección inconsciente. Si las cosas iban como lo tenía planeado, iba a necesitar moverse con ligereza y además, como los pantalones eran holgados podría ocultar una pistola pequeña en la cinturilla a la espalda. Tal vez la gente consideraba que era un poco imprudente, pero nunca se le ocurriría lanzarse a semejante aventura desarmada.

Ella sería la primera en salir; la idea era que se dirigiera al lugar acordado con Natoli en su coche y que una camioneta con el resto de su equipo la siguiera a una prudente distancia. Cuando estuvo lista, se dirigió a un pequeño cubículo situado al lado del almacén donde los oficiales a cargo acostumbraban guardar la documentación que no tenían aún un respaldo en los ordenadores. Era un lugar minúsculo y ocupado casi de techo a pared por hileras e hileras de carpetas amarillentas. Solo quedaba lugar para un pequeño escritorio que en ese momento se hallaba abandonado; el oficial encargado estaba en el equipo del capitán Holland aquella noche. Solo le quedaba espacio para dar unos cuantos pasos de un lado a otro, pero eso era lo que necesitaba. Un lugar apartado donde pudiera prepararse en soledad, centrarse y repasar el plan en su cabeza por última vez. Tal y como había hecho muchas veces antes al enfrentarse a una situación como aquella, se llevó una mano al cuello y sostuvo su medalla entre los dedos con fuerza. Musitó una oración sin dejar de dar pequeños pasos en círculos con los ojos

entrecerrados, aspirando con fuerza una y otra vez como una forma de poner su mente en blanco y alejar cualquier duda que hubiera podido tener hasta entonces. Sabía que estaba haciendo lo correcto.

Fue así como la encontró Aidan cuando fue a buscarla. Se mantuvo de pie ante la puerta entreabierta observándola con una mirada profunda, pero no la interrumpió hasta que la vio detener su paseo y bajar la mano que sostenía la medalla. Solo entonces abrió la puerta y se reunió con ella en medio del pequeño espacio.

María aún tenía los ojos entrecerrados, pero supo que era él incluso desde antes de que entrara; había sentido su mirada fija en ella y esa certeza le infundió la paz que le hacía falta para terminar de prepararse. Cuando abrió los ojos del todo y lo vio a solo un palmo de distancia, sonrió e hizo un leve gesto de asentimiento. Aidan no tuvo que preguntar, ella supo lo que deseaba saber.

—Todo está bien —dijo ella—. Estoy lista.

Fue el turno de Aidan para asentir y María agradeció que no hiciera ni un solo comentario respecto a sus dudas o temores. Por el contrario, elevó una mano y la posó sobre su brazo desnudo, atrayéndola levemente hacia él con los ojos puestos en los suyos con tanta intensidad que ella debió parpadear una y otra vez, como si al no hacerlo corriera el riesgo de revelar más de lo que hubiera deseado en ese momento. No debía ser así. No aún.

Aidan inclinó el rostro hasta quedar tan cerca que sus labios rozaban los suyos, y María no hizo nada por apartarse. Tendría que haber salido ya, estaba demorando el inicio de la operación, pero no podía separarse de él, no cuando todo en su corazón le decía que ese era el único lugar en el mundo en que debía estar.

—Ten cuidado —dijo él con esa voz grave que le erizaba la piel—. Si ves cualquier cosa que dispare tus alarmas...

—Lo tendré. Todo irá bien.

Él no pareció del todo convencido con sus palabras, pero asintió y exhaló un suspiro al acariciar su rostro con la mano libre. Usó las yemas de los dedos para delinear su mejilla y la curva de sus labios.

—Te quiero de vuelta y de una pieza, ¿de acuerdo? —insistió él.

María sonrió.

—Creo que debería pedirte lo mismo —comentó ella con una mueca traviesa.

—No estoy bromeando.

—Yo tampoco.

Aidan se vio imposibilitado de seguir manteniendo el semblante serio y sonrió al tiempo que rozaba la medalla que oscilaba sobre su pecho con expresión pensativa.

—En momentos como este me gustaría tener fe —dijo él en un tono de voz muy bajo, como si le arrancara una confesión.

María se sintió conmovida por sus palabras y se puso de puntillas para rozar sus labios.

—No te preocupes. Tengo bastante para los dos —dijo ella.

—Supongo que eso tendrá que bastar.

María asintió y entreabrió los labios para besarlo. Era el peor momento para hacerlo, incluso tal vez fuera un poco irresponsable, pero no se detuvo a pensar en eso. Lo necesitaba de la misma forma en que la necesitaba él a ella. Lo supo de inmediato al sentir su respiración agitada que rivalizaba con la suya y por la firmeza con que sujetó su cintura para pegarla a su pecho.

—María...

Aidan suspiró contra sus labios cuando se separaron para recuperar el aliento y repitió esa extraña frase que había pronunciado antes y de la que aún no conocía su significado.

—¿Vas a decírmelo? —preguntó ella con voz ronca.

—¿Qué?

—¿Qué es lo que significa eso?

Aidan exhibió una sonrisa burlona, pero ella no pudo adivinar si la mofa estaba dirigida a ella o a sí mismo.

—No te va a gustar —respondió él al cabo de un segundo.

—¿Por qué no?

—Cuando menos, te asustarás.

María frunció el ceño y lo provocó dándole un golpecito en el pecho con un dedo.

—¿Acaso estás amenazándome de muerte en gaélico, Flynn? —bromeó ella con una falsa entonación horrorizada.

Aidan tomó su dedo con la mano y se lo llevó a los labios antes de responder.

—Algo peor —dijo él antes de continuar en tono serio—. Estoy enamorado de ti. Eso es lo que quiere decir.

María sintió que su garganta se secaba como si le acabaran de dar un puñetazo en el abdomen y todo el aire escapara de sus pulmones. Sabía que

debía de parecer una tonta con los labios entreabiertos y expresión de sorpresa, pero no atinó a hacer nada y Aidan debió de encontrar muy divertida su reacción porque se inclinó para depositar un suave beso en la punta de su nariz.

—No tienes que decirlo también —comentó él con voz risueña—. Apuesto que habrías preferido que significara que quiero matarte o algo así, ¿cierto?

Lo que María habría querido era darle un golpe por burlarse de ella y de actuar con tanta normalidad después de decir algo como eso. Incluso le habría encantado tomarlo del cuello y atraerlo hacia sí para susurrar contra sus labios todo lo que en ese momento tenía atravesado en su garganta, pero no encontró las palabras. A la sensación en el estómago se había unido una dolorosa opresión en el pecho y apenas conseguía recuperar el habla cuando la radio que Aidan llevaba sujeta al cinturón empezó a pitar. Ni siquiera hizo falta que respondiera. Sabía que debía de tratarse del capitán Holland preguntando donde se habían metido y qué esperaba María para ponerse en camino.

Ella hubiera deseado que no respondiera, incluso hizo un gesto atontado para detenerlo, pero Aidan sacudió la cabeza en señal de negación sin dejar de observarla y respondió con unas breves frases, asegurando que estaba todo listo para ponerse en marcha.

Cuando él cortó la comunicación, María dio un paso hacia atrás, pero se lo pensó mejor y sorprendió a Aidan al tomarlo del cuello de la camisa y darle un último beso apasionado antes de separarse y pasar por su lado para salir.

—Aún no hemos terminado, Flynn —dijo ella antes de perderse por el pasillo.

No habría podido asegurarlo, pero María estaba casi segura de haberlo oído responder “*te estaré esperando*”.

Natoli había elegido un apartado club muy distinto del que se encontraba en los muelles la primera vez que se vieron, pero pese a que la atmósfera y la decoración allí era mucho más elegante y cada uno de sus rincones hablara de riqueza, María sintió una desagradable opresión tan pronto como puso un pie allí. El capitán Holland se había encargado de enviar a un agente encubierto

esa mañana para que inspeccionara el lugar y marcara las mejores rutas de entrada y salida, pero eso no le ayudó a sentirse mejor. Odiaba reconocerlo, pero empezaba a inundarle el mismo mal presentimiento del que había hablado Aidan. Sin embargo, nada en su semblante delató su aprehensión cuando descendió del coche y entró al local para reunirse con Natoli, que la esperaba en el vestíbulo con una sonrisa de bienvenida.

Natoli iba de negro, tal y como le había visto siempre en cada ocasión en que se había topado con él. La única licencia a romper esa deprimente rigidez era el pañuelo blanco que destellaba en el bolsillo de su chaqueta.

—Pensé que no vendrías —dijo él tan pronto como la vio aparecer.

María contuvo la oleada de desagrado que experimentó al sentir su mano fría sobre su brazo. Natoli la guio por entre un grupo de personas que los miraban con mal disimulado interés hasta el salón donde una pequeña orquesta tocaba una pieza que identificó como una de las favoritas de su padre. Él siempre había sido un aficionado al jazz y supuso que le gustaría ese lugar.

—Es prerrogativa de una mujer llegar tarde —se disculpó ella con una sonrisa afectada mientras ocupaban la mesa más alejada del resto—. Lamento no haberte avisado.

Natoli negó con la cabeza y sonrió, haciendo un gesto a uno de los camareros que pululaban por el salón.

—Ha valido la pena esperar.

—Siempre usas frases muy bien ensayadas, ¿no? —comentó ella suavizando el tono para que no pareciera una crítica.

—Funcionan —replicó él de inmediato sin parecer ofendido—. ¿Por qué cambiarlas?

—Cierto. ¿Por qué?

María permitió que él ordenara por ella sin que se notara lo poco que le había gustado ese gesto. En lugar de ello, fingió indiferencia mientras él se enzarzaba en una discusión con el camarero acerca de cuál era su mejor bebida. Con una mirada afilada, abarcó el salón de punta a punta tomando nota mental de cuál era la salida más conveniente en caso de huida, qué clase de gente parecía ser el resto del grupo y si había alguna señal de los hombres que acostumbraban acompañar a Natoli. De estos últimos no vio ni rastro, mientras que un rápido conteo le reveló que había menos personas de las que había calculado en un inicio. A lo mucho un par de docenas; todos en parejas a excepción de un grupo de cinco que eran los más animosos al bailar cerca a

la orquesta.

— Espero que te guste.

María ladeó el rostro al oír el comentario de Natoli y advirtió que él la miraba a su vez con una expresión astuta que no le agradó.

—Es precioso —dijo ella apoyando las manos sobre el níveo mantel con una sonrisa entusiasta—. Me encanta, no lo conocía.

—Conozco al dueño —replicó él, pareciendo satisfecho—. Pensé que lo apreciarías.

María asintió y dio otra mirada alrededor, pero esta vez procuró que pareciera tan solo una de apreciación más bien inocente.

—Maravilloso —insistió ella—. Tu amigo tiene buen gusto.

—Se lo diré cuando lo vea.

María sonrió frente a la afilada réplica y movió los dedos en un gesto calculado para llamar su atención.

—Pareces preocupado —comentó ella, dirigiéndole una mirada curiosa — ¿Ocurre algo?

Natoli se encogió de hombros y negó con la cabeza sin dejar de sonreír, pero no respondió. El camarero llegó en ese momento y sostuvo una botella frente a él mientras María volvía a fingir indolencia, aunque por dentro no dejaba de pensar en qué estaría ocurriendo con los otros equipos. Según sus cálculos, Aidan debía de haberse puesto ya en camino para arrestar a Taylor, mientras que el capitán Holland tal vez hubiera llegado ya al edificio de la fiscalía para reunirse con David y Bernie para presentarse frente a Rollins y los otros fiscales involucrados. Como en El padrino, pero con menos sangre, había bromeado ella para referirse a esa operación simultánea. Esperaba haber estado en lo cierto.

Natoli despidió al camarero una vez que aprobó la botella y lo sirvió en sus copas en un gesto desenvuelto que reveló lo acostumbrado que estaba a situaciones como aquella.

—No has respondido.

María habló luego de dar un sorbo al vino. Era seco y ácido y le dejó una sensación desagradable en el paladar, pero procuró que no se notara en su rostro. Natoli, en cambio, pareció encantado con el sabor y la miró por encima de su copa antes de contestar.

—No estoy preocupado, ¿por qué iba a estarlo? —comentó él haciendo un gesto con las manos para abarcar lo que les rodeaba—. Soy un hombre afortunado.

María sonrió, pero captó algo en su tono que le reveló que estaba mintiendo. Lo observó con los párpados entornados en una mirada que esperó pareciera seductora y se inclinó levemente hacia él en un ademán invitante.

—Claro que lo eres —dijo ella, dando otro sorbo a su bebida.

Natoli le devolvió la sonrisa y elevó la copa en dirección a ella.

—Por nosotros y esta noche —declaró él—. Hagamos que sea inolvidable.

María brindó sin responder y ensanchó la sonrisa. Inolvidable. Ya se encargaría ella de que lo fuera.

María se las arregló para ir al baño una vez e intentó comunicarse con la agente Chang para recibir noticias de los avances de la operación, pero el lugar estaba atestado y no pudo entablar comunicación sin atraer miradas indiscretas. Hasta ese momento no había tenido problemas con Natoli. Luego de ese tenso momento en que había creído atisbar cierta tensión en su comportamiento, no vio nada que la llevara a suponer que sospechaba algo. Por el contrario, se había mostrado encantador y pasó buena parte de la cena hablando de sus experiencias en Boston. Desde luego, no mencionó nada acerca de robos millonarios o el asesinato de policías, se dijo María más de una vez para sí con cinismo.

Para cuando el camarero les llevó el postre, ella había conseguido relajar sus nervios lo suficiente para mantener una conversación más o menos distendida. Urdió una mentira tras otra acerca de su vida sin parpadear y se alegró por tener tan pocos escrúpulos; de no ser policía, tal vez se habría dedicado a la actuación. Natoli pareció encantado con sus anécdotas y buscó su mano más de una vez por debajo de la mesa. María lo dejó hacer reprimiendo su irritación, pero cuando él rozó su rodilla y subió por sus muslos, juntó las piernas y le dirigió una mirada de advertencia que él recibió con un falso gesto de arrepentimiento.

María estuvo segura de lo que él se proponía y hubiera sido una tonta al negar que no lo hubiera visto venir. Desde luego que intentaba llevarla a la cama. Si era verdad que no sospechaba nada, entonces era la única razón por la que un hombre como él habría urdido una charada tan bien orquestada como aquella. La pregunta no era hasta donde estaba dispuesta a llegar ella, eso lo tenía muy claro, sino cuál era el siguiente paso a dar. Tenía que hilar

fino para ponerlo donde necesitaba. No podía arrestarlo mientras no recibiera la confirmación de que tenían a Taylor y a los fiscales dispuestos a hablar. De no ser así, el arresto no tendría mucho sentido y Natoli podría contratar a un ejército de abogados con sus muchos millones para que lo sacaran de la cárcel en unas horas. De allí a una fuga del país había solo un paso. Por eso, procuró conservar la calma y mantener sus avances a raya sin rechazarlo del todo.

Pidió un café para dilatar la cena y rechazó su oferta de bailar; pero entonces vio algo que llamó su atención y la puso en alerta. Uno de los hombres que había estaba buscando desde su llegada, el más fornido que acostumbraba acompañarlo durante sus salidas y al que ella y Aidan había visto más de una vez, apareció en el umbral de la entrada. Su llegada hubiera podido pasar inadvertida de no ser porque lo esperaba, y lo mismo pareció ocurrir con Natoli, que se puso en tensión tan pronto como lo vio.

—¿Me disculpas un momento?

María sonrió y asintió, aparentando interés en una pareja que bailaba muy pegada en el centro del salón; pero en realidad tenía toda su atención puesta en lo que ocurría en la entrada. No pudieron pasar más de dos minutos, pero en ese momento le pareció como si hubieran sido dos horas. Ansiosa y sin poder evitarlo, se permitió ladear el rostro en un movimiento estudiado, como si solo intentara acomodar su cabello sobre los hombros, pero lo que en verdad deseaba era ver el rostro de los hombres para intentar leer sus expresiones. Lo consiguió apenas, pero Natoli fue lo bastante rápido para notarlo y le dirigió una tensa sonrisa que la obligó a desviar la mirada.

Cuando Natoli volvió, María advirtió que su compañero se había marchado una vez más y no supo si eso la tranquilizó o le preocupó aún más.

—Lo siento —Natoli se dejó caer sobre la silla con un suspiro—. Parece que no puedo tener un momento de paz aquí.

María sonrió y procuró mirarlo con algo muy similar a la admiración.

—Esa es una señal de éxito —comentó ella, sonriente.

Natoli no se vio tan complacido como le hubiera gustado, pero al menos se mostró algo más relajado al mirarla por encima de su copa una vez que se bebió lo último de vino que quedaba. Luego, observó la botella vacía con el ceño fruncido y regresó su atención a María.

—Ya que no quieres bailar, y nos hemos quedado sin vino, ¿qué dices si nos vamos? —sugirió él de pronto en una voz que supuso pretendió sonar seductora, pero a María le provocó un escalofrío de aprehensión.

—¿Ir a dónde? —preguntó ella sin revelar su inquietud.

Natoli posó una mano cerca de la suya encima de la mesa y le dirigió una mirada calculadora.

—Es una sorpresa.

María forzó un mohín estudiado.

—No me gustan las sorpresas —declaró ella entonces.

—Te gustará la mía.

—Eso ha sonado un poco engreído —María rio y se llevó una mano al cuello en un movimiento involuntario—. No creo...

—Por favor.

Natoli rozó sus dedos y se adelantó en el asiento para buscar su mirada. Por más que lo intentó, María no pudo ver en su rostro nada que le revelara qué era lo que pensaba en verdad; tan solo consiguió advertir un alto grado de excitación en sus pupilas dilatadas, pero eso bien podía significar que la deseaba, no que intentaba matarla. Estaba ante una encrucijada que había esperado se presentara en algún momento y supo con seguridad lo que debía responder; de modo que decidió jugar todas sus cartas en esa mano y asintió sin vacilar.

—De acuerdo —dijo ella, haciendo como si le costara un gran esfuerzo aceptar pero no fuera capaz de resistirse—. ¿Cómo podría negarme?

—No. No podrías.

María ignoró la enigmática respuesta y aguardó en silencio a que Natoli pidiera la cuenta. Mientras él se ocupaba de ello, dio otra mirada alrededor en busca del hombre con el que había estado hablando, pero no vio ni rastro de él. ¿Por qué había ido allí? Dudaba de que Natoli agradeciera que interrumpieran un encuentro con una de sus conquistas, así que debía de ser algo importante. La pregunta era qué. Lo miró de nuevo mientras firmaba la cuenta, pero no vio nada en su rostro que le dijera lo que estaba pensando; sus manos estaban firmes y no vio un solo gesto que alterara su semblante calmado. Tan solo, si pecaba de paranoica, hubiera podido decir que la línea de su cuello parecía más rígida de lo normal, una señal que hubiera podido deberse en realidad a cualquier cosa.

—¿Nos vamos?

María parpadeó y lo obsequió con una sonrisa estudiada al tiempo que aceptaba su mano para ponerse de pie.

Cuando dejaron el salón pensó en dar cualquier excusa para ir al baño nuevamente; si iban a dejar el edificio necesitaba informarlo a la base, pero

Natoli no le dio tiempo. Él pasó un brazo por sus hombros y la guio hacia la entrada, donde un coche los esperaba. Al mirar con atención, identificó al hombre que había ido a su encuentro hacía unos momentos; estaba al volante del coche mientras otro, al que también reconoció como uno de los guardias de Natoli, permanecía de pie con la puerta abierta para que ellos pudieran subir. María le dio una rápida mirada y advirtió que iba armado, lo que no le extrañó, pero tampoco ayudó mucho a tranquilizarla. Sin embargo, procuró no entrar en pánico. Habían contemplado la posibilidad de que debiera moverse y dejar el punto de encuentro; su teléfono tenía activado el rastreador y Chang debía de haber notado ya que estaba en movimiento. Sin importar a donde fueran, ella lo sabía y el resto del equipo también. De ser necesario, darían con su ubicación, no había nada por lo que preocuparse. Con esa certeza, subió al asiento trasero del coche con una sonrisa y Natoli se sentó a su lado.

El viaje fue relativamente breve, pero las lunas oscuras no le permitieron ver el exterior como hubiera deseado. Aun así, consiguió identificar un par de edificios que había visto antes, lo que la puso en alerta porque eran los que acostumbraba recorrer en sus rondas cuando estaba en el cuerpo de policías antes de ser ascendida a oficial. Iban camino al muelle, pero no a la zona donde se ubicaban los bares y burdeles, sino directamente a donde se encontraba el puerto y las oficinas de aduanas.

María aspiró una y otra vez con suavidad para tranquilizar su pulso acelerado, segura de que las cosas empezaban a salirse de las manos. Porque habría que ser una idiota para creer que Natoli la llevaba allí como parte de sus planes para seducirla. De cualquier forma, se esforzó para que nada en su semblante revelara su inquietud; incluso mantuvo una sonrisa desenfadada en una señal de desafío. No sabía si dirigido a Natoli o a la vida, al final daba igual.

Cuando el coche se detuvo después de cruzar unas verjas que estaba segura cualquiera no hubiera podido traspasar sin contar con un permiso, se permitió mirar a Natoli de lado con una ceja alzada.

—¿Siempre traes a todas tus citas por aquí? —preguntó ella sin disimular la burla.

Él le devolvió la mirada y María comprobó que su expresión calmada había desaparecido; sus ojos brillaban con un ristre de furia y tenía los labios apretados.

—Solo a las especiales.

María recibió sus palabras con un leve temblor en las piernas, pero no permitió que la intimidara. En ese momento, el chófer bajó del coche y abrió la puerta de su jefe. Él la miró e hizo un gesto para que lo siguiera, lo que ella hizo sin vacilar. No tenía sentido fingir o dilatar nada; ese era el momento en que el juego empezaba a develarse.

Pese a la hora, la zona se encontraba completamente iluminada; según sabía eso se debía a que los contenedores que contenían la carga que salía en los buques mercantes eran movidos tanto de día como de noche. Había poco descanso en los muelles y en ese momento consiguió distinguir un poco de actividad en el área; pero bastante lejos de donde ellos se encontraban. En esa isla de luz en que estaba de pie al lado de Natoli y sus dos hombres, se sintió muy sola, pero no permitió que la sensación le apabullara. No estaba sola, no en verdad. Su equipo debía de encontrarse cerca y actuarían en el momento que fuera necesario, se recordó.

—Bonito espectáculo, ¿no?

Natoli reclamó su atención buscando su mirada y dirigiéndose a ella con un tono de voz cargado de sarcasmo del todo opuesto al que había usado hasta entonces. María, sin embargo, procuró adoptar una actitud desenfadada al responder y dio una mirada alrededor con una ceja alzada en señal de diversión.

—Depende de qué entiendas por espectáculo —comentó ella—. Puedo pensar en algunos mejores, pero no quiero criticar tus gustos.

Natoli se llevó las manos a los bolsillos, pero no antes de que María advirtiera que las tenía tensadas como si fueran garras, una señal de furia que la obligó a echarse levemente hacia atrás en un gesto instintivo.

—¿Te he dicho cuánto me gusta tu sentido del humor? —Preguntó él entonces con una mirada acerada.

—No, no lo creo.

—Te lo digo ahora. Creo que es lo que más me atrajo de ti.

María se encogió de hombros.

—¿En serio? Pensé que habían sido mis ojos.

Natoli rio. Una risa áspera que sonó como un eco en el espacio vacío.

—Eso también. Entre otras cosas —él la recorrió con una mirada insultante que María recibió con los dientes apretados—. Pero nada que no haya visto antes. El sentido del humor, en cambio, la desfachatez, eso fue nuevo. Ahora, sin embargo, me pregunto qué de verdad hay en eso.

María apoyó una mano en su cadera y le devolvió la mirada con un

gesto burlón en el rostro. Sabía que lo más inteligente, lo que cualquiera con dos dedos de frente le hubiera aconsejado, era que fingiera ignorancia, que actuara como si no supiera a qué se refería, pero su orgullo le ganó la partida. Además, supuso que había más posibilidades de que Natoli se pusiera en evidencia al dejarse llevar por la furia que obviamente lo embargaba en ese momento, que intentando convencerlo de que estaba en algún tipo de error.

—Bueno, soy tan real como quieras que sea —replicó ella con descaro—. O como te convenga creer.

Natoli elevó las cejas y exhibió una sonrisa que le recordó a un lobo.

—¿De eso se trató desde un inicio? Agitarte frente a mí como a una carnada —dijo él con los ojos entrecerrados, como si solo en ese momento recordara algo importante— ¿La pelea en el club también fue un montaje? ¿Ese hombre era realmente tu novio?

María sacudió la cabeza, sin responder, y Natoli debió de decidir tomar eso como un asentimiento porque empezó a reír con más ganas; pero María supo que esa risa era tan falsa como la seguridad que procuraba ella fingir. Los dos hombres que los flanqueaban oían sin decir una sola palabra, pero era obvio que permanecían atentos a cualquier indicación de su jefe.

La risa de Natoli se apagó tan bruscamente como había iniciado y la miró entonces con semblante serio y determinado.

—Podemos hacer esto de la manera fácil...

—¿Cómo lo has sabido? —María lo interrumpió con una mirada de extrañeza.

Natoli no fingió no saber a qué se refería y se llevó una mano al mentón en un falso ademán indeciso. Al parecer, había superado ya la sorpresa y empezaba a divertirse.

—Tengo amigos —indicó él.

—Yo también.

—Ah, pero los míos son mejores.

Fue el turno de María para reír, aunque no hubo nada de sincero en su risa; no deseaba que Natoli pensara que había conseguido intimidarla con la soberbia que empezaba a mostrar. Él parecía creer que contaba con la sartén por el mango y aunque lo más juicioso hubiera sido permitir que continuara con esa idea, algo la orilló a mostrar una seguridad que en verdad no sentía.

—Deberías presentármelos —sugirió ella.

Natoli fingió considerarlo y, tras dirigirle una mirada calculadora, se acercó a ella con movimientos felinos hasta encontrarse a solo un palmo de

distancia. Luego, la sostuvo por un hombro, pero María no hizo amago de soltarse; tan solo sostuvo su mirada en un ademán desafiante que pareció divertirlo más.

—Lo haré. Si te portas bien —dijo él.

María creyó que intentaba acariciarla cuando usó la mano libre para rodearla para la cintura, pero comprendió pronto que estaba equivocada; lo que él hizo fue palpar su espalda y tirar de la blusa hacia arriba hasta dar con el arma sujeta a la cinturilla del pantalón. Una vez que la encontró se hizo con ella sin que María hiciera nada por detenerlo porque había advertido ya que sus hombres acababan de llevarse las manos a las cartucheras en busca de sus propias armas.

Natoli sostuvo la pequeña pistola frente a él y la blandió con un suspiro que ella no supo identificar si era de disgusto o pesar.

—Muy bonita —dijo él.

—¿Lo supiste todo el tiempo? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza al tiempo que se la tendía a uno de sus hombres, que la guardó en el bolsillo delantero de su chaqueta. Se mostraba tan calmado que María entendió al fin cómo había conseguido urdir un imperio a base de buenas relaciones y ataques despiadados. Cuando lo deseaba, podía ser tan frío como un pedazo de hielo.

—No, la verdad es que no. Hiciste un buen trabajo; te creí todo el tiempo —replicó él con tranquilidad—. Aunque debo decir que esa llamada tuya me sorprendió; creí que ya no sabría nada de ti y de pronto te mostraste tan interesada en verme. Me dije que no debía de pensar mal, podías solo sentirte tan atraída por mí como yo por ti. No serías la primera.

Natoli sonrió al decir la última frase en un gesto de falsa modestia que María encontró repulsivo. Dio un paso en su dirección, retomando el control de sus emociones pese a la inquietud que empezaba a sentir y lo señaló con una cabezada.

—¿Y cómo lo supiste? —insistió ella.

Fue el turno de Natoli para encogerse de hombros.

—Te lo dije, uno de mis amigos —él señaló a uno de sus hombres—. Traiganlo. Quiero que ella lo vea.

María vio al hombre marchar en dirección a una de las garitas que acababan de pasar. Había pensado que uno de los guardias del muelle montaba vigilancia allí, pero notó entonces que si bien se veía una luz desde el interior, no había nadie de pie donde se suponía que debía de encontrarse el

guardia. El hombre abrió la portezuela y María lo vio agacharse como si buscara algo en el suelo para luego incorporarse con dificultad. Al iniciar el regreso, comprendió a qué se debía eso último.

El hombre de Natoli arrastraba un fardo tras él con una sola mano, como quien lleva una bolsa de basura al contenedor de desperdicios. Una vez que llegó a su altura, dejó caer su carga frente a ella y María contuvo una arcada al ver de qué se trataba.

Lenny estaba encogido sobre sí mismo, como un caracol; uno adolorido y con seguridad con varios miembros rotos, como pudo advertir por el continuo gesto de dolor en su rostro, o al menos en las partes que no se habían convertido en una masa moreteada por los golpes que debían de haberle dado.

Natoli la miraba con avidez, atento a su reacción, pero ella no permitió que viera cuánto la había afectado. ¡Pobre Lenny! ¿Era eso lo que se había llevado por confiar en ella?

—¿Y bien? —preguntó Natoli, ansioso por su falta de respuesta—. ¿Conoces a mi amigo?

María mantuvo el semblante imperturbable y dirigió la vista de uno a otro sin parpadear.

—No sabría decirlo; no hay mucho con lo que identificarlo —replicó ella encogiéndose de hombros—. Pero te diré algo: no me gustaría ser amiga tuya.

Natoli rio.

—Muy tarde —dijo él, fingiendo pesar—. Ya lo eres.

Uno de los hombres de Natoli reaccionó a un gesto de este agachándose para tomar a Lenny nuevamente de la chaqueta y arrastrarlo con él de regreso a la caseta. María sintió un retortijón en el estómago y sus manos empezaron a sudar. Quería ir en ayuda de Lenny, pero sabía que de hacerlo echaría por tierra cualquier oportunidad de salvarlo y también a sí misma. Debía mantener la calma pese a todo y confiar en que el equipo estaba enterado de todo lo que ocurría; ellos irían por ella en el momento preciso. Según sus cálculos, si las cosas les habían ido mejor que a ella en sus respectivas asignaciones, los cómplices de Natoli debían de haber sido ya arrestados. Él era el único que faltaba, y era suyo.

—No debí confiar en él —la voz de Natoli la obligó a prestarle nuevamente atención—. Un ratero de poca monta aficionado al alcohol nunca es una buena combinación, pero hay que reconocer que conoce el

funcionamiento de los muelles como nadie.

María asintió, sonriendo con burla.

—Y tú no desperdiciarías la oportunidad de aprovecharte de eso —replicó ella.

—Por supuesto. ¿Cómo crees que hice todo mi dinero?

María le dirigió una mirada asqueada que a él pareció trastornarlo porque se acercó a ella con el rostro elevado en ademán desafiante.

—No me juzgues —dijo él, casi escupiendo sobre su rostro.

—¿Te parece que eso es lo que hago? —replicó ella sin alterarse—. Tal vez solo admiro tu falta de escrúpulos.

Natoli rio y la expresión de furia pareció apagarse cuando elevó una mano y rozó su mejilla con el pulgar.

—¡Qué lástima! —dijo él, y pareció sinceramente apenado—. Me habría encantado que fueras real.

María estuvo tentada a decirle que no había nada falso en ella, que era él quien actuaba como una mala imitación de un villano, pero supuso que eso solo lo enfurecería nuevamente y aún no era momento de hacerlo perder el control.

—Bueno, ya debes de saber que no siempre obtenemos lo que deseamos —dijo ella al fin en un tono calmado— ¿Por qué no huiste?

La abrupta pregunta pareció desconcertarlo, tal y como había deseado. Natoli guardó silencio un minuto y desvió la mirada en dirección a la lejanía, donde ubicaban algunos buques cargueros, momento que María aprovechó para mirar en dirección contraria, hacia la vía por la que habían llegado. Si sus compañeros estaban en camino, tendrían que hacerlo también por allí, a menos...

—No se me da bien escapar —la respuesta de Natoli llegó a sus oídos y tuvo que volver a mirar hacia él—. Además, te confieso que no quería irme sin haberte visto antes.

María se llevó una mano al pecho en ademán burlón.

—Eso es muy dulce de tu parte, estoy conmovida —ella supo que su reacción era un poco arriesgada, pero no pudo evitarlo—. Vamos, Natoli, no mientas. Solo te quedaste porque tu botín está aquí y no has tenido tiempo para asegurar una venta que te permita escapar con el dinero.

Fue el turno de él para adoptar una actitud sarcástica al ladear el rostro y dirigirle una mirada ofendida.

—Qué cínica —replicó él, para luego hacer un gesto estudiado al

levantar las comisuras de los labios en un gesto socarrón—. Bueno, digamos que tienes un poco de razón. Odiaría haber trabajado tanto para irme con las manos vacías; han sido meses de planificación, grandes riesgos...

—Asesinatos. No olvides los asesinatos.

Él recibió su interrupción con un ligero asentimiento y un relampagueo de sus ojos oscuros.

—Claro que no, son parte del trabajo; aunque si no recuerdo mal aquí solo ha sido uno —señaló Natoli sin parecer tocado por la acusación—. Debes entender, Cristina, que a veces uno debe ensuciarse las manos... lo siento, no es Cristina, ¿verdad? Según Lenny, es agente Cabrera, pero preferiría llamarte María. ¿Puedo?

María negó con la cabeza en un gesto reflejo, pero él la ignoró y continuó con su perorata; de pronto parecía encantado con oír su propia voz, se dijo ella con la rabia reptando por su garganta y alojándose en su boca como un animal ponzoñoso. No quería imaginar lo que debían de haberle hecho a Lenny para sonsacarle esa información.

—Pero hablaba en serio cuando dije que no podía irme sin verte una vez más —Natoli acertó la distancia entre ellos—. Tenía demasiada curiosidad por comprender hasta dónde serías capaz de llegar. Dime, si no te hubiera traído aquí y en lugar de ello hubiera sugerido que fuéramos a mi habitación, ¿habrías aceptado?

Ella mantuvo la expresión desafiante.

—Primero muerta —respondió sin vacilar.

Natoli sonrió, como si hubiera sido eso lo que esperaba oír, pero María advirtió que sus manos temblaban cuando las elevó para posarlas a ambos lados de su rostro.

—Eso pensé —replicó él—. Bueno, debo decir que hasta ahora no me has decepcionado.

—¿Qué vas a hacer ahora?

La pregunta de María resonó como un disparo y Natoli se echó hacia atrás sin soltarla para mirarla a los ojos.

—Creo que voy a devolverte el mismo trato que me diste —indicó él en tono frío—. Me has usado y ahora yo te usaré a ti.

María frunció el ceño, intentando descifrar lo que implicaba.

—Sea lo que estés planeando, te aconsejo que lo pienses de nuevo. Estás loco si piensas que puedes salir de esta usándome...

Natoli movió una de sus manos con rapidez para tapar su boca y evitar

que continuara. Fue un gesto brusco y María sintió su mano cubierta de un sudor helado contra sus labios provocándole un acceso de náusea que apenas consiguió controlar. Miró a donde se encontraban sus hombres, y ambos tenía similares expresiones; parecían cascarones vacíos indiferentes a lo que ocurría frente a ellos, tan solo en espera de órdenes.

—¿Por qué no? —replicó él en un tono desapasionado—. ¿Piensas que no contemplé esta posibilidad? Los planes no siempre salen como uno lo desea, María, a veces tienes que estar un paso por delante y esa es una de mis especialidades.

María hubiera deseado responder con una frase burlona, pero la mano que la sujetaba no le permitió hablar, y aunque estuvo tentada a pegarle un rodillazo y morderlo, supo que los hombres de Natoli no vacilarían en disparar frente a cualquier movimiento brusco de su parte. De modo que mantuvo la calma, pero elevó un poco más el mentón y lo desafió con la mirada.

—¿Sabes por qué estamos aquí? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza un par de veces en señal de respuesta.

—Tengo un barco. Bueno, no es mío, no del todo, pero lo será mientras lo necesite —anunció él con una pequeña sonrisa—. Verás, aunque algunos de mis amigos están en problemas gracias a ti, han sido lo bastante generosos para darme una última ayuda. Tengo un cargamento valioso con el que dejar esta horrible ciudad y me gustaría que me acompañaras. ¿Recuerdas lo que te dije la primera vez que nos vimos? Te prometí llevarte a visitar mi país; no mentí entonces, creo que te gustaría.

Pese a que tenía la boca cubierta, María sintió que la risa empezaba a nacer en su garganta y empezó a resoplar contra la mano de Natoli, que la separó lo suficiente para que ella pudiera hablar.

—Eso es lo más gracioso que he oído en mi vida —dijo, sin detenerse a meditar sus palabras, estaba demasiado furiosa para ello—. Como si no supiera que lo que planeas es llevarme contigo para mantener a la policía a raya y luego arrojarme al mar en cuanto estés fuera de su alcance. Dime, Natoli, ¿cómo has pensado hacerlo? ¿Me dispararás o prefieres usar un puñal? A todo esto, ¿lo harás tú? Tal vez prefieras que uno de tus hombres se encargue de eso. He notado que no tienes las agallas para encargarte de la parte dura del trabajo; fueron ellos quienes mataron al guardia del museo, ¿no? Los hombres como tú son solo unos cobardes con mucha labia y pocos...

—¡Cállate!

Natoli cubrió su boca nuevamente, esta vez con mayor rudeza y sostuvo su cuello con la mano libre, apretando con fuerza hasta que María sintió que el aire empezaba a escasear, pero no permitió que la asaltara el pánico. Él aflojó el agarre bruscamente y apoyó el mentón contra su frente en un gesto que pareció casi afectuoso.

—No puedes cerrar la boca, ¿no? Pensar que alguna vez pensé que eso era algo atractivo —él emitió una carcajada que sonó como un rugido en su oído—. Pero ahora es molesto y quiero que pares. No quiero oírte más, ¿entendido?

Él la miró como si esperara que asintiera en señal de conformidad, pero María no lo hizo. En lugar de ello, echó la cabeza hacia atrás y luego hacia adelante para darle un golpe en la mejilla con la frente. Fue un gesto inútil; en su posición apenas consiguió hacerle daño, pero sintió una oleada de satisfacción al verlo parpadear, enojado y sorprendido a partes iguales.

—Creo que no —continuó él con un gesto de fastidio, dejando caer la mano con la que le tapaba la boca—. No me lo pondrás fácil, ¿no?

—Primero muerta —replicó ella con un hilo de voz—. Lo mejor para ti sería que te rindieras, Natoli; haz que tus hombres dejen sus armas y dime donde está el cargamento con las piezas robadas. Podrías recibir una reducción en tu condena si cooperas y nadie más tiene por qué salir lastimado...

Natoli rio y se llevó una mano al mentón; al tocarlo, hizo un leve gesto de dolor y le devolvió una mirada iracunda.

—Ustedes los policías siempre dicen lo mismo —dijo, casi escupiendo las palabras—. Te sorprendería saber cuántas veces y en cuantos idiomas he escuchado algo como eso; pero me temo que voy a tener que declinar esta vez. Verás, creo que no estás en posición de imponer condiciones, diría que es todo lo contrario. Así que dime, ¿vas a continuar con esto o seguirás dándome problemas? A estas alturas, querida María, casi espero que elijas darme problemas, voy a disfrutar mucho castigándote.

María abrió los labios, lista para decirle lo que estaba dispuesta a hacerle ella con mucho gusto y a punto de mandar al diablo sus reservas porque empezaba a pensar que después de todo tendría que actuar por su cuenta, cuando advirtió un movimiento en dirección a la caseta en que el hombre de Natoli había dejado el cuerpo malherido de Lenny. Fue apenas una sombra iluminada durante un instante por la luz que despedía un farol

alejado; pero para ella hizo toda la diferencia del mundo. Al aguzar el oído, ajena a la expresión satisfecha en el rostro de Natoli y los semblantes imperturbables de sus hombres, advirtió el sonido de unos pasos amortiguados por los silbatos de los buques que pitaban a los lejos. Le pareció increíble que Natoli, al menos, en apariencia mucho más listo y alerta que los otros no lo hubiera notado, pero parecía demasiado distraído en el sonido de su propia voz.

—... puedes ir conmigo, como una buena chica, o puedo hacer que Pavel y Marcus se encarguen de arrastrarte; la verdad es que me da igual y casi nos hemos quedado sin tiempo, así que más vale ponerse en camino. Puedes intentar convencerme de que te mantenga conmigo en cubierta en cuanto lleguemos al barco en lugar de encerrarte en la bodega con las ratas, es tu decisión.

María oyó sus amenazas como si provinieran de muy lejos, pero tuvo el buen tino de no hacerlo demasiado evidente; no quería ponerlo sobre aviso. Sintió un sudor frío de anticipación bajar por su espalda y la adrenalina empezó a hacer bombear su sangre a un ritmo feroz. Lo que daría por tener su arma, se dijo con una rápida mirada al hombre que permanecía más cerca de ella. Si se movía con rapidez...

—¿Estás oyendo una palabra de lo que digo? —Natoli se puso frente a ella obstruyéndole la visión.

María parpadeó y sonrió, burlona.

—¿Cómo podría evitarlo? Es lo único que haces. Hablar —repuso ella sin ocultar su desprecio.

Natoli la tomó del cuello y tiró de su cabello para acercar su rostro al suyo en un raptó de crueldad.

—Supongo que eso significa que prefieres ser arrastrada —declaró él, haciendo un gesto a sus hombres, que se acercaron con movimientos intimidantes—. Disfrutaré verlo.

María se mantuvo inmóvil, en espera y con el oído alerta por si llegaba algún sonido hasta ella, pero por un momento no escuchó nada salvo por la respiración agitada de los hombres que la tomaron cada uno por un brazo. Ella los dejó hacer fingiendo que pretendía soltarse con movimientos más bien desganados, tan solo para ganar tiempo. La jalonearon un par de metros y ella se dejó llevar sin protestar arrastrando los pies, pero con las manos ocupadas en palmotear como si pretendiera defenderse de una manera más bien ridícula; lo que pretendía, en realidad, era hacerse con su arma o con

cualquier otra que llevara alguno de esos hombres, en ese momento le daba igual.

Estuvo a punto de reír al sentir el cañón acerado de un revólver sujeto a la cintura bajo la chaqueta de uno de los hombres y tiró de él en un solo movimiento resuelto; no podía dudar o estaría muerta antes de que llegaran al barco. Natoli no le perdonaría esa jugada.

El hombre, aunque fuerte y sin duda acostumbrado a moverse en esas lides, era más bien lento debido a su peso, lo que le dio el tiempo suficiente para moverse con rapidez y hacerse con el revólver de un solo impulso al tiempo que se agitaba como una anguila para deshacerse de su agarre y del de su compañero. Se vieron tan desconcertados ambos en un momento que tuvo incluso tiempo de deshacerse de los zapatos para andar con mayor seguridad.

Sin vacilar, María elevó el revólver frente a ella y lo sostuvo en dirección a Natoli, que se había tardado un poco en notar lo que ocurría. En cuanto lo hizo, sin embargo, una sombra de ira afloró a su semblante y miró de sus hombros a María con expresión sorprendida. Y furiosa, muy furiosa.

—¿En serio? —dijo él una vez que recuperó el habla— ¿Vas a hacernos perder más tiempo?

María no respondió de inmediato; en lugar de ello mantuvo el arma firmemente apuntada en su dirección. Era lo único que la mantenía segura y evitaba que los otros dos hombres fueran tras ella; el temor de que disparara a su jefe.

—De rodillas —dijo ella entonces una vez que consiguió ordenar sus pensamientos—. De rodillas y con las manos tras la nuca. Ordénales a ellos que lo hagan también.

Las carcajadas de Natoli llegaron a sus oídos como el aullido de un animal.

—¡Estás loca! —respondió él, incrédulo.

María dio unos cuantos pasos hacia él sin vacilar.

—¿Quieres probar qué tan loca estoy? —preguntó ella en tono frío—. Haz lo que te he dicho y no tendrás que descubrirlo.

Natoli chasqueó la lengua y le dirigió una mirada calculadora mientras ella procuraba controlar su respiración agitada. Estaba mucho más asustada de lo que era capaz de siquiera imaginar; se había visto en todo tipo de situaciones antes, pero nunca en una como aquella en que tuviera que enfrentarse a tres hombres tan peligrosos, dos de ellos armados, y completamente sola. No, se corrigió de inmediato, obligándose a no permitir

que el miedo le ganara la partida. No estaba sola, sabía que ellos debían de estar por allí, atentos y listos para actuar, lo que le infundió cierta tranquilidad. Pero un solo movimiento en falso...

—María, estás siendo ridícula. ¿De verdad crees que saldrás viva de esta? Cariño, esto solo se trata de cuánto te vaya a doler al final —la cruel voz de Natoli la obligó a centrarse—. Y te aseguro que como sigas con esto, haré que duela mucho. Ahora deja esa arma y empieza a moverte; haré como si no hubieras hecho nada...

María decidió entonces que ya había tenido bastante de sus amenazas y se permitió aflorar parte de su genio al disparar a solo unos metros de donde Natoli se encontraba de pie. El sonido reverberó durante varios segundos, inundándolo todo para luego morir y dejarlos a todos en un callado momento de incredulidad. Natoli la miraba como si pensara que en verdad estaba desquiciada, mientras sus hombres se echaban hacia atrás en señal de sorpresa.

—De rodillas —repitió ella en un tono más demandante—. No lo pediré de nuevo.

Natoli aspiró con fuerza con los dientes apretados y empezó a moverse con lentitud al tiempo que hacía un gesto a sus hombres. Mientras él se dejaba caer sobre el pavimento sin dejar de mirarla a los ojos, llevó las manos tras su nuca tal y como le había ordenado María, pero en cuanto ella pensó que ya lo tenía y estaba a punto de acercarse para cazarlo, él hizo un movimiento brusco al llevar una de sus manos a su talón, de donde extrajo un arma incluso más pequeña que la que ella había llevado esa noche. La mayor diferencia fue, sin embargo, que mientras María sostenía el revólver con el fin de intimidarlo y conseguir que se rindiera, él no vaciló al llevar el dedo al gatillo y disparar.

Nunca como hasta ese momento se sintió María tan agradecida con la férrea disciplina de su madre, que la había obligado a practicar todo tipo de deportes en su niñez y adolescencia. De no ser tan ágil como era, no habría conseguido esquivar la bala. Sin detenerse a pensar y aprovechando que los hombres de Natoli parecieron tan sorprendidos por el movimientos de su jefe con ella, se tiró al suelo y empezó a reptar en dirección a la caseta, pero uno de los guardaespaldas recuperó el control y corrió hacia ella, lanzándola al suelo con una teclada propia de un partido de rugby. María sintió el golpe en su esternón como si la hubiera impactado un camión y el ardor en su mejilla al golpear contra el pavimento, pero su desconcierto duró solo un instante.

Cuando el hombre la tomó del hombre con una de sus enormes manos para girarla, ella mantuvo el revólver bien sujeto y lo levantó a la altura de su rostro, dispuesta a disparar si era necesario; pero él fue más rápido y golpeó su mano con tanta fuerza que el arma cayó sobre sus piernas y al ver la seguridad con que apuntaba su propia arma contra su sien y más allá el rostro de Natoli desfigurado por la rabia, supo que tal vez ese fuera después de todo el final para ella y se llevó una mano al cuello en busca de su medalla. Buscó una oración, cualquier que le diera fuerzas en ese momento, pero lo único que consiguió conjurar fue el rostro de Aidan y su voz cuando le dijo que estaba enamorado de ella. Estuvo a punto de echarse a llorar al pensar en que habría dado cualquier cosa por tener la oportunidad de decírselo también, pero era muy tarde y el frío del cañón sobre su frente le provocó un escalofrío.

Entonces, mientras pensaba en qué diablos hacer en ese momento porque no estaba dispuesta a morir de esa forma, se desató el infierno y ya no tuvo tiempo para nada que no fuera procurar mantenerse a salvo de las balas que empezaron a silbar sobre sus cabezas.

La primera impactó en el hombre que le apuntaba y, en un raptó de desconcierto y sorpresa, se dijo que debía felicitar a quien fuera que hubiera disparado porque el sujeto apenas parpadeó antes de caer sobre ella. Aunque en un inicio estuvo tentada a moverse para comprobar la dirección en que venían las balas, decidió mantenerse inmóvil bajo el peso del hombre para usarlo como un escudo. Consiguió, sí, mirar sobre su hombro inerte y vio que su compañero había seguido sus pasos; estaba tendido sobre el pavimento y se sujetaba una pierna con un gesto de dolor. Solo entonces empezaron a menguar los disparos y María miró con más atención en busca de Natoli, pero no vio ni rastro de él hasta que atisbó una figura oscura que corría en dirección a uno de los almacenes esquivando los disparos que no conseguían alcanzarlo.

María intentó entonces deshacerse del peso del hombre sobre ella y casi lo había conseguido sin dejar de seguir la línea de huida de Natoli cuando vio otra sombra correr precisamente en esa dirección y no tuvo problemas en adivinar de quién se trataba. Aidan.

Con un nuevo esfuerzo, se liberó del todo y consiguió incorporarse haciendo a un lado al hombre mientras buscaba su arma con movimientos desesperados. Cuando la tuvo en sus manos, no se detuvo a ver a sus otros compañeros que habían corrido hacia ella para auxiliarla sino que se apresuró a seguir a los dos hombres que le llevaban ya algunos metros de ventaja.

Quiso gritar para llamar a Aidan, pero eso solo lo hubiera puesto en evidencia con Natoli; de modo que avanzó en silencio haciendo oídos sordos a las voces tras ella e ignorando las piedras en el camino que se enterraban en sus pies desnudos.

La entrada del almacén debía de encontrarse abierta porque cuando llegó a metros de ella vio que Natoli y luego Aidan la atravesaban sin dificultad, y ella hizo otro tanto tan pronto como la tuvo frente a sí. Era solo una puerta pequeña y se puso de lado para entrar por ella con el arma en alto. El lugar se encontraba cubierto por las sombras y tuvo que apoyarse en algunos de los bultos que encontró a su paso para no tropezar. Miraba de un lado a otro y cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad advirtió que un haz de luz se colaba por unas ventanas en lo alto; no era mucho, pero sí lo suficiente para hacer un barrido de lo que quedaba a la vista.

No había rastro de Natoli, debía de haberse escondido tras una de las cajas con mercancía que estaban desperdigadas por todos lados, pero sí que consiguió dar con la figura de Aidan. Él estaba apoyado de lado contra un armazón destartado; tenía el arma frente a sí y oteaba en la oscuridad con los ojos entrecerrados. María intentó llamar su atención, segura de que no podía haberla visto en medio de toda esa penumbra, pero bastó con que hiciera amago de levantar una mano para que él girara en su dirección como si fuera capaz de sentir su presencia más que verla. Con un gesto brusco, le pidió que se mantuviera a cubierto y aunque en otras circunstancias hubiera estado encantada de discutir, en ese momento supo que era lo mejor que podía hacer. De modo que controló el impulso de reunirse con él y se enfocó en dar con el paradero de Natoli.

Fue ella quien lo vio en primer lugar, tan solo unos instantes antes que Aidan; lo supo por la forma en que él giró levemente el cañón de su arma en la misma dirección en que captó el ondear de la chaqueta de Natoli cuando intentó escurrirse por entre los bultos para escapar por la puerta trasera del almacén. Debió esperar a que Aidan le abriera el camino, él iba mejor equipado; para empezar, a diferencia de ella al menos llevaba zapatos, pero ni siquiera se detuvo a pensarlo. Empezó a correr tras Natoli ignorando la maldición ahogada que llegó a ella desde donde Aidan se encontraba, segura de que tendría muchas cosas que decirle en cuanto todo eso terminara. Oyó sus pasos tras ella, iban casi a la par, pero fue María quien llegó primero frente a Natoli.

Todo pasó demasiado rápido. Tanto que luego tuvo problemas para

recordar quién disparó primero y cuál fue su error; si no dejar que fuera Aidan quien se enfrentara directamente a Natoli o hacer demasiado ruido y delatar su presencia. Cualquiera fuera la razón, el resultado fue el mismo.

Cuando ella levantó el arma para llamar a Natoli al alto, él giró con rapidez con la suya amartillada. No hizo amago siquiera de amenazarla o de esquivar un posible disparo; se mostró como un animal acorralado dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de escapar y disparó sin molestarse en apuntar. Tanto pudo darle al techo como a su corazón; al parecer eso le hubiera dado igual siempre y cuando consiguiera generar el suficiente caos para huir. María tardó en reaccionar; fue solo un instante, pero cuando comprendió lo que ocurría e hizo amago de lanzarse al suelo para esquivar la bala fue ya muy tarde; le hubiera dado de lleno en el pecho si Aidan no se hubiera puesto frente a ella extendiendo un brazo para hacerla a un lado.

Hasta entonces, María nunca había entendido esa expresión según la cual toda tu vida empieza a pasar frente a tus ojos cuando estás cerca de la muerte. Lo curioso era que no era ella en realidad quien se encontraba en esa situación, sino Aidan; pero dio igual. De pronto empezaron a asaltarla un recuerdo tras otro; mientras él caía pudo ver y oír la voz de su madre regañándola cuando era pequeña; vio los brazos de su padre elevándola del suelo para ayudarla a subir a su casa en el árbol; su primer baile en la escuela; el diario que llevaba y escondía de sus hermanas como si se tratara de un secreto de estado. Todo. Y cuando el cuerpo de Aidan impactó contra el suelo los recuerdos que la golpearon fueron todos los referidos a él. Cada instante, cada broma, todos y cada uno de los momentos que habían compartido hasta entonces: el olor de su piel al despertar, la silueta de su tatuaje favorito, el que tenía en el hombro y que a ella le encantaba delinear; su voz susurrando palabras que no entendía a su oído...

Fue cuestión de segundos, pero vio y oyó todo aquello con tal claridad que sintió como si los recuerdos la empujaran contra el suelo para dejarse caer a su lado; como si cada uno de ellos la estuviera arrojando exactamente en el lugar en que debía de estar. Entonces el tiempo pareció empezar a moverse nuevamente con normalidad, sus oídos dejaron de martillar, y su vista se aclaró, regresándola al presente.

Aidan había caído de lado con una mano apoyada en el abdomen para contener el flujo de sangre que empapaba su camiseta. ¿Por qué demonios no llevaba un chaleco?, se preguntó ella en su desconcierto sin atinar a decirlo en voz alta; de cualquier forma, sabía la respuesta. Él podía ser tan temerario

como ella y en ese momento comprendió que lo odiaba un poco por eso tanto como lo amaba.

Se hubiera quedado a su lado sin vacilar un instante, pero él usó la mano libre para tomarla del hombro y le hizo un gesto en dirección al lugar por el que Natoli acababa de desaparecer.

—Ve —susurró él—. Estoy bien.

María negó con la cabeza una y otra vez, pero Aidan apretó su hombro con más fuerza y le dirigió una mirada que no necesitó de palabras. Tenía que hacerlo. No solo por ella sino también por él. Habían luchado demasiado para rendirse y dejarlo ganar entonces. María empezó a asentir y se inclinó para besarle en los labios, una caricia tan breve como el aleteo de una mariposa.

Aidan le dio un último apretón, sonrió y le hizo un gesto para apurarla.

María no lo miró al incorporarse y empezar a correr; de hacerlo no habría sido capaz de marcharse. Él iba a estar bien, se dijo en una letanía que escapó de sus labios sin que lo advirtiera del todo mientras corría con todas sus fuerzas.

Alcanzó a Natoli tan solo unos metros más adelante. Aunque le llevaba una buena ventaja, él había tenido que detenerse para ponerse a resguardo de los helicópteros que habían empezado a sobrevolar la zona. Lo vio bajo un halo de la luz que desprendían las lámparas, buscando con desesperación cualquier lugar tras el cual pudiera esconderse, pero María fue más rápida. No perdió el tiempo con discusiones inútiles o partidas de ingenio, ya había tenido bastante de eso por esa noche; tan solo avanzó con el arma en alto y cuando él advirtió su presencia e hizo otro tanto, esta vez estuvo preparada. No vaciló al apuntar y apretar el gatillo ni sintió ninguna satisfacción al verlo caer boca abajo con los brazos y piernas extendidos como un títere al que habían cortado los hilos. Solo se acercó lo suficiente para asegurarse de que respiraba con dificultad y regresó por donde había venido sin aminorar su paso.

Encontró a Aidan exactamente donde lo había dejado y en la misma posición; pero dos de sus compañeros habían ingresado al almacén y estaban de rodillas frente a él, revisando su herida. Oyó que daban de gritos ordenando una ambulancia, pero todo le pareció venido de muy lejos; tan solo atinó a dejarse caer a su lado y en un gesto infinitamente delicado lo ayudó a incorporarse lo suficiente para apoyar su cabeza sobre sus piernas.

Dejó de oír y de ver cualquier cosa que no fuera el rostro de Aidan o su respiración, que brotaba con dificultad de sus pulmones. Él tenía los ojos

entrecerrados y María empezó a masajear su sien con los dedos en su afán de mantenerlo despierto.

—Ni se te ocurra dormirte —dijo ella, bajando un poco el rostro para buscar sus ojos entrecerrados—. La ambulancia llegará en un minuto.

Aidan asintió y María supo que hacía un gran esfuerzo por mantener el control aunque sus manos parecían tener vida propia por la forma en que se sacudían a ambos lados de su cuerpo.

—¿Natoli? —Preguntó él con un hilo de voz.

María se encogió de hombros y dio un resoplido para echar hacia atrás un rizo de su cabello que le cayó sobre la frente.

—Lo atrapé —respondió ella sin ocultar el orgullo en su voz.

—¿Está vivo?

—Sí. Se recuperará pronto para que podamos encargarnos de que pase el resto de su vida en la cárcel. No puedo esperar a verlo con el traje de la prisión; apuesto que el naranja le queda mejor que el negro.

Aidan rio, pero hizo un gesto de dolor y no tuvo otra alternativa que enseriar el semblante para mantener sus pulsaciones estables; pero fue obvio que se sentía tan orgulloso como ella.

—Sabía que ibas a conseguirlo —dijo él, asintiendo con lentitud—. Pegaste una buena carrera.

—Soy muy rápida.

—Y ágil. Eres muy ágil —Aidan cerró los ojos, pero continuó hablando en tono cada vez más débil—. —Quiero preguntártelo desde que te conozco. ¿Has hecho danza?

María parpadeó, sorprendida por la pregunta. El temblor que sacudía el cuerpo de Aidan se acentuó e hizo todo lo posible porque no la poseyera el pánico. Él iba a estar bien; había perdido mucha sangre y se sentía débil y atontado, seguro, pero él era mucho más fuerte que eso. Ella lo sabía mejor que nadie.

—¿Cómo lo sabes? —Inquirió ella a su vez para mantenerlo despierto.

—Te mueves como una bailarina.

María sonrió y frunció la nariz, mirándolo con ternura.

—Es posible que tengas razón, pero si se lo cuentas a alguien, te mato —confesó ella luego de mirar sobre su hombro para asegurarse de que nadie los oía—. Mi madre me obligó a hacer ballet desde que cumplí cinco años; no permitió que lo dejara hasta que tuve quince y amenacé con incendiar mi tutú en el recital de Navidad. Nunca me gustó.

Aidan asintió, como si fuera lo que esperaba escuchar. En ese momento llegó a oídos de María un alboroto procedente del exterior; un grupo de pisadas y las sirenas de la ambulancia. Al fin. Aidan, sin embargo, no pareció advertirlo; continuaba con los ojos cerrados y la respiración pesada, pero ahora había levantado una mano con dificultad para tomar la suya y sostenerla contra su pecho.

—A mí me gusta —musitó él al cabo de un momento.

María levantó la mirada para asegurarse de que los médicos se dirigían en una dirección y cuando lo hizo volvió a mirarlo, forzándose a comprender de qué hablaba.

—¿Tú hiciste ballet? —Preguntó ella.

—No, me refería a que me gusta cómo te mueves. Si el ballet te ha dado esas piernas, bien por él.

—Creo que alguien ha perdido demasiada sangre —María contuvo una carcajada y apretó su mano con más fuerza—. Solo por eso lo dejaré pasar esta vez.

—No lo hagas. Quiero que sepas que me encantan tus piernas, desangrándome o no.

María tenía lista una réplica mordaz, tal vez decirle que le arrancaría el corazón como volviera a decir algo como eso en público, que lo que pensara de sus piernas podía comentarlo en privado; pero entonces advirtió que él apretaba los ojos como si sintiera un terrible dolor y sus piernas empezaron a sacudirse con mayor brusquedad. Apenas sintió su respiración al ladear el rostro para pegarlo a sus labios y sus manos estaban heladas.

—Flynn, ni se te ocurra dormirte, ¿me oyes? —Dijo ella, dándole una suave sacudida—. Por favor, no te duermas. Espera solo un minuto más.

Él no respondió, pero María sintió que apretaba su mano; fue un gesto débil, casi imperceptible, pero ella lo sintió y eso le dio las fuerzas para mantener el temple y no derrumbarse sobre él como parte de su cuerpo le reclamaba a gritos. La idea de perderlo era tan insoportable que simplemente la bloqueó; no podía enfrentarse a eso. Agachó el rostro para acercarlo a su oído, como Aidan hacía cuando deseaba susurrarle esas frases en gaélico en medio de su pasión, y bajó mucho la voz, concentrándose por modular las palabras con claridad para que él pudiera entenderla.

—Aidan, por favor, no te vayas —pidió ella con voz quebrada—. Hay muchas cosas que quiero decirte...

Dos médicos llegaron entonces y se abalanzaron hacia él para examinar

sus signos vitales, revisar la herida, hablando a voces en una jerga que ella no consiguió comprender del todo. Ella los dejó hacer, pero no lo soltó, tan solo se hizo a un lado de rodillas con su mano aún apoyada sobre su torso y el rostro inclinado hacia él. Sin que ninguno de los otros lo advirtiera, acercó los labios a su oído por una última vez y bajó mucho la voz al hablarle.

—También estoy enamorada de ti, Flynn —susurró ella, parpadeando para alejar las lágrimas que habían empezado a inundar sus ojos—. Despierta pronto para que pueda decírtelo de nuevo como se debe, ¿sí?

No esperó que él respondiera, y no lo hizo, pero María hubiera jurado que vio una tenue sonrisa en sus labios y eso le dio las fuerzas para mantener el control. Incluso cuando la hicieron a un lado y se vio obligada a soltarlo para que lo subieran a la ambulancia, o cuando peleó para que le permitieran ir con él mientras le ponían todo tipo de cosas para mantenerlo con vida. Durante cada segundo del viaje al hospital, que se le hizo eterno, musitó las mismas palabras una y otra vez.

—Te amo, te amo, te amo...

María recordaría las siguientes horas como las más largas de su vida.

Pese a que el hospital se encontraba bastante alejado de los muelles, consiguieron llegar allí en tiempo récord. Ella se mantuvo junto a Aidan hasta que cruzaron las puertas y la hicieron a un lado para llevarlo directamente al quirófano; luego, no le quedó más opción que esperar. Solo cuando se dejó caer sobre una de las sillas en la sala de espera y extendió las piernas frente a ella, resollando debido al agotamiento, reparó en que no llevaba zapatos y que sus pies encontraban en un estado lamentable; tenía un par de heridas en los tobillos y se le había levantado una uña, pero no sintió dolor en ese momento ni se le ocurrió buscar asistencia médica.

Algunos de sus compañeros de la comisaría fueron acercándose según pasaron los minutos y se conmovió como le ocurría siempre al apreciar lo cerrada que era la comunidad a la que ella y Aidan pertenecían; nada movilizaba al departamento de policía como la noticia de un miembro herido. A María le hubiera gustado mostrarse más receptiva a sus muestras de preocupación, pero todos sus sentidos estaban puestos en las puertas por las que se habían llevado a Aidan. Pegaba de saltos cada vez que se abría y exhalaba un suspiro mezcla de decepción y alivio cuando veía salir a alguna

enfermera que tomaba una dirección distinta a donde ella se encontraba.

Chang estaba entre los últimos agentes que llegaron a preguntar por el estado de Aidan y fue una suerte que lo hiciera porque María recibió su llegada con algo parecido al alivio al verla; aún no tenía idea de qué había ocurrido en los otros operativos mientras ella se encontraba con Natoli, pero si alguien lo sabía era ella. Luego de que le explicara que Aidan se encontraba en el quirófano, Chang empezó a preguntar qué había ocurrido, pero María no quiso entrar en detalles, solo le pidió que la pusiera en antecedentes respecto a cómo fue todo antes de que se desatara ese infierno. Estaba tan preocupada por lo que ocurría al otro lado de esas malditas puertas, sin embargo, que cuando su compañera empezó a relatar todo lo que sabía apenas consiguió escucharla a medias; pero captó lo esencial.

Como supuso, Aidan no había tenido problemas para detener a Taylor, el cómplice de Natoli. Él y su equipo allanaron el lugar en que se encontraba y lo tuvieron esposado en quince minutos; tardaron más en registrar la casa y en dar con la evidencia que les ayudaría cuando hicieran la acusación, que no fue poca. Al parecer, Taylor era algo más que la mano armada de Natoli; tenía en su poder documentación importante que no solo ponía en evidencia los verdaderos negocios de su jefe, sino también su conexión con los fiscales que lo apoyaban en la sombra. Toda la evidencia había sido llevada a la estación y algunos agentes estaban ya trabajando en ella para derivarla a la fiscalía.

Según le contó Chang, el capitán Holland lo había tenido algo más difícil en sus propias gestiones, lo que explicaba que aún no se hubiera acercado al hospital a preguntar por Aidan. Aunque no eran asesinos entrenados, los fiscales que habían ido a arrestar le habían dado más problemas que muchos otros criminales en evidencia. Por lo que Chang oyó, de no haber sido porque Holland tuvo el buen tino de ir a detenerlos con el apoyo de David y Bernie, posiblemente hubiesen encontrado una forma de urdir alguna triquiñuela para dilatar el arresto. Las pruebas que tanto el capitán como David, en especial, esgrimieron contra ellos fueron tan contundentes que no hubo nada que pudieran hacer al final. Rollins y sus cómplices patalearon e hicieron un gran escándalo desde que les pusieron las esposas hasta que los subieron a las patrullas, pero eso fue todo. El problema para Holland, sin embargo, estribaba en todas las explicaciones que debía dar a sus superiores y a la prensa, pero María dudaba de que eso resultara difícil para él. En realidad, no le extrañaría enterarse pronto de que recibiría una

condecoración y un nuevo ascenso, y se alegró por él.

Beth llegó poco después con una nerviosa Enya y agradeció mil veces el buen tino de su amiga. María solo se había alejado de la sala de espera durante dos minutos tan pronto como llegó para llamarla y pedirle que informara a la hermana de Aidan de lo ocurrido; gracias a la amistad entre la chica y su hermano, Beth se había convertido en una persona de confianza para ella y supo que era la persona apropiada para informarle de lo que pasó sin asustarla más de la cuenta.

Cuando ella vio el estado en que María se encontraba, sin embargo, hizo un gesto de alarma y ella se dijo que tal vez debería intentar adecentarse un poco; pero eso tendría que ser luego, cuando tuviera noticias de Aidan. Sin embargo, dejó que Beth le ayudara a limpiar su rostro lleno de polvo con unas toallitas y que le buscara unos zapatos desechables en la sala de enfermeras mientras ella se volcaba a explicar lo ocurrido en la operación sin entrar en demasiados detalles; no quería asustar a Enya más de la cuenta. La chica la escuchó en silencio, con los ojos muy abiertos, pero para su alivio no se mostró impresionada tanto por los hechos en sí como preocupada por la situación de su hermano. María supuso que considerando el tiempo que llevaba Aidan en la policía debía de estar acostumbrada a todo tipo de noticias; pero por su expresión y la forma en que se retorció las manos sobre el regazo, fue evidente que nunca se había visto en una situación como aquella. Se lamentó entonces de jamás haberle preguntado a él acerca de sus experiencias pasadas y cuánto compartía con su familia acerca de su trabajo porque entonces hubiera sabido mejor qué decirle a su hermana, pero no tenía sentido preocuparse por eso en ese momento. Le preguntaría después, de eso estaba segura. Tenía que haber un después para ambos.

El capitán Holland llegó al hospital un rato después, cuando María ya llevaba varias horas esperando, pero no pudieron hablar mucho porque casi de inmediato se abrieron las puertas a las que María apenas les quitaba la vista de encima y esta vez la mujer que salió por ellas y que llevaba una bata de cirujano, se dirigió directamente a ellos sin vacilar. Sus manos empezaron a temblar mientras seguía sus movimientos, registrando cada gesto, desde la forma en que elevaba las comisuras de los labios y el ademán que hizo al despejar el cabello pegado a su frente con rastros de sudor. Fue cosa de un par de segundos antes de que llegara hasta ellos y abriera la boca, pero a María esos gestos le dijeron todo lo que necesitaba saber.

Mientras la cirujana se presentaba y explicaba el estado de Aidan, todo

lo ocurrido dentro del quirófano e intentaba responder a las atropelladas preguntas de Enya, María se dejó caer sobre una silla y se cubrió el rostro con las manos. Nadie lo notó, toda su atención estaba puesta en el informe de la doctora, pero ella sintió cómo sus hombros empezaban a sacudirse y una oleada de náusea le subía por la garganta mientras las lágrimas brotaban sin cesar.

—Puedo jurarlo. Nunca he visto llorar tanto a nadie, parecía una regadera, y cuando se lo mencioné solo paró para amenazarme con golpearme si no cerraba la boca. Solo María reaccionaría de esa forma cuando un amigo se preocupa por ella.

La voz de Alan y las risas que provocaron sus palabras resonaron en la habitación abarrotada como un eco y María contuvo a duras penas la réplica que se le atragantó en la garganta; si decía lo que le bullía en la mente corría el riesgo de que la echaran por comportamiento inapropiado en un establecimiento de salud. Pero miró a Aidan por encima del grupo que rodeaba su cama y le bastó con ver la sombra de la sonrisa que esbozó para saber que él debía de saber perfectamente lo que estaba pensando.

Apenas habían intercambiado un par de palabras desde que salió del quirófano y recuperó el conocimiento; de eso habían pasado varias horas y tantas personas se habían acercado a su habitación a saludarlo y preguntarle por su estado que el lugar parecía más concurrido que una estación de trenes. En parte, María agradeció ese ajetreo porque le dio tiempo para recomponerse un poco, tanto física como emocionalmente.

Luego de ese bochornoso quiebre en la sala de espera, cuando supo que Aidan estaría bien, y mientras la cirujana terminaba de explicar lo que podían esperar de su recuperación, continuó llorando durante diez minutos hasta que Beth y Alan, que acababa de llegar para entonces, intentaron consolarla con pésimos resultados. Sabía que ellos solo intentaban ayudarla, pero se sentía como si acabara de arrollarla un camión; de pronto todo lo ocurrido en las últimas horas la golpeó de pleno sumiéndola en una serie de emociones que no supo cómo manejar. Estaba asustada por todo lo que pudo ocurrir; furiosa por los que consideró sus errores y sobre todo aliviada al saber que Aidan se encontraría bien. El dolor de los golpes recibidos en el transcurso de la noche le pasaron factura y sus pies empezaron a punzar; cuando se puso de pie para

despedirse de la cirujana una vez que terminó de dar su informe, se tambaleó y solo consiguió mantenerse en pie gracias a la ayuda de Alan, que dejó las bromas de lados al notar lo mal que se encontraba y aunque María protestó, él y Beth consiguieron convencerla de que permitiera que un médico la examinara. Una hora después, con algunos puntos en los pies, la ropa limpia que le llevó su hermana y el cabello bien sujeto, se acercó a la habitación que habían dispuesto para Aidan y no se movió de allí hasta que lo llevaron desde el quirófano. Tuvo solo un par de minutos para verlo antes de que la horda de visitantes empezara, pero le bastó con ver su rostro pálido y las manos inertes caídas a los lados sobre la manta de la cama y conectadas a una serie de aparatos para que corazón volviera a martillar con fuerza, retomando el ritmo que había menguado cuando supo que estaba fuera de peligro. Lo vio tan vulnerable, tan alejado de esa imagen de hombre todopoderoso e invencible al que estaba tan acostumbrada que no supo qué decir; tan solo atinó a acercarse a él y rozar su frente con los dedos, procurando absorber parte de su calor. Al sentir el toque sus pestañas empezaron a agitarse, pero no abrió los ojos. Entonces Enya y los otros llegaron y ella optó por hacerse a un lado.

Cuando Aidan despertó se mostró desconcertado y confuso, pero solo pasaron unos minutos antes de que recordara lo ocurrido; lo que no sabía o apenas conseguía recordar con claridad se lo fueron explicando los demás en varias voces y distintos grados de excitación. Enya se había ubicado en la cabecera de la cama y miraba a su hermano con expresión de cariño, atenta al más mínimo gesto como si aun necesitara asegurarse de que estaba bien. María, que se encontraba en una situación similar, la entendió perfectamente. Aunque consciente y atento a lo que le decían, Aidan estaba aún muy pálido y débil; su cabello oscuro contrastaba contra el blanco de la almohada al recostar la cabeza en un gesto de agotamiento. Con toda la sangre que había perdido y la operación a la que acababan de someterlo no era para menos, pero eso no le ayudó a sentirse menos inquieta por él.

Luego de que pusieran al día a Aidan con las novedades, Alan notó que los ánimos decaían por momentos debido a los ajetreos de la jornada, así que hizo lo que se le daba mejor. Bromear. El problema era que su blanco favorito era siempre María y ella no estaba de humor en ese momento para tolerar sus pullas, por muy buena intención que tuviera. Por suerte, Beth, a quien casi nunca se le escapaba nada, ya había notado el ánimo de María, así como que ella y Aidan no habían podido pasar ni un minuto a solas, de modo

que se las arregló con mucha destreza para ir despejando la sala.

Los primeros que se marcharon fueron el capitán Holland y un par de compañeros de la estación, no sin antes de que el primero les asegurara que iba a hacer todas las gestiones necesarias para que ambos, Aidan y María, recibieran una condecoración por sus buenos oficios en ese caso. Aunque en otras circunstancias una noticia como aquella la hubiera elevado a las nubes, en ese momento María apenas consiguió sentir un leve calor en el pecho producto de la satisfacción; la única recompensa en la que estaba interesada era poder estar a solas con Aidan al fin. Aunque la verdad era que lo anhelaba tanto como temía porque no tenía idea de qué iba a decirle cuando eso ocurriera.

A los oficiales les siguieron Beth, Alan y una reticente Enya, que no pareció tener ningún deseo de dejar a su hermano, pero bastó con un leve gesto de este y una mirada de entendimiento en dirección a María para que aceptara bajar a la cafetería para comer algo. Ya había avisado a su madre de lo ocurrido y aunque la señora Murphy se había mostrado tan parca como siempre, ella sabía y así se lo había dicho a su hermano, que se encontraba lo bastante preocupada para exigirle que arreglara una charla con Aidan tan pronto como estuviera en condiciones. Ambos rieron al pensar en esa madre algo desapegada pero en el fondo amorosa que les había tocado en suerte y Aidan prometió que le llamaría pronto.

Cuando se quedaron a solas, María mantuvo la mirada puesta en él y sus ojos empezaron nuevamente a lagrimear, pero parpadeó con furia para contenerse. ¿Iba a hacer el ridículo otra vez y darle la razón a Alan?

Aidan, que la miraba a su vez con expresión indescifrable, extendió una mano hacia ella y María no dudó en ponerse de pie y acercarse a la cama con pasos temblorosos. Él enredó los dedos con los suyos y posó la mirada en su rostro como si pretendiera absorber cada detalle; no lo pensó hasta entonces, pero Aidan debió de pensar lo mismo que ella cuando fue herido. ¿La vería de nuevo? ¿Volvería a tocarla? ¿A besarla? Al recordar lo que había temido hasta hacía unas horas, María sintió que sus mejillas empezaban a humedecerse por las lágrimas que no conseguía contener y exhaló un suspiro de enojo.

—Así que lloraste por mí.

La voz de Aidan surgió extraña, más grave de lo normal, pero María captó el tono risueño en ella, así como el brillo travieso en sus pupilas.

—Claro que no.

María sorbió por la nariz en un sonido humillante, pero mantuvo su mirada con los dientes apretados para reprimir un sollozo.

—Estás llorando ahora.

—Llevo casi dos días sin dormir, son solo mis ojos irritados. Es tu culpa, por cierto.

—María...

Ella exhaló un profundo suspiro y se dejó caer sobre la cama con mucho cuidado de no incomodarlo.

—¿Por qué diablos hiciste algo tan estúpido? —Preguntó ella entonces.

—¿Te refieres a llevarme una bala por ti?

—¡Sí!

Aidan rio, pero el gesto pareció provocarle dolor, por lo que se llevó la mano libre al abdomen sobre la sábana e inhaló con fuerza para recuperarse antes de responder.

—No fue una estupidez —dijo él cuando estuvo más calmado—. Era lo único que podía hacer; hubieras hecho lo mismo por mí.

María se encogió de hombros y ladeó el rostro, permitiéndose una pequeña sonrisa escéptica.

—Yo no estaría tan seguro de estar en tu lugar —replicó ella al fin.

Aidan no pareció sorprendido por sus palabras; pareció casi como si las hubiera esperado, porque sonrió apretó un poco más su mano contra su costado y tiró de ella con suavidad sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿No? Me cuesta creerlo porque estoy seguro de que estarías dispuesta a hacer cualquier cosa por mí.

María emitió un bufido mezcla de burla e indignación.

—¡Vaya cosa! ¿Estás seguros los médicos de que no tienes fiebre? Porque creo que estás delirando —indició ella forzando una sonrisa.

Aidan volvió a tirar de su mano y María se vio de pronto recostada contra su pecho; tuvo que apoyar la mano libre sobre la cama para equilibrar su peso y no lastimarlo, pero a Aidan no pareció perturbarlo esa posibilidad. Ni siquiera parpadeó al levantar suavemente la cabeza para rozar los labios contra los suyos; pareció como si estuviera exactamente donde deseaba y debía estar. María podía entenderlo bien porque ella lo sentía también.

—Moriría por ti —dijo él, en un tono de voz grave y solemne que le cortó la respiración—. Estaba dispuesto a hacerlo antes y lo estoy ahora. Y sé que tú sientes lo mismo, pero no tienes que decirlo si no quieres.

María tragó espeso y entreabrió los labios, suspirando sobre los suyos.

Así que estaban allí de nuevo. Por un instante estuvo tentada a fingir que no sabía a qué se refería y urdir alguna broma desenfadada, pero lo descartó al instante; ya habían tenido bastante de eso. Le bastó con recordar lo que había sentido hacía solo unas horas para saber que nunca más podría volver a ocultarle nada, aún menos sus sentimientos. Por eso, sonrió con ternura y ladeó el rostro para apoyar la frente contra su mejilla, sonriendo al sentir la barba que empezaba a crecerle y que raspó su piel. No podía imaginar una sensación más agradable en el mundo que aquella.

—Tienes razón. Lo haría, moriría por ti con mucho gusto—reconoció ella, y sintió una oleada de calidez en su pecho al decir esas palabras—. Pero no pienso hacerlo pronto y más te vale no ponerme en una situación como esa.

—Solo si tú prometes lo mismo.

María ensanchó la sonrisa, asintiendo.

—Me parece justo.

—María...

Ella giró el cuello para mirarlo a los ojos y negó suavemente.

—Deja que lo diga yo primero—pidió ella en tono serio—. Te amo. No sé si me escuchaste entonces...

—Te oí.

María suspiró, complacida de saber que incluso en ese momento él había sido capaz de comprender algo que era tan importante para ella.

—No sé cómo pasó, pero te amo. De verdad.

—Lo sé.

Ella emitió un bufido.

—¿Podrías intentar no ser tan pretencioso en este momento? Esto no es fácil para mí; nunca me había pasado.

—¿Debería de sentirme halagado?

María fingió considerarlo y terminó por asentir, sonriendo.

—Diría que sí. Mucho —de pronto frunció el ceño al pensar en algo—. Mi madre va a volverme loca.

Aidan rio e hizo un gesto divertido al elevar las cejas y buscar su boca para mordisquear su labio inferior con suavidad.

—No tienes que decírselo si no quieres.

—Como si no fuera a saberlo de cualquier forma.

María suspiró, rendida, como si de pronto esa posibilidad no pudiera importarle menos. En ese momento solo le importó corresponder a ese beso

que había anhelado durante lo que le pareció una eternidad. Fue suave, delicado y perfecto, y se preguntó cómo había podido pensar alguna vez que podría vivir sin volver a experimentar todo lo que Aidan conseguía provocar en ella con una caricia tan simple. Cuando se separó, mantuvo el rostro muy cerca al suyo y lo miró a los ojos.

—Te amo —repitió ella.

—Lo has dicho hace un momento.

—¿Puedo decirlo de nuevo?

Aidan sonrió.

—Por favor, hazlo.

Y ella lo hizo. Una y muchas veces más.

Epílogo

Aidan permaneció en el hospital durante dos semanas, pero para cuando había pasado una se encontraba desesperado por salir. Los médicos intentaron explicarle que una lesión como la suya requería muchos cuidados y que en verdad hubieran preferido que su estancia en el hospital fuera más larga, pero gracias a que evolucionó de forma favorable y a que al parecer tenía todo un ejército de personas dispuestas a cuidar de él, permitirían que se marchara antes. Aidan hubiera protestado, pero María no le permitió decir una palabra al respecto. Aún más, insistió en que debía de quedarse con ella una vez que recibiera el alta para asegurarse de que hiciera caso a las indicaciones de los médicos y a él no se le ocurrió decir nada en contra de esa orden. María hubiera jurado que estaba feliz de aceptar, pero él fue lo bastante generoso para no mostrarse muy pagado de sí mismo; sabía que ella no lo hubiera soportado.

Tan pronto como puso un pie fuera del hospital, Aidan insistió en visitar la comisaría para saludar a sus compañeros e informarse en persona acerca de cómo iba la acusación contra Natoli, y María no pudo hacer nada para disuadirlo de ello. En realidad, lo echaba de menos en la comisaría y pensó que sería agradable verlo de nuevo allí; había pasado las últimas dos semanas refunfuñando cada día, en especial desde que el capitán Holland decidió asignar a Paterson como su compañero hasta que Aidan pudiera regresar al trabajo.

El capitán Holland y el resto de la comisaría recibieron a Aidan con tanto entusiasmo que él bromeó diciendo que recibir un disparo no estaba tan mal si le aseguraba una bienvenida como aquella. Incluso le llevaron un pastel y el capitán permitió que los que hubieran terminado su turno pudieran brindar con algo de champán para celebrar que el alcalde había aceptado que tanto Aidan como María recibieran la misma condecoración que le habían ofrecido a él. María no lo comentó entonces, pero era justo lo que había esperado y apenas podía controlar las ganas de ir a su casa y contárselo a sus padres. Aidan, desde luego, lo supo tan solo con mirarla y ella se dijo que nunca se acostumbraría a esa capacidad suya para conocerla a profundidad; si

ella fuera capaz de hacer algo parecido tal vez se mostraría tan presuntuosa como él.

Luego de brindar también por la futura paternidad del capitán Holland, quien no había podido resistirse a seguir guardando el secreto sin importar lo que su esposa dijera, él y sus compañeros se encargaron de ponerlos en antecedentes respecto a lo que a Aidan más le interesaba.

Natoli había sobrevivido al disparo de María, y aunque tendría que pasar algunas semanas más que Aidan para dejar el hospital, por cómo iban las cosas era bastante seguro que pasara de allí al juzgado y luego directamente a la cárcel. Y lo mismo se podía decir respecto a sus cómplices, empezando con Rollins y los otros fiscales involucrados en su red. Bernie Walsh había sido designado como el representante de la fiscalía para encabezar el proceso para decepción de David, quien se moría por refundir a su antiguo jefe en la cárcel; sin embargo, como fue designado para reemplazarlo como fiscal de distrito en lo que se organizaba una nueva elección, no le quedó más remedio que disfrutar del nuevo cargo y permanecer vigilante. Desde luego, todos estuvieron seguros de que pronto sería elegido de forma permanente aunque él, tan prudente como siempre, prefirió mostrarse algo más cauto.

El cómplice de Natoli, Taylor, fue el primero en acogerse a una condena anticipada para así asegurarse algunos beneficios y una reducción de la pena. Para ello, facilitó a la fiscalía todas las pruebas que mantenía en su poder y estas se sumaron a las que Aidan y su equipo habían encontrado en su apartamento cuando fueron a arrestarlo. Había planos de los museos que fueron robados, así como los contactos de posibles compradores, así como las armas que se utilizaron en los atracos, incluida la que se usó para asesinar al vigilante, cuya memoria finalmente conocería justicia.

Una vez que no hubo más por contar, Aidan se despidió asegurando que se reintegraría pronto a sus labores y María se sintió lo bastante amable para morderse la lengua y no decir que solo lo haría cuando los médicos lo permitieran o tendría que pasar sobre su cadáver.

En lugar de dirigirse a su apartamento, fueron a la casa de los padres de María, seguros de que era una visita que no podían dilatar más. Su madre había insistido en que debían ir por allí tan pronto como fuera posible y aunque María estuvo segura de que Aidan estaba encantado con eso, ella no se sentía tan entusiasmada. Debía decir a favor de su madre, sí, que se había mostrado bastante más respetuosa de lo esperado en cuanto se enteró de su relación. Ella esperó fuegos artificiales, unas cuantas alabanzas y que

empezara a gritar, pero la señora la sorprendió al simplemente asentir cuando lo oyó de sus propios labios y a mostrarse tan tranquila como si fuera algo que hubiera esperado hacía mucho tiempo. Lo que, desde luego, María odió.

Tal vez la discreción de su madre estuviera relacionada con el hecho de que ahora tenía otro posible romance a la vista en el que volcar sus esfuerzos, se dijo María con bastante cinismo tan pronto como llegaron a la casa y se toparon con Bernie, que acababa de acompañar a Ana después de su última cita. Su amigo parecía tan entusiasmado que no tuvo corazón para burlarse de él, en especial luego de toparse con la mirada de advertencia de su hermana, quien pareció retarla a hacer algún comentario al respecto. Ya que había sido ella quien organizó su primera salida, hubiera sido una tonta de hacerlo, aunque en ese momento tan solo pensaba en cumplir su parte del trato con Bernie. Al verlos juntos, sin embargo, se dijo que tal vez eso de organizar parejas se le diera mejor de lo que había pensado; al parecer, era algo más que heredó de su madre.

Ana les dijo que había dejado a Enya al frente de la veterinaria y que la chica estaba haciendo un trabajo estupendo. Según ella, era una ayudante maravillosa y lamentaría perderla cuando entrara finalmente al MIT, lo que según ella y Nolan ocurriría más temprano que tarde. Aunque María no tenía intenciones de mencionarlo frente a Aidan aún, estaba segura de que la amistad de esos dos terminaría yendo mucho más lejos con el paso del tiempo, lo que le alegró; había aprendido a apreciar a Enya y no podía imaginar un mejor muchacho que Nolan para ella en esa etapa de su vida.

Cuando su madre llamó a todos a cenar, se permitió tomar a Aidan de la mano y llevarlo con ella en un gesto amoroso que no se había permitido jamás frente a su familia, pero a esas alturas ya había aprendido que Aidan había llegado a su vida para romper muchas de sus reglas y alterar todos sus límites. En ese momento, sin embargo, mientras lo veía ocupar la silla a su lado y bromear con su madre luego de dirigirle una de sus profundas miradas, se dijo que no podía pensar en nada que le hiciera más feliz.

Agradecimientos

A mi familia, por ser, por estar, todos y cada uno de ellos.

A Araceli, por su apoyo desde el inicio en esta aventura, por estar allí a cada momento y por el regalo de su amistad.

A Helena, por leer cada una de mis historias y darme ánimos para seguir.

A mi muy querida amiga Elizabeth Bowman por su cariño y apoyo.

Y a todos los que me han alentado a seguir por este camino, a cada una de las personas que le han dado una oportunidad a mis historias, a quienes comparten sus impresiones con tanta generosidad, y desde luego también gracias a cada miembro del equipo de Romantic por apostar por mí y por mi obra, mil gracias.